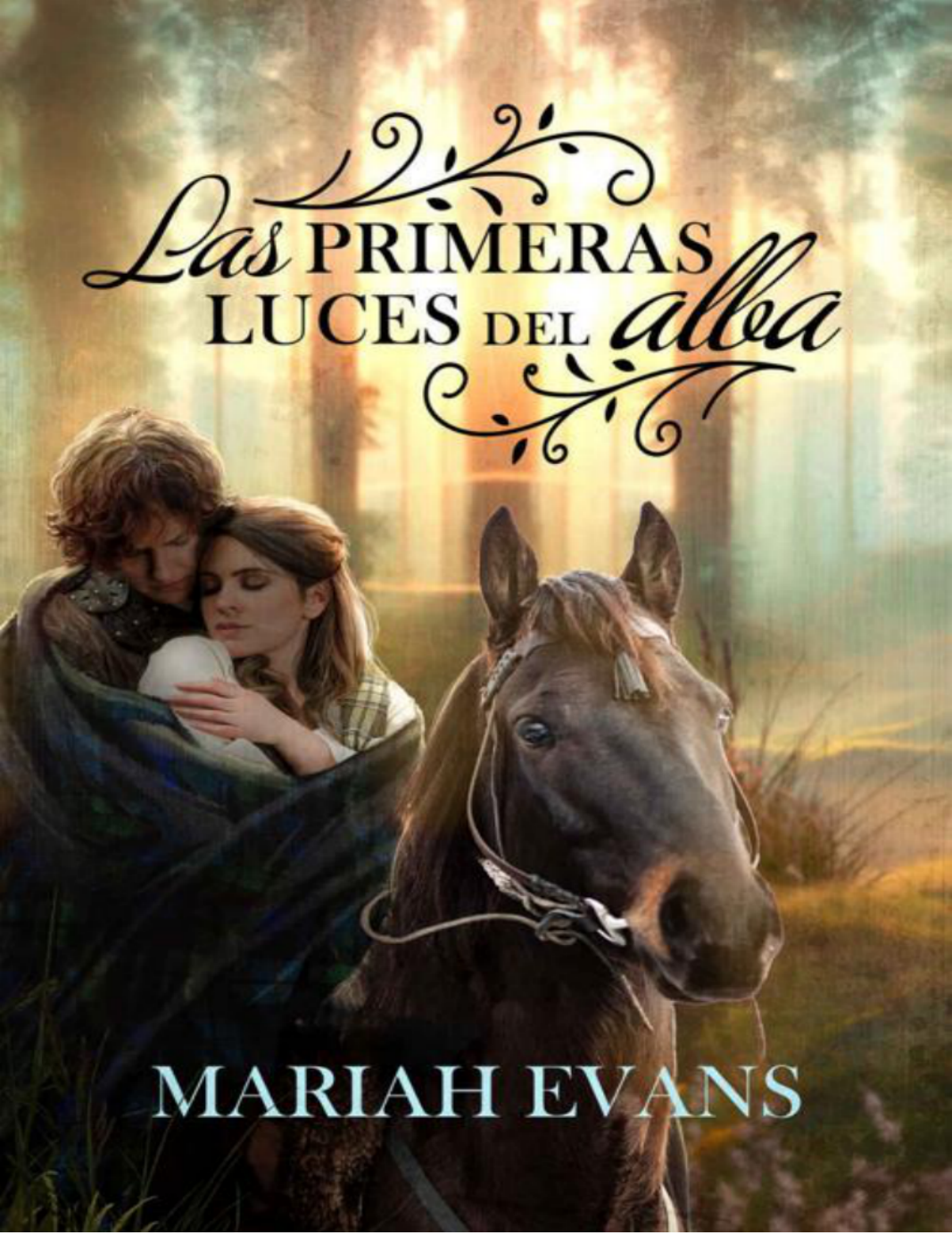
Las PRIMERAS LUCES DEL alba
MARIAH EVANS

MARIAH EVANS

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Las primeras luces del alba.
©Mariah Evans, junio 2023.
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Este libro está dedicado con todo mi cariño a mi madre.

Por tu amor, por cuidarme siempre… gracias por estar siempre a

mi lado apoyándome incondicionalmente y por haberme enseñado tanto.

Para el mundo solo eres una madre, pero para mí tú eres mi mundo.

Te quiere mucho, tu hija.

María.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
Epílogo
Agradecimientos

Prólogo

Año 1066 d.C.
Inglaterra

Duncan observó hacia el cielo mientras intentaba reprimir un grito.

William se echó sobre él, angustiado, intentando contener la hemorragia que brotaba del estómago de Duncan. Sus manos se encharcaron por la abundante sangre y sollozó.

—Duncan, Duncan… —susurró buscando su mirada, pues el hombre tenía la mirada perdida hacia el cielo—. Escúchame, tienes que aguantar —continuó intentando darle ánimos.

Duncan tragó saliva y observó a William que parecía totalmente desesperado. Alzó su dedo y señaló al cielo.

—Mira —le susurró Duncan.

No supo cómo pudo escuchar su tenue voz entre todo aquel alboroto. Los gritos, el chocar de una espada con otra, el relinchar de los caballos… estaba siendo una total y absoluta masacre.

William miró hacia el cielo allá donde señalaba Duncan y, durante unos segundos, contuvo el aliento. Jamás había visto algo así. Una bola de luz de grandes dimensiones cruzaba el cielo a lenta velocidad dejando una estela blanca tras de sí.

—¿Qué es eso? —preguntó William asustado.

—No lo sé —sollozó Duncan con los dientes apretados—. Lo que está claro es que no es un buen augurio para nosotros —bromeó.

William resopló ante aquel comentario y miró de un lado a otro asegurándose de que ningún hombre se acercase para rematarlos. Había sufrido muchas heridas, pero nada comparado con Duncan que se desangraba en medio de aquella cruenta batalla.

Ellos no deberían estar allí, aquello no debería estar ocurriendo…

Miró de un lado a otro, desesperado.

—Escúchame —dijo William—, voy a cogerte y a llevarte hasta el bosque, allí estaremos más protegidos. —Duncan situó su mano en su hombro y negó, lo que desesperó más al joven—. Tienes que hacer un esfuerzo, Duncan —sentenció William—, por favor.

—No… no puedo —balbuceó sin fuerzas. Inspiró hondo y colocó una mano en su hombro para atraerlo hacia él, para que pudiese escuchar sus palabras entre aquel bullicio—. Vuelve a nuestro hogar…

—No —sollozó William.

—Cuida de mi mujer y de mi hija —suplicó poco antes de iniciar una tos que comenzó a ahogarle.

—Duncan, por favor… no me hagas esto —imploró William. Contempló su rostro pálido y tembloroso—. Has sido como un padre para mí —sollozó.

Duncan tragó saliva con dificultad y volvió a toser mientras colocaba una mano en su mejilla, reconfortándolo.

—Prométemelo.

Necesitaba escucharlo antes de irse de ese mundo para poder hacerlo en paz.

William cogió su mano con fuerza y la apretó.

—Te lo prometo —comentó con la voz entrecortada.

Aquellas palabras provocaron una sonrisa triste en el rostro de Duncan antes de intentar respirar con dificultad y perder finalmente el conocimiento.

William negó incrédulo con su cabeza.

—No, no, no… —gritó ahogado en su propio llanto.

Aquel lamento quedó eclipsado por el clamor de la batalla.

Echó su cabeza en su pecho, llorando, sin fuerzas para seguir y, finalmente, alzó su mirada al cielo observando aquella extraña bola de luz.

No, desde luego no era un buen augurio para ellos.

1

Noviembre, 1066 d.C.

Paseó su mano sobre los altos tallos maduros de cebada, notando el cosquilleo sobre la palma de su mano mientras la brisa helada hacía que los mechones de su cabello castaño que caían de su trenza volasen hacia atrás.

Cerró los ojos mientras elevaba su cabeza hacia el cielo, dejando que el sol acariciase su tez, intentando hallar algo de paz y recuperando las fuerzas después de una dura jornada de trabajo en el campo recogiendo trigo. Aquella semana era la recogida del trigo, pocas semanas después deberían iniciar la recogida de la cebada.

Aquel año tendrían una buena cosecha. Había trabajado duro durante todo el año y, por lo pronto, no tendrían problemas para pagar sus tributos al señor del *manor*[1].

Pons Aelius[2] se situaba en un promontorio de la orilla izquierda del río Tyne, con un puente que permitía cruzarlo. El fuerte, que formaba parte del muro de Adriano, estaba habitado por unas 2000 personas.

Su manor consistía en una pequeña aldea regentada por la casa señorial, una pequeña iglesia y las tierras circundantes de labrado.

El señor había gobernado el manor con bastante clemencia, pues sabía, gracias a algunos peregrinos, que en otros manores sus señores eran fieros y sometían a duros castigos a todos aquellos campesinos que no cumpliesen con sus obligaciones o no tuviesen una buena cosecha.

Su señor había nombrado a bastantes de sus conocidos como responsables y encargados de velar porque los aldeanos cumpliesen con sus obligaciones: cultivar las tierras del señor, o heredar y abonar los tributos en forma de productos del campo.

Ese año conseguiría pagar sus tributos y tener su propia cosecha para alimentarse durante el siguiente.

Se vio forzada a abrir los ojos y de un salto se dio la vuelta cuando escuchó el grito de su madre.

—¡Otra vez se ha roto la zanja!

Su madre salió corriendo entre el centeno con los brazos hacia delante e inclinando su espalda hacia abajo, persiguiendo a uno de los cochinillos nacidos en la última camada.

Nora rio al observar a su madre corretear de un lado a otro gritando sin cesar.

Fue hacia ella apartando con su mano los tallos para facilitarle una mejor carrera y llegó hasta su madre justo cuando esta conseguía coger al pequeño lechón embarrado que no dejaba de gruñir.

Su madre fue hasta el pequeño corral situado al lado de su hogar y dejó al lechón en su interior. El animal no estuvo de acuerdo porque volvió a tomar impulso y arremetió contra la zanja rota intentando escapar otra vez.

Su madre se cruzó de brazos y miró de reojo a su hija, situada a su lado.

—Parece que sabe lo que debe hacer para huir —comentó su madre divertida al ver cómo el lechón estrellaba una y otra vez su cabeza contra la zanja intentando volcarla. Tuvo que sujetarla con las manos para que no volviese a caer.

—Creo que sabe que va a formar parte de un buen guiso, por eso intenta escapar. Sí, lechón, vas a estar bien rico algún día —pronunció Nora con una sonrisilla.

Su madre inclinó una ceja hacia ella.

—Será mejor que vayas a buscar al herrero, con suerte puede arreglarnos la verja antes de que anochezca.

—Sí, será lo mejor. No pienso quedarme toda la noche aquí —respondió observando los dos cerdos y la camada de nueve lechones.

Nora se alejó echando miradas furtivas a su madre, observándola inclinarse sobre la zanja para disuadir al lechón de su empeño en derribarla.

Su madre siempre había sido una mujer hermosa. Su cabello rubio, largo y rizado ahora había adquirido un tono más blanquecino, sus ojos color miel que durante su infancia habían sido siempre brillantes se habían oscurecido levemente durante aquellas últimas semanas, su delgadez por la preocupación y la añoranza se habían ido apoderando de aquel hermoso cuerpo que años atrás había sido voluptuoso y lleno de hermosas curvas.

Desde la partida de su padre, su madre se había debilitado y, aunque se esforzaba en aparentar normalidad ante ella, sabía que lloraba a escondidas por las noches y que su padre aparecía en sus

pensamientos a todas horas, sobre todo cuando recorría aquel horizonte surcado por un mar de centeno que se movía de un lado a otro por el viento.

Hacía ya más de un mes de aquella repentina marcha. Ni siquiera había tenido tiempo para despedirse de su padre en condiciones, ni de todos aquellos amigos y hombres que habían partido en medio de la noche, rumbo al sur, a detener una invasión.

Giró la esquina y colocó su cabello tras su oreja mientras se acercaba a la casa del herrero.

El rey Eduardo el Confesor, rey anglosajón, no había tenido descendencia, por ello, a su muerte, muchos reyes se habían disputado su trono.

Gracias a las explicaciones de los *buhoneros*[3] y peregrinos que habían pasado por su manor sabía cuál era el alcance de la gravedad.

El duque Guillermo de Normandía reclamaba el trono del rey fallecido, dado que este le había apoyado durante un corto exilio que tuvo. Por lo que explicaban, el rey Eduardo había prometido que, tras su muerte, el trono sería para él. Por ello, el propio Guillermo hizo prometer a Harold Godwinson, conde de Wessex, vicerregente y cuñado del rey Eduardo, que le cedería el trono, aunque este realmente nunca estuvo dispuesto a cumplir dicha promesa. Es más, el rey Eduardo, aún en vida, recomendó al propio Harold Godwinson en Witenagemot, en la asamblea general, para que fuese su sucesor.

Tras la muerte de su rey, el cinco de enero del año mil sesenta y seis, tal y como había ordenado en vida, Harold fue proclamado rey en la Abadía de Westminster.

Sin embargo, había más pretendientes al trono aparte del duque Guillermo de Normandía, tales como el rey Harald III de Noruega, pariente de Eduardo. Este también solicitaba el trono, apoyado además por los daneses y los noruegos.

Guillermo de Normandía, al enterarse de que se había incumplido la promesa de cederle el trono y de que Harold se había proclamado rey, decidió reunir un poderoso ejército formado por sus propios hombres con sus respectivos aliados y construyó una flota de más de quinientos barcos. Era sabido por todos que el duque Guillermo I de Normandía era apoyado por la iglesia romana, la cual quería extender el catolicismo a un reino como el suyo, sin una religión oficial.

El rey Harold decidió mantenerse en el trono y movilizó a su cuerpo de élite, unos cuatro mil *huscarles*[4] más una milicia anglosajona, pudiendo llegar a veinte mil reclutados que fueron repartidos por toda la costa de Inglaterra esperando la llegada de los *normandos*[5].

Poco después, habían sabido gracias a unos buhoneros que el ocho de septiembre de aquel mismo año Harald III de Noruega había

desembarcado en el norte del país junto a Tostig, su hermano.

Harald III consiguió la derrota de Morcer de Northumbria en Fulford Gate, pero poco después el rey Harold Godwinson derrotó a los vikingos en la batalla de Stamford Bridge, muriendo en dicha batalla tanto el rey noruego, Harald III, como su hermano Tostig.

Mientras, el duque Guillermo de Normandía esperaba la llegada de vientos favorables para poder cruzar el canal de la Mancha y poder invadir Inglaterra, lo cual aconteció finalmente el veintiocho de septiembre de 1066 en Pevensey, Sussex, junto a nueve mil hombres de infantería, cuando tocaron tierra anglosajona.

Las tropas se dirigieron directamente hacia Hastings. De camino a Londres, acamparon construyendo un fuerte de madera como base para su infantería y comenzaron a saquear todos los pueblos colindantes.

Harold se enteró pocos días después del desembarco de Guillermo de Normandía en sus tierras, justo cuando celebraba la victoria sobre los noruegos. Por todo ello, se dirigió directamente hacia el sur reclutando a todos los hombres necesarios para combatir aquella nueva intrusión en sus tierras.

Esa fue la última noche que vio a su padre y a su amigo William, justo cuando ambos volvían la mirada hacia atrás, una mirada asustada y triste, mientras se alejaban sobre sus caballos antorcha en mano, perdiéndose en la oscuridad de la noche y siendo consciente de que era posible que jamás volviese a verlos, de que jamás podría volver a abrazarlos.

No les habían dado ni tiempo a despedirse. Tras seleccionar a todos los hombres que estuviesen en edad de combatir, les habían hecho coger un caballo y los habían obligado a seguirles para intentar contener la nueva invasión, en este caso, la del duque Guillermo de Normandía. Pocos hombres habían quedado en el manor, pues más de la mitad habían marchado junto a las tropas, obligados.

Desde hacía más de un mes no habían tenido noticias de ellos y eso las estaba matando.

Por otra parte, era lo lógico, nadie salía nunca del manor, así que debía esperar a que algún peregrino, buhonero o soldado pasase por la aldea, pero aquel último mes no habían recibido a ningún extranjero. Era como si el mundo fuera de su manor hubiese desaparecido.

Aceleró su paso al observar la casa del herrero, aunque una leve sonrisa iluminó su rostro al encontrarse a su gran amiga, Mildred, caminando en su dirección. Portaba en su mano una cesta de mimbre.

—Hola —la interceptó Nora.

Mildred sonrió rápidamente. Su cabello rubio caía sobre sus hombros llegándole hasta el pecho y sus enormes ojos azules contrastaban con su piel blanca.

—Hola. —Le mostró la cesta—. Vengo de coger unos huevos —indicó—. ¿Adónde vas?

Nora señaló con un movimiento de cabeza hacia delante, en dirección a la última casa de aquella calle.

—Tengo que hablar con el herrero. Uno de los lechones se ha sublevado y ha tirado la verja al suelo, pretende escapar —bromeó.

Mildred se giró en la misma dirección que ella e hizo un gesto bastante gracioso con su lengua.

—Creo que el señor Ferguson no está ya en condiciones de ayudaros. Está bastante mayor —le recordó.

Nora se encogió de hombros y dio un paso atrás dirigiéndose hacia la vivienda.

—Lo sé —indicó—, pero al menos le pediré que me preste algunas herramientas.

Mildred asintió mientras retomaba también el paso en dirección contraria a la de Nora.

—Por cierto… mañana, después de la recogida de trigo, podríamos vernos.

—Claro —respondió Nora acelerando el paso, pues hasta ella llegaban los gritos de su madre, desesperada por evitar que el lechón derribase la verja.

Mildred rio al escuchar a la madre de su amiga y la saludó con la mano.

—Buena suerte con el amotinamiento del lechón —rio Mildred antes de girarse y continuar su camino.

Nora se dirigió directamente a casa de los Ferguson. Sí, sabía que el herrero que actualmente residía en el manor ya era muy mayor. El herrero principal y el que solía encargarse de esos asuntos, su hijo, había sido requerido por la guardia para ir a luchar.

Se giró para observar cómo Mildred llegaba a su vivienda y entraba. Había sido su mejor amiga desde pequeña. A Mildred le había faltado su madre desde bebé, por lo que Shana, la madre de Nora, la había criado como si fuese hija suya. Había una relación especial entre ellas que sobrepasaba la amistad, de forma que la llegaba a considerar su hermana.

Se detuvo ante la puerta del herrero y llamó un par de veces esperando una respuesta que tardó más de lo que esperaba en llegar. En efecto, el señor Ferguson ya no estaba para esos trotes.

Después de cenar, su madre y ella se acostaron en la pequeña cama que tenían en un lateral de la vivienda, sobre un blando colchón de pluma de ganso.

Normalmente, ella siempre dormía al otro lado del salón, cuando sus padres dormían juntos, pero desde la marcha de su padre se había

acostado con su madre cada noche.

Notó cómo su madre adoptaba una postura fetal a su lado, dándole la espalda. El clima en ese momento era frío, ni siquiera las mantas de piel de animal que se echaban por encima conseguían amortiguar el frío provocado por las bajas temperaturas. Ni dejando el fuego encendido o cubriendo las ventanas con telas empapadas en resina para evitar las corrientes de aire conseguían mitigar el frío de aquella gélida noche.

Notó que su madre se estremecía. Se quedó quieta mientras escuchaba cómo intentaba reprimir los sollozos. Tragó saliva intentando contener también las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Aquello no era justo.

Se giró y abrazó a su madre pasándole una mano por la cintura e intentando calmarla. Su madre no dijo nada, simplemente notó cómo incrementaba su llanto a la vez que le cogía la mano, estrechándola.

Era duro no saber nada de sus seres queridos, no saber si estaban vivos o muertos… el desconocimiento y la incertidumbre eran peor que el conocimiento en aquellos casos.

No supo cuánto tiempo pasó, solo que despertó asustada, sin comprender qué ocurría. Aún no había amanecido, aunque una tenue luz anaranjada se filtraba a través de la tela que cubría la ventana y se reflejaba en el techo de paja como una llama en movimiento.

Se quedó quieta, en silencio, observando la luz reflejada en el techo y agudizando sus sentidos hasta que unos gritos la hicieron saltar del colchón. Echó la vista atrás para observar que su madre también se había despertado e intentaba incorporarse mientras ella se ponía sus zapatos de piel.

—¿Estás bien? —preguntó su madre observándola, aunque aquella luz llamó su atención y se quedó contemplando el techo.

Nora no llegó a responder, otro grito la puso sobre aviso.

—No te muevas de aquí —susurró a su madre.

—Nora, Nora… —le llamó la atención su madre, instándola a que se quedase quieta, pero ella no escuchó y caminó con paso apresurado hacia la puerta.

Por el camino cogió una manta y se la echó por encima de los hombros antes de abrir la puerta.

Salió de la vivienda y se quedó paralizada observando cómo un grupo de unos diez hombres caminaba en su dirección con antorchas en sus manos, iluminando todo a su paso en medio de la oscuridad.

Era plena noche, pero en el lejano horizonte podía comenzar a intuirse una fina línea anaranjada que cada vez se iría ensanchando más hasta dar la bienvenida a un nuevo día.

Centró la mirada en aquellos hombres mientras notaba cómo su madre se situaba a su lado asomando levemente la cabeza por la

puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un susurro.

—No lo sé —respondió sin apartar la mirada de aquellos hombres que cada vez se acercaban más. No era muy normal que un grupo de hombres apareciese en plena madrugada armando ese escándalo, pero algo llamó su atención. Al final de la cola varios de los hombres sujetaban por los hombros a otros que parecían presentar problemas para caminar.

Notó cómo su corazón daba un vuelco cuando le pareció reconocer el rostro pálido y demacrado de su amigo William.

—William —susurró mientras echaba a correr hacia ellos.

No pudo evitar recordar, mientras corría hacia ellos, la última mirada de él y de su padre antes de perderlos en la oscuridad, hacía ya más de un mes.

Pasó al lado de los hombres que encabezaban la fila y corrió hacia su amigo que estaba siendo prácticamente arrastrado por dos hombres que lo sujetaban por los hombros.

—¡William! —gritó situándose frente a él. Llevó sus manos hasta su cabeza, la cual estaba echada hacia abajo, y la alzó. Tenía varias cicatrices y marcas de sangre seca, pero al menos observó cómo William abría los ojos a duras penas y la miraba confundido—. William, soy yo, Nora —comentó sonriente, al borde del llanto.

Él estaba vivo, su amigo, su confidente desde la infancia… estaba vivo.

Miró al final de aquella fila buscando desesperadamente a su padre, comprobando que dos chicos más eran arrastrados por algunos miembros de su aldea, pero ninguno de ellos era su padre.

Volvió la mirada hacia William y lo encontró de nuevo con la cabeza agachada, los ojos cerrados y arrastrando los pies, como si estuviese a punto de sufrir un desmayo.

Nora miró a uno de los hombres que lo sujetaba.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

El hombre pareció molesto por la pregunta, pues parecía más concentrado en soportar el peso del cuerpo de William que en responder a la muchacha.

—Estaban tirados en el camino.

Volvió a mirar a su amigo y luego recorrió con la mirada a todos los hombres heridos que traían.

—¿No había nadie más?

—No hemos visto a nadie más, pero está oscuro.

Ella se removió incómoda justo cuando pasó por la puerta de su vivienda, observando cómo su madre los miraba fijamente, asustada.

—Aquí, aquí —dijo Nora de inmediato—. Traed a William aquí —ordenó mientras entraba a su casa. Despejó la mesa en un segundo e

instó a los hombres a que soltasen a William sobre la tabla de madera.

La delicadeza no era una de las virtudes de aquellos hombres que soltaron a William con un golpe seco sobre la mesa haciendo que este emitiese un gemido de dolor.

—Con cuidado —les riñó Nora mientras los apartaba del cuerpo de su amigo. Se acercó y pasó su mano por el rostro de su amigo dando unos suaves golpes para que abriese los ojos—. William, William… —susurró, pero él no abría los ojos, simplemente se limitaba a protestar con gemidos y gruñidos—. Vamos, haz un esfuerzo… por favor.

Las muecas de dolor invadieron su pálida tez y a duras penas logró balbucear.

—Me… me duele.

Su madre llegó hasta ella con un trozo de junco encendido y lo depositó al lado de la mesa para alumbrar mejor al muchacho. En ese momento, Nora fue consciente del estado deplorable de su amigo: no solo tenía numerosas cicatrices que surcaban su cara y sus brazos, sino que estaba extremadamente delgado.

Se pasó la mano por la frente intentando calmarse.

—¿Qué te duele?

—Todo.

Miró hacia los dos hombres que permanecían a su lado, observando. Llevó sus manos hasta la túnica rota y sucia de barro de William y comenzó a levantarla.

—Ayudadme —suplicó Nora hacia ellos, los cuales rápidamente elevaron el cuerpo de su amigo y la ayudaron a desvestirlo.

La imagen de William casi le hizo ponerse a llorar. Podía ver las costillas marcadas en su carne, la inflamación de algunas de ellas y las cicatrices de cortes profundos.

Miró a su madre asustada y desvió la mirada hacia el resto de hombres que esperaba en la puerta soportando el peso de dos hombres más.

—¿Los dejamos aquí también? —preguntó uno de ellos agarrando más fuerte al joven malherido.

—¡No! —gritó ella separándose de William hacia la zona de la lumbre—. No tengo espacio. Llevadlos a su casa.

Nora lo observó de reojo y se mordió el labio mientras rebuscaba entre todos los cuencos que tenía. Notó cómo se le desgarraba una parte de su corazón. La madre de William había muerto a los pocos meses de darle a luz y su padre había fallecido hacía poco más de tres meses, poco antes de que los reclutasen para ir a la guerra.

Inspiró intentado calmarse y concentrarse en su cometido mientras observaba que los hombres de la puerta se alejaban.

Cogió unos cuencos y fue añadiendo sobre un plato de barro todo

lo que necesitaba: aceite de oliva, cuatro hojas de verdolaga, un puñado de violeta, llantén, solano y la pulpa de una calabaza.

Cogió el junco encendido y prendió el fuego del hogar colocando el recipiente sobre él para calentarlo.

Escuchó a su madre darle palabras de ánimo, intentando que no desfalleciese. Una vez lo hubo calentado, le echó cera de abeja y lo mezcló consiguiendo un buen ungüento.

Fue hasta la mesa y lo observó de nuevo. Recordaba que William era un chico fuerte, fruto de haber trabajado la tierra toda su vida, sin embargo, la imagen que tenía ahora ante ella era la de otra persona. No había nada de aquel chico fuerte y musculoso, absolutamente nada.

Fue colocando el ungüento sobre las heridas que tenía en el abdomen, en los brazos e incluso en la cara. De esa forma lo ayudaría a reducir la inflamación.

Escuchó los gemidos de él mientras aplicaba la plasta hasta que, en un determinado momento, colocó parte del ungüento sobre su frente. Observó que aquellos ojos color marrón verdoso la observaban sorprendidos hasta que finalmente fue consciente de lo que ocurría y también de la presencia de ella.

—Nora —susurró.

Ella le sonrió mientras aplicaba suavemente el ungüento sobre su frente y miró a su madre.

—Mamá, busca algo con que cubrir el ungüento.

Volvió la mirada hacia William, el cual la mantenía clavada en sus ojos, realmente ensimismado.

—Tranquilo, te pondrás bien.

Observó cómo William recorría con su mirada todo su rostro, como si observase a su ángel salvador, totalmente hipnotizado.

Quería preguntarle por su padre, saber si estaba bien, pero le daba miedo hacerlo. Igualmente, William no estaba en condiciones de hablar. Otra mueca de dolor atravesó su rostro y le hizo contorsionarse. Automáticamente, Nora tomó su mano.

—Tranquilo —le susurró con voz calmada—. Te pondrás bien. Te lo prometo.

William apretó un poco su mano y, finalmente, aceptó con su cabeza sin apartar la mirada de ella.

—Tienes que descansar. Intenta dormir un poco. Ahora no te ocurrirá nada malo —le susurró mientras pasaba su mano por su cabello, acariciándolo y reconfortándolo.

William tragó saliva y aceptó.

—Gracias, Nora —susurró antes de cerrar sus ojos.

William pareció sumirse en un sueño reconfortante. Al menos, las muecas de dolor ya no aparecían en su rostro.

Cubrió lentamente y con cuidado de no despertarlo todo el ungüento que había esparcido sobre su cuerpo y se lavó las manos.

Se colocó ante su madre, la cual parecía seguir examinando sorprendida el cuerpo de William y observó que la luz del sol lo iba inundando todo.

—Ahora vengo, mamá —dijo cogiendo una capa fina y colocándola sobre su vestido largo marrón.

—¿Adónde vas?

La pregunta era plenamente simbólica. Ambas lo sabían, pero no quería pronunciarlo. Necesitaba saber si su padre había vuelto, saber si los hombres habían dejado algún cuerpo abandonado en el camino que les hubiese podido pasar desapercibido por la falta de claridad.

Se anudó la capa y colocó la mano en el hombro de su madre.

—No lo despiertes —susurró. Le dio un beso en la mejilla y se distanció de ella—. No tardaré.

No esperó a que su madre dijese nada. Era consciente de que ella lo sabía, de que salía a buscar a su padre, pero decirlo le era difícil ¿Y si no lo encontraba? ¿Y si no estaba allí? Era lo más lógico, pero no podía permanecer quieta en su hogar sabiendo que a poca distancia de allí quizás estuviese su padre.

Caminó a paso apresurado, levantando el polvo del camino mientras observaba cómo todo su mundo alrededor iba cobrando color con la luz del alba. Los prados comenzaban a tomar tonalidades verdosas y doradas, el cielo se vestía de un tono rosado y anaranjado y los árboles aparecían majestuosos al final de aquella pradera formando un espeso bosque justo al inicio de la montaña.

Caminó con el corazón compungido, repitiéndose una y otra vez en su mente que él no estaría allí, que si los hombres no lo habían traído era porque no había ningún cuerpo más, pero… quizá se hubiese mantenido oculto entre la cebada.

Camino varios minutos alejándose de su manor cuando observó unas marcas de sangre sobre la tierra y un pequeño puñal. Estaba claro que allí era donde los habían encontrado, aunque las manchas de sangre sobre la tierra oscura no eran de William, pues él no parecía tener ninguna herida abierta, seguramente serían de otro de los muchachos malheridos.

Se agachó y agarró el puñal. Giró varias veces sobre sí misma mientras notaba cómo los nervios se apoderaban de ella y un ligero temblor comenzaba a apoderarse de todo su cuerpo.

—¡Papá! —gritó desesperada intentando contener las lágrimas.

Se desplazó hacia el campo de cebada y rebuscó entre este, desplazando de un lado a otro los altos tallos con desesperación.

—¡Papá! —volvió a gritar.

Notó una lágrima resbalar por su mejilla y cayó sobre la tierra,

desfalleciendo y rompiendo a llorar por la impotencia, la desesperación y la pérdida tan grande que sentía en su corazón.

2

Era la primera vez en toda su vida que no iba al campo a trabajar la tierra. Se había mantenido todo el día al lado de William, cambiando el ungüento de las heridas inflamadas, incluso lo había lavado con un trozo de tela mojada intentando quitar el barro y los restos de sangre seca.

Qué diferente se le veía a cuando eran niños, cuando ambos corrían por los campos de cebada y trigo, cuando jugaban al escondite, incluso cuando se habían bañado juntos en un lago cercano. Se habían hecho adultos y habían adquirido responsabilidades, ella trabajaba en la labranza y él había tenido que ir a combatir para evitar una invasión. No quería ni saber las experiencias por las que debía haber pasado para encontrarse en un estado tan lamentable.

Una vez hubo anochecido, su madre había preparado la cena. Más tarde, su madre se había acostado y ella había vuelto a sentarse al lado de la mesa donde reposaba William.

Nora se quedó dormida, pero despertó en un determinado momento cuando sintió una mano acariciarle el hombro débilmente.

Abrió los ojos observando que era plena noche. La oscuridad reinaba en todo su hogar.

—¿William? —susurró.

—Nora.

Se movió rápidamente cogiendo el junco y lo prendió dando algo de luz. William se mantenía con los ojos abiertos, aunque un ligero temblor recorría todo su cuerpo. Nora no pudo evitar sonreír mientras se sentaba a su lado. Aquello era buena señal.

—¿Cómo estás?

—He estado mejor otras veces, te lo aseguro —susurró pasando la mano por encima de su pecho desnudo.

—Te hemos quitado la ropa para ponerte el ungüento —explicó

ella—. Tienes inflamadas algunas costillas. ¿Te duele?

William volvió su mirada hacia ella.

—Menos que antes. —Ella volvió a sonreír—. Gracias por cuidarme.

Nora negó rápidamente.

—No tienes que agradecerme nada. ¿Tienes frío?

—Un poco.

Se levantó y cogió una de las mantas que guardaban en un lateral, pero cuando se giró hacia él vio que William intentaba incorporarse sobre la mesa. Corrió hacia él cogiéndolo del brazo.

—No, no te levantes —susurró para no despertar a su madre.

Él la miró de reojo.

—No voy a levantarme, solo quiero sentarme. La espalda me está matando —pronunció sentándose sobre la mesa y girándose hacia ella para dejar colgar sus piernas. Ella no parecía muy de acuerdo, pero guardó silencio y le pasó la manta.

William se cubrió con ella ante la mirada atenta de Nora que parecía recorrer todo su cuerpo. Él tuvo que observar que no dejaba de mirar su pecho porque se cubrió de inmediato. Las costillas se le marcaban claramente y tenía varias cicatrices.

—No teníamos mucho alimento —susurró a modo de explicación.

—¿Quieres comer algo? Hay pan y queso que ha sobrado del mediodía. —William aceptó y, a los pocos segundos, Nora colocó un plato a su lado junto a una jarra de agua. Se sentó mientras cogía el plato y lo colocaba frente a él—. Ha debido de ser horrible.

William la observó de reojo y afirmó sin decir nada al respecto. Dio un bocado al queso y giró su cabeza para observarla.

—¿Cuántos días llevo durmiendo?

—Solo hoy.

William se quedó observándola fijamente y se colocó la manta de forma correcta, con movimientos incómodos.

—Ha sido horrible —acabó susurrando inmerso en sus pensamientos.

Nora llevó su mano hasta la de él y se la cogió haciendo que él volviese la mirada hacia ella. Con la luz del junco sus ojos habían adquirido un tono más verdoso, lo cual contrastaba bastante con la blancura de su piel y su pelo negro.

Se acercó un poco más a él y paseó su mirada por la vivienda, observando cómo su madre permanecía dormida en la pequeña cama, a pocos metros de ellos, con su respiración constante y adoptando aquella postura fetal hacia la pared que tomaba cada noche.

—Me da miedo preguntártelo —susurró con la mirada clavada en la espalda de su madre—, pero… mi padre…

William giró su cuello para observar en la misma dirección que

Nora. Shana parecía estar dormida.

Apretó un poco más su mano mientras su mirada recorría el rostro de ella. Se quedó pensativo unos segundos hasta que finalmente suspiró y se acercó pasando un brazo por su cintura y acercando sus labios a su oído, obviamente iba a revelarle algo que su madre no tenía por qué escuchar.

—Lo siento, Nora —susurró—. Te prometo que intenté protegerlo, pero no pude hacer nada.

Nora permaneció varios segundos estática, con la mirada clavada en su madre que dormía plácidamente, ajena a la conversación que estaban manteniendo. Notó cómo su corazón se partía en mil pedazos, cómo sus entrañas se rasgaban… y tuvo que ocultar su rostro en su hombro para reprimir el llanto.

William la abrazó más fuerte intentando consolarla, tal y como había hecho ella cuando él había llegado malherido.

—No se lo digas a mi madre, por favor —sollozó en su oído—. No creo que pudiese soportarlo.

—Shhh… —Pasó su mano por su cabello a modo de caricia mientras ella seguía llorando por la noticia que acababa de recibir. Se separó levemente, lo justo para observarla a los ojos y aceptó suavemente con su cabeza.

Pasó una mano por su mejilla y, finalmente, la dejó caer sobre la mesa, sin apartar la mirada de ella. Nora parecía tan vulnerable…, puede que él estuviese consumido por el hambre y que tuviese cicatrices por todo el cuerpo, pero en ese momento ella parecía más afligida que él. Sabía que la posición de ellas era mucho más delicada.

Ellas habían perdido al cabeza de familia, al hombre, y eso las dejaba en una situación más vulnerable incluso que la de él.

Permaneció en silencio varios minutos hasta que ella finalmente apretó los labios y reunió el valor necesario para mirarlo a los ojos.

—¿Qué ocurrió?

—Nora… —pronunció negando con su cabeza como si no quisiese relatarle aquello.

—Por favor —gimió de nuevo—, necesito saberlo.

William apartó la mirada de ella y suspiró. Se debatió durante unos segundos y luego la observó de reojo.

—Llegamos pocos días después de partir a Londres. —Se removió incómodo y volvió a echar la mirada hacia atrás, asegurándose de que Shana seguía dormida—. Seguimos a nuestro rey, Harold, hasta la colina de Senloc. Acampamos en unos lagos cercanos. Éramos muchísimos. Los huscarles, las tropas de élite, iban totalmente equipados, pero a nosotros, los *fyrdmen*, nos dieron simplemente alguna espada, una porra o un simple escudo. Tres días después nos desplegamos en la colina, por suerte, Harold conocía bien el terreno y

nosotros nos situamos en la parte alta de esta, haciendo que los normandos tuviesen que subir la colina, agotándolos así desde un principio. Recuerdo que —se detuvo y suspiró—, estuve todo el tiempo con tu padre. Primero se colocaron los arqueros y los ballesteros y detrás íbamos nosotros, así que la visión de lo que teníamos por delante y de lo que nos íbamos a encontrar no era muy buena. Lo único que sé es que en un determinado momento comenzamos a correr colina abajo —volvió a quedarse callado y finalmente fijó su mirada en Nora—. Estuvimos luchando más de un día entero, comenzamos a la salida del sol y la lucha acabó cuando había anochecido. —Suspiró y volvió su mirada al frente—. Durante largas horas perdí de vista a tu padre, nos habíamos mantenido unidos todo el rato, velando el uno por el otro, pero con los normandos sin dejar de atacar era difícil ir siempre por un mismo camino. —Tragó saliva y volvió a mirarla—. Algún normando lo hirió de muerte porque cuando finalmente di con él estaba tumbado sobre la hierba. —Se detuvo al ver que una lágrima resbalaba por la mejilla de ella —. Nora… yo…

Ella contuvo un puchero y se mordió el labio. Finalmente elevó la mirada hacia él.

—¿Murió solo?

William recorrió con su mirada todo su rostro y luego negó débilmente.

—No, estuve con él hasta su último aliento.

Ella afirmó mientras se limpiaba la lágrima de la mejilla.

—Me gusta saber que fue así —gimió en un susurro.

William sujetó su mano acercándose a ella.

—No murió solo —le susurró confirmando lo que había dicho—. Me quedé con él hasta el final. —Ella afirmó débilmente mientras notaba cómo él pasaba su brazo por encima de sus hombros tapándola con la manta—. Lo siento Nora, lo siento de veras. Te prometo que intenté protegerlo, que intenté por todos los medios que…

—William —le interrumpió—, lo sé, tranquilo, lo sé.

Él suspiró y acabó de abrazarla. Permaneció así varios minutos, apoyando su rostro en el cabello de ella, como si aquella explicación le hubiese dejado agotado, notando cómo ella temblaba entre sus brazos por lo que él acababa de narrarle.

—¿Por qué tardaste tanto en volver? —preguntó sin mirarlo, apoyada contra su hombro.

—Los normandos no dejaban de seguirnos. No quería conducirlos hasta aquí.

Ella se separó de inmediato de él y puso la espalda recta. Lo miró fijamente.

—¿Quién ganó la batalla? —preguntó asustada. William la miró

fijamente, obviamente la falta de respuesta reafirmaba el miedo que comenzaba a sentir—. ¿Los normandos se han hecho con el poder?

—No lo sé. Bordeamos toda la costa e hicimos el camino por el oeste para despistarlos. Algunas de las facciones que habían sobrevivido a la batalla los estaban intentando contener.

¿Los normandos iban a hacerse con la corona de Inglaterra? Aquello le asustaba. Venían a conquistarlos, a hacerse dueños de sus tierras y a esclavizarlos.

—No te preocupes —continuó él en un susurro, pasando una mano por su mejilla y obligándola a mirarle—. Mañana mismo hablaré con el señor del manor para prevenirle.

—No estás en condiciones de…

—Lo único que necesito es dormir y un poco de alimento.

Ella suspiró y se separó de él intimidada por su cercanía, por el calor que desprendía su piel desnuda pese al frío que hacía.

—Te he echado de menos —susurró William mirándola fijamente. Se quedó extasiado observándola hasta que finalmente reaccionó volviendo la mirada hacia Shana—. Acuéstate un rato, yo estoy bien.

Ella se mordió el labio.

—¿No vas a cenar más?

—Sí, ahora comeré un poco más.

Nora se separó de él con gestos tímidos y caminó hacia la cama junto a su madre, notando la atenta mirada de William a su espalda.

—Me alegro de que estés bien —pronunció antes de meterse en la cama junto a su madre. Él afirmó y, por primera vez, le dedicó una leve sonrisa mientras cogía un trozo de queso.

Cuatro días después, William había abandonado su vivienda y se había instalado en la suya. Nora se había sorprendido cuando lo había visto observar su hogar como si jamás lo hubiese visto. Realmente, la crueldad a la que había sido sometido durante el último mes había causado mella en él.

Le había ayudado a limpiar su hogar, obligándolo a que se sentase y a quedarse quieto, pues la inflamación de sus heridas había disminuido, aunque aún persistía.

—Tengo que hablar con el señor para heredar las tierras de labranza de mi padre —había pronunciado mientras veía barrer a Nora su hogar.

Eso no sería un problema, realmente no eran de su propiedad, sino del señor del manor. Simplemente le dejaba trabajarlas para poder pagar sus tributos para vivir en el manor y alimentarse. Sabía que gustosamente el señor le dejaría heredar aquellas tierras para labranza, pues sería otro tributo más que recibiría.

Las siguientes semanas William había mejorado. Su palidez ya no

era tan extrema y, aunque su cuerpo no había recuperado su forma original, había ganado algo de peso. Sabía que volvería a ser el mismo de antes, aquel chico alto, fuerte y de tierna sonrisa, pero que a nivel mental estaría marcado el resto de su vida.

Le había sorprendido varias veces mirando hacia el horizonte, paseando tranquilamente por sus tierras con la mirada perdida, como si no pudiese deshacerse de aquellos horribles recuerdos.

Durante aquellas semanas, William había comido y cenado con ellas cada día, pues no disponía de despensa y sus tierras aún tenían que ser labradas. Por suerte, el señor autorizó la herencia a las pocas semanas, pudiendo ya comenzar a trabajar la tierra.

Nora colocó su capa correctamente, tapándose la parte delantera con ella y observando que en el horizonte aparecían unas nubes oscuras que seguro que traerían lluvia. Cogió con su mano la pequeña cesta en la que había introducido un poco de queso y pan y caminó sobre la tierra seca de la parcela de William.

Él se encontraba a lo lejos, empujando la cuchilla de hierro sobre la tierra. Caminó lentamente hacia él hasta que se situó a pocos metros, quedándose quieta, observándole.

Había atado al caballo mediante una collera la cuchilla de hierro con la que araba.

William se pasó la manga larga de su túnica gris por su frente, secando las gotas brillantes que comenzaban a surgir en ella. Llevaba la túnica anudada con un cordón de cuerpo marrón a conjunto con los zapatos. Se giró y la miró asombrado, pues no esperaba visita en aquel momento.

—Hola —le sonrió sorprendido por encontrarla allí.

—Hola —pronunció acercándose al caballo y observando la collera que le había atado y con la que obviamente le era mucho más fácil arrastrar aquella cuchilla de hierro por un terreno desigual—. Qué ingenioso —pronunció agarrando la correa— ¿Cómo se te ha ocurrido?

Normalmente los campos los araban ellos mismos con una pala o bien arrastrando la cuchilla entre dos personas.

—En el camino de vuelta desde Londres vi que algunos campesinos usaban sus caballos para arar. Es mucho más fácil —respondió mientras avanzaba hasta el caballo situándose al lado de ella. Abrió la alforja y extrajo una bota de cuero, la llevó hasta sus labios y bebió el agua fresca. Le ofreció, pero ella declinó su oferta con un ligero movimiento de su cabeza.

—Has avanzado mucho estos últimos días —pronunció mirando a su alrededor.

—Necesito tener la tierra lista para el cultivo —explicó mientras volvía a guardar la bota en la alforja. Se cruzó de brazos y la miró

sonriente— ¿Qué llevas ahí?

—He cogido un poco de pan y queso, he pensado que podías tener hambre.

Se llevó la mano al estómago y sonrió tiernamente hacia ella.

—Después del enorme trozo de cerdo que tu madre ha preparado… —se quedó pensativo—, sí, sigo teniendo hambre —bromeó.

Ella rio y le tendió la cesta.

—¿Te has planteado recuperar todo el peso en poco más de un mes?

—Aún me queda mucho que ganar —siguió con la broma mientras miraba en el interior de la cesta—. Puedo permitirme comer todo lo que quiera, bueno, todo lo que me ofrezcas —acabó.

Ella se encogió de hombros mientras se colocaba un mechón de cabello tras su oreja.

—Nos vemos para la cena —dijo ya girándose para deshacer el camino.

—Espera —interrumpió la voz de William— ¿no te tomas un descanso? —preguntó acercándose a ella—. Aquí hay pan y queso para más de dos personas.

Ella dudó unos segundos.

—Tengo que ordeñar la vaca, necesitamos leche, estás agotando nuestras existencias de queso —bromeó.

William enarcó una ceja.

—No lo lamento, el queso de tu madre es el mejor de la zona, no me cansaría de comerlo —pronunció sonriente—. La vaca puede esperar. —La cogió del brazo y comenzó a desplazarla sobre la parcela de tierra arada, saltando sobre los surcos que se iban formando.

—Supongo que sí puedo tomarme un rato libre.

—La vaca no se va a mover de ahí, Nora —siguió con la broma—. Seguirá en el establo esperando ansiosa a que la ordeñes.

Caminaron hasta llegar a la parte trasera de la vivienda de William. Se sentaron sobre la hierba que crecía justo detrás, antes de comenzar con la tierra de labranza, y se apoyaron contra la pared.

—Parece que se acerca tormenta —comentó William mientras Nora extraía un trozo de queso y se lo entregaba junto a una hogaza de pan.

—Sí. —Se llevó un trozo de queso a la boca y luego señaló con un movimiento de cabeza hacia la tierra arada—. ¿Qué vas a sembrar?

William contempló la tierra y se giró hacia ella.

—Creo que plantaré trigo. Haré cosecha de invierno. —Luego señaló su parcela—. Es un suelo profundo y arcilloso. Necesito sembrarlo esta misma semana, la que viene como mucho, o se me pasará el tiempo de siembra y las heladas llegarán antes de que el

tallo esté lo suficientemente crecido como para resistir. —Sonrió hacia ella—. También he pensado comprar unas cuantas gallinas, cerdos, terneros… Tengo pensado ir la semana que viene al mercado. —Luego la señaló con la mano—. Podrías acompañarme.

Ella consideró la idea y se encogió de hombros.

—Supongo que nos iría bien comprar una gallina.

William sonrió mientras daba un bocado a su pan. Se quedaron en silencio, aun así, fue desviando la mirada levemente hacia ella, la cual mantenía la mirada fija en el horizonte mientras comía pequeños trozos de queso.

Se giró y lo observó. William tenía un brillo verdoso en sus ojos mientras la observaba que le hizo ponerse un poco nerviosa.

—Has llevado muy bien tu tierra de labranza —comentó.

—Era necesario. —Se giró y le sonrió—. El señor exige los tributos por vivir aquí… no importa las circunstancias en las que te encuentres.

—Ha debido de ser muy duro.

Ella se quedó pensativa y asintió.

—Me ha mantenido entretenida, igual que a mi madre.

William cogió otra hogaza de pan y arrancó un trozo llevándolo a la boca. Permanecieron varios minutos más comiendo en silencio.

—Será mejor que me vaya o mi madre se preocupará —pronunció poniéndose en pie.

William se puso de pie enseguida, desconcertado.

—Estás aquí al lado, no creo que se preocupe, puede verte desde la puerta si se asoma —pronunció con naturalidad.

Ella miró hacia su hogar y luego volvió la mirada hacia él.

—Ya —respondió con timidez.

William la miraba fijamente, confundido, pero finalmente asintió dando un paso hacia ella.

—Está bien, te acompaño a…

—No hace falta —dijo dando unos pasos hacia atrás, luego lo miró con una sonrisa nerviosa—. Está aquí al lado. —Apartó la mirada de él mientras se alejaba agarrando su vestido—. Nos vemos luego —alzó un poco más la voz mientras caminaba sobre la tierra intentando no caer.

—Claro —escuchó la voz de William.

Se giró un segundo para observar que él se mantenía estático observándola mientras se alejaba, con una mirada confundida y divertida.

Nora caminó con paso decidido y el corazón acelerado. No sabía a qué venía aquella reacción de su cuerpo. Si bien no estaba enamorada de William, sí que la cercanía del cuerpo de un chico joven la había puesto nerviosa. Aquel último mes había ido adquiriendo de nuevo la

corpulencia que siempre había tenido.

Intentó despejar su mente y fue hacia el establo para iniciar su tarea.

3

Nora se agachó y miró las gallinas enjauladas. Parecían estar en buen estado.

—¿Son ponedoras? —preguntó al hombre que presidía aquella parada en el mercado.

—Por supuesto que lo son —respondió ofendido por la pregunta.

Se vio desplazada cuando un hombre pasó a su lado, pero pudo recuperar el equilibrio. Se echó de nuevo la capucha sobre su cabeza, pues aquella semana el frío había entrado ya con fuerza.

Se giró un segundo para comprobar que William se encontraba negociando con otro hombre a unos metros, intentando conseguir un ternero a buen precio. Un poco más alejada, Mildred contemplaba las telas, ensimismada. Cuando había escuchado que iban a ir al mercado no había dudado un segundo en unirse, pues quería comprar una tela para hacerse un hermoso vestido.

—¿La va a comprar o no? —preguntó el vendedor de mala gana.

Ella volvió su mirada al frente y resopló.

En aquel mercado se podía encontrar de todo para comprar: verdura, carne, pescado, telas, utensilios, hierbas e incluso animales, aunque debía admitir que encontrarse rodeada de tanta gente que caminaba de un lado a otro sin cuidado la ponía nerviosa.

—De acuerdo, me la llevo.

Tras pagar lo necesario, el vendedor agarró la jaula con la gallina en su interior que no dejaba de cacarear y se la entregó.

Volvió a observar que William se encontraba en una acalorada discusión y Mildred parecía debatirse entre unas cuantas telas y conversar apasionadamente con el vendedor.

Sin duda, lo que estaba haciendo Mildred le divertía más que lo de William, así que se dirigió hacia ella.

Su amiga la cogió de la mano haciendo que casi se le cayese la

jaula al suelo y, cómo no, la gallina comenzó a cacarear más fuerte. Puso cara de fastidio y miró hacia donde Mildred le señalaba.

—Creo que la tela azul claro es bonita, ¿qué piensas?

El cacareo constante de aquella gallina la estaba alterando. La depositó en el suelo sin cuidado y atendió a lo que su amiga le explicaba.

—No sé si la azul o la amarilla —continuaba nerviosa.

En ese momento, una gota de lluvia cayó sobre ella. Automáticamente, buscó con la mirada a William, el cual aún se encontraba enfrascado en aquella acalorada negociación.

—No sé, decídete ya, va a comenzar a llover y aún hay que volver a casa.

Mildred dio unos saltos de impaciencia.

—Ay —se quejó—, no sé, no sé…

Nora miró las dos telas y señaló directamente una de ellas.

—La azul, hace juego con tus ojos.

La mirada de Mildred se iluminó con aquella respuesta, como si fuesen las palabras que necesitaba escuchar para decidirse. El vendedor comenzó a doblarla mientras convenía el precio con su amiga.

—¿Es tuya la gallina? —escuchó la voz de William a su espalda.

Se giró y observó que llevaba cogida en una mano la correa de su caballo y en la otra la correa con la que sujetaba a un pequeño ternero.

—Sí —dijo sonriente al ver que el ternero la observaba con aquellos grandes ojos—. Al final lo has conseguido.

William asintió sonriente mientras agarraba la jaula con la gallina y la ataba a la alforja del caballo.

—Y a muy buen precio —comentó orgulloso.

Sacó su capa marrón de la alforja y la colocó sobre sus hombros, luego miró hacia el cielo.

—Parece que va a comenzar a llover, ¿ya habéis acabado?

—Sí.

Mildred se unió a ellos con la tela doblada en su regazo, cubriéndola con su propia capa para que no se mojase.

—¿No tienes que comprar nada más? —preguntó Nora.

William miró a su alrededor.

—Quería comprar unas cuantas gallinas, pero creo que será otro día. Es mejor volver ya o el camino de vuelta será horrible.

Cuando llovía era difícil caminar por aquella zona, pues se embarraba y era frecuente ver caídas de la gente. Tuvieron que acelerar el paso, pues comenzaba a llover con más intensidad.

—¿Quieres que guarde la tela? —preguntó William a Mildred, la cual protegía la tela como si se tratase de oro bajo su capa.

—No, aquí no se moja, tranquilo —sonrió—. Voy a hacerme un vestido precioso.

Mildred comenzó a acelerar alejándose de ellos. William miró a Nora mientras se pasaba la mano sobre el cabello mojado, removiéndolo.

—¿No es muy fina esa capa? —preguntó acelerado—. ¿Tienes frío?

Nora se limitó a negar y comenzó a acelerar el paso al notar que la lluvia aumentaba su intensidad.

Los últimos metros los hicieron prácticamente corriendo. William llevaba en una sola mano las dos correas con las que sujetaba al caballo y al ternero, pero el ternero parecía no estar muy de acuerdo con seguir por aquel camino encharcado y tiraba de la correa hacia los prados.

—¡Dichoso ternero! —escuchó que gritaba William justo cuando ella llegaba a la puerta de su vivienda y abría.

Se giró para observar que William se encontraba unos metros por detrás manteniendo un forcejeo con el animal hasta que al final de un tirón logró que volviese al camino.

—Vamos William, ¿va a poder más un ternero que tú? —bromeó Nora desde debajo del marco de la puerta.

Pasó a su lado, totalmente empapado y con una sonrisa tirante en su rostro.

—No va a poder, y como siga molestando… —dijo girándose hacia el animal al notar otro tirón—, pienso cocinarlo hoy mismo.

Ella puso los ojos en blanco mientras observaba que Mildred ya giraba la esquina tomando rumbo a su hogar.

Observó la espalda empapada de William mientras se alejaba y no pudo evitar echarse a reír cuando el ternero volvió a tirar de él. El animal berreó sacándole la legua como si se burlase y, acto seguido, William se agachó cogiéndolo para colocarlo debajo de su brazo. Por lo visto, ya había tenido suficientes tirones y había optado por una medida drástica. Desde luego, cargarlo era la mejor opción si quería entrar rápido al establo. William se giró, miró a Nora y puso los ojos en blanco. Segundos después desapareció bajo el techado de su establo.

Nora entró mientras se quitaba la capa empapada. Su madre tenía el hogar encendido, cocinando un guiso. Se acercó mientras se palpaba el cabello, notándolo bastante mojado, y observó que su madre había echado en el guiso unos trozos de carne.

—Qué bien huele —dijo acercándose.

Su madre le sonrió y mezcló de nuevo el contenido con la cuchara de madera.

—¿Ha ido bien por el mercado?

—Sí —dijo cambiándose el vestido por otro de color marrón. Se pasó los dedos por el cabello mojado y colocó el vestido cerca de la chimenea para que se secase—. Mildred ha conseguido una tela para un nuevo vestido y William ha comprado un ternero. —Se colocó al lado de su madre acercando las manos al fuego, pues se había quedado helada.

Su madre la miró de arriba abajo y luego rebuscó por la vivienda.

—¿No ibas a comprar una gallina?

Ella abrió los ojos de forma exagerada.

—Ay, ¡la gallina! —exclamó mientras cogía de nuevo su capa y se la echaba por encima. Al momento notó frío, pues estaba totalmente empapada. Abrió la puerta y se encontró justo enfrente a William mostrándole la jaula con la gallina que no dejaba de cacarear— ¡Mi gallina! —Cogió la jaula sonriente.

—No sé si es peor tu gallina o mi ternero. El mío es un cabezota, pero la tuya no calla.

Nora comenzó a reír.

—Gracias por traerla.

—William, ¿has comido? —pregunto Shana desde el hogar.

—No, señora, aún no. Ahora iba a hacer algo de…

—No te quedes ahí, entra, te vas a poner empapado. Hay comida de sobra.

Nora se hizo a un lado para facilitarle el acceso con una sonrisa.

Shana se metió en la cama echándose la manta por encima mientras Nora acababa de cubrir la ventana con telas empapadas en resina, evitando así las corrientes de aire que transportaban la lluvia.

—No deja de llover —comentó su madre tapándose hasta la cabeza.

El clima se había vuelto húmedo y frío y desde hacía tres días no había dejado de llover, lo cual hacía que las horas de trabajo en el campo se redujesen. En esa época se limitaban a trabajar con los animales del establo.

—Sí, a ver mañana si hay suerte y para —comentó metiéndose al lado de su madre y abrazándose a ella.

La cama estaba helada hasta que no acogía y filtraba el calor de los cuerpos. Observó el vaho que salía de su boca durante unos segundos y escuchó el sonido del trueno a lo lejos.

Una vez entró en calor se giró separándose de su madre, la cual había adquirido aquella respiración acompasada y tranquila, síntoma de que había caído rendida.

Pasó un buen rato observando cómo el interior de su hogar se iluminaba por los relámpagos y vibraba cuando el sonido del trueno llegaba hasta ellos. Nunca le habían gustado las tormentas, si bien el

hecho de contar con la presencia de su madre allí la calmaba.

Cerró los ojos intentando dormirse antes de que un nuevo trueno la sobresaltase cuando notó una gota de lluvia resbalar por su frente. Abrió los ojos y se secó, ¿una gota de agua?

Se giró mirando hacia el techo de paja y otra gota cayó en su frente.

—No, no —gimió incorporándose en la cama.

Se levantó y fue hacia la mesa donde se encontraba el último junco que habían usado. Lo prendió y elevó su brazo hacia arriba. En un determinado punto del techo, justo encima de su cama, la paja se había oscurecido. Tantos días de lluvia habían calado la paja y ahora tenía una hermosa gotera justo donde ella dormía.

Fue hacia la cama y despertó de inmediato a su madre.

—Mamá, mamá —susurró.

Shana se giró hacia ella con los ojos entornados.

—¿Ocurre algo? —preguntó incorporándose en la cama.

—Tenemos una gotera.

Volvió a elevar el junco hacia el techo para mostrársela.

Su madre observó, puso cara de fastidio, chasqueó la lengua y se levantó de inmediato. Esperó mirando hacia arriba mientras su madre se ponía los zapatos.

—Hay que mover la cama —ordenó su madre desplazándose a un lateral—, si no quedará empapada.

Nora depositó el junco en un cuenco de la mesa y agarró la cama por el otro lado.

—¿Dónde la dejamos?

—¿Qué más da? —pronunció su madre—. Lo importante es que no se moje más o nos quedaremos sin colchón. Las plumas son muy caras.

Elevaron a duras penas el tablón de madera y lo desplazaron unos metros hacia el centro de la estancia, justo al lado de la mesa. Ahí parecía que no se filtraba el agua.

—Mira a ver si se está filtrando por algún sitio más —dijo su madre mientras cogía una jarra y la situaba donde las gotas iban cayendo sobre el suelo de tierra.

Nora recorrió su vivienda mirando hacia arriba, observando todo el tejado. Parecía que el resto estaba en buen estado, pero si no dejaba de llover tendrían que acabar sustituyendo aquella parte o se pudriría.

—Parece que el resto está bien.

—Tuvimos que haberlo reforzado —comentó su madre mirando también el techo, asegurándose de que en realidad el resto parecía seco.

—Ahora ya no importa. Mañana avisaré para que…

No pudo acabar la frase. Lo único de lo que tuvo tiempo fue de

coger a su madre por el hombro y apartarla justo antes de que un trozo de tejado, justo donde la paja estaba húmeda, se precipitase al interior de la vivienda. Cayó con un gran estruendo, fruto del peso de haber estado absorbiendo la lluvia de aquellos últimos días.

Se quedó unos segundos petrificada, comprendiendo la suerte que había tenido de levantarse de la cama. Si toda aquella paja hubiese caído sobre ella se podría haber hecho mucho daño.

—¡Mamá! —gritó aún sujetando a su madre por los hombros y observando que la lluvia entraba por el agujero mojando todo el suelo de tierra—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, cariño —dijo dando una palmadita en su mano para que la soltase.

Su madre se quedó paralizada observando el destrozo, al menos habían conseguido salvar la cama.

Nora cogió el junco que había depositado sobre la mesa y alumbró primero el montón de paja que había sobre el suelo y, posteriormente, el enorme boquete de su techo, donde en aquel momento un relámpago atravesó el cielo cegándola durante unos segundos.

Le dio el junco a su madre y fue al lado de la chimenea observando las pieles que tenían y con las que a veces enmoquetaban el suelo para no pasar tanto frío.

—¿Qué vas a hacer?

—Hay que tapar el agujero o acabará filtrándose más agua y pudriendo todo el techo.

Cogió unas cuantas pieles y se puso la capa. Se colocó los zapatos y cargó las pieles bajo su brazo.

—¿Cómo vas a taparlo?

—Pondré las pieles en el agujero, así al menos el agua no se filtrará.

Fue hacia la puerta y la abrió. Lo que encontró a continuación la hizo gemir. Una corriente de agua bajaba por su puerta. No era muy alta, pero lo suficiente como para estar unos centímetros por debajo de donde comenzaba su vivienda. Si seguía lloviendo con esa intensidad acabarían sufriendo una inundación.

—Espera, es peligroso.

Nora echó la capucha sobre su cabeza con la mirada decidida.

—Hay que hacer algo o perderemos nuestra casa.

Dicho esto, y sin esperar a recibir respuesta de su madre, comenzó a caminar por la calle rodeando la vivienda y sintiendo cómo sus pies se empapaban. Hacía frío, mucho frío. Observó cómo el vaho salía de su boca. Lo extraño era que no nevase, con aquella temperatura lo normal sería que amaneciese con todos los campos blancos.

Fue hasta el lateral de la vivienda, depositó las pieles en la ventana y, posteriormente, se subió a ella.

—Cuidado, hija —escuchó que decía su madre asomándose por la esquina.

—Por favor, mamá, haz el favor de meterte en casa, te vas a quedar helada —pronunció molesta. Acto seguido, pasó las pieles al tejado, depositándolas sobre él.

Era una chica fuerte, sus duros años de trabajo en el campo le habían hecho coger fuerza. Se agarró al tejado y tomando todo el impulso posible hizo fuerza con los brazos para elevarse. De acuerdo, quizá no tuviese tanta fuerza como pensaba. Gimió y tuvo que apoyar los pies en la ventana al no ser capaz de subir su propio peso.

Se giró y observó que su madre seguía vigilándola desde la esquina.

—Mamá, vete. Me pones nerviosa.

Su madre no dijo nada, simplemente negó con su cabeza, gesto que hizo que Nora pusiese los ojos en blanco mientras se sujetaba de nuevo al tejado.

Respiró hondo varias veces y se dio impulso hacia arriba. Rugió mientras se elevaba hasta la cintura y conseguía apoyar su pecho sobre la paja del techo.

—Madre mía —sollozó al notar que no tenía ningún sitio donde apoyar los pies. Se sujetó con fuerza, consciente de que si se soltaba caería sobre la tierra dándose un fuerte golpe. Hizo fuerzas de nuevo y logró subir una pierna. Finalmente, logró tumbarse sobre el tejado. Cerró los ojos unos segundos mientras gemía e intentaba normalizar su respiración y se incorporó de inmediato, consciente de que su propio peso era un peligro. Si el techo ya se encontraba en mal estado por la lluvia, lo que menos necesitaba era añadir el peso de su cuerpo a ese techo inestable.

Cogió las pieles y se arrastró lentamente por el tejado. Iba a colocar la primera piel sobre un trozo del agujero cuando escuchó un murmullo. Se giró, pero no pudo ver nada.

Lo mejor era acabar con esto lo antes posible y volver a refugiarse en su hogar, pues notaba que comenzaban a tensársele todos los músculos de su cuerpo por el frío.

Iba justo a tapar otro trozo del agujero cuando el rostro de William apareció a través de este.

—¿Se puede saber qué estás haciendo ahí arriba? —preguntó desde el interior de su vivienda con su cuello elevado hacia el cielo.

—¿Tú qué crees? ¿O es que acaso no ves el agujero del techo? —logró preguntar con gran esfuerzo, pues sus labios temblaban continuamente.

—Baja de ahí antes de que te hagas daño —acompañó la frase con

un movimiento de su brazo indicando el suelo, como si fuese una orden.

—Tengo que tapar este agujero.

—Con esas pieles no vas a conseguir nada. No soportarán el peso del agua. Hay que poner paja nueva. —Desapareció de su vista de repente.

Nora resopló. De acuerdo, no había pensado en ello, tenía toda la razón, estaba claro que las pieles acabarían filtrando la lluvia o bien cediendo al peso. Hubiese servido para contener una lluvia ligera, pero no para la gran tormenta que los azotaba.

Se removió incómoda sin saber qué hacer para mitigar los desperfectos que estaba ocasionando la tormenta en su vivienda hasta que la cabeza de William apareció sobre el tejado.

Lo observó unos segundos sorprendida hasta que William tendió su mano hacia ella.

—Vamos, muévete con cuidado. —Ella resopló cuando lo vio—. ¿Nadie te ha enseñado un poco de cordura? Puede ceder la otra parte del techo. —Estiró más su brazo para coger su mano y comenzó a atraerla hacia él—. Vamos, despacio, no hagas movimientos bruscos.

—Así me pones nerviosa —susurró.

—¿A quién se le ocurre? —preguntó cuando logró pasar su brazo por su hombro. Nora se abrazó a él, asustada al comprender lo que podía ocurrir. —Vamos, sujétate a mí.

Se abrazó fuerte a sus hombros mientras él desplazaba su mano hacia su cintura para sujetarla.

—No te sueltes.

Nora se dejó caer mientras William la sujetaba y, con un pequeño gruñido, la colocó sobre el marco de la ventana por donde había subido al tejado y donde se encontraba William en aquel momento.

Nora aún permanecía sujeta a sus hombros con fuerza para no caer. Ni siquiera fue consciente de la proximidad de sus cuerpos hasta que elevó lentamente su mirada y se encontró con sus ojos a pocos centímetros. La contemplaban fijamente, paseando su mirada por todo su rostro.

Se quedó sorprendida ante aquella cercanía, jamás había estado tan cerca de un hombre. Su padre la había abrazado infinidad de veces, pero no era lo mismo, y William poseía una mirada diferente, una mirada que en aquel momento le hizo olvidar el frío que la calaba hasta los huesos.

—Loca —susurró sacándola de su ensoñamiento—. ¿Es que quieres matarte?

Ella se distanció soltándose de sus hombros con movimientos tímidos y se sentó sobre la ventana para bajar al suelo. William saltó a su lado y la cogió del brazo para ayudarla a caminar sobre el barro sin

resbalar.

—Hay que hacer algo con el techo —comentó William mirando hacia arriba.

—Ahora no se puede hacer nada, ¿no te das cuenta de la tormenta? —preguntó ella aún sujeta por William, girando la esquina. Miró a ambos lados cuando se dio cuenta de que no se dirigían a su vivienda, sino que seguían caminando por la calle rumbo a la casa de William—. Espera, ¿y mi madre?

—Está en mi casa. La he mandado a que encendiese el fuego, tienes que calentarte, estás helada.

—No, no, espera —pronunció intentando soltarse de la mano de él, aunque no lo consiguió—. El techo, William, tenemos que arreglarlo.

—Mañana lo arreglaremos, cuando haya luz. Ahora es una locura. —Volvió a negar mientras llegaban a su hogar—. Aún no puedo creer que se te haya ocurrido subirte al techo con la que está cayendo —volvió a reñirla.

—Bueno, no lo había pensado —gritó nerviosa—. Lo único que quería era que dejase de entrar agua.

William no respondió. Abrió la puerta de su hogar y ambos entraron precipitadamente.

Su madre había encendido la chimenea y se encontraba a su lado, sentada sobre un taburete.

—Nora —susurró acercándose rápidamente a ella y comenzando a frotar sus brazos al ver su temblor.

No se había dado cuenta hasta ahora, pero estaba pálida por el frío, tenía los músculos engarrotados y todo su cuerpo temblaba.

—Tran… Tranquila, mamá, estoy bien. Es solo… solo frío.

Notó cómo William colocaba una manta sobre sus hombros y la empujaba hacia el fuego sentándola en un taburete.

Se colocó frente a ella y se aseguró de que estaba bien tapada con la manta, luego comenzó a frotar sus brazos para hacerla entrar en calor.

Su madre se colocó a su lado moviendo el fuego para que se oxigenase y crease una llama más viva.

—¿Mejor? —preguntó William sin dejar de frotarla un segundo. Ella no dijo nada, simplemente se limitó a afirmar mientras se encogía más intentando que su cuerpo dejase de temblar—. Shana, calienta un poco de agua, haremos unas hierbas para que las tome, entrará en calor más rápido.

Su madre cogió un tazón, lo llenó de agua y lo colocó sobre la rejilla del fuego.

En aquel momento, unos golpes aporrearon la puerta.

Shana fue hacia ella mientras echaba miradas furtivas a su hija,

preocupada.

Nora pudo reconocer al padre de Mildred. Por lo que pudo entender, había escuchado el estruendo del techo al caer y venía a ver si podía ayudar en algo.

Nora giró su cabeza y se encontró con los ojos de William observándola fijamente, tan próximo, sin dejar de frotar sus brazos y tapándola en todo momento cuando la manta se desplazaba hacia abajo.

—No te preocupes, mañana os ayudaré con el tejado —indicó William.

Ella suspiró y se tapó la boca con la manta intentando dar algo de calor a sus manos, frotándolas repetidas veces.

—Tendremos que ir a comprar paja.

—Tengo paja de sobra en el establo. Mi padre fue muy previsor.

Ella chasqueó la lengua.

—No podemos aceptar esa paja.

—¿Por qué no? ¿No he aceptado yo toda la comida que me habéis dado? —La miró con ternura y una sonrisa dulce inundó su rostro—. Además, te lo debo —susurró—. Fuiste la única que me cuidaste cuando llegué malherido.

—No digas tonterías —respondió mirando hacia su madre que en ese momento relataba al padre de Mildred cómo había caído el techo y cómo había estado a punto de aplastarlas.

Volvió a frotarse las manos con fuerza.

—¿Sigues teniendo frío? —preguntó

—Sí, me ha calado. Tengo la ropa empapada.

—Deberías quitarte el vestido —respondió con naturalidad, aunque un cierto sonrojo comenzó a apoderarse de sus mejillas cuando Nora inclinó una ceja en su dirección.

Desvió la mirada y se levantó de inmediato con movimientos nerviosos, dirigiéndose a un lateral donde tenía varias mantas más.

Fue hasta ella y le tendió otra manta.

—Toma —dijo pasándosela—. Supongo que no necesitas ayuda con el vestido, ¿verdad?

—Ella puso los ojos en blanco—. Lo digo en serio, ¿necesitas ayuda o no? —insistió con un tono más serio.

Esta vez fue ella la que notó el rubor surgir en sus mejillas, así que se limitó a susurrar un simple “no”.

Se puso en pie y se digirió al otro extremo de la casa mientras William se daba la vuelta y daba unos pasos hacia Shana y el padre de Mildred, los cuales se encontraban hablando en la puerta.

Nora no perdió en contacto visual con la espalda de William, el cual se mantenía con las manos en su cintura, cubriendo en parte su imagen por si el padre de Mildred decidía entrar un poco más en su

hogar. Se quitó el vestido dejándolo caer sobre el suelo y se enrolló la manta al cuerpo. A continuación, se echó la otra por encima.

Sí, quitarse la ropa mojada aliviaba bastante, ya no era lo mismo, ahora confiaba en que al estar varios minutos frente al fuego lograría una temperatura corporal suficiente como para dejar de temblar.

Cogió el vestido que había dejado sobre el suelo y se dirigió al taburete mientras con la otra mano se cubría los hombros.

—Trae —dijo William colocándose a su lado. Cogió su vestido y lo situó al lado del fuego—. Se secará rápido y podrás volver a ponértelo. —Automáticamente volvió a agarrarla de los hombros y comenzó a frotar—. Al menos así te calentarás antes. —Ella afirmó y apartó la mirada de él observando el baile de las llamas durante unos segundos—. Pero, Nora —siguió apretando un poco más sus hombros para captar su atención—, no vuelvas a hacer algo así, si tenéis algún problema de ese estilo llamadme, sea la hora que sea.

Ella se mordió el labio y, finalmente, aceptó.

—Lo tendré en cuenta —le sonrió agradecida.

William sonrió y negó como si aún le sorprendiese que hubiese podido hacer una estupidez así.

—Voy a prepararte algo para que entres en calor.

William vertió unas cuantas hierbas y las mezcló con la cuchara, se giró y observó a Nora contemplar el fuego, ensimismada. Su cabello castaño claro estaba oscurecido por la humedad, pero sus ojos color miel brillaban con el reflejo del fuego, incluso parecía detectar alguna tonalidad verdosa en su iris. Su piel parecía suave al tacto. Era hermosa, realmente hermosa, se había convertido en toda una mujer, aunque algo inconsciente y con la percepción del peligro bastante difuminada.

—¿Ya está hecha? —preguntó Nora al ver que William la removía una y otra vez inmerso en sus pensamientos.

—Sí, toma. Bébela con cuidado, quema bastante.

Ella aceptó y sujetó el tarro entre sus manos cerrando los ojos por el placer que brindaba el calor del barro en sus dedos.

Tomó la infusión lentamente mientras escuchaba cómo su madre se despedía y cerraba la puerta.

—Se ha ofrecido a ayudarnos mañana para reparar el techo.

—Tengo paja de sobra en el establo que podemos usar —añadió William.

Shana le sonrió de forma cariñosa.

—Muchas gracias, ¿te encuentras mejor? —preguntó colocando una mano sobre el hombro de su hija.

Ella afirmó con una sonrisa.

—Sí, entre el calor del fuego y las hierbas ya estoy mucho mejor.

William se levantó y fue hacia la ventana observando la intensa

tormenta.

—Podéis pasar la noche aquí. Usad mi cama.

—¿Y tú? —preguntó Nora rápidamente.

—He dormido en sitios peores —le sonrió—. No te preocupes.

4

Los días siguientes habían sido horribles. La tormenta había durado cuatro días más, por lo que no habían podido volver a su hogar hasta el momento. No era solo la reparación del tejado, sino todos los desperfectos ocasionados en el interior de la vivienda lo que preocupaba a Nora y a su madre.

La mayor parte del suelo estaba inundado y los pocos muebles que tenían los habían tenido que sacar al sol para que se secasen. Aun así, no era seguro que la madera no fuese a pudrirse.

Tras poder volver a su hogar y que el sol luciese en el cielo, el padre de Mildred y William habían iniciado las labores necesarias para arreglar el tejado mientras ellas intentaban hacer de aquel lugar embarrado su hogar. Por suerte, el colchón de plumas no se había mojado demasiado, aunque sí humedecido. Estaba segura de que tras un día entero al sol se secaría.

Volvió a bajar la ladera con el cubo de madera cogido a su mano y se reclinó sobre el río que había aumentado su caudal considerablemente tras las lluvias.

No estaba nublado, pero el sol apenas calentaba y el frío era espantoso. El viento hacía mover las ramas de los árboles de un lado a otro. Al menos, aquel viento no era tan fuerte como para dificultar la labor de reparación del tejado.

Subió con esfuerzo la ladera y depositó el cubo sobre la tierra doblando la espalda. Se colocó correctamente la capucha y observó que Mildred se encontraba al otro lado de la calle con otra muchacha del poblado, Eda, unos años más joven que ella.

Mildred se giró hacia ella y la saludó con la mano, al momento se despidió de Eda y caminó hacia ella.

Nora aprovechó para observar hacia atrás, donde el padre de su amiga y William se encontraban en la parte alta del tejado,

reforzándolo con alguna viga de madera que se había roto y colocando grandes cantidades de paja.

—¿Cómo va el arreglo de tu casa? —preguntó Mildred llegando hasta ella.

Nora le sonrió y cogió el cubo de agua.

—Ya tenemos casi toda la casa limpia. —Se giró y comenzó a caminar hacia su vivienda en compañía de su amiga—. Tenemos mucho que agradecer a tu padre.

—Y a William —puntualizó su amiga mientras lo observaba coger la paja para luego ir esparciéndola sobre el tejano.

—Sí, os estáis portando muy bien con nosotras. —Llegaron hasta la puerta de la vivienda y volvió a soltar el cubo. Su madre estaba volviendo a fregar algunos platos de cerámica que habían quedado totalmente embarrados—. Y a ti —dijo volviéndose hacia su amiga—. Nos ayudaste mucho con el suelo.

Ella se encogió de hombros e hizo un gesto para quitarle importancia al asunto.

—Mamá, ya he subido otro cubo —dijo introduciéndolo en la vivienda. Su madre se encontraba agachada al lado del fuego, enfrascada fregando en otro cubo de madera.

Echó la vista arriba observando que el agujero se había reducido considerablemente. Con suerte, ese mismo día acabarían el tejado y podrían volver a su hogar.

A través del pequeño agujero observó cómo William esparcía la paja sobre él. Durante un segundo coincidió la mirada con ella y le sonrió.

—Oye —interrumpió Mildred, lo que hizo que Nora se obligase a mirarla—. Estos días he avanzado bastante con el vestido. ¿Podrías venir a ayudarme esta tarde? Necesito que me tomes unas medidas por detrás.

Nora miró a su madre pidiéndole permiso.

—Claro —contestó su madre sonriente—. De todas formas… ya no hay mucho que hacer —dijo observando su hogar, ya todo limpio —. Lo único que queda es el tejado.

Nora aceptó hacia su amiga.

—De acuerdo, iré cuando acabe con los animales.

—Perfecto. —Dio unos pasos hacia Shana, acercándose—. Shana, ¿necesitas que te ayude con algo?

—No, no, tranquila. Ve a arreglar ese bonito vestido. Ya tengo ganas de verlo acabado —pronunció sonriente.

Tras despedirse, Shana se puso a hacer la comida y Nora fue al establo para vigilar a los animales.

Los nueve lechones habían crecido considerablemente y permanecían tumbados en una esquina del pequeño corral.

Abrió la verja y entró digiriéndose a un lateral donde se encontraba la gallina que había comprado hacía unas semanas en el mercado. En cuanto se acercó, esta comenzó a cacarear.

—Oh, cállate —le susurró—. Eres una gallina muy pesada. —La desplazó levemente para observar si había puesto algún huevo—. Nada, ni uno. ¿Tú no eras una gallina ponedora? —le preguntó irritada.

La gallina comenzó a cacarear desquiciada. Nora puso los ojos en blanco y la soltó dirigiéndose hacia el barril donde guardaban toda la comida de los cerdos.

Abrió el barril y al momento todos los cerdos la rodearon gruñendo.

—Ya va, ya va —pronunció cogiendo con un cuenco el alimento. Lo llenó repetidas veces y arrojó su contenido en un pequeño pesebre al que todos acudieron empujándose los unos a los otros.

Justo se giró cuando observó que William permanecía apoyado contra la zanja, de brazos cruzados y muy sonriente.

—Tú siempre en tan buena compañía —bromeó este.

Nora rio y depositó el cuenco en el barril, cerrándolo. La gallina comenzó a cacarear de nuevo mientras pasaba por su lado, pero la ignoró mientras se acercaba a su amigo.

Salió del pequeño establo y observó que William tenía unas briznas de paja por el pelo. Una sonrisa pícara inundó su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó enarcando una ceja hacia ella.

Ella señaló hacia su cabello negro.

—Estás lleno de paja.

William se llevó la mano al cabello y lo sacudió haciendo que la paja saliese disparada.

—Voy a tener que darme un baño —pronunció mientras se sacudía también la túnica haciendo que una nube de polvo surgiese de su ropa.

—Creo que es lo que más te conviene —apuntó divertida mientras se apoyaba contra la zanja— ¿Ya habéis acabado con el tejado?

—Ya falta poco. Esta tarde lo acabaremos y ya podréis volver —indicó mientras volvía a apoyarse contra la zanja.

—Bien, así dejaremos de molestarte.

—Vosotras no me molestáis, ya lo sabéis.

Ella se mordió el labio y asintió mientras se giraba para observar cómo los cerdos se alejaban del pesebre tras devorar la comida.

—Muchas gracias, por todo.

Él no dijo nada, simplemente contempló su perfil.

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Nora se giró de nuevo hacia él y se encogió de hombros.

—Voy a ayudar a Mildred con unas medidas del vestido.

—Ah, sí —pronunció divertido mientras se cruzaba de brazos—. El misterioso vestido. —La miró pensativo—. A ti nunca te he visto coser.

Ella alzó sus dos cejas.

—Disfruto más cocinando —reconoció ella encogiéndose de hombros.

William se separó de la zanja y se acercó de nuevo a ella, ladeó su cabeza y le hizo un gesto gracioso.

—Voy a darme un baño. Creo que tengo la mitad de tu tejado por todo el cuerpo. Comenzó a sacudirse de nuevo. Nora agitó sus manos ante él.

—Deja de hacer eso. Me vas a llenar de paja a mí también —rio mientras daba unos pasos hacia atrás. Se dio media vuelta y lo saludó con la mano mientras se dirigía a su hogar, donde Shana, su madre, aún estaría recogiendo—. Nos vemos luego.

William se despidió con un movimiento de su mano mientras se dirigía a su casa.

Shana estaba acabando de organizar la vivienda. De nuevo volvían a tener su hogar en perfectas condiciones. El agujero del techo se había reducido considerablemente y con suerte estaría acabado ese mismo día. Había estado cómoda en la casa de William, pero le sabía mal ocupar la cama de él junto a su madre y verlo dormir a él en el suelo, sobre unas pieles.

Sabía que él se había ofrecido voluntario, que lo hacía encantado, pero tampoco era justo para él que durmiese sobre el suelo frío. Cuando se había levantado aquellos últimos días lo había visto estirar la espalda varias veces, como si estuviese dolorido, pero ninguna queja había salido de sus labios respecto a ese tema.

—Ya he dado de comer a los animales. —Cogió unos cuencos de barro y los acercó a la repisa que tenían al lado de la chimenea—. Esa estúpida gallina no pone huevos.

Su madre se giró un segundo hacia ella y chasqueó la lengua.

—Ya pondrá. Quizás aún tiene que madurar.

—El vendedor me dijo que era ponedora —respondió mosqueada.

Escuchó el suspiro de su madre y observó cómo se levantaba para depositar los platos en la repisa. Miró alrededor y luego una sonrisa inundó su rostro.

—Bueno, esto ya parece otra cosa —comentó orgullosa mientras miraba a su alrededor.

Nora correspondió a su sonrisa.

—Sí. —Ambas desviaron la mirada hacia el techo cuando el padre de Mildred volvió a cubrir otro trozo del agujero con más paja, reduciéndolo así más aún. Miró hacia su madre y se acercó para besarla en la mejilla—. Voy a ayudar un rato a Mildred con el vestido,

no tardaré mucho.

—Perfecto —dijo acariciando su hombro y cogiendo de nuevo la escoba, pues de vez en cuando alguna brizna de paja del techo caía sobre el suelo.

En cuanto salió de la vivienda se puso de nuevo la capucha. El frío realmente calaba hasta los huesos. No le gustaba aquel clima, ella prefería el verano, cuando podía vestir con los vestidos de manga corta y con una tela más fina que ella misma confeccionaba. En ese momento, vestía con un vestido fino, otro más gordo de lana encima y la capa con la capucha. Iba más o menos abrigada, pero la temperatura era excesivamente baja.

Caminó sujetando su capucha para que no saliese hacia atrás por una corriente de aire y pasó al lado de la vivienda de William, a pocos pasos de la suya. Mantenía la ventana abierta.

No pudo evitar detenerse unos segundos. William permanecía ante el fuego encendido. Se había quitado la parte de arriba de la túnica y podía observar toda su espalda desnuda. El movimiento de sus músculos al frotarse el pecho con un trapo empapado en agua la hizo detenerse.

Su cuerpo había vuelto a aumentar de tamaño y volvía a ser el mismo chico de siempre, aquel chico alto y de cuerpo fuerte, con músculos ejercitados por años de duro trabajo en el campo.

Se quedó paralizada observando cómo sumergía el trapo en el cubo y volvía a pasarlo por su pecho.

Tragó saliva y se obligó a apartar la mirada de él mientras avanzaba, notando cierto sonrojo en sus mejillas. No debía espiar a escondidas, más aún cuando él permanecía medio desnudo ajeno al hecho de que estaba siendo observado.

Giró la calle notando cómo su corazón había aumentado sus latidos ante aquella visión y se obligó a apartar aquellos pensamientos de su mente.

Cuando llegó, Mildred la estaba esperando con una gran sonrisa.

—Al fin —comentó mientras abría más la puerta para dejarla pasar—. Ya estaba poniéndome nerviosa.

Había pasado un par de horas en compañía de Mildred. Cuando acabasen su vestido harían uno para Nora con una tela parecida.

Volvió a su hogar y cenó junto a su madre mientras le explicaba los nuevos diseños que habían confeccionado.

Posteriormente se acostaron y, a los pocos minutos, volvió a notar la respiración tranquila de su madre. Subió la manta hasta sus orejas y se hizo un ovillo intentando entrar en calor. Pasó bastante rato dando vueltas en la cama, intentando dormirse, pero no podía.

La última conversación que había mantenido con Mildred en la

que le había revelado que su padre había muerto la había sumido en un estado de tristeza y dolor constante. Fue como si en ese momento, tras pronunciar aquellas palabras en voz alta, todo cobrase sentido y se hiciese más real. Su padre ya nunca regresaría, jamás volvería a verlo ni a abrazarlo, jamás volvería a reír con una de sus bromas.

Él había sido un hombre afectuoso. Había amado a su madre con todo su corazón y la había tratado con dulzura, había sido un padre atento y cariñoso, siempre velando por el bienestar de ambas. Ya no podría despedirse de él, no podría decirle que había sido un buen hombre y, sobre todo, un buen padre.

Notó cómo una lágrima resbalaba por su mejilla y tuvo que llevarse la mano a sus labios para contener un gemido de desesperación. Sorbió un par de veces por la nariz, consciente de que su madre dormía y, finalmente, decidió levantarse de la cama.

Se puso los zapatos de piel, se echó la capa por encima y salió con cuidado de la vivienda haciendo el menor ruido posible.

El aire helado agitó su cabello hacia atrás. Se tapó el cuerpo entero con la capa y subió su capucha.

Se distanció de la vivienda caminando a paso lento, observando el cielo estrellado y la resplandeciente luna sobre el frondoso bosque, al final del camino.

Llevó sus manos hasta su rostro y lo cubrió dando rienda suelta a todas las emociones que había acumulado aquella última hora en la cama y de las que no quería que su madre fuese consciente.

Gimió repetidas veces hasta que llegó al final del camino. Suspiró y apoyó su espalda contra un árbol mientras su pecho subía y bajaba agitado sin poder ya controlar el llanto.

Fue dejándose caer hasta el suelo y apoyó su cabeza sobre sus rodillas mientras las lágrimas descendían desde sus ojos hasta su barbilla.

Necesitaba desahogarse para coger fuerzas de nuevo, extraer todo aquel dolor para seguir con su vida normal, aunque le costase.

Se secó las lágrimas cuando algo la alertó. Se puso en pie rápidamente agarrándose al árbol al escuchar unos pasos por detrás de ella.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Nora?

—¿William? —preguntó sorprendida.

William caminaba directamente hacia ella, a pocos metros. Llevaba su capa negra con su capucha subida, no lo hubiese reconocido si no hubiese sido por su voz.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó al llegar hasta ella.

—¿Qué estás haciendo tú?

William se situó justo enfrente, a pocos centímetros de ella, e

inclinó una ceja.

—Te he visto salir de tu casa.

—¿No estabas durmiendo?

—No.

—¿Y me has seguido? —volvió a preguntar sorprendida.

Él sonrió de nuevo y se cruzó de brazos.

—Eres un poco temeraria. He preferido saber qué hacías.

Ella puso cara de disgusto.

—Ya, ¿ahora te dedicas a seguir a jovencitas por la noche?

William puso los ojos como platos.

—A jovencitas no, a ti. Sé que te gusta meterte en líos.

Nora chasqueó la lengua.

—Ya te dije que me había equivocado con lo del tejado, que no debería haber subido —pronunció dirigiéndose de nuevo hacia el árbol y sentándose en el suelo.

William suspiró y la observó sentarse abatida sobre el suelo, con gesto cansado. Permaneció un par de segundos estático, observándola, no muy seguro de qué hacer. Finalmente, fue hacia ella y se sentó a su lado, manteniéndose en silencio.

Nora pareció sentirse incómoda por su cercanía, por su interrupción, pero finalmente giró su cabeza hacia él. William se mantenía callado, observando el cielo estrellado sin pronunciar nada, como si disfrutase de aquella visión. Tragó saliva y apartó la mirada de él.

—No podía dormir —admitió en un susurró mientras arrancaba un tallo de hierba y jugueteaba con él entre sus dedos—. No paro de recordar a mi padre y… —se calló durante unos segundos—, no quería que mi madre me viese así.

William la observó fijamente, con la mirada triste al comprender que había salido a llorar en secreto para que su madre no se diese cuenta. Automáticamente, William llevó su mano hasta la de ella y se la cogió.

—No estás sola, Nora —susurró.

Ella lo miró de reojo, intimidada por lo que estaba haciendo.

—Ya lo sé. Tengo a mi madre, pero… mi padre… es difícil seguir sin él y ver a mi madre sola.

—No me refería a eso —la interrumpió—. Me refería a… a que me tienes a mí —pronunció con más convicción en la voz—, para todo lo que necesitéis. Siempre lo has sabido, Nora. —Desvió la mirada de ella observando de nuevo el cielo—. Sé que lo de tu padre es muy duro, pero él murió intentando poneros a salvo, intentando que los normandos no pudiesen llegar hasta vosotras. —La miró y le sonrió débilmente—. Es lo único que repetía y que tenía en mente. Evitar la invasión para que vosotras pudieseis seguir adelante.

Aquella revelación hizo que el labio de Nora comenzase a temblar y agachó su cabeza sin poder controlar las lágrimas.

William se acercó más y rodeó sus hombros acercándola a él, automáticamente la abrazó apoyándola contra su pecho y permitiéndole que se desahogase.

Se mantuvo callado notando cómo temblaba entre sus brazos, cómo las lágrimas iban mojando su capa.

—Él no volverá —gimió contra su pecho.

William la abrazó más fuerte y paseó su mano sobre su capucha, acariciándola, intentando reconfortarla.

—No, él no volverá —le susurró—. Pero sé que allá donde esté os seguirá protegiendo.

Nora cerró los ojos intentando creer aquellas últimas palabras que William había pronunciado con tanta ternura.

Cuando abrió los ojos observó que William seguía igual de próximo, sujetándola entre sus brazos y contemplándola. Notó aquella proximidad, el calor que irradiaba su cuerpo, aquella mirada que mezclaba ternura, pasión y preocupación.

Observó que William, durante unos segundos, descendía su mirada hasta sus labios y aquel nerviosismo en ella se hizo más patente.

Se movió rápidamente deshaciéndose de su abrazo con movimientos tímidos y se puso en pie. William se puso también en pie sin comprender la reacción de ella.

Nora se secó una lágrima y elevó su mirada de forma tímida hacia él.

—Lo siento —susurró—. Tienes razón, no debería haber salido.

William la observó sin pronunciar nada. Miró hacia el poblado allá en la lejanía y tendió la mano hacia Nora.

—Vamos, te acompaño a tu casa —pronunció suavemente.

Nora aceptó sin decir nada y se colocó a su lado, caminando ambos a paso lento hacia sus hogares.

5

Ya hiciese calor, lloviese o nevase, el mercado siempre estaba a rebosar.

William se había adelantado para comprar unos cuantos animales más mientras Mildred y Nora paseaban tranquilas por el mercado.

—¿Quieres mirar telas para tu próximo vestido? —preguntó Mildred emocionada.

Nora se encogió de hombros.

—Quizá más adelante, cuando acabemos el tuyo. —Su mirada voló directamente hacia William—. Ahí está.

Llegaron hasta donde este se encontraba haciendo sus últimas negociaciones con el mercader y, en ese momento, Nora lo reconoció. Era el mismo que le había vendido la gallina y que aún no había puesto ni un huevo. Automáticamente, su mirada descendió hasta las gallinas que tenía enjauladas.

—Usted me vendió hace unas semanas una gallina —pronunció sin pensarlo. Esas palabras llamaron la atención del vendedor y de William que no se había dado cuenta de la proximidad de sus dos amigas hasta ese momento—. Me dijo que era una gallina ponedora y no ha puesto ni un huevo —siguió diciendo con la voz elevada, llamando la atención de los compradores que se habían acercado al puesto.

—Claro que son ponedoras —pronunció el vendedor indignado—. ¿Qué se cree? ¿Que vendo cosas que no son?

—Pues sí. Hace casi un mes que la tengo y no ha puesto ni un solo huevo —gritó más enfurecida—. Lo único para lo que sirven sus gallinas son para un buen guiso.

William puso los ojos en blanco y llamó la atención del vendedor que había dado unos pasos hacia la muchacha, enfurecido.

—Tranquilo —comentó intentando calmar al vendedor,

poniéndose en medio, luego miró de reojo a Nora, la cual permanecía indignada—. Ella viene conmigo. Sé a qué gallina se refiere y tiene toda la razón—. En ese momento el vendedor enarcó una ceja hacia él —. Pero ese no es el tema, el tema es que yo quiero comprarle ese ternero. —Señaló directamente a uno de ellos—. Supongo que los terneros son de mejor calidad que las gallinas.

—Me hizo pagar como si fuese una gallina ponedora —insistió Nora realmente indignada.

William la reprendió con la mirada para que se callase.

—Haremos una cosa —propuso William observando que la gente que había alrededor suyo observaba de reojo, algunos incluso habían abandonado ya el puesto—. Me llevo el ternero más dos gallinas, pero solo le pago una.

—¡Eso no puede ser! Cada animal tiene un valor —respondió indignado.

—Ya, pero usted cobró a mi amiga por una gallina que no pone huevos como si lo fuese. Lo único que hace esa gallina es cacarear. Dígame, ¿seguro que son ponedoras?

—Por supuesto que son ponedoras, todas ellas. —Señaló las gallinas.

—¡Que no pone huevos! —volvió a insistir Nora—. Usted me engañó, me cobró más de lo que vale esa gallina gritona y malhumorada.

William se cruzó de brazos y ladeó su cabeza hacia el vendedor.

—Usted decide, el ternero y las dos gallinas a mitad de precio o no hay trato y me marcho a otro puesto.

El vendedor se removió nervioso y observó a la gente que lo observaba, obviamente el escándalo que estaba montando aquella muchacha estaba llamando la atención de muchos de los posibles compradores.

Contempló con gesto malhumorado a William y aceptó.

—Que sepa que todas mis gallinas son ponedoras, pero una venta es una venta.

Acto seguido, tendió una mano hacia él para sellar el trato.

Poco después abandonaban en mercado arrastrando el ternero y sujetando una jaula con dos gallinas.

—A partir de ahora cuando quiera comprar algo te avisaré —bromeó William hacia una Nora callada y que caminaba al lado de Mildred.

—Sí, desde luego, ¿qué locura te ha dado? Nunca te había visto así —afirmó su amiga.

—Ese hombre me engañó, gastamos justo lo que nos sobraba para poder hacer frente a los tributos en una gallina que nos diese huevos y no ha dado ninguno —respondió malhumorada.

—Siempre puedes hacer un buen guiso con ella —bromeó Mildred intentando quitar algo de hierro al asunto.

Nora resopló y aceleró los pasos distanciándose de ellos.

Se encontraba enfadada por varios motivos: la muerte de su padre, el desgaste de su madre, la tormenta que había azotado el poblado y había destruido su hogar y la gallina que no ponía huevos. Sabía que no les faltaría comida, que en breve podrían recoger la cosecha y dispondrían de verduras, pero aquello la estaba sobrepasando. Había intentado mantenerse relajada, pero el enfrentamiento y las mentiras de aquel vendedor la habían enfurecido. No estaba bien aprovecharse de la gente que se ganaba la vida honradamente, que trabajaba durante todo el día para poder comprar una gallina.

Ni siquiera se despidió de sus amigos cuando llegó a su vivienda. Entró quitándose la capa y arrojándola sobre la cama. Su madre no estaba en casa, seguramente estaría en el campo asegurándose de que la cosecha estaba madurando correctamente.

A lo lejos escuchó el cacareo constante de aquella gallina.

—Gallina estúpida —susurró mientras iba hacia la chimenea para encender el fuego.

Se agachó justo cuando llamaron a la puerta. Inspiró intentando relajarse y abrió la puerta del mal humor.

Su mirada se fijó directamente en la ceja enarcada de William.

—De acuerdo —comentó él colocando las manos por delante como si estuviese a punto de recibir un ataque—. Sé que estás enfadada, pero ¿se puede saber por qué?

Ella resopló y se internó directamente en la vivienda dejando la puerta abierta. Fue hacia la chimenea y encendió el fuego mientras escuchaba los pasos de William a su espalda.

Se giró y observó que William depositaba la jaula con una de las gallinas sobre la mesa.

—Mildred se ha ido un poco preocupada, ni se ha atrevido a preguntarte si luego irás a ayudarla con el vestido —comentó en un tono irónico.

Ella suspiró y se cruzó de brazos.

—Claro que iré.

Fue hacia la mesa y se apoyó sobre ella en silencio, de brazos cruzados.

—¿Qué ocurre? —preguntó con paciencia.

Ella extendió los brazos hacia él.

—Mi padre, la tormenta y el tejado, mi madre sola, ¡la gallina que no se calla! —gritó más fuerte al escucharla cacarear de nuevo. Aquel último comentario le hizo gracia a William que miró directamente hacia la ventana por donde entraba el cacareo constante de la gallina.

Se acercó más a ella apoyándose contra la mesa y se cruzó de brazos, observándola de reojo. Suspiró y ladeó su cabeza hacia ella.

—Normalmente las gallinas tardan un poco en poner huevos. —Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—¿Tanto?

—Yo tuve una que tardó tres meses en poner desde que la compré. Además, los primeros huevos que ponen son bastante pequeños, la verdad. —Ella suspiró y volvió a cruzarse de brazos, pensativa. Se mantuvo en silencio durante unos segundos, reflexionando—. Quizá deberías hablar con tu madre —le susurró suavemente—. No es bueno que cargues tú sola con ese dolor. Es algo que os corresponde a las dos.

Sabía que tenía razón, podrían apoyarse la una en la otra. Guardar aquello para sí misma no era bueno, pero no quería ver a su madre destrozada. Sabía que si la veía hundida ella se hundiría más.

William no esperó a obtener respuesta por su parte, se incorporó y comenzó a alejarse hacia la puerta. Ella observó su paso lento.

—Espera, la gallina, te la dejas aquí.

William abrió la puerta y la miró sonriente.

—Esa gallina te la has ganado. Eres una gran negociadora —bromeó mientras salía de su hogar con una sonrisa, dejando a Nora asombrada.

Se giró directamente y observó que la gallina estaba picoteando la jaula. La cogió y la colocó ante ella.

—Tú al menos parece que no cacareas tanto —susurró.

Había pasado la tarde con Mildred y dejado prácticamente el vestido listo. La semana siguiente comprarían otra tela para iniciar el vestido de Nora.

Llegó hasta su casa y nada más entrar se quitó la capa, pero algo le llamó la atención. Su madre se encontraba sentada a la mesa y William permanecía de pie, como si acabase de levantarse asustado. Nora detectó que él se tensaba ante su presencia, como si no quisiese que le encontrase allí.

Los estudió durante unos segundos y se dirigió a ellos con la mirada preocupada.

—¿Ocurre algo?

Miró directamente a William, el cual parecía bastante nervioso.

—Tengo que irme —susurró él cogiendo su capa y echándosela por los hombros. Miró a Shana—. Señora —se despidió con un ligero movimiento de su cabeza antes de salir por la puerta.

Nora se quedó conmocionada durante unos segundos, observando la puerta por donde acababa de salir William y una duda asaltó su mente.

Se giró hacia su madre, la cual permanecía con el rostro serio y los ojos llorosos.

Su mente comenzó a divagar. Lo sabía. Finalmente le había preguntado a William sobre su padre y él había sido incapaz de mentirle. Suspiró y se acercó con pasos lentos hacia la mesa mientras su madre la observaba con una leve sonrisa.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó en un susurro.

—Sí, cariño, siéntate.

Obedeció y contempló a su madre. Sí, había estado llorando. Extendió su mano por encima de la mesa y tomó la de su madre.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Qué hacía William aquí? —preguntó con temor.

Su madre volvió a sonreírle tiernamente y sujetó su mano, acariciándola. Permaneció unos segundos en silencio mientras observaba la mano joven y firme de su hija.

—William es un buen chico —comenzó a susurrar—. Nora, William me ha pedido tu mano en matrimonio.

Ella puso la espalda recta de inmediato, conmocionada por lo que acababa de escuchar. ¿Así que era eso? ¿William le había pedido en matrimonio?

—¿William? —preguntó confundida.

Su madre asintió sonriente.

—La verdad es que no se me ocurre nadie mejor que él para cuidar de ti, Nora. —Soltó su mano y se pasó la mano por la mejilla. En ese momento lo comprendió, su madre lloraba por la emoción.

—Mamá, yo… —susurró conmovida al ver su reacción.

—Es buen chico, Nora, y te quiere mucho. Nos ha ayudado mucho a las dos. —Se levantó y fue hacia la cocina para coger un vaso y la jarra de agua—. Necesitamos un hombre en la familia y… —En ese momento se quedó callada y le dio la espalda, pareció tomarse unos segundos para reflexionar. Finalmente, se giró y observó a su hija con lágrimas en los ojos—. Sé que tu padre no va a volver.

—Mamá… —dijo poniéndose directamente en pie —, ¿te lo ha dicho William?

—Hija, no soy tonta. A duras penas William logró sobrevivir y es un chico joven. Tu padre le triplicaba la edad. Sé que no sobrevivió, no necesito que me lo confirme nadie. —Tragó saliva y fue hacia su hija cogiéndola por los hombros—. Yo no viviré para siempre, Nora.

—No digas eso, mamá —sollozó intentando controlar las lágrimas

—Shhh… escucha. Sé que él cuidará de ti y te tratará muy bien.

—Pero… ¿y tú? ¿Qué vas a hacer aquí sola?

Su madre comenzó a reír.

—¿Sola? Nora, estoy a poco más que unos metros de la que será vuestra vivienda —pronunció cariñosa. Se sentó sobre la silla e instó a

su hija a que se sentase a su lado—. Pero no le daré tu mano si tú no quieres, cariño.

Aquel comentario hizo que ella contuviese un puchero.

William era buen chico, atractivo, y se había portado siempre bien con ellas. Estaba segura de que podría enamorarse locamente de él y era sin duda el chico más atractivo de la zona. Sabía que con él sería feliz, además, estaba bien posicionado, regentaba su propia casa y tenía sus propias tierras recibidas por herencia.

Se quedó pensativa durante unos segundos, pero su madre siguió hablando.

—William me ha dicho que trabajará también nuestras tierras.

—Y… ¿esta casa será para ti?

—Sí, pagará los tributos necesarios para que pueda vivir aquí.

Aquello le llegó a lo más profundo de su corazón. Sabía que su madre, en breve, no podría trabajar las tierras de labranza tantas horas. Aquello podía suponer un problema si no disponía de los ingresos necesarios para pagar los tributos por vivir en el manor. El hecho de que William también se hubiese preocupado por la situación de su madre le hizo ganar parte de su corazón.

—A mí eso no me importa —continuó su madre—. Lo único que me importa es que tú quieras casarte con él. —Nora la contempló directamente a los ojos, sin saber qué decir—. Sé que es una decisión importante y no voy a tomarla por ti. No soy el cabeza de familia, solo soy tu madre —susurró con ternura—. Quiero que seas tú la que decidas tu propio destino.

Acto seguido se levantó, besó la frente de su hija con ternura y se dirigió al fuego para preparar la cena.

6

De nuevo tenía los ojos como platos. No había podido pegar ojo en toda la noche. Muy al contrario, su madre dormía tranquilamente, como si todas sus preocupaciones se hubiesen esfumado.

William le había pedido matrimonio. No sabía cómo sentirse, por un lado, la emoción la embargaba, por el otro, sentía temor, temor a lo desconocido. Era cierto que lo conocía desde siempre y sabía que él la haría feliz, pero no era lo mismo ser un amigo que ser su marido. Su marido. Aquella fue la palabra que repitió una y otra vez en su mente hasta que el sol comenzó a iluminar los campos.

No lo soportó más y salió de la cama en cuanto los primeros rayos del sol hicieron acto de presencia. Su madre aún permanecía dormida cuando se puso el vestido, los zapatos y la capa.

Salió de la vivienda. No había nadie en la calle, a duras penas el sol iluminaba el horizonte con tonos rosados.

Miró directamente a la vivienda de William y decidió que esperaría un poco más para hacerle una visita.

Necesitaba despejarse, ordenar sus ideas. Decidió pasear en dirección a los campos de cultivo y se internó entre el trigo que en pocas semanas recogerían, notando cómo la brisa fresca la despejaba en cierto modo.

Lo cierto era que no podía imaginar un mejor marido que él. Había intuido varias veces, durante las últimas semanas, que algún sentimiento había despertado en él. Aquellas miradas, aquella preocupación por ella, pero jamás habría imaginado que pudiese pedirle en matrimonio.

Paseó durante más de media hora, admirando cómo el tono rosado que aparecía en el horizonte se transformaba en anaranjado y daba luego paso a un azul claro que iba apoderándose del cielo.

Se detuvo en medio de los tallos de trigo, observando cómo la

suave brisa los balanceaba de un lado a otro, asemejándose a las olas del mar. Una paz que hacía mucho tiempo que no sentía se apoderó de ella.

Ya no estaría sola nunca más. Ya no debería estar tan preocupada por su madre. Él cuidaría de ambas y aquello, en parte, la relajaba.

Se giró cuando escuchó unos pasos por detrás y se quedó asombrada al verlo allí, caminando hacia ella a paso lento y con la mirada intrigada. El trigo se movió a su alrededor mientras lo observaba acercarse con paso lento. ¿Sería posible que él tampoco hubiese podido dormir?

Fue hasta donde se encontraba ella y se detuvo a poco más de un metro, observándola de arriba abajo mientras el viento mecía sus cabellos hacia atrás.

—Hola —pronunció él con una leve sonrisa.

—Hola —respondió tímidamente.

—¿Otra noche sin dormir?

Ella asintió levemente y apartó la mirada con timidez.

Dio unos pasos más hacia ella y se detuvo justo delante. Le sacaba más de una cabeza.

Tragó saliva y Nora lo miró de reojo mientras se abrazaba a sí misma.

—¿Tu madre te ha dicho que…? —dejó de hablar cuando observó que ella afirmaba. William se removió incómodo—. Y… ¿te parece bien? —le preguntó con timidez, hecho que hizo que Nora le sonriese tiernamente.

Suspiró y paseó la mirada por el trigo antes de volver a mirarle.

—Sí, William, me parece bien.

Él la contempló fijamente y amplió su sonrisa al momento. Cogió su mano con delicadeza y la estrechó entre las suyas.

—Prometo ser un buen marido —pronunció en un susurró realmente tierno.

Ella le sonrió tímidamente e hizo un gesto dubitativo.

—Pero ¿por qué quieres casarte conmigo? Hay muchas chicas que…

—No hay muchas chicas, Nora. Solo tú. —Ella lo miró asombrada por aquella respuesta, por aquella declaración de amor tan franca—. Quiero casarme contigo, vivir contigo, formar una familia contigo —acabó diciendo sonriente.

Aquella conversación, lejos de incomodarla, la dejó más tranquila. Sí, sabía que él la trataría bien, la cuidaría y la querría.

Ella asintió débilmente y entonces William hizo un gesto que no esperaba. Atrapó lentamente con sus labios los labios de ella y los besó suavemente, como si fuese una caricia.

Nora se quedó totalmente paralizada, no solo porque no se

esperaba aquel gesto, sino por la ternura que había encontrado en sus labios. Notó cómo la piel se le erizaba cuando se separó levemente y lo miró directamente a los ojos. Se quedó observando cómo sus ojos parecían más verdes, como si hubiesen adquirido un brillo especial.

—Todo saldrá bien. —Besó su frente y la estrechó entre sus brazos, junto a su pecho, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió protegida, a salvo y en paz.

Tras comunicar la decisión a su madre e informar a sus amigos y al señor del manor, todo adquirió un nuevo matiz de color para ella. Comenzó a sentir aquellos nervios, aquella ilusión.

Las miradas entre ellos se intensificaron, así como las caricias, la complicidad y las sonrisas. Era como si aquella decisión la hubiese devuelto a la vida, pero no solo a ella, su madre también estaba encantada, feliz, y no dejaba de hablar de los preparativos, entusiasmada con realizar un bonito vestido de novia para ella.

Todo eso la había mantenido entretenida, en una alegría constante. Se levantaba por las mañanas con una sonrisa y se iba con la misma a dormir, sabiendo que en poco más de un mes comenzaría a compartir la vida con él, que se convertiría en su esposa.

Aquellas últimas semanas había comenzado a ver a William con otros ojos, ya no era el niño con el que había corrido entre los campos de trigo y cebada, ya no era el niño con el que se había bañado en el río y con el que había jugado todas las tardes, ahora él era el hombre que había sobrevivido a una guerra, el hombre que trabajaba la tierra para conseguir alimentos y el hombre que se convertiría en su esposo y le daría un hogar.

Durante las mañanas había trabajado la tierra junto a su madre y por las tardes ambas se unían a Mildred para comenzar a confeccionar el vestido de novia para Nora.

Incluso las horas trabajando la tierra no se le hacían ya tan pesadas. La temporada de recogida de trigo había comenzado y tenían mucho trabajo que hacer.

Depositó un montón en la cesta y se giró para cargar el siguiente.

—Hace un par de días hablé con el herrero —comentó William mientras traía hasta ella otro fardo de trigo.

Ella se giró hacia él sorprendida.

—¿Para qué?

—Para que diseñe tu anillo —pronunció con una sonrisa.

—¿En serio? —Él afirmó—. Y… ¿cómo los has pedido? —preguntó con curiosidad.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿No quieres esperar al día de la boda?

—No, quiero saberlo ya. Ahora. —pronunció con una impaciencia

que hizo reír a William.

—Es… redondo.

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Wiiilliam —susurró con tono de advertencia.

Él comenzó a reír.

—Creo que será mejor que sea una sorpresa —siguió con la broma, luego se acercó un poco más a ella como si fuese a compartir un secreto—. Nos vemos luego —acabó diciendo, provocando que ella enarcase una ceja.

Había anochecido. A poco más de una semana para su boda ya tenía preparado el vestido de novia. Su madre había pasado la última semana cosiendo. Había diseñado un bonito vestido color miel y una capa roja.

No había podido contener las lágrimas cuando se lo había probado. Era precioso, y su madre había bordado unas flores en su pecho de un color blanco puro. Estaba muy satisfecha con el resultado.

Se giró en la cama, consciente de que en poco más de una semana no volvería a dormir allí.

La última semana había nevado y todos los campos y la calle estaban cubiertos de esponjosa nieve. Confiaba en que, al menos, en una semana se hubiese derretido parte de la nieve para celebrar su boda. Igualmente, ya no le importaba mucho el tiempo, deseaba casarse con William más que nada. Aquellas últimas semanas había sido realmente consciente de él y había notado cómo unos sentimientos que no conocía hasta ese momento se iban apoderando de ella.

Deseaba desesperadamente abrazarle, besarlo, agradecerle todo lo que había hecho por ella y por su madre, así como su comportamiento cariñoso y protector hacia ambas. La idea de que William se convirtiese en su esposo al principio le había resultado indiferente, pero ahora se daba cuenta del maravilloso hombre que era. Sí, él la quería, se lo demostraba con cada gesto, con las caricias, con sus palabras y con los besos que se habían robado.

Cerró los ojos e intentó dormirse. No supo cuánto tiempo estuvo dormida, simplemente se incorporó en un determinado momento asustada ante el sonido de gritos.

—¿Qué ocurre? —preguntó su madre adormilada.

Otro grito de dolor las alertó y Nora saltó de la cama. Se puso los zapatos en un segundo y corrió hacia la puerta.

Había comenzado a nevar de nuevo. Se asomó levemente a la puerta y observó que varias casas cercanas a la suya estaban ardiendo.

¿Qué ocurría? Abrió la puerta e iba a correr hacia las casas para

ayudar cuando unos jinetes giraron la esquina. Aquella visión la aterró. Vestían armaduras de cuero marrón oscuro. Sus cabellos eran largos y volaban de un lado a otro por la corriente de aire. En su mano portaban unas antorchas.

Dio unos pasos atrás, aterrorizada ante semejante visión, cuando escuchó detrás de ella más caballos. Se giró justo para observar que más guerreros aparecían por el otro lado de la calle. ¿Qué ocurría allí?

El caos se apoderó del poblado en cuestión de minutos y muchos habitantes salieron de sus casas corriendo calle abajo, huyendo de aquellos guerreros que portaban antorchas y espadas.

Observó con horror el espectáculo y cómo uno de aquellos guerreros tiraba una de las antorchas sobre el tejado de otra vivienda cercana a la suya.

Notó la presencia de su madre a su espalda y se giró directamente hacia ella.

—Mamá, no salgas de casa —dijo empujándola hacia dentro.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —gimió realmente asustada.

En aquel momento escuchó el galope de un caballo. Se giró lo suficiente para ver a uno de esos guerreros clavar la espada en el centro del pecho de un chico.

Gritó desesperada y se quedó paralizada ante tal horror, pero ese grito llamó la atención del guerrero que giró su cabeza directamente hacia ella.

Tenía una barba larga, rubia, sus cabellos rubios y largos viajaban hacia atrás mientras empuñaba la espada llena de sangre.

Miró de reojo a su madre empujándola un poco más para apartarla de la visión de aquel hombre que la observaba fijamente.

Tragó saliva mientras notaba cómo todo el cuerpo comenzaba a temblarle. En ese momento el guerrero golpeó con los pies al caballo y comenzó a galopar en su dirección.

Nora no esperó, miró de reojo a su madre y salió corriendo calle arriba mientras notaba todo su cuerpo temblar, consciente de que en cualquier momento una espada podría atravesarla. Al menos, de aquella forma, ese guerrero no vería a su madre.

Corrió calle arriba escuchando el galope del animal tras ella cuando sintió que una mano la cogía por el brazo y la empujaba a un lateral con fuerza.

William la abrazó y la protegió con su cuerpo, agachándose, justo cuando el guerrero pasaba por su lado blandiendo la espada.

Se levantó de inmediato y empuñando un rastrillo clavó sus pinchos en la armadura. Acto seguido, el guerrero cayó al suelo y William aprovechó para clavarle en su pecho las cuatro puntas, dejándolo herido de muerte.

—¿Estás bien? —preguntó volviéndose hacia ella acelerado.

Sin perder un segundo, ayudó a levantarse a Nora y la cogió de la mano tirando de ella para comenzar a correr.

El fuego ardía en varios tejados del pueblo. Aquellos horribles guerreros galopaban por el poblado empuñando sus espadas y masacrando a su gente.

Corrieron hasta la esquina, pero se detuvieron de inmediato cuando vieron que dos de esos guerreros galopaban en su dirección.

William se giró y comenzó a tirar de ella en sentido contrario.

—Vamos, corre, corre —gritó mientras deshacían el camino corriendo todo lo que les daban las piernas.

Nora notaba que el corazón se le iba a salir del pecho. Aquello debía de ser una pesadilla, una horrible pesadilla.

Observó cómo su madre se asomaba a la puerta de casa cuando uno de esos guerreros llegó hasta ellos y tuvieron que frenar en seco. William volvió a girar arrastrándola a ella, pero el guerrero le golpeó con el pie en la espalda y William perdió el equilibrio cayendo al suelo y arrastrando a Nora con él.

Escuchó el grito de su madre, hecho que despistó durante un segundo al guerrero y que William aprovechó para ponerse en pie, colocando sus dos manos en la bota de aquel guerrero y empujándolo hacia arriba, haciendo que perdiese el equilibrio y que cayese del caballo.

Fue hasta él y le dio un puñetazo en la cara haciendo que este escupiese sangre.

Nora se incorporó a duras penas, tenía todo el cuerpo paralizado por el miedo.

Se giró mientras William seguía golpeando al guerrero, observando que esos recién llegados estaban causando una auténtica masacre. Algunas de las personas que conocía se encontraban tiradas sobre la tierra, ocultando con sus manos alguna herida e intentando controlar la hemorragia, algunas gallinas y cabras corrían libres por las calles, y pocos eran ya los tejados que no estaban incendiados.

Se quedó paralizada contemplando aquel horror, sin poder siquiera reaccionar, hasta que notó que cogían su mano por detrás. Se giró dispuesta a golpear, pero William la detuvo con su otra mano.

—Vamos —dijo volviendo a correr en dirección a su vivienda. Pasaron justo al lado del guerrero con el que había luchado William, el cual se encontraba inconsciente sobre la tierra.

—¿Qué está pasando? —gritó mientras llegaban hasta su casa y su madre cerraba la puerta una vez hubieron entrado.

William fue directamente hacia los utensilios de cocina cogiendo varios cuchillos que usaban para cortar el pan y les pasó uno a cada una de las mujeres.

—Normandos —pronunció mientras Shana iba hacia la ventana para observar.

—¿Normandos? —sollozó Nora observando cómo el cuchillo temblaba en su mano.

William rodeó su muñeca y la acercó un poco a él.

—No dudes en usarlo, Nora —señaló hacia su pecho—. Justo aquí.

En ese momento, la puerta de la vivienda salió despedida por la patada de uno de esos guerreros que irrumpió en la casa con paso decidido, acompañado de dos guerreros más.

Uno de ellos cogió del pelo a Shana, la observó y la arrojó a un lado ante los gritos de Nora.

William se puso delante de ella cubriéndola con su cuerpo mientras enseñaba el cuchillo hacia el guerrero en señal de amenaza.

El guerrero sonrió sarcásticamente hacia el muchacho y se acercó con pasos lentos, evaluando la vivienda y echando miradas furtivas a la madre que se encontraba tumbada en el suelo.

—*Lance le couteau* —pronunció el guerrero hacia el muchacho—. *Maintenant*.

William alzó más su cuchillo, ignorando la amenaza. No comprendía lo que decía, pero sabía que probablemente tenía que ver con que soltase el cuchillo.

Notó cómo Nora temblaba a su espalda. En un determinado momento, y casi sin ser consciente de ello, el guerrero llevó su mano hasta el brazo de William con un movimiento realmente ágil y se lo dobló haciendo que William se inclinase hacia delante, obligándolo a adoptar aquella postura si quería evitar acabar con el brazo roto. El guerrero arrancó el cuchillo de la mano de William y se lo clavó directamente en el muslo. El grito de dolor de William inundó toda la estancia.

Nora gritó desesperada. El instinto de supervivencia pudo más que su cordura y se lanzó hacia el guerrero, el cual aún mantenía a William sujeto, con el cuchillo clavado en su muslo.

Nora comenzó a golpear con todas las fuerzas que pudo el brazo del normando, dándole patadas e intentando que soltase a William.

—¡No!, ¡suéltalo! ¡Bastardo! —gritó con ira.

El guerrero enarcó una ceja hacia ella, tiró a William al suelo, el cual se golpeó contra la mesa y cogió del cuello a Nora alzándola y desplazándola hasta la pared.

Nora llevó directamente sus manos hacia el brazo, sujetándose a él, y comenzó a dar patadas sin conseguir alcanzarlo. Aunque se empeñaba en golpear con toda la fuerza de la que era capaz al guerrero este ni se inmutaba. Sin embargo, para Nora el mundo comenzó a girar y notó que la falta de oxígeno comenzaba a nublarle

la cabeza.

Gimió al escuchar un pitido instalarse en su cabeza y notar sus pulmones a punto de explotar hasta que el guerrero la golpeó contra la pared y la arrojó al suelo.

En cuanto cayó se llevó la mano a la garganta y comenzó a toser compulsivamente. Respiró hondo, recuperando el oxígeno que le había faltado.

—*Dégoûtante anglo-saxon* —escuchó que murmuraba el normando hacia ella.

Nora ni se atrevió a mirarlo, su mirada voló directamente hacia su madre, la cual la observaba con miedo arrinconada en un lado de la casa, después miró hacia William, el cual, en ese momento, se extrajo el cuchillo del muslo con un gruñido.

Los ojos de William volaron hacia ella.

—*Capture-la* —escuchó que decía el normando hacia otro de sus compañeros que esperaban en la puerta.

El normando que había al lado de la puerta se agachó al lado de Shana y la cogió del brazo elevándola con brusquedad.

—¡Nooo! —gritó Nora.

Nora se puso en pie para intentar frenar a ese normando, pero se detuvo cuando el guerrero que tenía ante ella gritó. Tras la espalda del normando se encontraba William hundiendo el cuchillo en la espalda del normando.

—¡Corre, Nora, corre! —gritó William.

Rodeó la mesa y fue hacia la puerta cuando el normando que sujetaba a su madre la soltó de un golpe contra la pared y avanzó hacia ella rápidamente. Su sorpresa fue mayúscula cuando Shana se lanzó sobre el normando haciendo que perdiese el equilibrio y cayese al suelo.

—¡Corre, hija! —le gritó su madre.

Nora no podía marcharse y abandonar a su gente allí, a la gente a la que amaba.

Cogió uno de los taburetes que tenía al lado, lo alzó y lo estrelló contra la cabeza del normando abriendo una brecha en su frente. Este cayó fulminado al momento. Cogió la mano de su madre y tiró de ella para ponerla en pie.

Su mirada voló hacia William, el cual seguía golpeando al normando al que acababa de clavar el cuchillo en la espalda, pues este seguía luchando ferozmente.

—¡Marchaos! —gritó intentando ponerse en pie, aunque una certera patada del normando lo echó al suelo.

Nora miró al exterior donde varios guerreros más cabalgaban libres por la aldea sembrando el caos.

Volvió a coger el taburete entre sus manos, con la mirada fija en

la espalda de aquel guerrero que estaba atacando a William, tomó impulso y fue hacia él golpeándolo con todas sus fuerzas en la cabeza.

Al principio el guerrero se puso todo recto y después se desplomó sobre el suelo. No perdió la consciencia, pues tenía los ojos abiertos y llevaba lentamente su mano hacia la nuca, donde Nora acababa de golpearlo. Al menos, consiguió el tiempo suficiente para que William se levantase, la mirase sorprendido y la cogiese de la mano.

Fue hacia Shana y la cogió de la otra mano, pero Shana se soltó.

—Idos vosotros —le gritó—. Coged un caballo y marchaos.

William miró directamente hacia Nora.

—Mamá, nooo —gimió.

—Mis piernas no pueden correr y no aguanto el galope del caballo, solo os retrasaría… —comentó empujándolos hacia la puerta —. Vamos, William, llévatela, llévatela…por favor —suplicó alzando la voz.

William dudó unos segundos, pero en un determinado momento comenzó a tirar de la mano de Nora. Nora se resistió intentando sujetar la mano de su madre. William no esperó y la alzó con un brazo para sacarla de la vivienda mientras Nora intentaba soltarse del brazo de él y gritaba hacia su madre.

—No, ¡mamá! ¡Mamá! —gritó mientras William la alejaba de la vivienda rumbo al establo para coger un caballo.

Observó a su madre durante unos segundos asomada a la puerta y mirándola fijamente, como si grabase en su mente el rostro de su hija, el amor que reflejaba, hasta que su madre le dio la espalda y comenzó a correr calle arriba internándose entre todos los habitantes del pueblo que huían despavoridos de las espadas de los normandos.

William y Nora giraron la esquina justo cuando esta última observó que el guerrero al que William había clavado el cuchillo en la espalda y ella había golpeado en la cabeza con el taburete salía de su vivienda mirando de un lado a otro. Aunque fue solo una fracción de segundo pudo observar cómo llevaba el cuello y las manos llenas de sangre, seguramente le habría abierto una buena brecha en la nuca.

William la soltó de la cintura y la cogió del brazo para tirar de ella y correr más rápido. Necesitaban urgentemente un caballo para poder escapar de allí.

Se acercó a uno de los establos vallados, observando que solo había cerdos y gallinas. Siguió hacia el siguiente y se detuvo al observar que al final de la calle tres normandos galopaban en su dirección prendiendo los techos de todas las casas con sus antorchas.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —gritó mientras se giraba y comenzaba a tirar de Nora de nuevo.

Nora no decía nada, simplemente se limitaba a correr con la respiración agitada.

Volvieron a girar la esquina deshaciendo el camino que acababan de hacer cuando William fue desplazado hacia atrás de un golpe en su cabeza.

Uno de aquellos guerreros sujetaba un martillo y lo había golpeado justo en la nariz, arrojándolo al suelo, aun así, se situó de rodillas preparado para defenderse.

Nora dio unos pasos hacia atrás alejándose de aquel normando y observando que de la nariz de William comenzaba a emanar abundante sangre. Iba a correr hacia él cuando unos brazos la capturaron por detrás y fue elevada en el aire. Nora no lo pensó, impulsó con toda su fuerza la cabeza hacia atrás y golpeó la nariz del normando haciendo que este la soltase al momento. Cayó sobre el suelo mientras observaba cómo William evitaba una y otra vez que aquel normando le golpease con el enorme mazo. Lo vio rodar por el suelo hasta que volvió a impulsar sus piernas hacia delante y golpeó las piernas del normando. Tuvo que romperle una de las piernas, ya que esta se dobló hacia un lado mientras el normando emitía un sentido grito de dolor.

William le quitó el mazo de las manos y acto seguido tomó impulso y lo golpeó en su pecho haciendo que este saliese despedido un metro hacia atrás.

Se giró hacia Nora, la cual corría hacia él. William iba a correr también hacia ella cuando se quedó totalmente paralizado y extendió la mano, advirtiéndola.

Nora se quedó paralizada. No supo lo que ocurría hasta que notó que volvían a elevarla por los aires. William corrió hacia ella blandiendo el mazo, pero se detuvo cuando el guerrero colocó un cuchillo en la garganta de Nora.

Nora notó el frío metal en su garganta, apretando, y miró directamente a William, el cual se había detenido y miraba con furia al normando que la mantenía sujeta.

—¡Suéltala! —le gritó dando unos pasos amenazantes, elevando más el mazo.

El normando sujetó el cabello de Nora con fuerza y arrojó su cabeza hacia atrás para despejar el cuello de la muchacha, situando ahí el afilado cuchillo.

William tragó saliva y se debatió durante unos segundos. Su mirada voló hacia los ojos llorosos y asustados de Nora. El normando lo observaba con furia. Finalmente, William arrojó al mazo al suelo y elevó sus manos en señal de rendición.

—Suéltala, por favor —suplicó William dando un paso más y mostrándole las manos vacías.

—*Ne t'approche pas ou je la tue*.

—No entiendo nada de lo que dices —pronunció lentamente,

intentando infundir algo de calma en el normando—. Solo la quiero a ella. Solo a ella.

—*Ne t'aproche pas* —volvió a gritar el normando. Acto seguido tiró aún más del cabello haciendo que Nora gritase.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo mostrando las manos en alto, totalmente desarmado.

El normando lo miró unos segundos y después desvió su atención hacia el lado, por donde venía el normando al que William había clavado el puñal en la espalda.

Nora observó cómo William parecía suspirar, como si comprendiese que aquello no iba a acabar bien y la observó directamente a los ojos, con temor y tristeza.

Nora sollozó mientras intentaba soltarse del que la mantenía sujeta, pero lo único que consiguió fue que dejase de tirarle tanto del pelo para poder observar mejor.

El normando se acercó a William cojeando. La respiración de Nora se aceleró.

Gimió repetidas veces cuando William apartó finalmente la mirada de ella, una mirada que, aunque asustada, expresaba todo el amor que sentía por ella.

Se giró hacia el normando con los brazos caídos, esperando a que le golpease, pero el normando se acercó a él, lo sujetó del hombro y le clavó su puñal en el costado.

William gritó mientras caía al suelo, intentando recuperar el aliento y llevando su mano hasta el puñal clavado entre sus costillas. El normando lo agarró del pelo y le hizo elevar la mirada hacia Nora, la cual gritaba desesperada mientras intentaba soltarse de los brazos del normando que la mantenía sujeta y que parecía estar pasándoselo en grande, ya que reía sin parar.

—¡Basta! Por favor… —suplicó Nora mientras observaba cómo el normando extraía rápidamente el cuchillo de entre las costillas de William, haciendo que este volviese a gritar. —¡No! ¡Por favor! —gritó desesperada.

El normando agarró el cabello de William de nuevo, obligándolo a que volviese a mirarla una vez más y se arrodilló a su lado.

Nora gimió mientras lo observaba. William tenía la mirada clavada en sus ojos, pero lejos de parecer asustado parecía haber comprendido cuál era su destino. La miró con todo el amor que pudo mientras notaba cómo el normando tiraba con fuerza de su cabello hacia arriba y se arrodillaba a su lado con el puñal en la mano.

Nora fijó su mirada en sus ojos mientras las lágrimas bañaban todo su rostro y no dejaba de moverse, tratando de zafarse del normando para correr hacia su prometido.

—*Regarde-la, c'est la dernière fois que tu vas la voir* —ordenó el

guerrero situado al lado de William y miró al que la mantenía sujeta a ella mientras le indicaba con un movimiento de cabeza que se alejasen —. *Porte-la-toi*.

Nora comenzó a verse desplazada, alejándola con bastante prisa y brusquedad de donde se encontraba William mientras los gritos no dejaban de brotar de lo más profundo de su ser.

Observó que el normando daba una patada a William arrojándolo al suelo, él mantenía sus manos entre sus costillas, apretando, intentando contener la hemorragia.

Vio que el normando empuñaba el puñal mientras se agachaba al lado de William. No pudo ver nada más, pues al girar la esquina el normando que la arrastraba golpeó su cabeza haciendo que todo se volviese oscuro.

7

William, ese nombre se repetía en su mente una y otra vez, en aquella oscuridad en la que únicamente lograba identificar el balanceo de su cuerpo de un lado a otro y los cascos de los caballos golpear con fuerza contra la tierra. William.

Abrió los ojos lentamente. Le dolía muchísimo la cabeza. Gimió mientras intentaba centrar la mirada.

La nieve pasaba a gran velocidad bajo ella. Vio las patas de los caballos golpear con fuerza mientras su estómago subía y bajaba por el frenético galope.

¿Qué estaba ocurriendo?

Intentó moverse, pero no pudo, la debilidad se había apoderado de todo su cuerpo.

A lo lejos, en el horizonte, una fina línea anaranjada brillaba. Estaba amaneciendo.

¿Dónde estaba?

Giró su cabeza comprendiendo que estaba echada sobre el lomo de un caballo y que una mano sujetaba su espalda para que no cayese. Gimió de nuevo cuando intentó incorporarse, pero sintió aquella mano apretando su espalda, inmovilizándola de aquella forma.

—*Ne bouge pas* —escuchó la voz amenazante de un hombre.

No comprendía lo que le decían, ni siquiera dónde se encontraba, hasta que los recuerdos la asaltaron.

El ataque a su poblado.

Los normandos habían invadido su manor matando a muchos de sus amigos.

Su madre. Contuvo la respiración al recordarla correr calle arriba, recordó también cómo le había pedido a William que huyese junto a ella.

William. Su mente volvió a recrear aquellas imágenes: William

apuñalado por el costado, pidiéndole al normando que la soltase, aceptando su destino, su última mirada.

Ahora ella había sido situada a lomos de un caballo sin saber adónde se dirigían.

Giró su cabeza y miró hacia arriba.

Un enorme guerrero con armadura de cuero se encontraba sentado tras ella. Llevaba el cabello suelto, largo y rubio. Observó que del cinturón colgaba una enorme espada. Tragó saliva y se dejó caer de nuevo sobre el caballo.

¿A dónde la llevaban? ¿La habían secuestrado?

Miró de un lado a otro intentando reconocer dónde se encontraba, pero no tenía ni idea, ni siquiera sabía la dirección que habían tomado y seguramente llevarían varias horas cabalgando.

¿Qué iba a hacer? Necesitaba saltar de aquel caballo y volver a su manor para asegurarse de que su madre y William estaban bien. No sabía qué habría sido de él. ¿Lo habrían matado? Algo dentro de ella comenzó a romperse, a fracturarse. Su corazón se encogió y comenzó a costarle respirar. Aquel normando habría acabado con su vida.

Comenzó a llorar sin control. Seguramente, su destino también sería morir a manos de aquel normando.

Volvió a removerse y notó de nuevo cómo aquel guerrero volvía a sujetarla con más brusquedad. En ese momento, la ira se apoderó de ella, no solo habían irrumpido en su poblado, sino que habían masacrado a su gente, además, no sabía cuál era el estado de su madre ni si William seguía o no con vida.

Golpeó con toda la rabia que pudo la pierna del normando repetidas veces. Intentó incorporarse y, seguidamente, recibió una bofetada en la mejilla que casi la hizo caer del caballo.

Se le saltaron las lágrimas y la mejilla comenzó a latirle. Un leve mareo se apoderó de ella.

Aquello no podía estar ocurriéndole, todo debía de ser una horrible pesadilla y cuando despertase estaría de nuevo con su madre y con William.

Cerró los ojos mientras gemía, apretándolos fuerte e intentando contenerse y los abrió de nuevo observando a su agresor sentado detrás de ella.

Aquellos hombres la matarían, de hecho, no sabía cómo seguía viva aún. Tenía que escapar como fuese y no debía tardar en hacerlo, pues cada vez se distanciaban más de su manor.

Giró a duras penas su cuello, notando una punzada de dolor en la sien que le hizo estremecerse y, en ese momento, fue consciente de que no galopaban solos. Por delante de ellos y por detrás les seguían un montón de guerreros más.

La situación se complicaba por momentos. Escapar de uno aún era

viable, pero escapar de tantos... debía de haber unos treinta. Fue mirándolos hasta que algo llamó su atención. Detrás de uno de los guerreros le pareció ver un rostro conocido. Intentó observar más atenta, aunque entre el galope, la poca claridad y los nervios no estaba segura. Pese a todo, podría asegurar que le había parecido ver a Mildred echada igual que ella sobre el lomo de un caballo. Decidió cerrar los ojos y sucumbir a la oscuridad. Ese era el lugar más placentero en ese momento.

No supo cuántas horas pasaron, ni siquiera de si se trataba del mismo día.

Un golpe en la espalda le hizo abrir los ojos. Rodearon su cintura y la bajaron del caballo sin miramientos, dejándola de pie sobre la hierba. Ni tan siquiera pudo aguantarse sobre sus propias piernas y cayó al suelo.

Se apartó el cabello de la cara y se movió hacia atrás observando al enorme guerrero bajar de un salto del caballo y caer a su lado. Este la miró de arriba abajo y volvió a pronunciar algo incomprensible mientras una sonrisa triunfal aparecía en su rostro. Cogió la correa de su caballo negro y se alejó de ella.

Nora miró hacia los lados. Se habían detenido en un descampado rodeado de bosque. Todos los guerreros bajaban de sus caballos y se dirigían hacia unos árboles cercanos para atar las riendas de sus corceles. No comprendía nada de lo que decían, pero sabía que estaban hablando de ella. No en vano, sus miradas volaban de vez en cuando en su dirección y comenzaban a reír. Otros tantos guerreros miraban en otra dirección.

Siguió la mirada de aquellos otros y comprobó que, efectivamente, Mildred permanecía de pie, mirando de un lado a otro mientras se pasaba la mano por la mejilla.

Nora se removió intentando ponerse en pie, notando cómo sus piernas temblaban. Solo llevaba el vestido gris puesto y, aunque era de lana gruesa y manga larga, el frío le cortaba la respiración. Notó un pinchazo en la nuca y pasó sus dedos con cuidado. Cuando volvió a mirárselos estaban impregnados de sangre seca.

—Mildred —sollozó mientras miraba a todos los guerreros que pasaban por su lado, inspeccionándola de arriba abajo.

Mildred no escuchó su susurro entre todo aquel alboroto, pero igualmente su cabeza se giró hacia ella y la contempló durante unos segundos. En ese momento se dio cuenta de que no solo ellas dos habían sido capturadas, sino que cinco chicas más permanecían tiradas en el suelo.

Iba a dar un paso hacia ella cuando Nora fue sujetada del brazo por uno de aquellos guerreros que se interpuso en su camino.

—*Où crois-tu que tu vas?* —preguntó con voz excesivamente agresiva.

Nora intentó soltarse de la mano de aquel enorme guerrero, pero a este no pareció gustarle su gesto y comenzó a tirar de ella hacia los árboles.

—¡No! —gritó intentando soltarse de su mano, golpeando su brazo con la que tenía libre. Observó que la conducía directamente hacia el bosque, hacia donde estaban atando a todos los caballos—. Por favor —imploró mientras las lágrimas comenzaban a invadir su rostro. Volvió la mirada hacia su amiga, la cual permanecía impasible observándola y, al momento, otro guerrero se situó a su lado cogiéndola del otro brazo. Tragó saliva y volvió a observar a su captor. La arrojaron al suelo, al lado de un árbol. Aquel guerrero la miró fijamente.

Nora cayó lesionándose la rodilla y se arrodilló contra el árbol intentando protegerse con él mientras el normando miraba de un lado a otro, como si estuviese intercambiando miradas de complicidad con sus compañeros. Uno de ellos le acercó una cuerda y acto seguido se arrodilló al lado de ella cogiéndole las muñecas y echándoselas a la espalda.

Nora se removió mientras comprendía que el normando quería atar sus manos a la espalda. Intentó luchar, hecho que pareció divertirle a aquel hombre hasta que unas palabras que no comprendió la paralizaron. No sabía qué significaban, pero había una clara amenaza en ellas. Decidió quedarse quieta mientras anudaban sus manos a la espalda y, en cuanto estuvo atada, la giró y la observó a los ojos mientras la empujaba de nuevo al suelo.

Le costó bastante incorporarse, pues sin los brazos le era muy difícil. Al menos, consiguió sentarse y apoyar su espalda contra el árbol ante las risas de todos.

Observó cómo acercaban a Mildred y a varias chicas más y repetían la misma acción que con ella, dejándolas caer sobre la tierra húmeda, todas agrupadas para controlarlas mejor.

Mildred fue situada a su lado. Tenía varios cortes en el hombro y la mejilla colorada, seguramente también habría recibido alguna bofetada.

En cuanto los normandos se alejaron Nora fijó la mirada en Mildred, a pocos metros de ella, apoyada en el siguiente árbol. Se quedaron mirándose fijamente durante unos segundos con lágrimas en los ojos hasta que uno de aquellos enormes guerreros se situó en medio de las dos, quitándoles toda visión posible.

El guerrero se arrodilló y extendió su brazo hacia Nora cogiendo delicadamente un mechón de cabello entre sus dedos, tocándolo, como si la suavidad de este le excitase.

Nora lo miró fijamente a los ojos durante unos segundos hasta que el guerrero le sonrió mostrándole una boca llena de dientes marrones y negros.

Apartó la mirada de inmediato, pero el guerrero se acercó a ella y llevó su cabello hasta su nariz, inspirando su aroma.

—Ça sent bon —susurró hacia ella mientras paseaba su nariz sobre su cabello.

Nora se apartó de inmediato. El guerrero se puso en pie con una gran sonrisa, como si aquel gesto le hubiese divertido, y miró de reojo a todos sus compañeros que también observaban la escena con sonrisas bobaliconas en sus caras.

¿Qué podía tener de divertido el atemorizar a una joven muchacha?

Miró a todos notando cómo los latidos de su corazón aumentaban y su respiración se volvía rápida, haciendo que su pecho subiese y bajase a gran velocidad. Al menos, tras aquello, los guerreros se giraron y se reunieron a unos metros de ellas, comiendo queso, pan, vino… la comida que seguramente habrían saqueado de su manor.

Nora volvió a girarse hacia Mildred, la cual estaba petrificada observando a aquellos enormes guerreros.

—Mildred —susurró. Ella se giró y la observó asustada—, ¿cómo estás?

Su labio tembló antes de emitir un susurró.

—Bien, ¿y tú?

Nora asintió dándole a entender que también se encontraba bien.

—¿Sabes dónde estamos?

Mildred negó.

—Ni idea —susurró mientras iba desviando la mirada hacia los guerreros, controlando que no las viesen hablar—. Creo que nunca había estado aquí. Solo sé que hemos tomado rumbo al norte.

Nora inspiró y observó a las otras muchachas que se encontraban en la misma posición que ellas. Sabía que todas eran de su manor.

—¿Cuántas horas llevamos cabalgando? —preguntó Nora en un susurró.

—Unas cinco o seis.

Aquello le hizo gemir. Estaban ya muy lejos de su hogar, demasiado como para poder ir corriendo sin que la encontrasen y la volviesen a capturar, pero ese no era su mayor problema. ¿Cómo iba a hacer para poder despistarlos?

No estaba amarrada a ningún árbol, de modo que podía salir corriendo, aunque con las manos atadas a la espalda no llegaría muy lejos, y más con unos treinta guerreros persiguiéndola.

Suspiró y se mantuvo callada pero decidida a marcharse de allí. Debía buscar el momento oportuno. Quizá si todas saliesen corriendo

a la vez les sería más difícil atraparlas y alguna lograría escapar.

Miró al resto de sus compañeras y al momento se desanimó. La mayoría estaban llorando, con su cabeza agachada hacia abajo o apoyada en las rodillas flexionadas.

Pasó prácticamente una hora hasta que los guerreros volvieron a acercarse. El guerrero de cabello rubio y largo con el que había cabalgado aquellas últimas horas se acercó hasta ella colocándose justo enfrente. Realmente era enorme, debía de sacarle más de una cabeza.

Tragó saliva y apartó la mirada de él. El guerrero se agachó a su lado y desató sus manos. La cogió sin ninguna delicadeza del brazo poniéndola en pie. Nora intentó soltarse, pero el guerrero la sujetó más fuerte. Acto seguido, rugió como si se le acabase la paciencia y volvió a tirar de ella hacia el caballo.

Ni siquiera esperó a situarse frente al animal, la cogió por la cintura y la subió. Él subió detrás mientras Nora iba observando al resto de los guerreros hacer lo mismo.

Siguió con la mirada a Mildred, la cual era arrastrada más atrás, aunque la perdió de vista cuando el animal comenzó a galopar.

Cabalgaron todo el día, a veces a un paso muy lento, sobre todo cuando tenían que cruzar algún bosque. Jamás había ido tan lejos de su manor. El guerrero que la llevaba no había pronunciado palabra alguna.

Nora había preferido quedarse quieta, sin moverse. Ya sabía que no dudaría en golpearla, y eso no era lo peor, por lo que había intuido tampoco dudaría en violarla o matarla, así que lo mejor era intentar mantener la calma, sin llamar mucho la atención.

A una determinada hora de la tarde decidieron detener sus caballos y volvieron a cogerlas a todas, agrupándolas cerca de unos árboles, pero esta vez no ataron sus manos.

Los guerreros se limitaron a tirarles algunas hogazas de pan. Ella apenas había comido, tenía el estómago cerrado. Se había limitado a dar unos pequeños bocados, obligada en cierto modo, pues sabía que debía mantener las fuerzas si quería escapar.

Tan pronto como hubieron comido, volvieron a subir a los caballos y cabalgaron hasta que el día dio paso a la noche.

Se habían detenido en otro descampado y, esta vez, sí las habían atado a los árboles. El frío era sobrecogedor.

Los guerreros habían encendido varios fuegos en el descampado y se habían sentado alrededor de las hogueras, cocinando en ellas parte del pescado y carne que habían robado en su manor.

Nora miró hacia el lateral donde Mildred permanecía con los ojos cerrados.

—Mildred, Mildred… —susurró hacia ella, desviando de vez en cuando la mirada hacia los guerreros, sentados varios metros alejados de ellas.

Mildred y unas cuantas chicas más la miraron, las que estaban más cerca de ella. Nora las observó.

—¿Estáis bien?

Ellas asintieron a duras penas, sin tener siquiera el valor de pronunciar palabra alguna.

Nora observó de nuevo a los guerreros que comían pescado y carne.

—Hay que intentar escapar —pronunció sin mirarlas a ellas.

—¿Estás loca? —respondió la que tenía más cerca—. Si lo intentamos nos matarán sin contemplaciones.

Ella se giró y la observó. Conocía a aquella chica, aunque nunca había intercambiado palabra alguna con ella.

—¿Y qué crees que harán igualmente? Nos violarán y luego nos matarán —susurró Nora con voz fría—. Hay que intentar escapar, así al menos tendremos alguna oportunidad. —Las muchachas la miraron no muy seguras, obviamente estaban aterrorizadas, pero ella también lo estaba, aunque tenía claro que quedarse allí sería esperar una muerte lenta pero segura—. Si salimos corriendo todas a la vez alguna de nosotras podrá escapar.

—Son muchos —balbuceó otra de las muchachas, la cual debía de haber recibido un golpe en la cabeza, pues tenía parte de la frente manchada con sangre seca.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Mildred—. Nos tienen atadas.

—Disponen de caballos —siguió otra de las muchachas.

Todas se quedaron calladas cuando varios guerreros se acercaron. Nora giró su cabeza hacia ellos y comprobó que el guerrero con el que siempre cabalgaba se acercaba con un trozo de carne sobre un plato de barro.

Se arrodilló ante ella y dejó el plato justo enfrente, pero Nora lo miró intrigada. Al momento, el guerrero se puso en pie y se dio media vuelta. Nora dudó un poco, pero reunió el valor suficiente para que la voz llegase hasta su garganta.

—¿Cómo quieres que coma si tengo las manos atadas? —preguntó temblorosa. El guerrero se giró y la miró intrigado—. No puedo comer —gimió ella.

Automáticamente, señaló con un movimiento de cabeza hacia la cuerda que la mantenía sujeta al árbol.

El guerrero fue de nuevo hacia ella y se agachó justo enfrente, mirándola intrigado.

—No puedo comer —repitió ella—. Tengo hambre, pero con la

cuerda no puedo usar las manos.

El guerrero miró a los demás compañeros, los cuales habían depositado un poco de comida al lado de cada muchacha. Acto seguido, volvió a contemplarla a ella con una ceja alzada.

—Por favor… —balbuceó Nora.

—*Utilise la bouche* —pronunció con voz grave arrodillado ante ella y con la mirada fija.

—¿Qué? No te entiendo —susurró.

El guerrero pareció suspirar e inmediatamente se señaló su propia boca.

—*Bouche* —se señaló hacia los labios y luego señaló el plato.

—¿Quieres que use la boca? —preguntó asombrada.

El guerrero la miró sin comprender, pero a modo de explicación, y para ser más conciso, la agarró de la nuca y bajó parte de su tronco hasta el plato, haciendo que sus labios tocasen la carne. Vale, había sido muy claro, le estaba indicando que si quería comer lo hiciese inclinándose ella misma sobre el plato.

Nora apartó la cabeza de su mano con un movimiento brusco y lo miró enfurecida.

—Así no comen las personas, así comen los animales —comentó enfadada.

Sabía que el guerrero no la había entendido, pero el tono que usó lo enfadó. Aprovechó ese momento para volver a señalar con un movimiento de cabeza sus cuerdas, intentando que la soltase.

—*Non* —sentenció el guerrero y, acto seguido, se levantó volviendo a señalar el plato—. *Mange*. —Dicho esto, se giró y se marchó hacia la hoguera de nuevo.

En ese momento, Nora se dio cuenta de que todas las miradas de las muchachas recaían sobre ella.

Observó cómo aquel guerrero se sentaba e iba mirándola de vez en cuando. Nora lo miró fijamente durante varios segundos hasta que se obligó a inclinarse para agarrar uno de aquellos trozos de carne con la boca y comenzar a masticar. Era realmente humillante, pero necesitaba comer para mantener las fuerzas. Le pareció ver que el guerrero afirmaba cuando la observó comer y poco después dejó ya de prestarle atención.

El resto de muchachas hizo la misma acción que ella. Permanecieron varios minutos en silencio comiendo hasta que Nora observó que los guerreros habían vuelto a olvidarlas, ya que no dejaban de reír entre ellos.

—Los caballos pueden ser un problema para ellos —susurró Nora desviando levemente la mirada hacia las muchachas mientras se inclinaba sobre el plato—. Depende de por dónde vayamos los caballos no podrán seguirnos.

—No sabemos dónde estamos —continuó Mildred.

—Y seguimos atadas —gimió otra de las muchachas.

—En algún momento tendrán que soltarnos.

—Sí, para subirnos a los caballos —pronunció otra de las muchachas que no había hablado hasta ese momento.

Nora suspiró y acabó de comer la carne del plato. No tenía hambre, pero tenía que obligarse si quería mantener las fuerzas e intentar escapar en cuanto tuviese ocasión.

8

Notó que le golpeaban en el costado y lo primero que vio al abrir los ojos fue a ese enorme guerrero frente a ella, dándole con el pie. Acto seguido, se agachó a su lado y la desató.

Estaba comenzando a amanecer. A lo lejos podía observar unas nubes oscuras, seguro que traían una gran tormenta.

El campamento que habían formado estaba en total movimiento. La mayoría de los normandos recogía las mantas y los utensilios que habían usado durante la noche.

Ni siquiera tuvo tiempo para estirar la espalda. El guerrero la cogió del brazo y tiró de ella hacia el caballo. Nora hizo ademán de soltarse, pero el guerrero volvió a cogerla con fuerza y la arrojó hacia delante. No había tenido ni tiempo de poder mirar si sus compañeras estaban bien. Buscó con la mirada a Mildred, pero no la encontró.

El guerrero la cogió de la cintura para subirla al caballo, pero Nora se apartó con un manotazo buscando a su amiga con la mirada. No supo lo que le había hecho hasta que notó cómo aquel enorme hombre la agarraba del brazo y la estrellaba con bastante brusquedad contra el caballo.

Se aproximó a ella y la señaló con el dedo a modo de amenaza. Nora tragó saliva nerviosa, consciente de que acababa de dar un manotazo a aquel hombre y de que este no dudaría en volver a golpearla si era necesario.

La cogió de la cintura y la subió al caballo mientras hacían lo mismo con sus compañeras. Al final localizó a Mildred, la cual parecía estar buscándola también y pareció calmarse cuando la encontró. De nuevo, la arrastraban hacia el caballo de malas formas, pero dejó de verla cuando otros caballos se interpusieron en su camino.

Nora miró a ese guerrero de arriba abajo. Era un hombre enorme y un poco pasado de peso. El cabello largo y rubio le llegaba más o

menos por el pecho y poseía una abundante barba que cubría parte de su rostro.

Debía de tener bastante más edad que ella. Se quedó observándolo varios segundos hasta que el guerrero tuvo que sentirse incómodo porque le dio un ligero toque con la mano en la espalda para que mirase hacia delante.

De nuevo, se dirigían hacia el bosque.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó girándose hacia él.

El guerrero la miró y la ignoró.

—¿Que a dónde vamos? —insistió en un tono más fuerte.

El guerrero pareció hacerse una burla con otro al ver la insistencia de la muchacha.

Nora resopló y se giró directamente hacia él.

—¿A dónde? —preguntó señalando hacia el bosque.

—*Tais-toi ou je te coudrai la bouche*.

—¡No te entiendo! —volvió a gritarle. Bueno, había entendido *bouche*, sabía que significaba boca, pero nada más.

El guerrero golpeó la espalda de Nora y finalmente esta guardó silencio. Desde luego, no se podía andar con tonterías con él. Gimió y se llevó la mano a la espalda con gesto de dolor. Decidió mantenerse en silencio y no tentar más a la suerte.

Las horas pasaron mientras se internaban por los bosques y el frío la iba calando hasta los huesos. El sol fue ganando cada vez más protagonismo hasta que lo iluminó todo, pero la tormenta se iba acercando y no dudaba de que en pocas horas se les echaría encima.

Anduvieron varias horas en silencio, simplemente con el sonido de los cascos de los caballos al picar sobre la tierra y de los truenos a lo lejos. En un determinado momento, el que encabezaba el grupo alzó la mano haciendo que todos se detuviesen.

Nora miró hacia los lados, observando que una de las compañeras también la miraba sin comprender lo que ocurría.

Varios de los guerreros que presidían la caravana bajaron de sus caballos y se perdieron entre la espesura. Nora se giró hacia atrás para observar el gesto serio del guerrero que viajaba con ella. Este la observó un segundo y volvió su mirada al frente, sin indicarle nada.

Los guerreros que se habían marchado aparecieron de nuevo y comenzaron una conversación con el resto en voz baja. Muchos de ellos bajaron de sus monturas.

El que la acompañaba la cogió y la dejó en el suelo, acto seguido la condujo hacia un árbol con una cuerda, ella comenzó a removerse al saber lo que significaba.

—No, otra vez no —le gritó. El guerrero le tapó la boca con su mano y le ordenó con un gesto que guardase silencio, pero ella apartó la cara de aquella mano con gesto furioso—. Ni se te ocurra volver a

atarme —lo amenazó.

No pudo seguir hablando, el guerrero la empujó con fuerza contra el árbol, desenvainó su espada y se colocó ante ella, apuntándola.

Mejor no enfurecerlo más. Se arrodilló y el normando se situó a su lado atándola al árbol con movimientos agresivos, como si se estuviese agotando su paciencia. Cuando la tuvo atada le indicó que guardarse silencio y se levantó con la espada aún en la mano.

Seguidamente, volvió a subirse en el caballo y todos salieron trotando, internándose en el bosque. ¿Qué estaba pasando allí?

Nora giró su cabeza para observar a Mildred, la cual estaba unos árboles más allá. Las habían dejado totalmente solas.

—¿Qué está pasando? —gritó una de ellas.

—Shhh… no hagas mucho ruido —susurró Nora rápidamente, la cual comenzó a realizar movimientos, contorsionándose, intentando liberarse de las cuerdas.

Se fijó en que las otras chicas la imitaban. Aquellos temibles guerreros sabían cómo hacer nudos.

Se le heló la sangre cuando escuchó gritos y el sonido de una espada al chocar con otra.

—¿Qué es eso? —sollozó la chica que tenía al otro lado.

—Parece que están luchando —se apresuró a contestar otra.

—Vamos, ¡intentad escapar! —apremió Nora.

Haciendo todo el esfuerzo posible, incluso notando cómo se rasgaba parte de la piel del brazo, consiguió sacar uno de los brazos de entre las cuerdas.

—Vamos, Nora —la animó Mildred que intentaba deshacerse también de sus nudos—. Date prisa, por favor… por favor —sollozó.

Otra de las chicas consiguió sacar un brazo y empezó a bajar la cuerda igual que hacía Nora, pero realmente estaba bien ajustada y costaba bajarla.

Nora gruñó un par de veces, incluso tuvo deseos de gritar cuando notó cómo la cuerda quemaba toda su piel al bajarla, pero consiguió llevarla hasta su cintura y pasarla por sus caderas.

Una vez la bajó por los muslos la cuerda cayó por su propio peso.

Ni siquiera se miró los brazos para ver el daño que se había causado, corrió directamente hacia Mildred y comenzó a deshacer el nudo, el cual estaba demasiado apretado.

—Vamos, vamos —suplicaba Mildred sin parar.

Otra de las chicas logró deshacerse de la cuerda, iba a salir corriendo cuando Nora le gritó.

—Ayuda al resto —ordenó.

La muchacha dudó durante unos segundos.

—Ayúdame —sollozó la chica que tenía más próxima.

Gimió y fue hacia ella intentando deshacer el nudo.

Nora aflojó el nudo de Mildred y, tras varios segundos, logró que la cuerda se aflojase y que ella pudiese así extraer los brazos.

—Ya puedo, ya puedo —dijo rápidamente señalando a otra de las chicas que intentaba soltarse para que la ayudase.

Nora corrió hacia ella y comenzó a deshacer el nudo de la otra muchacha. Al momento, Mildred se unió a ella mientras la otra chica conseguía liberar a otra e iban a ayudar a la última.

—Vamos, vamos… —gemía Nora mientras intentaba deshacer el nudo.

Justo lograron quitarle la cuerda a la última cuando escucharon de nuevo los gritos y el choque de unas espadas contra otras.

—¡Corred! —gritó Nora mientras todas se internaban en el bosque.

Sabía que si las encontraban las matarían, pero era la única forma de intentar escapar.

Observó a alguna de sus compañeras dirigirse hacia el otro lado del bosque, dispersándose, así sería mucho más difícil dar con todas y seguramente alguna lograría escapar. Simplemente les deseaba suerte.

Nora notó cómo Mildred la agarraba de la mano y tiraba más rápido de ella pasando sobre raíces y hojas secas.

—Mildred, Mildred, por aquí —indicó, pues el bosque se espesaba más y así sería mucho más difícil encontrarlas.

Corrieron hacia la zona mientras notaban que el camino se iba empinando, subiendo una pequeña montaña. En ese momento comprendió lo que estaba ocurriendo, desde allí arriba podían divisar otro poblado que estaba siendo atacado. Nora se quedó petrificada al ver las casas en llamas, al escuchar los gritos de la gente… Notó que el corazón se le aceleraba. En su mente revivió aquellos horribles recuerdos hasta que Mildred volvió a tirar de su mano.

—Vamos, Nora. Hay que alejarse lo máximo posible —suplicó.

Se soltaron de la mano y comenzaron a correr una al lado de la otra, conscientes de que sus otras compañeras habían seguido otro camino.

Llegaron a lo más alto de aquella colina y comenzaron a descender por ella sujetándose a algunos troncos para no caer, pues en esa zona el terreno era bastante agreste y los altos arbustos más las numerosas piedras del camino dificultaban una huida rápida.

Pasaron sobre un pequeño río mojándose los pies cuando escucharon un grito.

La voz masculina les llegó desde lo lejos. Ambas se giraron para observar a un grupo de tres normandos montados en sus caballos, dirigiéndose en su dirección.

Nora y Mildred comenzaron a correr más rápido.

—¡Corre! ¡Corre! —gritó Nora mientras apartaba los arbustos.

Escucharon tras ellas el galope de los caballos. Se giró para observar que los guerreros se acercaban.

Cayó sobre una piedra haciéndose una herida en la rodilla, observó cómo Mildred se detenía y corría en su dirección para ayudarla, pero antes de que Nora pudiese levantarse ya le estaba gritando que siguiese corriendo.

Notó un dolor agudo en la rodilla, pero no le importó, intentó hacer caso omiso mientras seguía apartando arbustos, mientras controlaba la espalda de Mildred corriendo a pocos metros por delante de ella.

Se giró para observar que los normandos ya estaban cerca, demasiado cerca.

Intentó correr con más ahínco, saltando sobre unas raíces de los árboles que se elevaban sobre la tierra, cuando escuchó el galope del caballo justo detrás suyo.

Se desvió del camino internándose a la derecha, apartando otro arbusto con la mano. Le faltaba el aire, el corazón se le iba a salir por la boca y el miedo amenazaba con paralizar sus músculos.

Tuvo que detenerse cuando uno de los guerreros apareció ante ella montado en su caballo, cortándole el paso, con la espada en la mano y descendiendo velozmente del caballo.

Gritó desesperada y se dio la vuelta para caer justo entre los brazos de otro de ellos.

—¡Nooo! —gritó muerta de miedo.

Comenzó a golpear el pecho de aquel hombre. Elevó la mirada hacia él, era un hombre que debía de doblarle la edad, de pelo negro como la noche y ojos oscuros. La sujetó fuerte mientras ella intentaba deshacerse de sus brazos.

Intentó darle una patada, pero antes de que pudiese hacerlo el hombre estampó su mano contra su mejilla tirándola al suelo. Notó incluso su cuello crujir por el impacto del golpe y cayó sobre el suelo golpeándose en la cabeza.

Sollozó antes de sentir que una mano la cogía del cabello y la elevaba con fuerza. Se sujetó a aquella mano intentando aflojar el tirón, pero no lo consiguió.

—*Vous ne pouvez pas échapper* —gruñó el normando frente a su rostro. Nora intentó ser fuerte, pues sabía a lo que se exponía, aunque no pudo evitar que una lágrima comenzase a descender por su mejilla ante la mirada colérica del normando—. *Monter sur le cheval* —ordenó sujetándola con fuerza por la cintura para subirla al caballo.

Sollozó cuando la soltó con agresividad y se quedó sin respiración.

Jamás volvería a encontrar la libertad que tanto ansiaba.

9

El cansancio emocional era tal que tras varias horas al galope se quedó dormida.

Abrió los ojos lentamente cuando sintió que el trote del animal se detenía. Sin duda, el intento de huir había enfadado más a los invasores.

El hombre la había bajado del caballo y arrastrado hacia unas murallas. No había tenido tiempo de ver nada ni de ubicarse, pues aún estaba medio dormida.

Habían entrado en aquellas ruinas y la habían conducido por unos escalones hacia abajo hasta unas mazmorras donde la habían encerrado. La falta de descanso y de alimentos de aquellos últimos días estaban causando mella en ella. Ni siquiera era consciente de sus últimos movimientos. Estaba agotada.

La soltaron sobre el suelo y ni siquiera tuvo fuerzas para mantenerse en pie. Cayó totalmente rendida sobre la tierra y cerró los ojos, sin fuerzas para nada. Solo escuchó unos golpes de unas puertas al cerrarse justo antes de caer sumida en un profundo sueño.

Cuando abrió los ojos había bastante oscuridad. El ambiente era húmedo y el frío la estaba calando hasta los huesos.

Miró de un lado a otro comprobando que se trataba de una habitación pequeña. Parecía encontrarse en una especie de sótano creado a base de grandes y frías rocas.

Intentó incorporarse, pues estaba tumbada sobre la piedra y sintió una debilidad extrema por todo el cuerpo.

Consiguió sentarse sobre la roca y apoyó la espalda contra la pared. No sabía dónde se encontraba, simplemente intuía que parecía estar anocheciendo.

Miró de un lado a otro y comprobó que al final de aquella pequeña habitación había una reja, como si se tratase de una prisión.

Intentó ponerse en pie, notando cómo las piernas casi no podían aguantar su peso, y caminó hacia la reja apoyándose contra la pared.

Había un pequeño pasillo que llevaba hasta unas escaleras, y, a los lados, podía intuir que había más celdas como la suya.

Miro de un lado a otro mientras gemía.

—¿Hola? —susurró atemorizada—. ¿Hay alguien?

Escuchó movimiento en una de las pequeñas celdas que había frente a ella y entre la oscuridad emergió una figura sujetándose también a los barrotes. Reconoció a la chica de inmediato, era una de las chicas de su poblado.

—Hola —susurró con cierta alegría en la voz—, ¿cómo estás?

Nora le sonrió tristemente y se agarró más fuerte a los barrotes.

—Algo débil —respondió Nora.

—Pensaba que no ibas a despertar nunca. Creí que habías muerto —comentó la muchacha al borde del llanto.

La chica estaba extremadamente delgada, tenía el cabello sucio y enmarañado, de un color rojizo, y unos enormes ojos azules que destacaban sobre aquella piel blanca.

—¿Cuánto rato he estado inconsciente?

—¿Rato? —preguntó asombrada—. Has estado dos días ahí tirada.

Ella la miró sorprendida.

—¿Dos días?

Ella afirmó efusivamente. Miró de un lado a otro, comprobando que había más celdas, pero no lograba escuchar nada más.

—¿Solo estamos nosotras?

—Sí.

—¿El resto consiguió escapar? —preguntó esperanzada.

La muchacha se mordió el labio y pareció debatirse durante unos segundos antes de contestar.

—Trajeron a otra chica, pero ayer se la llevaron y no he vuelto a verla —sollozó.

Nora se removió incómoda.

—¿Otra chica?

—Sí.

—¿Cómo era? —preguntó rápidamente—. ¿Rubia? ¿Ojos azules?

La muchacha negó.

—No, una chica morena, tenía los ojos claros. Creo que se llamaba Karen.

Nora aguantó la respiración durante unos segundos y cerró los ojos con fuerza.

—¿Y el resto de chicas?

—No las he vuelto a ver.

—¿Escaparon? —preguntó con esperanza en la voz.

—Creo que sí.

Sintió cómo una paz comenzaba a recorrer su cuerpo. Mildred, ella había conseguido escapar. Si al menos ella y las otras chicas habían logrado huir todo aquello habría valido la pena.

—¿Sabes dónde estamos?

—No —volvió a susurrar la muchacha—. Solo sé que nos encontramos en un castillo.

Nora miró a su alrededor.

—¿Es un castillo?

—Bueno, las ruinas de un castillo. Escuché que los hombres decían algo de Bamburgh, pero no sé qué es. No dejaban de repetirlo, ¿lo sabes tú?

—No, ni idea.

—No pude ver mucho porque me trajeron rápidamente hacia aquí, pero por lo que vi estaba bastante destruido.

Ella miró hacia el otro lado del pasillo.

—Nos trajeron por las escaleras, ¿verdad?

—Sí.

Nora se removió inquieta. Había intuido bien, se trataba de un subterráneo, aquello eran los calabozos de un castillo en ruinas.

Permaneció varios segundos callada, analizando la situación. Las tenían encarceladas y a una de las muchachas a las que habían apresado la habían cogido la noche anterior y no había vuelto a bajar. Aquello no le gustaba lo más mínimo.

—¿Sabes para qué nos retienen aquí? —Ella negó rápidamente—. ¿Y la otra chica? ¿La que se llevaron ayer?

—No lo sé —comenzó a llorar—. Escuché cómo gritaba durante un rato, pero luego, de repente, no escuché nada más. —La muchacha se pasó la mano por la mejilla y se limpió una lágrima.

Notó cómo el vello se le erizaba. Seguramente aquella chica estaría muerta. El corazón se le paralizó y notó cómo una gota de sudor frío comenzaba a resbalar por su frente.

—¿Y los hombres? ¿Suelen bajar?

—Baja uno de vez en cuando. Mira durante un rato y luego desaparece. —La muchacha se quedó callada, pensativa, hasta que volvió a elevar la mirada hacia ella—. ¿Cómo te llamas?

—Nora, ¿y tú?

—Royse —pronunció con dolor en la voz, luego agachó su cabeza y volvió a llorar.

Nora se quedó observándola varios segundos, notando cómo las ganas de llorar también crecían dentro de ella.

—Shhh… tranquila —intentó consolarla—. Todo va a salir bien, ya verás.

Royse alzó su mirada y la observó desconsolada. En ese momento

escucharon cómo unos pasos se acercaban por las escaleras.

Royse se apartó automáticamente de las rejas y señaló a Nora para que se tumbase en el suelo de nuevo.

Nora aceptó rápidamente y se tumbó intentando recordar la postura que tenía cuando había despertado, sabía que no sería la misma, pero dudaba que aquellos guerreros se hubiesen fijado en ello.

Se colocó en el suelo notando cómo los latidos de su corazón aumentaban y se quedó totalmente quieta mientras los pasos se acercaban.

Escuchó cómo alguien se quedaba quieto frente a su celda, no sabía si estaría observándola a ella o si estaría mirando a Royse, pero intentó concentrarse en ocultar el ligero temblor que sentía por todo su cuerpo a la vez que rogaba para que no pudiese escuchar los latidos de su corazón.

Al momento escuchó un golpe, como si hubiesen golpeado los barrotes de aquella celda con algún objeto. Supo que no estaba a su lado, sino en el de Royse.

Escuchó de nuevo unos pasos y esta vez sí supo que la estaban observando. Pudo notar cómo recorría todo su cuerpo con la mirada durante cerca de un minuto. Se quedó lo más quieta posible, con los ojos cerrados y fingiendo estar inconsciente, incluso aguantando la respiración por el miedo, hasta que los pasos comenzaron a alejarse hasta desaparecer.

Nora abrió los ojos lentamente y miró a Royse, la cual se encontraba de nuevo agarrada a los barrotes y mirando hacia la escalera. Centró la mirada en ella y afirmó.

—Se ha ido —susurró.

Nora se movió lentamente, notando la extrema debilidad en todo su cuerpo y esta vez ni se levantó, simplemente se limitó a gatear hasta el inicio de la celda y a agarrarse a los barrotes.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha traído algo de comer —dijo mostrándole un cuenco de barro con un trozo de pan y pequeños trozos de carne. La muchacha cogió el pan y lo partió por la mitad. Pasó el brazo entre los barrotes y lo estiró al máximo—. Toma —dijo ofreciéndole la mitad del pan—. Debes de estar hambrienta.

Nora afirmó y estiró su brazo, a duras penas consiguió atrapar el trozo de pan entre sus dedos. Estaba realmente duro, pero lograría mitigar el hambre tan feroz que sentía.

Royse cogió un trozo de carne y volvió a estirar el brazo, pasándoselo.

—Muchas gracias —le susurró mientras se llevaba un trozo de pan duro a la boca.

Entraba muy poca claridad a través de las escaleras.

Todo había cambiado tanto en tan pocos días... había perdido a su madre y al hombre al que amaba, con el que iba a casarse. ¿Qué habría sido de su madre? ¿Seguiría viva? ¿Y de William? Sabía que lo habían herido y todo indicaba que aquel normando había acabado con su vida, pero se negaba a aceptar aquella idea.

Notó cómo volvía a temblar. El frío le hacía temblar tanto que pensaba que iba a deshacerse.

Se había tumbado sobre la fría piedra, adoptando más o menos la postura en la que había despertado aquella tarde. Sabía que si se quedaba dormida despertaría sospechas si estaba en otra posición. Tal y como le había dicho Royse, debía parecer que aún permanecía inconsciente, al menos así tendría más oportunidades de sobrevivir.

Debía ser fuerte, sabía que venían días muy duros, pero debía mentalizarse e intentar no caer en la desesperación, en la angustia… Debía mantener la cabeza fría y pensar con agilidad.

Cerró los ojos intentando dormir un poco, pero un golpe seco la despertó y casi la hizo incorporarse. Se obligó a sí misma a recordar que debía parecer que aún estaba inconsciente.

Abrió los ojos a duras penas para observar que la estancia se iluminaba levemente por una antorcha que alguno de aquellos guerreros portaba en su mano. Los pasos de un par de ellos se hicieron presentes. Caminaban despacio, conversando en su idioma y riendo.

En cuanto los vio aparecer cerró los ojos, escuchando cómo ambos se detenían entre los dos calabozos. Uno dio unos golpes en la celda de Royse. Supo que estaban de cara a ella por cómo le llegaban las voces.

Abrió los ojos de nuevo para observar que dos de aquellos enormes guerreros se encontraban dándole la espalda, contemplando a Royse arrinconada al otro lado de su calabozo, temblando de miedo.

Volvieron a intercambiar palabras con gestos divertidos hasta que uno de ellos introdujo la llave en la cerradura de ella y abrió la puerta. Observó cómo Royse se puso en pie enseguida, pegada lo máximo posible a la pared, como si intentase fundirse con ella.

—No, por favor… —escuchó que gemía.

Se le heló la sangre y casi se le paralizó el corazón cuando observó a uno de aquellos guerreros entrar con gestos divertidos en su calabozo.

Cogió el brazo de Royse, la cual comenzó a luchar entre gritos, intentando soltarse, pero aquellos guerreros tenían demasiada fuerza para ella.

—No, no, no —gritaba una y otra vez Royse mientras este la arrastraba.

Estuvo a punto de levantarse y gritarles que se estuviesen quietos,

que la dejasen tranquila, pero sabía que no ganaría nada con eso. Se iban a llevar a Royse, y ella sería la siguiente.

Royse comenzó a dar patadas con todas las fuerzas que pudo al guerrero mientras la sacaba del calabozo. En un determinado momento, el guerrero alzó su mano y golpeó la mejilla de la muchacha que salió despedida contra la pared, golpeándose. Cayó al suelo, pero ni siquiera tuvo tiempo de reponerse del golpe. El normando se agachó y la agarró del cabello, elevándola, ante las risas y comentarios incomprensibles del otro guerrero que esperaba fuera con la antorcha en la mano.

Royse se levantó con un grito, pero lo que Nora no esperaba era que agarrase el plato de cerámica en el que le habían traído los trozos de pan y la carne y que lo estrellase contra la cara de su agresor. Sin duda, el guerrero tampoco esperaba eso. El plato se rompió en mil pedazos que salieron despedidos por todo el calabozo y parte del pasillo.

Nora abrió los ojos desmesuradamente al observar aquello. Pudo intuir cómo aquel guerrero tenía una pequeña brecha en su frente y una línea de sangre descendía al lado de su ojo dirigiéndose hacia su mejilla.

El guerrero se palpó la herida ante la mirada aterrada de Royse y fue hacia ella. La golpeó de nuevo arrojándola al suelo. Ni siquiera tuvo tiempo de volver a incorporarse, pues esta vez el guerrero se inclinó y la cogió por la cintura, elevándola.

Royse gritó mientras la sacaba del calabozo y el otro guerrero cerraba la puerta.

Escuchó los gritos de la muchacha al ser arrastrada, sus gritos eran capaces de helar la sangre a cualquiera. Miedo, terror, dolor… Intentó controlar sus emociones, intentó que el guerrero que aún se encontraba allí no escuchase los latidos desbocados de su corazón y se obligó a cerrar los ojos en cuanto lo vio girarse hacia ella.

Nora aguantó la respiración mientras la antorcha iluminaba su estancia. Sabía que estaba de pie frente a su calabozo, pues, aunque tenía los ojos cerrados, podía intuir la iluminación que desprendía aquella llama.

Estuvo a punto de gritar y tuvo que morderse la lengua, obligándose a quedarse paralizada cuando escuchó que el guerrero introducía la llave en su cerradura y la hacía girar. La puerta de barrotes cedió emitiendo un chirrido oxidado.

Notó la presencia del normando observándola, acercándose con pasos lentos, hasta que sintió cómo se arrodillaba a su lado.

Intentó normalizar su respiración y que su cuerpo no temblase. Sabía que si estaba inconsciente no sentiría ni frío ni calor, debía obligar a su cuerpo a que dejase de temblar, a que su corazón

palpitase más lento y a realizar una respiración lenta y acompasada.

Supo que aquel guerrero estaba arrodillado a su lado, observándola, sobre todo cuando sintió unos dedos desplazarse por su frente apartando un mechón. Se obligó a permanecer totalmente quieta, a no echarse a llorar.

Escuchó la respiración acelerada del guerrero y sintió cómo pasaba su mano por su cuello y, posteriormente, la iba bajando… acariciando todo su cuerpo, acariciando su pecho, su cintura, su cadera y su muslo, hasta llegar al final del vestido.

No pudo evitarlo y tragó saliva en un acto reflejo.

Nora notó cómo el guerrero introducía su mano bajo su largo vestido, comenzando a acariciar la piel desnuda de su pierna hasta llegar a su rodilla.

No, no podía seguir así, si seguía ascendiendo se vería obligada a golpearlo, a intentar escapar.

Notó que llegaba hasta su rodilla y comenzaba a masajearla. Estuvo a punto de gemir y reaccionar cuando el guerrero elevó su vestido hasta su muslo y comenzó a ascender, pero por suerte la voz de otro guerrero le detuvo.

—*Qu'est-ce que tu fais?* —La voz sonó grave y varonil, incluso con un ligero toque de atención.

Reconocería aquella voz en cualquier parte del mundo. Sabía de quién se trataba: el guerrero de melena larga y rubia que la había acompañado en el trayecto a caballo.

Por suerte, la mano de aquel guerrero se apartó de su piel y bajó de inmediato su vestido, poniéndose en pie como si nada hubiese ocurrido.

No respondió, pero Nora escuchó unos pasos vacilantes que se alejaban.

Poco después, la luz de la antorcha abandonó la estancia sumiéndola de nuevo en una oscuridad casi total.

Fue entonces cuando, finalmente, Nora abrió los ojos y tuvo que llevarse las manos a sus labios para apretarlos y reprimir un grito de miedo. Comenzó a llorar desesperada por los nervios. Se encogió haciéndose un ovillo y permaneció así varios minutos, gimiendo y llorando.

Debía hacer algo. Sabía cuáles eran las intenciones de aquellos hombres. Sabía perfectamente para qué se habían llevado a Royse. Un escalofrío la recorrió y se incorporó de inmediato, sentándose y abrazándose a sí misma.

Tragó saliva desesperada, consciente de lo que se le venía encima. Luego, algo llamó su atención. Gateó hasta los barrotes y estiró su brazo a través de ellos. Cogió un trozo de porcelana del plato que Royse había roto en el rostro del guerrero que se la había llevado.

Lo observó. Era largo y afilado. Volvió a su sitio arrastrándose y se tumbó sobre la piedra mientras se secaba otra lágrima y escondía el trozo de cerámica afilado bajo su cuerpo. No dudaría en usarlo llegado el momento.

10

Había pasado toda la noche despierta, pues al mínimo crujido o golpe despertaba sobresaltada.

Cuando había amanecido, se había levantado durante unos minutos y había movido sus piernas, pues notaba que se tensaban con el frío.

Con el paso de las horas había comenzado a tener hambre, aunque esa sensación se mitigaba al mirar al frente, donde Royse había estado hasta hacía pocas horas. Sabía que solo tenía dos opciones: o bien les daba a conocer que estaba despierta y pedía algo de comida, aunque aquello aumentaría las posibilidades de una violación, o seguía haciéndose la inconsciente, se moría de hambre y seguramente acabaría violada también.

En cuanto escuchaba un sonido volvía a adoptar aquella postura, como si no hubiese recuperado la consciencia. Habían bajado al calabozo un par de veces, pero, por suerte, no habían vuelto a entrar en él. Permanecían varios minutos observándola y volvían a marcharse.

Sabía que ella sería su próxima distracción. Abrió los ojos y colocó ante ella aquel trozo de cerámica puntiaguda. Haría todo lo que estuviese en sus manos para permanecer con vida.

Tras el paso de las horas volvió la noche, dando paso a temperaturas gélidas. Jamás había sentido un frío que la calase tan hondo, que incluso doliese. Era como si clavasen puñales por todo su cuerpo.

Mantenía todo su cuerpo en tensión y, con el paso de las horas, aquella tensión le había hecho tener dolorido todo el cuerpo.

Recordó la frase que William le había dicho sobre su padre aquella noche en la que había salido a llorar: *"sé que allá donde esté os seguirá protegiendo"*. Sollozó al recordar aquellas palabras. Lo que le

estaba ocurriendo superaba a sus peores pesadillas, pero se forzó en no caer en la desesperación y mantenerse firme. No podía perder la esperanza.

Había dejado caer su cabeza hacia delante, casi quedándose dormida, cuando escuchó unos pasos bajando las escaleras y, poco después, la tenue luz de una antorcha lo inundó todo.

Se tumbó de inmediato echando un brazo por encima de su cabeza y el otro estirado hacia un lado, asemejando la postura en la que permanecía inconsciente, y cerró los ojos tumbándose sobre el trozo de cerámica puntiaguda que se clavaba en su espalda, ocultándolo de aquella forma.

Se quedó totalmente inmóvil hasta que escuchó los pasos detenerse frente a su celda. Por el sonido, sabía que era solo una persona. Escuchó cómo la cerradura daba un par de vueltas y el chirrío al abrirse casi la hizo brincar.

Tuvo que concentrarse en no levantarse y quedarse arrinconada en un lateral de la celda.

Royse no había vuelto desde el día anterior, lo cual le indicaba que seguramente estaría muerta o recuperándose en otro lugar de los malos tratos a los que la habrían sometido. ¿Sería su turno? ¿Acabarían con su vida?

Estuvo a punto de gemir cuando escuchó los pasos acercándose y notó que alguien se arrodillaba a su lado.

Se quedó en silencio, intentando que su cuerpo no temblase y que su rostro reflejase tranquilidad, como si no fuese consciente de lo que ocurría a su alrededor.

—*Tu es très belle* —susurró el hombre lentamente.

Reconoció aquella voz. Se trataba del guerrero de larga melena rubia. Aquella voz era inconfundible, era extremadamente grave. El día anterior había evitado que uno de los guerreros la violase, obligándolo a apartarse de ella. ¿Iba a protegerla? Estuvo a punto de gritar cuando notó la mano del guerrero en su cintura, acariciándola.

Se obligó a quedarse quieta, a normalizar su respiración y a desviar su mente hacia los recuerdos de su madre, de William, de Mildred… Aquellas imágenes le transmitieron un poco de paz, la hicieron evadirse durante unos segundos, pero cuando el guerrero comenzó a subir por el vestido rumbo a su pecho tuvo deseos de echarse a llorar.

¿Qué iba a hacer? Estaba claro lo que iba a ocurrir.

El guerrero la tomó por las piernas y la tumbó de espaldas, con el rostro hacia arriba. Comenzó a sentir verdadero temor. ¿Iba a violarla así inconsciente? Suponía que para él debía de ser mucho más fácil así.

Notó el peso de aquel hombre sobre ella y se obligó a quedarse

quieta cuando notó que descendía sus labios hacia los de ella. En cuanto sintió aquellos labios calientes sobre ella el estómago le dio un vuelco y sintió náuseas. Estaba claro que aquel guerrero no era consciente de que ella estaba despierta. Mejor así, si lo supiese seguramente la ataría. Al menos, de aquella forma, tenía alguna posibilidad.

El hombre apartó sus labios de la boca de Nora y comenzó a descender por su cuello mientras sus manos viajaban hasta el vestido y lo subía hasta las caderas.

Debía hacer algo o la violaría. Sujetó con fuerza el trozo de cerámica puntiaguda entre sus dedos mientras el hombre escondía su rostro en su hombro, besándolo con agresividad.

Abrió los ojos y observó que había colocado la antorcha en el pasillo.

Observó el cabello rubio esparcido sobre aquellos hombros anchos. Se había colocado prácticamente sobre ella, pero, por suerte, el brazo y la mano con la que sujetaba la cerámica se encontraban bajo su espalda. Debía ser rápida.

Se fijó en que la puerta de la celda estaba abierta, con la llave puesta en la cerradura. Agudizó el oído y no escuchó ningún paso. No parecía que hubiese otro guerrero cerca. El hombre comenzó a descender hacia su pecho, dejando un reguero de besos a su paso. Era ahora o nunca. Debía ser rápida y no dudar.

Inspiró hondo intentando obtener el valor que necesitaba y, en un determinado momento, elevó rápidamente su brazo y con todas las fuerzas que pudo clavó la cerámica en el cuello de aquel guerrero.

El guerrero no fue consciente de lo que ocurría hasta que sintió que aquella cerámica puntiaguda se clavaba en su cuello.

Se elevó levemente, con los ojos muy abiertos, sorprendido, y se llevó la mano hacia el trozo de cerámica que tenía clavado. Nora había introducido más de la mitad en el cuello. El guerrero la observó asustado, como si no creyese lo que acababa de ocurrir, pero Nora no se quedó quieta. Colocó las dos manos en su pecho y lo empujó hacia un lado sacándoselo de encima.

Al girarse se dio cuenta de que tenía una de las manos y el vestido gris llenos de sangre. Se levantó de inmediato mientras el guerrero se extraía la cerámica del cuello con un gemido agudo que le heló la sangre y se vio obligado a taparse la herida con la mano, pues un chorro de sangre salió disparado de su garganta.

Nora corrió al final de la celda, traspasó la puerta y la cerró echando la llave. Justo sacó la llave de la cerradura cuando el guerrero llegó hasta ella y extrajo uno de los brazos a través de los barrotes. Nora se apartó rápidamente, pero el guerrero logró atrapar la manga de su vestido.

Por suerte, debía de haber tocado sus cuerdas vocales o estar demasiado dolorido para gritar porque lo único que pudo hacer fue gemir mientras agarraba con fuerza la manga de Nora. No había llegado hasta allí para quedarse quieta. Golpeó con fuerza su mano intentando soltarse, pero en vista de que no podía tomó una medida más drástica, bajó su boca hasta su mano y la mordió hincando los dientes sin piedad. Notó el sabor de la sangre en su boca y escuchó cómo el guerrero volvía a gemir mientras tapaba con su mano libre su garganta y finalmente la soltó.

Comenzó a correr mientras escuchaba cómo el guerrero comenzaba a aporrear los barrotes con fuerza intentando avisar a sus compañeros. Por suerte no podía gritar, pero estaba segura de que sus compañeros no tardarían en escuchar aquel escándalo.

Se dirigió hacia las escaleras y las subió de dos en dos notando el temblor de sus piernas, no por el frío, sino por los nervios. Ahora lo tenía claro, debía escapar o la matarían, ya no había vuelta atrás, debía salir de aquel castillo costase lo que costase.

Las escaleras tenían unos escalones anchos y bajos. Cuando llegó a la parte alta se quedó paralizada.

No había ninguna luz, la noche era totalmente oscura, no había ni siquiera estrellas, pues debía de estar totalmente nublado y un manto de nieve cubría toda la tierra.

Frente a ella había un enorme patio interior. A los lados había paredes que en otro tiempo debían de haber sido altos muros, pero que, en ese momento, estaban destruidos en su mayoría, teniendo una altura de dos metros como mucho.

Se obligó a quedarse estática y analizar la situación. Al final de aquel enorme patio había una torreta medio destruida con luz en su interior, como si hubiesen encendido una hoguera. Algunas risas llegaron hasta ella, seguramente las de los compañeros del guerrero al que acababa de dejar encerrado.

Intentó centrarse y buscar un lugar para escapar. El lugar más accesible para ella era un trozo de muro derruido a su derecha y que no tenía más de un metro de altura. Hundió los pies en la nieve lentamente al principio, intentando hacer el menor ruido posible, dado que la nieve crujía bajo sus pies, pero a medida que se acercaba al muro fue incrementando su velocidad por los nervios. En ese momento fue consciente de que estaba dejando huellas. La encontrarían sin problema.

Se subió al muro y lo cruzó dejándose caer de nuevo sobre la nieve. En ese momento, se quedó petrificada. ¿Dónde estaba?

Aquel castillo estaba elevado sobre una pequeña colina desde donde se divisaba el mar.

Bajó aquella enorme pendiente cayendo varias veces sobre la

nieve, mojándose todo el vestido y notando sus pies totalmente empapados. Con aquella temperatura se quedaría helada en breve. Sus cabellos volaban de un lado a otro por la ventisca, notando cómo sus labios se cortaban. No le importaba, lo único que tenía en mente era alejarse de allí.

Tropezó y acabó cayendo y rodando los metros que le quedaban hasta llegar a la explanada. Se golpeó parte del cuerpo mientras rodaba hasta que se detuvo con un golpe seco.

Se puso en pie con dificultad. Estaba cerca del mar y, a lo lejos, en sentido contrario, parecía haber un bosque. Inevitablemente, dejaría sus huellas en la nieve, pero si conseguía llegar a aquel espeso bosque sin ser vista quizá pudiese escapar, pues seguramente, con la espesura del bosque, la nieve no se habría aposentado tanto sobre el suelo y no dejaría sus huellas sobre ella.

Comenzó a correr desesperada, echando la vista atrás a cada segundo, controlando que no apareciesen antorchas sobre el muro que le indicasen que ya habían sido conscientes de su huida. Sabía que no tardarían mucho, pues aquel guerrero se esforzaría al máximo para hacer ruido y llamar la atención de sus compañeros, así que en lo único que podía esforzarse era en correr e intentar tomar la mayor ventaja de la que fuese capaz, esa era la única esperanza que tenía.

Fue el camino más largo que recorrió en su vida, por mucho que estiraba al máximo sus piernas el bosque no parecía acercarse nunca.

Apoyó su mano sobre el tronco del primer árbol recuperando el aliento. Correr sobre la nieve era agotador, más teniendo en cuenta las condiciones en que se encontraba. Miró al interior del bosque. Tal y como había pensado, la espesura del bosque protegía el suelo de tanta nieve, lo que podía darle una ligera ventaja para despistarlos. Debía intentar correr sobre las zonas donde no se hubiese acumulado nieve. Entró en tensión cuando escuchó unos gritos en la lejanía. Se giró para observar que el muro se iluminaba por varias antorchas y, pocos segundos después, varios caballos iniciaban el trote desde la puerta principal del castillo.

Se internó en el bosque acelerada, con el corazón latiendo a una velocidad que no conocía hasta el momento.

La oscuridad era absoluta, casi no veía por dónde corría, a duras penas podía reconocer los árboles y arbustos cuando los tenía a pocos metros, aun así, no dejó de correr.

Saltó sobre varias raíces, cada vez acostumbrándose más a aquella oscuridad y echando la vista al frente. La espesura del bosque no le permitía ver mucho por detrás de ella, pero supo que la seguían porque al final del bosque, entre los troncos de los árboles, pudo intuir la claridad de las antorchas.

—No, no —sollozó concentrándose en correr más rápido.

Apartó varios arbustos de su camino y decidió desviarse hacia la izquierda, donde parecía que se espesaba aún más el bosque. Al menos, los caballos no pasarían por esa zona con tanta facilidad.

Apartó unos cuantos arbustos y comprobó que ante ella había un pequeño riachuelo.

Se dirigió hacia él observando que en la orilla de este había bastante nieve acumulada. Saltó al riachuelo hundiendo sus pies hasta los tobillos. El agua estaba tan helada que fue como si decenas de puñales se clavasen en su carne. Se quedó paralizada por aquella horrible sensación.

Cruzó el riachuelo, dio un salto sobre la nieve y se internó en el bosque de nuevo, notando los pies totalmente helados. El dolor era intenso y las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas, pese a todo, no podía parar de correr si quería mantenerse con vida.

Apartó varios arbustos más y se giró de nuevo. Sí, no había duda, la seguían, pues en la lejanía se veía claramente el bosque iluminado, y no solo con una antorcha, había suficiente luz como para comprender que, como mínimo, eran cuatro o cinco las antorchas encendidas, lo que implicaba cuatro o cinco guerreros buscándola.

Volvió a correr obligándose a mirar hacia delante, concentrada en buscar los sitios más complicados para pasar y que supusieran un mayor esfuerzo para los caballos.

Notó cómo varias ramas de arbustos quemaban su piel e incluso la cortaban. En ese momento, llegó hasta ella las voces y los gritos de los hombres.

Notó cómo su corazón iba a salirse por su boca. Aquella luz cada vez estaba más cerca.

Tropezó cayéndose sobre la tierra. Gimió mientras se levantaba y echó la vista atrás. Si no encontraba un escondite la encontrarían en breve.

Siguió corriendo con la idea de buscar un sitio donde esconderse, pues sabía que llegarían sin problema hasta donde ella estaba. No había nada, lo único que podía hacer era trepar a alguno de aquellos árboles, pero las ramas estaban demasiado altas y ella demasiado débil como para poder subir.

Pasó unos cuantos arbustos más, consciente de la cercanía de aquellos hombres y, al momento, se detuvo. Se encontraba al borde de un pequeño precipicio, no más alto de un metro, y, frente a ella, un enorme río, ancho y rápido que cortaba el camino que seguía. La corriente era muy violenta. Miró de un lado a otro, consciente de que los hombres abarcaban mucha parte del bosque y de que estaban demasiado cerca ya como para intentar despistarlos.

Miró hacia el otro lado del río, la otra orilla estaba lejos y la corriente de agua no le permitiría nadar hacia el otro lado, sabía que

la arrastraría con agresividad.

Las voces de los hombres y el relinchar de los caballos llegó hasta ella. Las copas de los árboles que tenía justo tras ella se iluminaron con la luz de las antorchas.

No había llegado hasta allí para dejarse atrapar, seguramente moriría ahogada, pero al menos moriría luchando por su libertad y no a manos de uno de aquellos bárbaros.

Tomó aire inhalando una profunda bocanada y no lo pensó más. Se dio impulso y saltó el metro que la separaba del río.

En cuanto las aguas la cubrieron, notó cientos de cuchillos clavarse por todo su cuerpo, sus pulmones se comprimieron por aquella sensación helada. Movió compulsivamente su cuerpo para salir al exterior y, cuando finalmente lo logró, un gemido escapó de su garganta. La corriente era demasiado fuerte como para mantenerse a flote sin luchar.

Se giró lo suficiente para observar que las antorchas iluminaban ya el río y, en aquel momento, un grito la sorprendió. Podía asegurar que uno de los normandos, montado sobre su caballo, había señalado en su dirección. Tuvo que ser así porque los caballos tomaron aquella dirección, persiguiéndola. No pudo observar más, la corriente de agua la sumergió.

El dolor comenzaba a ser intolerable. Durante unos segundos notó cómo sus pies se arrastraban por el suelo lleno de piedras cortantes y se impulsó de nuevo para reclamar aquella bocanada de aire que tanto ansiaba.

Cuando volvió a salir al exterior respiró hondo y un grito salió de lo más profundo de su ser mientras la corriente la llevaba de un lado a otro sin control, maltratándola y sumergiéndola repetidas veces.

Ni siquiera podía nadar, simplemente luchaba por mantenerse a flote, y eso, con aquella corriente tan agresiva, era un arduo trabajo.

Entre bocanada y bocanada de agua pudo ver que las antorchas la seguían, aunque bastante alejadas, pues la corriente era más rápida que los caballos.

No fue consciente de las rocas hasta que chocó contra ellas bruscamente.

Gritó e intentó sujetarse, pero estaban resbaladizas y la corriente volvió a arrastrarla a través de unos rápidos que descendían, sumergiéndola de nuevo y haciéndola chocar contra el suelo.

Cuando logró salir al exterior gritó de nuevo. Definitivamente no había sido buena idea, en ese momento se arrepentía de haber saltado a aquel río, ahora sí estaba segura de que moriría ahogada.

Notó varios golpes más contra las rocas y, tras varios minutos en los que luchaba desesperadamente por no perder la consciencia, la corriente se calmó dándole un poco de respiro y permitiéndole

mantenerse a flote.

En ese momento, volvió a echar la mirada atrás y pudo comprobar que ya ni siquiera se veían las antorchas.

Eso le hizo recuperar levemente la esperanza. La corriente la había alejado de ellos dándole cierta ventaja.

Intentó mantener la cabeza fría, dejar a un lado todo el dolor que sentía y concentrarse en llegar al otro lado de la orilla, aquella era su única salvación si no quería morir en aquel río.

Dio brazadas moviendo compulsivamente los pies, notando los calambres y los espasmos recorrer todo su cuerpo.

Finalmente, pudo apoyar los pies en el suelo y con movimientos bruscos logró salir del río. Nada más llegar a la orilla se dejó caer sobre la nieve. En aquel momento no notó ni el frío, estaba tan sumamente helada que el hecho de caer sobre un manto de nieve ya ni lo notaba.

Respiró hondo varias veces intentando relajarse, aunque sabía que no tenía tiempo que perder. Deseaba quedarse tumbada sobre la nieve, el cansancio era tan extremo que durante unos segundos pensó en darse por vencida, pero se obligó a incorporarse y ponerse en pie. Tuvo que sujetarse a uno de los árboles para mantener el equilibrio.

Se dio unos segundos más para recuperar el aliento mientras el vaho salía por su boca y miró al otro lado del río. Se sintió aliviada al comprobar que ninguna luz de antorcha aparecía en la lejanía. No sabía cuánto terreno había recorrido por el río, pero parecía que, de momento, los había despistado.

Sabía que eran buenos rastreadores, que no cejarían en su empeño de buscarla y encontrarla, pero también confiaba en que pensasen que estaba muerta. Debía aprovechar aquella oportunidad.

Tras echar una última ojeada a la orilla contraria se adentró de nuevo en el bosque. Las fuerzas que le quedaban eran pocas, ya ni siquiera podía correr. La falta de alimento, de sueño y el desgaste tanto emocional como físico de aquellos últimos días no le permitían dar prácticamente dos pasos seguidos sin tambalearse.

Fue apoyándose en los árboles sin dejar de sollozar mientras caminaba, consciente de que cada vez podía soportar menos su peso.

Pasó más de media hora caminando hasta que tropezó y cayó sobre la tierra. Se quedó totalmente paralizada, incapaz de moverse, notando cómo las rampas y los espasmos recorrían todo su cuerpo haciendo que se contorsionase de dolor.

Las pocas fuerzas que le quedaban las utilizó para recordar a sus seres queridos antes de perder el conocimiento.

11

Despertó totalmente congelada. Ni siquiera sabía cuál era la causa por la que había despertado, hubiese preferido seguir inconsciente, el dolor que sentía por todo el cuerpo le hizo aguantar la respiración.

Giró su cuello para observar que había amanecido, aunque debía de hacer pocos minutos, pues el cielo aún estaba anaranjado.

Se incorporó a duras penas, sin siquiera tener fuerzas para arrodillarse. Notaba el vestido totalmente congelado, incluso crujía cuando consiguió alzar sus manos hasta su rostro para retirarse el cabello.

Un claro en el cielo se había abierto justo donde ella se encontraba. Había nevado durante toda la noche porque sobre su espalda los copos de nieve se amontonaban. Se sacudió repetidas veces entre sollozos e intentó ponerse en pie, pero sus piernas no aguantaban, era como si todo su cuerpo se hubiese transformado en hielo.

Necesitaba encontrar algún sitio donde entrar en calor o acabaría congelada, apenas podía ya sentir los dedos de las manos y de los pies. Un sonido la alertó.

Se arrastró hasta unos arbustos. Se arrodilló al no ser capaz de ponerse en pie y observó.

En la lejanía intuyó la figura de unos hombres a caballo. Reconoció aquellas siluetas, llevaban las mismas armaduras que los normandos que la habían apresado.

Se escondió tras el arbusto temblando de miedo, consciente de que aún seguían buscándola y de que acabarían dando con ella. Necesitaba alejarse de allí.

No podía ni caminar, no tenía fuerzas para nada, pero debía hacerlo. Se forzó a sí misma a sujetarse a un árbol para intentar ponerse en pie, pero las piernas no soportaban su peso.

—Vamos, Nora —se animó a sí misma.

Siempre se había considerado una mujer fuerte, valiente, pero en ese momento no tenía ganas de luchar, simplemente el recuerdo de Royse y de la última vez que la había visto siendo arrastrada fuera de la celda fue lo único que le dio las suficientes fuerzas como para intentar ponerse en pie.

Con un gruñido consiguió aguantar su propio peso, pero las piernas le temblaban en exceso.

Miró hacia el lateral, sujeta y escondida tras el árbol, consciente de la proximidad de aquellos guerreros cabalgando entre los árboles. ¿Acaso esos hombres no se rendían?

Miró de un lado a otro escogiendo el camino para huir entre unos matorrales y cuando se soltó del árbol cayó al suelo. Gimió con la respiración acelerada, pues no podía dar ni un paso.

Gruñó de nuevo mientras se ponía en pie y esta vez consiguió aguantar el equilibrio. En aquella última semana debía de haber perdido varios kilos, el vestido ya no le quedaba tan entallado y estaba totalmente sucio y húmedo, congelando todo su cuerpo.

Miró hacia atrás comprobando la distancia que mantenía con los normandos y comenzó a caminar lo más rápido que pudo, concentrándose en poner un pie delante de otro para no perder el equilibrio y no desfallecer.

Apartó con celeridad varios arbustos más mientras notaba el corazón acelerado hasta que salió a un pequeño descampado.

Tragó saliva y miró hacia atrás. No podía atravesarlo, allí no tendría sitio donde esconderse. Ni siquiera tenía suficientes fuerzas para correr al otro lado antes de que los guerreros diesen con ella.

Giró hacia la derecha y comenzó a correr lo más rápido que pudo entre los árboles, saltando sobre las piedras, sobre algún pequeño riachuelo y sujetándose a los árboles para recuperar el aliento durante unos segundos cuando lo necesitaba.

Intentó no pisar la nieve para no dejar huellas, pero sus pasos eran tan inestables que sabía que alguna marca iba dejando.

Escuchó las voces cerca, gritando y hablando entre ellos, incluso el relinchar de los caballos mientras seguía apartando matorrales y saltaban sobre las raíces de los árboles hasta que un grito le heló el corazón.

—*J'ai vu la femme* —escuchó una voz extremadamente grave.

Pese a no comprender su idioma supo lo que significaba.

—*Oui, elle est là* —respondió otro.

El galope de los caballos y los gritos de los normandos no tardaron en sucederse.

Se giró para observar que habían tomado su dirección y uno de ellos, el primero, la señalaba.

—No, no, no —sollozó.

La cogerían y la matarían al momento.

Había herido a uno de ellos, además a uno que parecía ser el jefe. No tendrían piedad con ella.

Intentó aumentar sus pasos introduciéndose entre los arbustos, apartándolos con la mano y notando cómo aquellos pequeños tallos de madera cortaban su piel.

El sonido de los caballos cada vez era más fuerte. Ahora que la habían localizado no tardarían en atraparla.

Giró unos árboles y siguió corriendo. De repente, escuchó el galope de uno de los caballos a su lado. Se giró sin dejar de correr y vio que uno de aquellos guerreros la seguía a pocos metros. La visión la aterró. Se veía realmente enorme sobre el caballo con la espada en la mano.

Se desvió en cuanto pudo, pero otro caballo le cortó el camino debiendo frenar en seco. Fue a girarse cuando recibió la patada del primero de los guerreros que aún seguía sobre su caballo, arrojándola al suelo.

Gritó cuando cayó sobre la tierra y la nieve, pero esta vez decidió quedarse quieta. Ya no había marcha atrás, ¿para qué luchar más? La matarían. Comenzó a gemir sin mover un milímetro su cuerpo mientras comprobaba cómo aquellos dos guerreros bajaban del caballo con la espada en la mano. Segundos después, tres jinetes más llegaban hasta ellos.

Tragó saliva y escondió su cabeza entre sus brazos, colocándola por debajo e intentando proteger su rostro. En parte prefería no mirar, sabía que la matarían, no quería ver cómo elevaban aquella espada hacia su espalda.

Su corazón se desbocó cuando escuchó el crujir de la nieve a su lado, pero contrariamente a lo que esperaba, la agarraron del cabello y la levantaron sin compasión alguna.

—Ahhh —gritó alzando sus manos hacia el brazo de él.

La giraron en dirección contraria a donde miraban. No se resistió, ya sabía que no tenía nada que hacer.

“Que sea rápido, por favor, que sea rápido”, era lo único que repetía en su mente.

Tragó saliva cuando uno de los guerreros bajó del caballo clavando la mirada en ella. Aquel normando de cabello rubio y largo que había intentado violarla y al que había herido la miraba con ira y desprecio. Se fijó en que llevaba un pañuelo de tela anudado a la garganta y varias gotas de sangre teñían su cuello y parte de sus ropas.

Fue directamente hacia ella y abofeteó su rostro con fuerza, echándola hacia un lado, pero no pudo caer, pues otro de los guerreros la sujetaba aún por el cabello.

Notó cómo la mejilla comenzaba a latirle, cómo notaba el sabor de su propia sangre en la boca, pero incluso antes de que pudiese elevar de nuevo su mirada notó cómo golpeaban su estómago con una patada y la arrojaban sobre la nieve.

Cayó con un fuerte golpe mientras los espasmos por el frío y el miedo invadían todo su cuerpo y las lágrimas comenzaban a bañar su rostro.

No tuvo tiempo siquiera de quejarse. El guerrero rubio se agachó a su lado y sujetó sus brazos por encima de su cabeza, situando su rostro excesivamente cerca.

—*Tu es une catin vulgaire!* —le gritó con furia mientras se echaba sobre ella.

Nora lo comprendió, comprendió lo que iba a hacer. ¿Iba a violarla allí?, ¿delante de todos?, ¿ante las risas de todos aquellos guerreros a los que parecía divertirle la situación que estaba viviendo?

—¡Nooo! —gritó intentando extraer las muñecas de la mano que las sujetaba por encima de su cabeza.

Comenzó a contorsionarse, pero el peso de aquel hombre la mantenía inmovilizada.

—¡No! ¡Ayuda, por favor! —gritó realmente asustada.

—*Tais-toi* —le gritó el guerrero mientras le elevaba el vestido.

—¡No! —gritó intentando retrasar lo máximo posible la violación —. ¡Por favor! —lloró desesperada.

El guerrero la observó mientras se echaba sobre ella, desvistiéndose él mismo, pero en un determinado momento se hizo el silencio, todos los guerreros se quedaron callados, incluso el rubio que tenía tendido sobre ella se quedó paralizado y elevó su cabeza mirando hacia los lados.

Nora no supo qué ocurría, ¿por qué se detenía?

Unos gritos interrumpieron aquel momentáneo silencio. Nora no pudo ver absolutamente nada, pues tenía a aquel enorme guerrero sobre ella.

Intentó aprovechar que el guerrero parecía sorprendido por aquella interrupción para moverse e intentar salir de debajo de él, pero le era imposible.

El guerrero iba a moverse cuando un pie golpeó su rostro con tanta fuerza que lo apartó de encima de ella. Pudo observar cómo aquella bota de cuero golpeaba su sien y parte de su nariz haciéndolo escupir sangre antes de caer a su lado.

Nora gritó y se arrastró sobre la nieve, alejándose del normando que se recuperaba rápidamente del golpe y llevaba su mano hacia el cinturón para desenvainar su espada.

En ese momento, Nora fue consciente de que tras la espalda del normando había muchos más hombres.

Se quedó totalmente paralizada cuando observó a un hombre de gran altura dirigirse hacia el normando. ¿Aquella era la bota que había golpeado al guerrero rubio para sacárselo de encima?

El normando iba a elevar su espada, pero aquel hombre volvió a golpearlo con fuerza arrojándolo sobre la nieve sin siquiera sacar la enorme espada que portaba en su cinturón.

Su mente trabajaba a una velocidad inigualable. Se fijó en que unos cincos hombres, vestidos con unos atuendos que jamás había visto, luchaban sin compasión contra ellos de una forma más fiera que los mismos normandos.

Eran realmente diestros, pues los normandos, aunque los superaban en número, comenzaron a caer, alguno de ellos incluso volvió sobre su caballo para huir.

El normando rubio dio varias vueltas en el suelo y se elevó apuntando con su arma al joven muchacho que lo había golpeado.

Vestía una especie de túnica atada a un hombro y esta le llegaba hasta las rodillas, así como numerosas pieles por encima.

Nora coincidió la mirada un segundo con aquel joven mientras seguía arrastrándose sobre la nieve, intentando apartarse lo máximo posible de ellos.

Tenía los ojos más azules que jamás había visto y, a la vez, los más aterradores. Emanaban una furia y una fuerza que ni siquiera había visto en los guerreros normandos.

Era extremadamente alto, más aún que el normando rubio, y tenía el cabello bastante corto en comparación con los normandos. Solo unos mechones de color castaño oscuro caían sobre su frente, aunque cuando el sol lo iluminó tomaron una tonalidad rojiza.

El normando y el joven que la había salvado de la violación iniciaron su propia lucha. Observó cómo el joven estrellaba su espada contra la del normando con furia mientras con su otra mano extraía un pequeño puñal de su cinturón, agachándose levemente y cortando la tela del normando a la altura de su cadera, provocando que el normando gritase.

Nora intentó levantarse, pero le era prácticamente imposible. Gateó sobre la nieve mientras observaba los pocos normandos que quedaban en aquel descampado y que luchaban contra los recién llegados.

No podía quedarse ahí, debía aprovechar para alejarse.

Intentó ponerse de nuevo en pie, pero cayó sobre la nieve. Finalmente, con un gruñido consiguió aguantar el equilibrio y comenzó a internarse en el bosque. Justo antes de pasar el primer matorral se giró para observar en aquella dirección.

Algunos de los normandos permanecían quietos en la tierra, desangrándose, aunque lo que más llamó su atención fue cuando el

joven de ojos azules la contempló unos segundos, como si no comprendiese por qué se alejaba, antes de detener la espada del normando, alzar su pierna y arrojar a su oponente de una patada en el pecho al suelo.

Nora no observó más. Inició unos pasos rápidos por el bosque intentando alejarse de allí mientras el sonido de las espadas y los gritos inundaban todo el bosque.

Fue girándose hacia atrás, comprobando que no la seguían, cruzando de nuevo sobre un pequeño riachuelo y exprimiendo las últimas fuerzas que le quedaban.

Corrió durante varios minutos echando su mirada hacia atrás hasta que notó que sus piernas no podían más y que sus pulmones querían explotar. La debilidad era tal que se vio obligada a apoyarse contra un árbol mientras su pecho subía y bajaba descontrolado.

Rodó sobre sus pies dando un par de vueltas sobre sí misma, comprobando que nadie la seguía, pero el sonido de las plantas al apartarse, acompañado de unos pasos, llegaron hasta ella. No sabía de dónde venía el ruido, pero estaba claro que no podía quedarse allí.

Comenzó a caminar sin rumbo, apartando los matorrales con manotazos torpes, escuchando de vez en cuando los pasos rápidos por el bosque sin encontrar a nadie por las inmediaciones, sin saber si en cualquier momento se echarían sobre ella.

—Ehhh —gritaron a su espalda.

El corazón le dio un vuelco al escuchar ese grito y se detuvo al momento, a punto de caer. Permaneció unos segundos con la espalda totalmente recta, esperando a que la golpeasen o se le echasen encima, pero nada de eso ocurrió, lo que la confundió bastante. Tragó saliva y se giró lentamente, temblorosa.

No supo si alegrarse o no. Al menos no era ningún normando, sino el muchacho que la había rescatado y que había luchado por liberarla.

El joven dio un paso en su dirección, pero se detuvo cuando Nora retrocedió asustada.

Nora lo miró de la cabeza a los pies. En otra situación hubiese salido corriendo, pero no tenía fuerzas para nada, ni siquiera para mantenerse ya en pie.

—*Ta tú ceart go leor?* —preguntó el joven tendiendo una mano hacia ella.

Ella se removió incómoda y lo miró asustada. No entendía lo que decía, pero aquel gesto echando la mano hacia delante como si le ofreciese ayuda la calmó bastante.

Sintió cómo su labio temblaba por el llanto, pero se controló.

—No entiendo —sollozó mientras daba pasos vacilantes a un lado y a otro, sin fiarse.

El muchacho la observó de arriba abajo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó esta vez en su idioma, con un extraño acento.

Ella lo observó impresionada mientras se agarraba a un árbol, notando que sus piernas no aguantarían mucho más. Cerró los ojos con fuerza intentando controlar el llanto. Después de todo lo que había vivido, que la tratasen con un poco de delicadeza la emocionaba. Aun así, sabía que no podía fiarse de las primeras impresiones e intento colocar el árbol entre ambos como medida de protección, aunque el hombre lo rodeó para seguir observándola.

—¿Habla mi idioma? —preguntó ella con un hilo de voz.

El muchacho dio unos pasos más hacia ella sin descender la mano que le tendía. La muchacha estaba realmente pálida y parecía que en cualquier momento fuese a desfallecer.

—Sí, ¿está herida? —preguntó intentando acercarse, observándola de arriba abajo. Ella volvió a separarse del árbol, no muy segura. Sin ningún apoyo le costaba mantenerse firme—. Tranquila, no voy a hacerle daño —pronunció rápidamente al ver que ella seguía huyendo de él.

—Eso yo no lo sé —sollozó con miedo—. No le conozco.

El joven la miró preocupado por su actitud, tampoco era extraño que mostrase ese comportamiento, pues ya había visto lo que estaban haciendo los normandos con ella.

—Puede confiar en mí —pronunció con convencimiento.

Nora se obligó a sujetarse a otro árbol al notar que las piernas ya no le aguantaban más y que el temblor comenzaba a hacerla caer sobre el suelo. Notó cómo todo comenzaba a nublarse y observó la mirada preocupada de aquel muchacho entre la niebla que se formaba en sus ojos.

—Tranquila, solo voy a ayudarla —escuchó que pronunciaba justo antes de verle dar unos pasos acelerados hacia ella. Y eso fue todo, pues Nora finalmente cayó inconsciente.

12

No supo cuánto tiempo pasó inconsciente, ¿minutos, horas, días?

Sintió una gran relajación en todo el cuerpo, un extraño calor que hacía días, incluso semanas, que no sentía.

Abrió levemente los ojos y lo primero que observó fue una hoguera frente a ella. Las llamas bailaban de un lado a otro y le transmitían un calor reconfortante. Intentó moverse, pero el cuerpo le pesaba demasiado. Giró levemente su cuello observando que tenía varias pieles de animales sobre su cuerpo.

En ese momento, llegó hasta ella el sonido de varias voces masculinas que hablaban alto, aunque a bastante distancia.

Se quedó paralizada intentando comprender algo de lo que decían, aunque no sirvió de nada.

Los recuerdos volvieron hasta ella. Aquella prisión donde había permanecido varios días, cómo había logrado escapar de aquel castillo tras herir a su agresor, el río helado, la huida por el bosque, el intento fallido de violación a manos del normando, los hombres que habían interrumpido la agresión… y el joven de grandes ojos azules observándola preocupado detrás del árbol.

En ese momento pudo intuir, a través del fuego, la silueta de cinco hombres hablando a lo lejos, al otro lado del pequeño valle en el que se encontraban.

Miró hacia el cielo comprobando que las estrellas comenzaban a asomar en el horizonte. ¿Estaba anocheciendo? ¿Se había pasado todo el día durmiendo?

Miró a ambos lados comprobando que tenía un bosque cerca y luego volvió la mirada hacia aquellos hombres.

Todos vestían de igual forma, con aquella túnica atada a un solo hombro que les llegaba hasta las rodillas, varias pieles sobre sus hombros que les hacían las veces de capa y unas botas bastante altas.

No sabía quiénes eran, ni siquiera sabía dónde se encontraban en ese momento.

Identificó directamente al muchacho que la había ayudado. Debía de haber sufrido alguna herida durante la batalla porque otro de los hombres lo ayudaba a cubrirse la parte superior del brazo con un trapo y lo anudaba para protegerse.

Al menos habían echado un par de pieles sobre ella, cobijándola del frío, y la habían colocado al lado de la hoguera para que entrase en calor. Eso ya era algo, ¿no?

Había conseguido huir de los normandos, pero ahora la mantenían presa otros hombres y, realmente, no sabía a qué atenerse. Los había visto luchar y eran terroríficos, mucho más que los normandos. La fuerza y la seguridad con que manejaban sus armas le daba a entender que se trataba de guerreros también y, aunque la hubiesen salvado de una muerte segura, no sabía si estarían esperando a que despertase para cobrarse su recompensa. Los normandos también habían hecho lo mismo, la habían dejado inconsciente en una celda a la espera de que recuperase la consciencia para poder divertirse con ella. No sabía a lo que se enfrentaba, no sabía si aquellos hombres también la matarían. Después de lo que había vivido no se fiaba de nadie.

Tragó saliva y miró hacia el bosque.

Tenía que alejarse de allí, volver a su hogar y asegurarse de que su madre y William estaban bien.

Se quitó las pieles de encima lentamente con movimientos pausados para no llamar la atención.

Por suerte, la hoguera tapaba toda visión de su cuerpo y el bosque estaba relativamente cerca, así que podría esconderse entre los árboles.

Comenzó a arrastrarse sobre la tierra, comprobando también que había recuperado parte de las fuerzas que le habían sido arrebatadas por el frío. En cuanto se acercó al primer árbol, se levantó sin dudarlo y se internó en el bosque.

Ni siquiera miró atrás. Tenía miedo y estaba asustada, lo único que quería era ser libre y llegar junto a su familia, a su hogar.

Miró a ambos lados y observó que hacia su izquierda se elevaba una colina. Si subía podría ubicarse mejor.

Corrió hacia la colina agudizando su oído y sintiéndose más tranquila al no escuchar tras ella el sonido de pasos, caballos o gritos. Quizá esta vez sí lo consiguiese. Quizá esta vez pudiese lograr la ansiada libertad.

Pasó entre los últimos árboles cuando una corpulenta silueta se interpuso en su camino.

Se frenó en seco y estuvo a punto de caer. Aquel enorme hombre

de ojos azules sacó la espada de su cinturón y la miró furioso.

—¿Dando un paseo? —ironizó.

Nora miró de un lado a otro, percatándose de que no habían salido más guerreros en su búsqueda. Estaba a solas con él.

Dio unos pasos, distanciándose. Aquel hombre le sacaba más de una cabeza, su postura era a la defensiva, con la espada inclinada hacia arriba, preparado para usarla si era necesario. Nora se dio cuenta de que tenía algunas manchas de sangre por su cuello y su frente, como salpicaduras, seguramente sangre de la lucha que había mantenido contra los normandos.

—¿A dónde cree que va? —preguntó dando unos pasos hacia ella.

Nora miró de un lado a otro y, en un determinado momento, intentó echar a correr, pero el joven se interpuso en su camino con un rápido movimiento y elevó más su espada.

—Usted no puede retenerme —le gritó.

El muchacho pareció sonreír y enarcó una ceja hacia ella.

—Ah, ¿no?

—¡No! —gritó ella. Luego se movió de nuevo hacia el lado, pero observó que el muchacho seguía sus pasos esta vez inclinando la espada hacia el otro lado y cortándole el paso—. Lo único que quiero es volver a mi hogar —comentó enfadada.

—Me parece que eso no va a ser posible.

Nora dio unos pasos hacia atrás.

—Y… ¿por qué no? —le retó.

—Muchacha, creo que ya sabe que el camino está lleno de normandos. ¿Quiere volver a caer en sus manos? —preguntó y dio unos pasos a la izquierda igual que ella, cortándole de nuevo el paso —. No nos podemos arriesgar a que la apresen y delate nuestra posición.

Ella lo miró confundida.

—¿Qué posición? —preguntó extendiendo sus brazos hacia los lados—. No sé ni dónde estamos.

Aquello lo cogió de improviso y volvió a mirarla de arriba abajo mientras daba otro paso hacia ella, con el brazo extendido hacia un lado y la espada hacia el otro para evitar su huida.

—Será mejor que se esté quieta. No creo que quiera volver a caer en manos de los normandos. —Dio unos pasos rápidos hacia ella y la agarró del brazo, acercándola a él. Nora gritó asustada, pero la mirada amenazante de él hizo que se callase—. ¿Es lo que quiere? Creo que no estaba disfrutando mucho de su compañía. Dígame.

Ella lo miró enfadada y finalmente negó.

—No.

—Perfecto —sonrió—. Entonces, creo que se queda con nosotros.

—No pienso ir con usted.

—Oh, y tanto que lo hará —pronunció con infinita paciencia—, pero de usted depende la forma. ¿Prefiere que la arrastre hasta el campamento? ¿Qué la cargue al hombro? —comentó las opciones muy seriamente—. ¿O irá por las buenas? —la retó.

Nora intentó deshacerse de la mano que la sujetaba, pero era como si se hubiese adherido a su piel.

—No espere que colabore —susurró con la mirada fija.

Aquello volvió a despertar una sonrisa en el rostro de él.

—Está bien. —Se encogió de hombros y directamente comenzó a tirar de ella con pocos modales, introduciéndola en el bosque que había atravesado pocos minutos antes.

Nora comenzó a golpearle el brazo y el hombro, pero aquel hombre ni se inmutaba.

—¡Maldito bastardo! —gritó golpeándolo en la espalda y en el brazo.

Supo que sí debía estar herido porque al golpearle en el brazo gritó de dolor y se giró hacia ella enfadado.

Extrajo de nuevo la espada de su cinturón, apuntándola.

—¡Quieta! —gruñó señalándola con el arma.

—¿O qué? —lo retó—. ¿Me matará? —gritó hacia él.

El muchacho volvió a observarla y descendió la espada de nuevo.

—No, pero puedo amordazarla, atarla y cargarla al hombro, ya se lo he dicho. Créame que lo haré si vuelto a notar un solo golpe o a escuchar un grito por su parte.

Aquellas palabras la conmocionaron. Sabía lo que era estar maniatada, había notado cómo las cuerdas quemaban su piel ante los nudos tan tirantes y fuertes de los normandos.

Lo observó asustada, pero antes incluso de que pudiese responder, el joven volvió a tirar de ella deshaciendo el camino que había hecho desde el improvisado campamento.

La arrastró sin delicadeza hasta el descampado, donde la luz de la hoguera le hizo entornar los ojos unos segundos. El resto de hombres permanecía de pie mirando de un lado a otro hasta que sonrieron cuando los vieron aparecer.

El muchacho no la soltó hasta que llegó al lado de la hoguera.

—Siéntate —ordenó. Situó la mano en su hombro y la obligó a sentarse ante la atenta mirada de todos.

Nora se dejó caer sobre unas mantas. La mayoría tenían bastante más edad que ella, incluso uno de ellos debía de tener la edad de su padre. Los más jóvenes eran aquel hombre de ojos claros que la observaba fijamente y que, a lo sumo, debía de tener dos o tres años más que ella y otro más que parecía ser un poco más joven.

Uno de aquellos hombres pronunció algo en aquel extraño idioma haciendo que el resto comenzase a reír, incluso el joven de ojos azules

sonrió unos segundos, aunque rápidamente volvió a ladear su cabeza y a contemplarla.

Envainó la espada en su cinturón mientras el resto de hombres iba hacia sus caballos y comenzaba a extraer bolsas de las alforjas.

—Intenta huir de nuevo y te aseguro que no seré tan caballeroso la próxima vez —pronunció con la mirada fija en ella.

Ella lo miró fijamente, enfurecida.

—Eso será si logras encontrarme —susurró. Ya estaba cansada de caer de unas manos a otras.

El muchacho volvió a sonreír, aunque esta vez con una sonrisa endiablada.

No dijo nada más, simplemente se apartó de ella y se dirigió a los caballos.

Nora se removió nerviosa sobre la manta mientras observaba a todos los hombres ocupados con sus caballos. Poco a poco fueron rodeando la hoguera, sentándose alejados de ella, como si no fuese asunto suyo, hasta que el muchacho de ojos azules se situó a su lado, tiró una bolsa sobre la tierra y le tendió una de las pieles de animal.

—Échatela por encima o te helarás de frío. —Se la pasó de malos modos—. No quiero tener que cargar con una enferma.

—Nadie te obliga a ello —susurró de mala gana, aunque hizo lo que le pedía.

El muchacho la miró de reojo, pero decidió no responder a su comentario. Se sentó al lado de la bolsa, a poca distancia de ella, y la abrió rebuscando en su interior.

—¿Eres anglosajona? —preguntó sin mirarla, concentrado en extraer otras pequeñas bolsas de la grande.

—Sí.

—¿Cómo te llamas? —preguntó pasando algunas de aquellas bolsas pequeñas de cuero a sus compañeros. Nora no respondió en un principio, lo que hizo que el muchacho girase su cabeza hacia ella—. Tu nombre —ordenó.

Ella vaciló un poco.

—Nora —acabó susurrando ante la atenta mirada de todos.

En ese momento, el muchacho extrajo de una de las bolsas un trozo de queso y recibió de otro un trozo de pan.

—¿Qué hacías con los normandos? —preguntó casi sin prestarle atención, observando a uno de los hombres que se había acercado a la hoguera y colocaba un trozo de carne ensartado en un palo.

—No estaba por propia voluntad.

Uno de los hombres más mayores, con el pelo largo y una barba de varios días, volvió a comentar algo que hizo que todos comenzasen a reír. ¿Acaso la comprendían?

—Eso ya lo intuyo —continuó el muchacho mirándola finalmente.

Volvió a apartar la mirada de ella y comenzó a cortar trozos de queso con un pequeño cuchillo—. ¿Por qué te tenían presa?

Se tapó más con la piel al notar el viento helado.

—Atacaron mi manor —susurró.

Volvió a recibir la mirada de todos y esta vez ella agachó la cabeza, más bien dolida por los recuerdos que le traían aquellas preguntas.

—¿Dónde está tu manor?

—En Pons Aelius —respondió directamente.

Los hombres volvieron a intercambiarse algunas palabras.

—Eso está muy lejos —pronunció finalmente uno de ellos, uno con el cabello rubio y muy corto.

¿Así que todos hablaban su idioma?

Ella lo miró vacilante.

—¿Cómo de lejos? —preguntó hacia aquel hombre con una clara desesperación en su voz.

—A unos cinco o seis días a galope desde aquí —contestó el muchacho de ojos claros de nuevo. Soltó el cuchillo y esta vez cogió la hogaza de pan y comenzó a trocearla—. ¿Te hicieron presa? —preguntó sin mirarla.

Ella se mordió el labio y lo miró de reojo.

—Sí, a mí y a unas cuantas chicas más. —Tragó saliva y volvió a agachar su cabeza mientras se abrazaba a sí misma—. Algunas consiguieron escapar, a otras… —En aquel momento se quedó callada, sin poder continuar con la frase, era demasiado doloroso. Inspiró ante la atenta mirada del muchacho que la observaba pensativo. Se removió incómoda—. Yo también logré escapar —acabó pronunciando —, pero dieron conmigo justo cuando llegasteis vosotros.

El muchacho asintió y esta vez recibió un plato de uno de sus compañeros en el que echó varios trozos de pan y queso mientras otro iba colocando más trozos de carne al fuego.

Volvieron a hablar entre ellos durante unos minutos. No sabía lo que decían, ni el idioma que empleaban, pues la pronunciación era diferente a la que empleaban los normandos. Se mantuvo callada hasta que el muchacho de nuevo volvió a mirarla.

—¿Atacaron solo tu manor?

Nora negó con su cabeza.

—No, en los días siguientes, cuando era su prisionera, atacaron otro más.

—¿A cuántos días de aquí? —preguntó el mismo hombre rubio que había hablado antes.

—No lo sé. Me… me quedé inconsciente. Puede que a dos días o tres de aquí. No podría asegurarlo.

El muchacho de ojos claros resopló y los miró a todos.

—Cada vez se acercan más.

Acto seguido, comenzó a hablar de nuevo en aquel extraño idioma, manteniendo una conversación con todo el grupo de hombres.

Nora se quedó callada, observándolos, comprendiendo que estaban hablando sobre los ataques y las posiciones que habían ganado los normandos.

Finalmente extrajeron la carne del fuego y comenzaron a echarla sobre unos platos de barro.

El muchacho cogió uno de ellos, añadió queso, pan y un trozo de carne y lo tendió hacia Nora.

—Toma. Come —le ofreció.

Estuvo a punto de echarse a llorar. Lo cogió con ambas manos y lo situó en sus rodillas.

Directamente comenzó a comer desesperada ante la atenta y asombrada mirada de todos.

Desde pequeña le habían enseñado modales, pero en aquellas circunstancias no estaba para tonterías. Se detuvo al ver cómo todos la miraban, abochornada en cierto modo, pero se encogió de hombros.

—Llevo como siete días sin probar bocado —se excusó antes de coger la carne y dar buena cuenta de ella.

El muchacho la miró con una mezcla de diversión y asombro.

Nora se concentró en la comida mientras el resto comía y hablaba con calma.

Notó cómo iba recuperando la vitalidad y cómo una extraña relajación la invadía al ser consciente de que ninguno de los hombres le prestaba atención, solo alguna mirada furtiva de vez en cuando.

Después de la cena todos se levantaron y guardaron los utensilios en las alforjas de los caballos, poco después estiraban más pieles sobre la tierra y muchos de ellos se tumbaban echándoselas por encima.

Tan absorta estaba contemplándolos que dio un respingo cuando escuchó el susurro de aquel hombre de ojos azules.

—Ven.

Se giró para observar que se encontraba sentado detrás de ella, sobre unas pieles. A su lado, había colocado otras.

Lo miró vacilante, sin saber cómo encajar su ofrecimiento. Él debió captar su mirada porque emitió un ligero suspiro.

—No tienes nada que temer —susurró mientras la contemplaba fijamente—. Pero la temperatura bajará más en las próximas horas. Si no te tapas puedes morir congelada.

Nora se quedó unos segundos pensativa y, finalmente, se movió hacia él, colocándose sobre la piel que este había dispuesto a su lado.

El muchacho extrajo la espada de su cinturón y la colocó entre el cuerpo de ella y el de él. Nora lo miró asombrada.

—Hay que estar preparado por si intentas escapar otra vez —

bromeó.

Ella resopló y apartó la mirada.

El muchacho arrojó sobre el cuerpo de ella varias pieles y luego lo hizo sobre sí mismo.

Permaneció varios minutos sin moverse, con el corazón encogido por si aquel muchacho se acercaba a ella, pero con el paso de los minutos y al no escuchar ni sentir nada, acabó relajándose. Se giró lentamente para observarlo y se encontró con la mirada vacilante de él.

Permanecía tumbado, con el brazo fuera de las pieles y sujetando la espada con la mano.

—No voy a escaparme —pronunció molesta por aquel gesto.

—Eso no es lo que más me preocupa —susurró. Le señaló con un movimiento de cabeza en dirección al bosque—. Es mejor estar preparado —zanjó.

Ella lo comprendió enseguida. Estaban en medio del bosque, a la intemperie y con una hoguera encendida para resguardarse del frío, una hoguera que delataba su posición. No sabían si podían sufrir algún ataque.

En aquel momento, elevó su cabeza para contemplar al resto de hombres. Todos mantenían la misma posición, sujetando la espada con la mano o bien con los ojos cerrados y abrazados a ella. Solo uno de ellos permanecía sentado, vigilando. Comprendió que debía estar haciendo el primer turno de guardia.

—Duerme tranquila —la animó el muchacho llamando su atención.

Ella lo observó y, esta vez, una mirada cargada de agradecimiento atravesó sus ojos. Le parecía que hacía años que no la trataban con un poco de delicadeza.

—¿Puedo saber tu nombre?

Él sonrió levemente.

—Mi nombre es Kenneth Alay MacNeill. Puedes llamarme Kenneth. —Desvió la mirada hacia el bosque unos segundos y, finalmente, la volvió hacia ella—. Ahora, descansa —ordenó de nuevo antes de cerrar los ojos.

Nora se giró dándole la espalda, notando un ligero calor y confort en su cuerpo, relajándose. Hacía días que no se sentía tan segura. Ahora, por primera vez y después de todo por lo que había pasado, se sentía más a salvo que nunca.

13

Se quedó dormida al momento. Despertó con el sonido de pasos a su lado. Se incorporó asustada desplazando varias de las pieles que tenía por encima. Directamente se encontró con la mirada de Kenneth que la contemplaba de pie, situado a su lado.

Estaba amaneciendo. Había la suficiente claridad como para identificar los colores que la rodeaban.

—Levanta. Hay que marcharse.

Nora se pasó una mano por el cabello, notándolo totalmente enmarañado.

—¿Marcharse? ¿A dónde? —preguntó medio dormida.

Kenneth suspiró mientras miraba a sus compañeros subirse en los caballos. Nora no parecía tener la intención de levantarse.

Resopló y la cogió del brazo colocándola en pie. Nora gimió mientras la ponía recta, la contempló y se agachó para coger las pieles que le habían hecho de cama aquella noche.

Ella se apartó mientras se abrazaba a sí misma, notando bastante frío. Al momento, Kenneth le pasó una de las pieles.

—Échatela por encima —pronunció enrollando el resto y dirigiéndose a su caballo—. Hay que irse.

Ni siquiera había tenido tiempo de despertarse y ya estaba recibiendo órdenes. Bostezó mientras se echaba la piel sobre sus hombros y observaba que el campamento estaba recogido y que la mayoría de los hombres ya permanecía sobre sus caballos, esperando instrucciones.

Observó que Kenneth introducía las pieles en la alforja y luego se giraba hacia ella.

—¿Vienes o volvemos a lo de ayer? —preguntó desesperado, dejando de lado sus modales.

Ella enarcó una ceja mientras contenía otro bostezo.

—¿Adónde vamos? —repitió más tensa.

Kenneth resopló y caminó en su dirección mientras susurraba algo que ella no entendía.

—*Go bhfuil mná níos éadóchasach*.

Ella lo miró sin comprender mientras este se colocaba enfrente.

—¿Qué estás diciendo?

Kenneth agarró su mano y comenzó a tirar de ella.

—Eres una mujer desesperante —pronunció mientras la arrastraba hacia el caballo—, eso he dicho.

—Eh, eh —se quejó intentando soltarse. Giró su muñeca y consiguió deshacerse de la mano de él, el cual se giró irritado. Desde luego no le gustaba nada que le llevasen la contraria o lo retrasasen—. No has respondido a mi pregunta —pronunció molesta mientras daba un paso hacia atrás esquivando de nuevo su mano—. ¿A dónde vamos?

Kenneth se pasó la mano por los ojos, luego colocó las manos en su cintura y ladeó su cabeza.

—Nos dirigimos a *Eiden's burgh*[6] —respondió finalmente. Hizo otro gesto rápido para cogerla de la mano, pero Nora dio un salto hacia atrás esquivándolo de nuevo.

—¿Eiden's burgh? —preguntó con un grito.

—Sí, mujer, Eiden's burgh.

Ella volvió a removerse nerviosa.

—Yo no me dirijo hacia allí.

—Claro que vas hacia allí —la cortó acercándose con una clara advertencia en su voz.

—No —contestó—. Yo tengo que ir hacia Pons Aelius, a mi hogar.

Kenneth enarcó una ceja mientras se cruzaba de brazos. Iba a hablar cuando la voz divertida de uno de sus compañeros que pasaba a su lado montado sobre el caballo le interrumpió.

—*Beidh cumhacht vean tú?*

Él desvió la mirada hacia el lado.

—*Stoptar suas* —pronunció de mala gana y volvió a desviar la mirada hacia ella, la cual se mantenía con una clara determinación en su rostro—. Tenemos que irnos ya —explicó, aunque su tono no era nada amistoso—. Puede que los normandos nos sigan.

—¿Seguirnos? Los matasteis ayer —respondió confundida, lo que provocó la risa ahogada de uno de los hombres que esperaba montado sobre su caballo, cerca de ellos.

—Algunos lograron escapar —le recordó uno de los hombres.

Kenneth dio un paso hacia ella aprovechando que Nora no le miraba, pero al momento ella volvió a alejarse de él.

—Seguro que no les hace mucha gracia que les hayamos arrebatado a una de sus prisioneras —explicó Kenneth.

—Y más siendo una chica tan joven y guapa —pronunció de nuevo el hombre desde su caballo.

Kenneth lo miró de reojo y se cruzó de brazos.

—Nos seguirían igual, Eiden —respondió Kenneth con la mirada fija en ella—. Hay que irse ya o corremos el riesgo de que se nos echen encima. Debemos informar lo antes posible de que los normandos se acercan. Hay que proteger nuestras fronteras con más hombres.

Ella colocó sus manos en forma de puños y miró de un lado a otro, vacilante.

—¿Porque tengo que ir a *Escocia*[7]? Yo no tengo nada ahí.

Kenneth volvió a reír.

—¿Ir a Escocia? —Volvió a dar un paso hacia delante—. Estás en Escocia —pronunció extendiendo los brazos hacia ella. Nora puso la espalda firme y lo miró sorprendida. Kenneth enarcó una ceja—. ¿Quiénes piensas que somos?

—¿Eres escocés? —preguntó con un grito.

—Soy el hombre al que estás agotando la paciencia —pronunció esta vez en un tono más enfurecido—. Así que si no subes de una maldita vez a ese caballo te prometo que cumpliré mi amenaza de ayer.

—¡No! —gritó desesperada alejándose más de él—. Te agradezco mucho lo que hiciste ayer, pero necesito volver a mi hogar.

Kenneth puso los ojos en blanco y miró al resto de sus compañeros, los cuales miraban bastante asombrados a la muchacha.

Se cruzó de brazos.

—¿Me vas a obligar a que corra detrás de ti? —preguntó.

—Nadie te obliga a hacerlo —contestó ella separándose aún más.

La contempló fijamente, puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Está bien —dijo y señaló hacia el bosque—. Ahí tienes el camino para volver a tu hogar. —Se giró, dio los pasos pertinentes hacia su caballo y se subió de un salto.

Ella se quedó asombrada al ver su actitud. Había pensado que quizá pudiesen acompañarla durante parte del trayecto, pero estaba claro que no iban a hacerlo. Qué ilusa había sido.

—Espero que llegues sana y salva a tu hogar —pronunció desde lo alto del caballo. Le hizo un gesto a modo de despedida y golpeó a su caballo haciendo que comenzase a avanzar, uniéndose al resto de sus compañeros.

Nora giró su cabeza hacia el bosque oscuro y espeso y sintió que se le erizaba la piel. Iba a estar sola de nuevo. Deseaba volver a su hogar más que nada en el mundo y estar con las personas que amaba, ¿acaso no comprendían eso?

—Tienes muy poca cabeza —escuchó que gritaba Kenneth desde el otro lado del descampado—. Y además eres una testaruda.

Ella se giró confundida, pero volvió a mirar con ansiedad el bosque.

—Conseguirás que te maten —volvió a escuchar que le gritaba.

Se giró hacia el grupo de hombres que se había alejado bastante, atravesando parte del descampado. Miró a Kenneth que esperaba alguna respuesta por su parte, pero Nora ni siquiera podía pronunciar palabra. ¿Qué hacer a continuación? Sabía que lo que le decía el escocés era cierto, el camino de vuelta a su hogar estaba plagado de normandos que no dudarían en capturarla de nuevo y, seguramente, la matarían cuando supiesen lo que había hecho. Por otro lado, necesitaba volver a su manor, saber qué había sido de su madre y de William.

Se quedó observando el camino de vuelta a su hogar, de espaldas a ellos

—Espero que tengas suerte, Nora —escuchó que decía finalmente, pronunciando por primera vez su nombre.

Aquello le hizo girarse de inmediato. Vio con lágrimas en sus ojos que comenzaban a alejarse a paso lento. Luego incrementaban a trote internándose en el bosque por un camino de tierra.

En ese momento fue consciente de la soledad. Se había quedado totalmente sola, expuesta a la brutalidad de los normandos. Sabía que el camino hasta su hogar era largo, y a pie mucho más. Tenía un camino muy largo que recorrer, sin comida, sin nada con lo que defenderse, sin garantía alguna de que aquel día continuase con vida si seguía su trayecto sola. Respiró hondo controlando sus lágrimas. No podía engañarse, no lograría sobrevivir.

Se giró asustada en dirección a donde había desaparecido aquel grupo de escoceses. No había nadie, estaba totalmente sola de nuevo.

La desesperación la invadió.

—No, no, no —sollozó corriendo en dirección a donde habían partido los escoceses.

Corrió por el descampado hacia el camino, internándose en el bosque, con el corazón palpitando a mil por hora.

—¡Eh! —gritó— ¡Esperadme!

Sujetó la piel sobre sus hombros mientras corría, mientras observaba aquel camino solitario. No había ni rastro de ellos.

Incrementó más su carrera y al girar una curva de la montaña observó que los escoceses se habían detenido, como si la esperasen. Nora frenó en seco y se secó una lágrima.

Kenneth enarcó una ceja hacia ella. ¿La estaban esperando? Por el gesto de sus rostros podría decir que sí.

—¿Te lo has pensado mejor? —preguntó el escocés.

Nora apretó los labios e intentó calmarse.

—¿Es obligatorio ir hacia Eiden's burgh? —preguntó con voz temblorosa mientras él se situaba a su lado, montado en su caballo, echando la vista abajo—. ¿No hay ninguna posibilidad de ir a Pons Aelius? —Apartó la mirada de ellos—. Puedo pagaros cuando lleguemos. Por favor —suplicó.

Kenneth bajó del caballo de un salto, lo acarició y se situó frente a ella, estudiándola.

—No es cuestión de dinero —respondió con voz pausada—. Sé que lo que has tenido que vivir ha debido ser muy duro, pero creo —enfatizó—, que deberías olvidarte de volver a tu manor, al menos durante un tiempo —pronunció con delicadeza—. El camino no es seguro.

Ella notó cómo su labio inferior temblaba formando un puchero.

—Mi familia… —susurró con un sollozo.

—¿Esa familia estaba durante el ataque?

—Sí. —Kenneth ladeó su cabeza hacia ella y una ligera mueca de tristeza atravesó su rostro—. Nora, ¿eres consciente de lo que hacen los normandos?

Ella lo miró fijamente mientras una lágrima resbalaba por su mejilla, sabía lo que estaba insinuando, que estaba intentando hacerla entrar en razón.

—Estuve durante el ataque, he sido su prisionera…

—Tienes razón, entonces lo sabes perfectamente —pronunció dando un paso hacia ella—. Por eso mismo no es bueno volver.

Ella intentó controlar el gemido que salía de su garganta. Lo más seguro era que su madre y William hubiesen muerto, pero no quería perder la esperanza, no podía hacerlo. La idea de que aún permaneciesen con vida era lo que le daba fuerzas para seguir luchando por su vida.

Nora negó intentando apartar aquella clara insinuación de él, aunque sabía que tenía toda la razón.

Kenneth tendió la mano hacia ella y una mirada de ternura atravesó sus ojos.

—Tú sola no puedes ir hasta allí, te atraparían y te matarían… —Se acercó a ella y volvió a tender su mano—. Ven con nosotros y estarás a salvo. —En ese momento, los cuatro hombres restantes acercaron sus caballos hacia el de Kenneth. Ella lo miró con lágrimas en los ojos, aún insegura—. No tienes nada que temer si te quedas a nuestro lado, te lo prometo.

Ella vaciló durante unos segundos.

—Soy anglosajona —susurró haciendo referencia a la rivalidad existente entre Escocia e Inglaterra.

—Eso ahora ya no importa —respondió él en un susurró—. Yo

simplemente veo a una chica perdida.

Nora se mordió el labio y suspiró mientras se secaba las lágrimas.

Desvió la mirada hacia los demás hombres que la contemplaban esperando una respuesta. Sabía que no tendría ninguna posibilidad si emprendía el camino ella sola. Por otro lado, estaba en territorio enemigo. ¿Qué iba a hacer una chica anglosajona en Escocia? Puede que aquel grupo de escoceses le brindasen la protección que necesitaba durante el recorrido, que se hubiesen compadecido de ella, pero ¿qué ocurriría cuando llegasen a Eiden's burgh? De todas formas, no tenía otra opción si quería mantenerse con vida. Era consciente de la agresividad de los normandos, estaban en guerra, y ella sola no podía atravesar un país que estaba sufriendo una invasión.

—Está bien —susurró agachando la mirada al suelo.

Kenneth asintió. La cogió por la cintura y sin hacer el más mínimo esfuerzo la subió al caballo. Dio un salto y se sentó tras ella cogiendo las riendas del caballo, pasando un brazo a cada lado. Nora se removió inquieta al notar la proximidad de su cuerpo, el calor que emanaba, y se echó un poco hacia delante evitando el contacto. Kenneth se dio cuenta de ese gesto, pero no dijo nada al respecto.

No mentía cuando le había dicho que sola no podría sobrevivir. Sabía lo que estaba ocurriendo al otro lado de la frontera y que Inglaterra estaba sufriendo una cruenta invasión. Era un milagro que aquella chica hubiese logrado sobrevivir, sabía que si ella partía sola la acabarían encontrando y la matarían. Además, no podían permitir que los normandos la atrapasen o ella podría delatar su posición. Observó su largo cabello castaño cayendo sobre su espalda inclinada levemente hacia delante y se compadeció de ella. Lo que debía haber soportado aquella joven debía ser inhumano.

Inspiró hondo y miró a sus compañeros señalando con un movimiento de cabeza el camino.

—*Déanfaimid* —pronunció antes de golpear con sus botas el caballo para que iniciase la marcha.

Las horas pasaron. Habían iniciado el camino a trote, luego habían descendido la marcha, como si la tranquilidad se hubiese apoderado de ellos. Suponía que el hecho de alejarse de la frontera los calmaba. Ella, sin embargo, notaba su nerviosismo crecer.

Se encontraba en territorio enemigo. Si bien ahora los verdaderos enemigos eran los normandos, no podía obviar cierta información de la que tenía conocimiento, pues la lucha entre anglosajones y escoceses databa de hacía años. La primera batalla que conocía entre Escocia e Inglaterra databa del año 937: la batalla de Brunanburh. Tras una campaña de discriminación por el sur de Escocia por parte del rey inglés Athelstan, Constantine II, rey de Alba (Escocia),

asustado al ver cómo su reino decrecía, llegó a un pacto con el rey inglés para que Inglaterra se retirase. Aun así, el rey Constantine II no quería ser visto como un monarca débil y falto de valor, por lo que durante años estuvo planeando su revancha. Así que, en el año 937, el rey Constantine II, acompañado del rey Owain de Strathclyde y del rey vikingo de Dublín, Olaf Guthfrithson, convocó al rey inglés Athelstan a una batalla en una ubicación desconocida. El mundo celta y nórdico se jugaban la vida contra el universo anglosajón. Se juntaron en un mismo campo de batalla escoceses, ingleses, vikingos, britanos, galeses e irlandeses y se mataron sin piedad durante horas. Aunque el rey inglés Athelstan quedó vencedor, tuvo que aceptar que jamás podría conquistar Escocia, pues el precio que había debido pagar era el de miles de muertos. Al menos, de aquella forma, el rey Constantine II preservó la nación recién nacida, dándola a conocer como una nación con valor y bravura.

Desde entonces, ingleses y escoceses mantenían continuas batallas por el control del territorio.

Miró de reojo donde otro de los escoceses galopaba a su lado. Lo observó durante unos segundos y aquel hombre le devolvió la mirada. Su tez era bastante morena y contrastaba con su cabello rubio largo y sus enormes ojos azules.

—*Darach, mar is gá chun teacht ar an abhainn?* —preguntó Kenneth.

—*In aice* —respondió Darach.

Kenneth le hizo un gesto con la cabeza a su compañero señalando hacia delante y este se adelantó galopando.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada.

—No —miró hacia detrás y volvió a hablar en aquel idioma incomprensible para ella, luego volvió a mirar hacia delante—. Hay un río por aquí cerca. Nos detendremos y daremos de beber a los caballos. Podremos descansar unos minutos.

Nora suspiró. Deseaba detenerse y descansar un rato. El suspiro no pasó desapercibido para Kenneth.

—¿Cansada?

Ella miró de reojo hacia atrás y prefirió ser sincera.

—No estoy muy acostumbrada a montar a caballo —susurró.

De repente, el hombre rubio salió tras una curva y se detuvo alzando la mano.

—Podremos descansar ahora —dijo observando a su amigo aún alejado—. Ya hemos llegado.

Ella asintió y se quedó observando a aquel escocés.

—¿Cómo se llama? —Señaló con un movimiento de cabeza hacia delante.

Kenneth sonrió.

—Darach —dijo acercándose más a ella. Luego giró su cabeza a un lado—. Ellos son Evan, Iain y Eiden.

Nora fue observándolos a medida que Kenneth los presentaba.

Evan era el más joven junto a Kenneth, tenía la piel blanca y el cabello negro, haciendo que sus ojos azules destacasen. Iain debía de tener pocos años más que ella, de cabello rubio muy corto y ojos marrón verdoso, sus facciones eran agresivas y una gran cicatriz cortaba su mejilla, fruto de haber recibido un corte bastante profundo. Eiden, sin duda, era el más mayor y el más robusto de todos, lucía pelo largo castaño en forma de ondas que le caían por los hombros y ojos color avellana, con una barba que rodeaba sus labios.

Llegaron hasta Darach que esperaba antes de la curva y, ante ellos, apareció un amplio río custodiado por altas montañas nevadas. Ante el río había un enorme prado verde, la mayoría cubierto de nieve, aunque en algunas zonas se había derretido y podía verse la hierba brillante por la fina capa de hielo que la cubría.

Llegaron hasta la orilla y Kenneth fue el primero en bajar. La sujetó por la cintura y la depositó en el suelo. Antes de que ella pudiese agradecérselo, Kenneth ya le estaba dando la espalda y tirando de las riendas de su caballo para acercarlo al río y que el animal se hidratase.

Se quedó allí parada mientras observaba a todos acercar a sus caballos al agua.

Se fijó en que Kenneth pasaba su mano con delicadeza sobre el lomo del caballo, acariciándolo.

Evan extrajo de una de las alforjas una bota y bebió. Luego la pasó al resto de sus compañeros hasta que llegó a Kenneth que le dio un gran trago. Miró de reojo a Nora que se había acercado tímidamente hasta ellos, parecía aún bastante desubicada.

—Toma —le ofreció tendiéndole la bota—. Debes de estar sedienta.

Ella asintió. El agua estaba fría para su gusto, pero al menos logró mitigar la sequedad de su boca. Hubiese bebido todo el contenido, pero se controló y después de dar un largo trago se la devolvió a Kenneth.

Se acercó a la orilla y observó el agua cristalina del río. Parecía profundo, pero el agua era tan cristalina que se veían las piedras redondeadas del fondo. El lugar era realmente hermoso, uno de los más hermosos que había visto jamás.

Se giró hacia Kenneth que se encontraba a unos metros de ella, acariciando el lomo negro de su caballo mientras este bebía.

—¿Estamos muy lejos de Eiden's burgh? —preguntó.

Kenneth se giró hacia ella.

—Llegaremos antes del anochecer.

Ella se removió incómoda.

—¿Vivís ahí? —preguntó señalando con un ligero movimiento de cabeza a sus otros compañeros.

Algunos de los hombres se volvieron para mirarla, aunque no dijeron nada al respecto.

—No, aunque nos va de paso. Haremos noche allí.

—Mejor bajo techo que otra noche a la intemperie —comentó Darach mientras obligaba a su caballo a alejarse ya de la corriente de agua.

—¿De paso? —volvió su mirada hacia Kenneth, el cual seguía acariciando el cuello de su caballo—. ¿No nos quedaremos allí?

—No. —Miró a su amigo y le hizo un gesto chasqueando la lengua. Se giró hacia ella para explicarle—. Nos dirigimos a Argyll.

—¿Argyll? —preguntó sorprendida. Kenneth tiró de las riendas del caballo para alejarlo también del río—. Esta mañana me dijiste que nos dirigíamos a Eiden's burgh, no a Argyll.

—Y a Eiden's burgh vamos —pronunció pasando por su lado sin siquiera mirarla.

Ella resopló y comenzó a seguirlo.

—¿Y a cuánto se supone que está Argyll de Eiden's burgh?

—A unas dos o tres noches —comentó mientras se situaba frente a la alforja y extraía una hogaza de pan. La partió en varios trozos y los pasó a sus compañeros, luego le tendió otro trozo a Nora y enarcó una ceja—. ¿Algún problema, mujer? —preguntó.

—Sí, el problema es que no sé a dónde vamos.

—Tranquila —contestó con una sonrisa—, nosotros sí sabemos el camino —bromeó. A Nora no pareció hacerle gracia aquella broma y lo miró seriamente.

—Me parece que la dama no está muy de acuerdo —comentó Darach a su lado.

Nora resopló y miró a Kenneth que aún se mantenía con la ceja enarcada, observándola.

—Eso me aleja más de mi hogar —pronunció ella intentando controlar sus emociones.

Kenneth respiró hondo, cargándose de paciencia.

—Creía que eso ya lo habíamos hablado. —Ella apretó los labios—. Pasaremos la noche en Eiden's burgh y mañana por la mañana partiremos hacia Argyll —le informó y se giró hacia su caballo para anudar la alforja.

Nora se quedó pensativa.

—¿Y qué hacéis tan lejos de vuestro hogar? —preguntó con timidez.

—*Bidh am boireannach a' faighneachdh cus cheistean* —reaccionó Darach.

—*Agus* —contestó Kenneth con una sonrisa mirándolo de reojo, luego volvió la mirada hacia ella—. *Freisin*.

Ella dio unos pasos hacia él con la ceja alzada.

—¿Qué decís? —preguntó molesta porque empleasen otro idioma, sin duda estaban comentando algo sobre ella—. ¿Te diviertes a mi costa? —le preguntó directamente.

—Bastante —respondió sin más.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Te burlas de mí?

—Jamás se me ocurriría hacer algo así.

—Si lo hace te darás cuenta —prosiguió Darach con una risotada mientras daba un bocado a su trozo de pan y cogía las riendas de su caballo para distanciarse.

Kenneth aún permanecía con su sonrisa cuando volvió a acariciar el cuello del animal.

Se giró hacia ella y la estudió. Nora permanecía con la mirada centrada en los otros hombres que compartían de nuevo la bota de agua. Se la veía tan frágil y pequeña a su lado… Tenía un rostro muy dulce, con unos enormes ojos color miel con algún destello verdoso cerca de su pupila y el cabello largo formando ondas en sus puntas. En aquel momento su tez era pálida y estaba demasiado delgada, sin embargo, se podía asegurar que, pese a todo, era hermosa. Tenía un aura de ternura que le había llamado la atención desde el principio, nada más verla arrastrarse por la nieve huyendo de aquel cruel normando que intentaba violarla. No sabía realmente por lo que había debido de pasar, pero el hecho de que no cayese en la desesperación le indicaba que era una mujer fuerte. De hecho, la muchacha tenía bastante temperamento para lo que él estaba acostumbrado.

Nora giró su cabeza hacia Kenneth, el cual permanecía estudiándola. Se removió nerviosa y se echó la piel correctamente por encima.

—¿Qué idioma habláis?

Kenneth se dio media vuelta y le indicó con un movimiento de mano para que le siguiese hacia el resto del grupo. Esperó a que se pusiese a su lado y caminó junto a ella.

—*Gaélico*[8].

—Jamás lo había escuchado —pronunció ella.

—Normal si no habías venido nunca por aquí. —Llegó hasta sus compañeros y aceptó la bota que le tendía Evan. Dio otro sorbo y luego la tendió hacia ella—. ¿Quieres?

Ella asintió tímidamente, pues aún tenía sed. Llevó la bota hasta sus labios y dio un sorbo. Al momento, notó cómo le quemaban los labios y le ardía la garganta. ¿Qué le habían dado? Comenzó a toser compulsivamente mientras se llevaba la mano al pecho, golpeándolo.

Le costaba respirar. Todos comenzaron a reír. Los ojos comenzaban a humedecérsele. Una sensación de extremo calor se había apoderado de su garganta.

—¿Qué es esto? —preguntó devolviendo la bota a un Kenneth que la miraba divertido.

—Whisky escocés —respondió.

—¿Whisky?

Eiden cogió la bota de las manos de ella y dio otro sorbo.

—Fabricado por los monjes. Es un buen remedio contra el frío —explicó este.

—Es horrible —se quejó ella.

—Oh, muchacha, no sabes lo que dices —bromeó Darach subiendo a su caballo.

Kenneth cogió la bota y dio otro sorbo. La cerró y la guardó en su alforja.

—Vamos —dijo tendiéndole la mano.

—¿Ya nos vamos? —preguntó ella cansada.

—Aún queda mucho camino y es mejor que no nos sorprenda la noche.

Nora se dirigió al caballo sin protestar, aunque con pasos lentos y vacilantes.

Kenneth la ayudó a subir y en cuanto se situó correctamente dio un salto tras ella.

—No nos detendremos más —informó Kenneth hacia el resto. Golpeó el caballo que inició su avance a un paso ligero. Se inclinó un poco sobre ella y soltó la mano de una de las riendas para ayudarla a tomar una buena posición, colocando su espalda recta—. No te inclines hacia delante o tendrás dolor de espalda durante días.

La acercó a él, notando cómo ella parecía rehuir de su contacto, pues se removía nerviosa. Permaneció así varios minutos hasta que, finalmente, al ganar el caballo velocidad Nora se obligó a dejar caer su peso sobre el pecho de él.

Kenneth no dijo nada y espoleó al caballo para que ganase aún más velocidad.

14

Creía que iba a morir con cada trote del animal. Las últimas horas fueron una pesadilla, por mucho que apoyase la espalda en su compañero de viaje el dolor era insoportable.

El hecho de haber dormido aquella última semana sobre el suelo helado, haber pasado una noche entera cubierta de nieve y la fría agua del río habían causado mella en ella. Jamás había tenido un dolor de espalda tan intenso, aunque pasase largas horas trabajando en el campo.

El sol se estaba poniendo cuando, finalmente, a los lejos, vio la muralla que protegía a la ciudad de Eiden's burgh. Sobre una colina se alzaba un majestuoso castillo de madera, en la ladera podían verse varias casas con el hogar encendido y, al inicio de la falda de la montaña, la muralla rodeaba toda la ciudad.

Se giró levemente hacia atrás.

—¿Es Eiden's burgh? —preguntó con emoción, pues deseaba con todas sus fuerzas bajar del animal.

—Sí —respondió Kenneth a su espalda volviendo a un paso lento y acompasado.

Ella lo observó. El lugar era hermoso, pues la colina sobre la que se aposentaba la ciudad estaba rodeada de hermosas praderas verdes y vastas zonas de cultivo. Rodeando la colina y a lo lejos se encontraba un oscuro y frondoso bosque.

En cuanto se acercaron más sintió que algo no iba bien. Un olor fuerte y nauseabundo se iba haciendo más intenso a medida que se acercaban a la puerta de la muralla.

¿Cómo podía oler tan mal?

Se llevó la mano hacia la nariz, movimiento que Kenneth detectó y no pudo menos que sonreír.

—Bienvenida a Eiden' burgh —ironizó.

Los cinco caballos pasaron bajo la puerta de la muralla. Ante ellos había una cuesta empinada que se dirigía a lo alto de la colina donde se encontraba el castillo. Le sorprendió ver las casas, eran muy parecidas a las de su poblado.

¿Cómo podían vivir con ese olor?

—¿Por qué huele tan mal? —se quejó ella.

Kenneth señaló hacia delante.

—Ves que el camino es empinado, ¿no? —Ella asintió—. Al anochecer lanzan toda la basura y deshechos humanos a las calles. Luego, desde lo alto, echan cubos de agua para arrastrarlo todo. —Ella se giró sorprendida, con los ojos como platos, aunque no dijo nada—. Ya te acostumbrarás… —Vio cómo ella negaba con su cabeza—, y si no, piensa que solo es una noche.

—Es horrible —se quejó.

—En el interior de las casas no se nota tanto el olor —contestó.

Nora resopló mientras seguían avanzando por la calle empinada.

Entre las estrechas calles observó varios niños jugando, corriendo uno tras otro, mientras las mujeres comenzaban a hacer lo que justamente Kenneth había explicado. La mayoría de las casitas tenían el fuego encendido, por lo que además del mal olor este se mezclaba con el humo y hacía el ambiente más pesado.

No entendía cómo podían vivir así. En su manor, aunque era igual de humilde, se respiraba un aire más puro, incluso en invierno cuando todos encendían el fuego del hogar.

Vista desde dentro la ciudad no era tan hermosa.

—¿Dónde vamos a pasar la noche? —preguntó ella. Kenneth señaló al final de la larga calle—. ¿En el castillo?

Él asintió.

—El *castillo de las doncellas*[9] —señaló.

Miró atenta hacia delante mientras subían la empinada cuesta. Lo único que se le pasó por la mente fue que esperaba que allá en lo alto, y una vez cerradas las puertas, el olor no entrase en el interior.

El castillo era enorme. Disponía de unas altas paredes formadas por troncos de madera y varias torretas desde donde varios hombres vigilaban la zona. Suponía que la ubicación del castillo era totalmente estratégica, ya que desde lo alto de las torretas podrían divisar todo el valle y los alrededores, asegurándose de que nadie se acercase a la ciudad sin ser antes visto.

Llegó hasta la puerta y Kenneth descendió del caballo. La humedad era más alta que en su manor, pues el suelo estaba totalmente embarrado y resbaló un poco, aunque por suerte no llegó a caer. Resopló y ayudó a descender a Nora.

—Cuidado, resbala —la puso sobre aviso.

Los demás compañeros de viaje descendieron también de sus

caballos.

Un hombre de la guardia del castillo abrió la puerta y salió a su encuentro.

Kenneth dio unos pasos hacia él intentando no resbalar.

—Soy Kenneth Alay MacNeill, hijo de Logan MacNeill, solicito cobijo durante esta noche —explicó.

El guardia no dijo nada y entró de nuevo al castillo, cerrando la puerta tras de sí.

Nora se colocó la piel correctamente sobre los hombros, pues comenzaba a hacer bastante frío y el vaho salía por su boca como si se tratase de una chimenea.

Miró a Kenneth.

—¿De quién es este castillo? —Todos enarcaron una ceja en su dirección al no comprender la pregunta—. ¿Qué ocurre? —preguntó al ver las miradas sorprendidas de los cinco hombres.

Kenneth sonrió por la pregunta e iba a responder, pero se giró cuando escuchó una voz grave a su espalda.

—Kenneth Alay MacNeill —comentaron a su espalda. Todos se giraron, incluida Nora.

El hombre a su espalda iba acompañado de cuatro más, cada uno llevaba las riendas de un caballo en sus manos, parecían recién llegados como ellos—, qué agradable sorpresa —comentó arrastrando las palabras.

Nora supo que ni era una sorpresa ni era agradable aquel encuentro. Era como si la tensión pudiese cortarse con un cuchillo. Aun así, Kenneth asintió lentamente y miró de reojo a los cuatro hombres que lo acompañaban.

—Kean… —pronunció arrastrando las letras del nombre a modo de saludo.

Kean era un hombre que debía de tener unos cinco o seis años más que Kenneth. Tenía unos enormes ojos claros que con aquella oscuridad no podía apreciar realmente de qué color eran, su cabello largo y castaño oscuro permanecía enganchado por algunos mechones a sus mejillas, fruto de la humedad del lugar. Era prácticamente tan alto y corpulento como Kenneth.

—¿Habéis sido convocados por el rey? —preguntó mirando de reojo hacia la puerta del castillo que aún permanecía cerrada a la espera de que volviese el guardia.

Kenneth miró de reojo a sus compañeros que guardaban silencio, aunque sus posturas también daban a entender la tensión que existía.

—No, simplemente haremos noche aquí —respondió Kenneth con sinceridad.

Kean asintió sin expresar ningún sentimiento de sorpresa. Miró a todos y, finalmente, sí reflejó sorpresa cuando su atención recayó

sobre la joven. Miró a Kenneth enarcando una ceja.

—Veo que estáis en muy buena compañía —indicó haciendo referencia a Nora.

Kenneth lo escudriñó unos segundos e iba a responder cuando la puerta del castillo se abrió y el guardia salió.

—Su majestad los espera —indicó este. Salieron un par de guardias más que se hicieron cargo de los caballos justo cuando unos copos de nieve los sorprendió.

Kenneth se quedó observando a Kean que dio un paso atrás y asintió.

—Que disfrutéis de la noche —indicó mirando de reojo a la muchacha con una clara insinuación.

Kenneth prefirió no decir nada, ya sabía cómo se las gastaban aquel hombre y sus amigos.

Respiró hondo y se giró hacia Nora que permanecía a su espalda, a su parecer también bastante tensa. Estaba claro que aquella corta conversación había sido de todo menos agradable.

Le indicó a Nora con la mano que se acercase.

—Vamos —dijo.

Nora observó cómo aquel hombre bajaba la empinada cuesta en compañía del resto de sus hombres.

Dentro del castillo la temperatura era agradable. Nada más dar unos pasos por ese oscuro pasillo, el olor tan nauseabundo que provenía de la ciudad desapareció y lo sustituyó otro mucho más agradable. Sin duda, debían haber cocinado.

Kenneth se situó ante ella e inició el camino como si ya se lo supiese, seguramente habría estado más veces allí. Nora caminó observando todo a su alrededor seguida del resto de sus compañeros de viaje.

Caminaron todo el pasillo recto hasta que dieron con un gran salón, sumamente bien decorado. El hogar encendido y las velas daban un aspecto acogedor a aquel recinto.

Al final de este, sobre una tarima, se encontraban dos grandes tronos dorados muy bien acolchados y, sobre estos, las cabezas de varios animales decoraban la estancia.

Ante los tronos había una larga mesa de madera provista, como mínimo, de asiento para veinte comensales y, a los lados, otras mesas de igual tamaño. Suponía que debía de ser el salón principal del castillo donde realizarían las celebraciones.

Kenneth se inclinó hacia delante al igual que el resto de sus compañeros de viaje, lo que dejó a Nora descolocada unos segundos, aunque los imitó rápidamente cuando se percató de que un hombre se dirigía hacia ellos vestido con una enorme capa.

—Majestad —indicó Kenneth aún flexionando su espalda.

Ella lo miró de reojo, sorprendida.

—¿Majestad? —le susurró ella conmocionada.

El hombre se dirigió hacia Kenneth y extendió los brazos hacia él. Kenneth no se hizo esperar y se fundió en un cálido abrazo. Nora miraba de un lado a otro sin comprender nada.

—Cuánto tiempo —exclamó el rey dándole un golpe en su espalda mientras todos se ponían firmes—, espero que me traigas buenas noticias —dijo iniciando el camino con Kenneth hacia la mesa.

Nora miró de un lado a otro sin saber qué hacer. Por suerte, Evan, el más joven junto a Kenneth, se apiadó de ella, pues parecía descolocada, y se situó a su lado indicándole que le siguiese.

Nora igualó su paso sin decir nada.

¿Aquel era el rey de Escocia? El hombre era bastante más bajo que el resto de los allí presentes. Su cabello era rizado y le llegaba por los hombros, de un color negro, aunque surcado por bastantes canas. Sus ojos eran oscuros y escondidos bajo unas pobladas cejas desordenadas. Su nariz era bastante prominente y su punta muy rosada. Poseía una frondosa barba que rodeaba unos labios finos, bien recortada y uniforme.

El rey subió la tarima y fue directo a uno de los tronos, sentándose en él, Kenneth se quedó bajo la tarima.

—Disculpad que la *reina*[10] no esté presente. No se encuentra muy bien —se excusó.

—Espero que mejore pronto —respondió Kenneth.

En ese momento, el rey se dio cuenta de que los acompañaba una mujer y puso toda su atención en ella. La miró confundido y luego observó a Kenneth con una ceja enarcada.

—¿Os habéis casado? —preguntó confundido.

Kenneth se giró y miró a Nora, luego volvió su atención hacia su rey.

—No, majestad.

—¿Y por qué os acompaña una mujer? —preguntó con curiosidad.

Kenneth inspiró profundo y miró a sus amigos de reojo.

—Es una amiga de la familia —acabó respondiendo—. Vive cerca de la frontera y sus padres me pidieron que la trajese con nosotros para garantizar su seguridad ante la invasión normanda.

El rey se quedó perplejo unos segundos y, finalmente, asintió sin apartar la mirada de ella.

Nora se quedó totalmente quieta, observando al rey. Sabía que cuando era solo un niño, su padre, el rey Duncan I, había sido asesinado por Macbeth para ascender al trono. Malcolm pasó su infancia en Northumbria refugiado con su tío, el conde Siward, establecido en Cumbria y en Lothian, por lo que creció con las

costumbres anglosajonas. Además, permaneció durante 15 años en la corte sajona en el reinado de Eduardo. Hasta 1058 había observado el estilo de gobierno de los reyes como Eduardo, dándose cuenta de que no era popular entre los aristócratas sajones. El 25 de abril de 1058 había sido coronado rey en la abadía de Scone, Perthshire, y desde 1061 había iniciado una campaña desde Escocia para hacerse con Inglaterra, atacando varias veces la frontera y los manores del norte de Inglaterra. Por suerte, su manor no estaba tan cerca de la frontera como para sufrir uno de aquellos ataques, pero sabía que el rey Malcolm no guardaba un buen recuerdo de su período en la corte de Eduardo junto a los anglosajones.

Suponía que esa debía de ser la causa por la que Kenneth no había revelado realmente su procedencia, pues sabía que el rey de Escocia acostumbraba a invadir las tierras del norte de Inglaterra, destruyendo aldeas y matando a sus gentes.

El rey finalmente asintió, provocando que ella volviese a respirar. Solo esperaba que no le hablase en gaélico. Al menos, aquel rey parecía preferir su idioma al de Escocia.

El rey volvió toda su atención hacia Kenneth.

—Explícame… —tendió la mano hacia él.

Kenneth asintió y dio unos pasos hacia delante.

—El grueso del ejército normando aún no está próximo a nuestras fronteras. Creemos que el grueso del ejército tiene su base en el castillo de Bamburgh.

El rey pestañeó varias veces.

—¿En Bamburgh? De ese castillo solo quedan las ruinas —recordó este.

—Así es —le dio la razón Kenneth.

Nora supo que se refería al castillo donde la habían mantenido presa y del que había conseguido huir posteriormente.

—Nos encontramos con una incursión, aunque aislada justo en nuestra frontera, pero acabamos con ellos y no se ha vuelto a repetir otro ataque.

El rey Malcolm asintió escuchando las explicaciones de Kenneth.

—Si se encuentran en la playa de Bamburgh están a dos días a galope de aquí —pronunció el rey pensativo.

—Así es, no obstante, por lo que hemos visto durante los días de vigilancia no han avanzado más, solo hubo una incursión.

El rey asintió de nuevo, dándole vueltas a la cabeza y miró a Kenneth enarcando una ceja.

—¿Crees que debería reforzar la frontera?

—Creo que no iría mal prevenir —contestó Kenneth. Miró de reojo a sus compañeros.

Malcolm III se pasó la mano por la barba, con la mirada perdida.

—He avisado a varias de las familias para que preparen a sus hombres —le informó el rey.

Kenneth asintió.

—Lo he imaginado, me he encontrado con Kean *O'Duines*[11] —pronunció Kenneth y miró de reojo a sus compañeros, gesto que llamó la atención de Nora—. Su majestad sabe que no puede fiarse de dicha familia, que…

—Vuestros problemas personales y familiares son solamente eso, problemas personales y familiares —lo cortó el rey con el tono subido —. Ahora hay algo más importante, nuestro reino está a las puertas de una posible invasión. Así que… no, no me importan vuestros enfrentamientos o ajustes de cuentas. Necesitamos al mayor número de hombres posible para defender nuestra frontera si llega la ocasión… —lo miró fijamente—, ¿cuento con la familia MacNeill?

Kenneth se puso totalmente erguido.

—¿Cuándo os hemos fallado?

El rey asintió y se levantó de tu trono.

—Tenéis razón —dijo bajando lentamente los escalones de la tarima—, vos y vuestra familia jamás me habéis fallado, por eso mismo siempre tenéis mi favor —dijo inclinando esta vez su cabeza en señal de respeto. Se puso firme y los miró a todos—. Cenad todo lo que deseéis —comentó mirando a uno de sus súbditos que se acercó de inmediato—, y luego aseguraos de que se instalan para pasar la noche. —Miró a Nora directamente—. Supongo que desearéis una habitación para usted.

Kenneth miró de reojo a la muchacha.

Nora tragó saliva y asintió.

—Os estaría enormemente agradecida, majestad —susurró haciendo una leve reverencia.

—Sacad las sobras de la cena —ordenó a su súbdito mientras se dirigía directamente hacia la puerta—. Que descanséis pues —comentó sin girarse ya.

—Gracias por su hospitalidad, majestad —comentó Kenneth antes de que Malcolm girase por un pasillo sin pronunciar nada más.

Kenneth miró directamente hacia el resto de sus compañeros e hizo un gesto gracioso con su rostro que le dio a entender a Nora que exageraba su agradecimiento y cortesía con el rey.

Varios súbditos fueron llevando bandejas con verduras, patatas y carne, dejándolas sobre la mesa.

—Siéntate —ordenó Kenneth a Nora señalando la silla a su lado.

Nora se sentó observando con ojos como platos la cantidad de comida que había por toda la mesa. Los cinco hombres comenzaron a servirse en sus platos como si no hubiese un mañana. Suponía que después de haber estado varias semanas vigilando la frontera a base

de pan, queso y un poco de carne también estaban famélicos.

Kenneth le tendió una bandeja de barro con verduras.

Fue echándose en el plato más de lo que podía comer.

—Gracias —respondió Kenneth cuando dejaron una hogaza de pan sobre la mesa. Miró de reojo a Nora que comía lentamente—. ¿No tienes hambre? —Ella asintió y se llevó un trozo de carne a su boca—. Aprovecha, mañana partiremos al alba.

—¿En dirección a Argyll? —preguntó. Él asintió—. ¿A cuánto está?

Evan que estaba sentado frente a ella fue quién respondió.

—A unos tres días a caballo.

Nora estuvo a punto de atragantarse y tuvo que darse unos golpes en el pecho. Kenneth le tendió el agua y ella dio un sorbo.

Resopló y miró a Kenneth suplicando clemencia.

—¿Tres días más? —gimió.

Kenneth ladeó su cuello con una leve sonrisa, le había hecho gracia la expresión y el tono que había empleado la muchacha.

—¿No te parece cómodo mi caballo?

Ella suspiró y cerró los ojos unos segundos. Kenneth aprovechó para mirar a sus compañeros con una sonrisa. La muchacha era realmente bonita, y suponía que con un vestido limpio y un buen recogido debía de serlo aún más, pues ahora su vestido estaba sucio por el barro y su cabello enmarañado por la humedad. No le extrañaba lo más mínimo que los normandos hubiesen decidido llevársela, aunque sus intenciones no fuesen nada nobles.

Después de cenar se dirigieron a las habitaciones. Tal y como pensaba, Kenneth debía haber estado allí varias veces porque se conocía perfectamente el castillo y se movía por él con soltura.

Se situó ante una de las puertas y la abrió.

—Puedes descansar aquí. —Le indicó con un movimiento de cabeza que entrase.

Tragó saliva y estuvo a punto de echarse a llorar cuando observó el mullido colchón.

La habitación era espaciosa, con una gran cama en el centro, un armario en un lado y una mesa al otro donde había una vela encendida.

Escuchó al resto de sus compañeros de viaje dirigirse a otras habitaciones. Cuando se giró tuvo que dar un paso atrás, pues Kenneth estaba muy próximo.

—Gracias —susurró.

Él le dedicó una sonrisa burlona.

—Puedes agradecérselo mañana a mi rey —bromeó.

Ella hizo un gesto de desagrado y lo miró apretando los labios.

—Y gracias por proteger mi identidad —acabó diciendo—.

Supongo que a tu rey no le haría mucha gracia hospedar a una anglosajona —acabó susurrando con timidez.

Kenneth alzó sus dos cejas.

—Por eso es mejor que no lo sepa —le comentó él también con tono cómico. La contempló un segundo y le señaló con un movimiento de cabeza el interior de la habitación—. Descansa. —Dio un paso hacia atrás—. Mañana partimos al alba. *Oidhche mhath* —se despidió de ella ofreciéndole la espalda para dirigirse a la habitación contigua.

—Buenas noches —susurró ella cerrando ya la puerta.

Se giró y observó la habitación de nuevo.

No dudó ni un segundo en quitarse los zapatos, desabrocharse el vestido, arrojarlo todo al suelo y echarse sobre el colchón cubriéndose con las mantas.

Hacía días que no se tumbaba sobre un colchón tan blando y cómodo.

Escuchó cómo en la habitación de al lado caminaban y el sonido de la madera al crujir cuando Kenneth se arrojó también sobre el colchón.

Nora se acercó a la mesita y sopló la vela mientras Kenneth se quedaba contemplando fijamente la pared que lo separaba de Nora hasta que el sueño también lo venció.

Kean O'Duines contempló el castillo mientras los copos de nieve caían sobre él.

Estar tan cerca de un MacNeill le causaba repulsión, le aborrecía, y más de Kenneth. Ellos habían provocado una pérdida tan grande en su familia que, aun después de varios años, no podían recuperarse.

Además, los MacNeill contaban con el favor del rey, algo que no comprendía. ¿Por qué el rey los apreciaba tanto? Su familia, los O'Duines, también había acudido a su llamada cada vez que el rey los requería, siempre habían obedecido sus órdenes y cumplido sus deseos, sin embargo, eran los MacNeill los que contaban con el favor del rey.

Resopló y miró hacia atrás, a la puerta de aquella pequeña casa donde pasaría la noche junto a sus compañeros de viaje. Contrariamente a ellos, los MacNeill podían gozar de los lujos del castillo junto a su rey. Aquello le enfurecía. Todos hubiesen salido ganando si los MacNeill no se hubiesen entrometido como lo habían hecho.

Y, ahora, ellos, por su culpa, debían vivir con aquella pérdida, algo por lo que no podía perdonarles y por lo que clamaba venganza dentro de él desde hacía años.

Desde entonces, su familia estaba dividida en dos bandos. Los que preferían olvidar, hacer como si nada, y los que, como él, necesitaban

vengarse de la familia MacNeill para que sintiesen lo mismo que les habían hecho sentir a ellos.

***

1063, Escocia.
Tres años antes.

Kenneth MacNeill subió al caballo de un salto junto a su hermano mayor, Declan MacNeill. A lo lejos, pudo observar cómo su hermano menor, Alec MacNeill, los imitaba.

La incursión había ido bien.

Malcolm III les había ordenado vigilar las aldeas y manores anglosajones más próximos a la frontera con Escocia, incluso saquear algún poblado para causar miedo en sus habitantes. No le gustaba hacer aquello, pero eran las órdenes de su rey.

Los pobres anglosajones vivían en un sistema de manores: muchas cosechas, preciosos campos de trigo y cebada, grandes establos donde apilaban el ganado… pero tenían una debilidad, los manores no estaban organizados como un ejército. A duras penas uno de aquellos ganaderos o agricultores podría defenderse con una pala o un rastrillo. Al ser aldeas tan alejadas del centro de Inglaterra, situadas al norte, cuando la incursión llegaba a oídos del rey ya habían pasado días de ella. Aquellas poblaciones estaban totalmente expuestas al ejército escocés, así que para cuando el rey enviaba una brigada del ejército a esa parte de Inglaterra alertado por la intrusión, para cuando llegaban, ellos ya habían partido hacía días. Esa era la sensación que querían darle a los pueblerinos de la frontera de Inglaterra, su rey no los defendía, no se preocupaba por ellos, sin embargo, si ellos se rendían no les harían ningún daño.

Esa era la verdadera razón por la que realizaban aquellas incursiones en territorio anglosajón, para desestabilizar a sus pueblerinos y que acabasen odiando más a su rey por no defenderlos.

Desde 1061 habían realizado varias incursiones. En todas ellas habían conseguido la rendición de algunos manores, pero en cuanto ellos abandonaban la zona y el ejército inglés llegaba, volvía a apoderarse del territorio. Era como jugar al ratón y al gato constantemente.

Kenneth miró al lado por donde se acercaba Kean O'Duines junto a su hermano pequeño Gilian y varios hombres más de esa familia.

Sus territorios en Argyll eran cercanos, prácticamente vecinos, y siempre los había unido una buena amistad y colaboración entre ellos, ayudándose con el ganado e incluso la agricultura.

—Será mejor que volvamos a casa, tenemos un largo camino —propuso Kenneth. Elevó su mano señalando a su hermano pequeño,

Alec, y señaló en dirección al bosque, indicándole que ya debían partir.

Su familia siempre había estado muy unida. Declan era su hermano mayor, concretamente tres años mayor que él, y había contraído matrimonio con una preciosa chica de la familia MacDonald. Le seguía él como el segundo. Posteriormente, su hermana Moira, a la que en breve le encontraría un marido, y su hermano Alec, cuatro años más pequeño que él.

El camino de vuelta siempre era largo, pues primero hacían noche en Eiden's burgh para hablar con su rey e informarle de cómo había ido la incursión realizada. Las noticias siempre eran buenas, pero todos sabían que no durarían mucho tiempo y que, en menos de diez días, llegarían noticias a oídos del rey de que el territorio que habían ganado durante la incursión había sido recuperado por el rey de Inglaterra. Siempre era lo mismo, al menos, ellos recibían una buena cantidad de dinero por los servicios prestados a la corona.

Tres días después veían aparecer su poblado en Argyll, llamado *Clachan Dhu*[12].

El resto de familias que los habían acompañado como la MacDonald, MacGregor, Mackinnon y O'Duines, entre otras, marchó hacia sus aldeas. Seguramente, el rey no tardaría más de un mes en volver a solicitar su presencia en palacio.

Los tres hermanos descendieron de sus caballos y fueron al encuentro de su padre que los esperaba en la puerta de la vivienda familiar. Normalmente, solía acompañarlos en las incursiones, sin embargo, esta vez se había quedado en el poblado para acordar con el resto de familias de la zona la defensa de sus poblados si era necesario.

Fueron hacia él y se dieron un abrazo con su padre.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó su padre abrazando a los tres.

Declan, el mayor de todos, fue al interior de la vivienda y se agachó para recibir en sus brazos a su pequeña niña.

—*Mo fhlùr bheag*[13] —susurró con amor mientras estrechaba entre sus brazos a su niña de tres años de cabellos rubios.

Kenneth pasó un brazo por encima de los hombros de su padre mientras entraba al interior, donde los esperaban su madre y su cuñada, embarazada de seis meses.

—¿Qué tal han ido las reuniones con el resto de familias de la zona?

Su padre, Elmer, asintió efusivamente.

—Muy bien. Todos estamos de acuerdo en unir fuerzas ante los anglosajones. En dos días nos reuniremos en el poblado de los MacKenzie para hacer una organización de vigilancia.

Kenneth situó su mano sobre la cabeza de su pequeña sobrina que

había ido hasta él y la acarició.

—Estupendo. Supongo que querrás que te acompañemos, ¿verdad?

—No iría mal —respondió su padre.

Alec se dirigió a la puerta de la casa.

—Voy a llevar a los caballos al establo y a darles de comer y beber —pronunció antes de salir, sin esperar respuesta por parte de ellos.

Briana O'Duines negó efusivamente con su cabeza intentando controlar las lágrimas.

—Nooo… —sollozó y miró a su madre buscando su apoyo, aunque su madre se limitó a agachar la cabeza apartando la atención de ella, sin querer intervenir en aquella conversación. Briana tragó saliva y negó compulsivamente con su cabeza—, por favor, padre…

—Es lo mejor —indicó su padre, Reagan O'Duines—. Los MacNab son una buena familia.

—Nooo… —repitió de nuevo.

—Podremos unir toda la zona oeste de Argyll —pronunció su padre como si fuese lo más lógico.

Briana avanzó rápidamente hacia él, suplicando, con lágrimas en los ojos.

—Por favor, no me cases con Angus MacNab… —imploró—, él… él… —Apretó los labios reprimiendo las ganas de decir que no era de su agrado. El muchacho era el heredero de la zona más alta de Argyll, un buen partido sin duda, si no fuese por su aspecto desgarbado y sus modales un tanto bruscos—, no lo conozco lo suficiente —acabó pronunciando.

Kean se cruzó de brazos y se apoyó contra la mesa.

—Hermana, Angus es un buen partido —le recordó ante la negativa de su hermana a contraer matrimonio—, y hará que ganemos muchas más tierras.

—Si tanto te importa la tierra… ¿por qué no te casas tú con él? —protestó ella, aunque rápidamente se arrepintió cuando vio la mirada enojada de su padre y de sus tres hermanos varones. Su hermana Meredith, la más mayor de todos, había contraído nupcias hacía dos años con el hombre al que ella amaba y ahora esperaban a su primer hijo—. ¿Por qué no puedo decidir como hizo Meredith? —preguntó ella.

Kean fue quien tomó la palabra, pues sabía que su padre, más que intentar convencerla, la obligaría a hacerlo sin escucharla.

—Meredith eligió correctamente —contestó y miró a su padre—. Estoy de acuerdo con él, es la mejor opción para ti. Nos hará tener más importancia en estas tierras. ¿Acaso no quieres ayudar a

progresar a tu familia?

Briana agachó su cabeza conteniendo las lágrimas. Sabía que ese era su cometido, conseguir un matrimonio ventajoso que pudiese hacer obtener a su familia más poder e importancia en aquellas tierras, pero eso no iba con ella… la codicia de su padre y de sus tres hermanos varones la iban a convertir en una desgraciada el resto de su vida.

—Además —continuó su padre—, Angus MacNab es un hombre fuerte, te dará buenos hijos. —Ella apretó la mandíbula y resopló ante aquellas palabras—. Ya está todo hablado. En dos meses contraerás matrimonio con él.

Briana rugió por el enfado, se dio media vuelta y salió por la puerta de su casa sin pronunciar palabra. Sabía que no serviría de nada protestar.

Nada más salir de la vivienda y cerrar la puerta tras de sí cerró los ojos y respiró hondo.

Ella no amaba a Angus. No lo conocía mucho, pero las pocas veces que había coincidido con él le habían disgustado sus modales, además, físicamente no le atraía lo más mínimo, incluso le causaba repulsión, y ahora, ese hombre… ¿iba a convertirse en su marido en dos meses?

Sintió cómo una lágrima resbalaba por su mejilla y se dirigió directamente al establo mientras observaba los últimos rayos del sol desaparecer tras unas espesas nubes en el horizonte. Seguramente caería una buena tormenta aquella noche.

Entró en el establo buscando un lugar donde refugiarse y desahogarse cuando una voz la sobresaltó.

—Briana —susurró una voz acercándose a ella.

Se giró y brincó llevándose la mano al pecho por el sobresalto, aunque una triste sonrisa se apoderó de su rostro al reconocerlo.

—Alec —susurró dando unos pasos rápidos hacia él para abrazarlo—. No sabía si habrías llegado ya a casa.

Alec la abrazó con fuerza, en la oscuridad de aquel establo.

—Hemos llegado este mediodía, igual que tu familia —dijo acariciando su mejilla, aunque la humedad que detectaron sus dedos llamó su atención—. ¿Estás llorando? —preguntó preocupado—. ¿Qué ocurre?

Ella dio un paso hacia atrás y apartó la mirada de él mientras tragaba saliva, intentando controlar sus emociones.

Apartó su cabello caoba de su rostro y lo miró con ojos llorosos.

—Mi familia me ha prometido —susurró.

Alec MacNeill colocó su espalda recta, sobresaltado por las palabras que su amada acababa de pronunciar.

—¿Te ha prometido? ¿Con quién? —preguntó acelerado.

—Con Angus MacNab —respondió ella pasándose una mano por el brazo con timidez.

Alec sintió que su corazón se partía en dos. Llevaban viéndose a escondidas sin el permiso de sus padres casi dos años. Ella era el amor de vida. Briana era la única mujer a la que había amado nunca y pretendían quitársela.

—No aceptes el matrimonio —dijo él.

Ella lo miró confundida.

—Sabes que no puedo hacer eso —lloró—, mi padre ya lo tiene apalabrado con los MacNab.

—¿Cuándo serán las nupcias?

Briana apretó los labios.

—En unos dos meses —susurró.

Alec inspiró con fuerza y dio unos pasos acelerados hacia ella. Cogió su mano con ternura.

—Sabes que estoy enamorado de ti, que… te quiero… —susurró.

Ella asintió intentando controlar las lágrimas.

—Y yo a ti.

Alec tomo aire hondo al escuchar aquellas palabras.

—Pues escapémonos de aquí —dijo apretando más su mano—, los dos juntos. Nadie tiene por qué ser dueño de nuestras vidas, ni siquiera nuestros padres.

Briana lo miró sorprendida.

—¿Escapar? —preguntó alzando un poco más la voz, aunque rápidamente volvió al susurro—. ¿A dónde? —preguntó incrédula, eso no tenía ni pies ni cabeza. Ella jamás había abandonado su poblado, ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Lejos de aquí.

—Y… ¿de qué viviríamos? —continuó en un tono receloso.

—Sé cultivar las tierras —indicó él—, y soy bueno forjando armas. —Ella negó rechazando la idea—. Briana, no te estoy diciendo que sea fácil —indicó con la voz pausada—, pero… ¿de verdad vas a casarte con ese hombre? —continuó molesto—. Tú y yo podemos forjarnos nuestra propia vida —continuó—. Ven conmigo y te aseguro que jamás te faltará de nada.

Ella lo miró fijamente, Alec hablaba en serio. ¿Pretendía fugarse con ella? Sí, lo amaba, lo amaba más que a nada en el mundo, pero le estaba pidiendo que renunciase a todo lo que conocía, a su hogar, a su familia… familia que por otro lado no dudaba en venderla como moneda de cambio por un pedazo de tierra. ¿De verdad merecía la pena quedarse allí? En breve, si contraía matrimonio, ella partiría a vivir con la familia MacNab, se alejaría de su madre, de su hermana y de sus tres hermanos. Fuese como fuese, ella acabaría abandonando su hogar… ¿por qué no hacerlo junto al hombre al que amaba de

verdad? Sí, sería difícil, pero más difícil sería vivir toda una vida junto a una persona a la que jamás podría amar.

Iba a hablar cuando ambos se agacharon de inmediato al escuchar la voz de su hermano Kean.

—¿Briana? —preguntó en voz alta al salir por la puerta de su casa.

Alec sujetó con más fuerza su mano.

—Mañana vendré a buscarte de madrugada, cuando la luna esté en lo más alto —indicó acelerado. Se acercó a ella situando una mano en su nuca para atraerla a sus labios—. Ven conmigo, Briana —suplicó.

Ella se quedó unos segundos sin respiración por el beso, aunque ninguna palabra pudo salir de sus labios.

—¿Briana? —volvió a escuchar la voz de su hermano acercándose esta vez al establo.

—Nos merecemos una oportunidad —insistió Alec antes de soltar su mano e internarse entre las sombras para no ser descubierto.

Se giró justo cuando su hermano Kean entraba en el establo con una antorcha en la mano. Sus miradas se encontraron.

—Estás aquí —pronunció antes de soltar el aire.

Ella lo miró con furia por lo que estaban haciendo y se dirigió hacia él enfadada.

—¿Y dónde podía estar si no, hermano? —preguntó retóricamente pasando por su lado.

A Kean no le gustó su tono de voz y la interceptó sujetándola con fuerza del brazo.

—Vas a tener que mejorar tu carácter si quieres ganarte el amor de tu futuro esposo —pronunció.

Ella lo miró desafiante y se soltó de su mano con un movimiento brusco.

—Mi amor no está en venta… y menos por un puñado de tierra —pronunció antes de salir a toda prisa del establo para dirigirse a la vivienda de nuevo.

Alec permaneció escondido tras el centeno, observando y escuchando la conversación entre los dos, con los sentimientos a flor de piel. Esperó ahí hasta que Kean abandonó también el establo y la oscuridad volvió a reinar en el interior.

***

Los copos de nieve caían sobre el cabello oscuro de Kean mientras observaba cómo desde lo alto de la colina de Eiden’s burgh, donde se situaba el castillo, arrojaban decenas de cubos de agua provocando que toda la suciedad, basura y desperdicios humanos descendiesen hasta el final de aquella empinada calle.

La familia MacNeill había destrozado sus vidas y eso jamás lo perdonaría.

—Será mejor que entres o se te enfriará la sopa —pronunció su hermano Bryden desde la puerta de la vivienda donde pasarían aquella noche.

Kean asintió y se giró para observar a su hermano que permanecía apoyado en la puerta.

Entró en el interior de la pequeña estancia donde lo esperaba su otro hermano, Gilian, el cual lo contempló asqueado, pues sabía lo que pasaba por su cabeza, así que se limitó a seguir comiendo sin pronunciar nada.

Kean se sentó frente a él mientras su hermano Bryden se sentaba al lado y una mujer les servía un plato de sopa caliente.

Gilian volvió a observarlo mientras tomaba con rapidez la sopa.

—Deja de darle vueltas —le advirtió, pues sabía lo que su hermano tenía en mente.

Kean golpeó la mesa con la cuchara, como si no pudiese controlar más la ira que lo consumía por dentro, aunque ninguno de sus dos hermanos se sorprendió por ello.

—¿Dejar de darle vueltas? —lo retó con la cara roja de furia—. Esa familia, los MacNeill, mataron a nuestra hermana pequeña. Y vosotros permanecéis ahí sin hacer nada. Aguantando que…

Esta vez fue Bryden quien golpeó la mesa haciendo que Kean se callase de golpe.

—¡Basta! —lo amenazó. Inspiró hondo y miró a su hermano a los ojos, fijamente—. No vuelvas a sacar el tema —ordenó antes de levantarse de la mesa dejando el plato de sopa y alejarse de él.

Gilian se llevó una última cucharada de sopa a la boca e imitó a su hermano Bryden, abandonando la mesa y dejando totalmente solo a Kean.

15

Tal era su cansancio que había dormido del tirón. Sus compañeros de viaje no tenían ningún cuidado y caminaban por el pasillo de un lado a otro vociferando entre ellos. Resopló y se pasó las manos por los ojos. Desvió la mirada hacia la ventana por donde entraba la claridad de un nuevo día. ¿Ya estaba amaneciendo?

Se desperezó y sollozó cuando tuvo que levantarse de aquel mullido colchón, se hubiese quedado varias horas más allí.

Fue hacia la ventana y la abrió. Miró sorprendida los tejados cargados de nieve y las calles intransitables por los caballos. Pese a que aún era muy temprano, algunos de los habitantes de la ciudad ya intentaban despejar las calles de nieve mediante palas.

Se abrazó a sí misma y luego cerró la ventana, pues la corriente de aire que le llegaba a través de esta era helada.

Se dirigió al espejo y se observó: su vestido estaba totalmente sucio y tenía el cabello alborotado.

Tragó saliva y se volvió a mirar en el espejo fijamente. Había logrado sobrevivir a un infierno, pero ¿cómo estaría su madre? ¿Y William? ¿Estarían vivos? Aquella pregunta no abandonaba su mente ni un solo segundo. Necesitaba volver a su hogar cuanto antes, pero ¿cómo hacerlo? Tal y como le había explicado Kenneth y el grupo con el que viajaba, Inglaterra ahora era un verdadero campo de batalla. Sabía que no sobreviviría si intentaba cruzar aquella parte del país sin ayuda ni protección.

Cerró los ojos unos segundos e intentó calmarse. Se giró de golpe cuando llamaron a su puerta. Se miró de nuevo en el espejo, acelerada, intentando acomodar su cabello, y dio unos pasos adelante.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Kenneth —contestó a través de la puerta.

Nora volvió a mirarse en el espejo intentando ordenar su cabello,

aunque eso era prácticamente imposible y, aunque no conforme con el resultado, volvió a girarse hacia la puerta.

—Puedes pasar.

Kenneth abrió la puerta de inmediato y la buscó por la habitación hasta encontrarla.

Kenneth tenía mucha mejor presencia que ella, al menos sus ropas estaban limpias. Le sorprendió que él la observase de la cabeza a los pies.

—Buenos días —comento ella.

—Buenos días —respondió—. Nos vamos ya mismo —indicó acelerado—. Tenemos un largo camino por delante.

Nora asintió.

—De acuerdo.

—¿Estás… lista? —preguntó no muy seguro.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo otra cosa, así que… sí, supongo que sí —respondió con timidez.

Kenneth asintió pensativo.

—Está bien. En el comedor te darán una hogaza de pan y un poco de queso, aprovecha para desayunar antes de irnos.

—De acuerdo.

Dicho esto, cerró la puerta dejándola a solas de nuevo.

Se recogió el cabello en una trenza lo mejor que pudo, intentando estar más decente, y salió de la habitación.

A diferencia de la noche anterior, el castillo ahora estaba en constante movimiento. A través del pasillo que conducía hasta el salón pasaban decenas de sirvientes con paso apresurado.

Esquivó a unos cuantos de ellos y llegó hasta el salón donde encontró a varios de los hombres con los que viajaba. Se encontraban alrededor de la mesa donde, tal y como le había explicado Kenneth, habían servido un pequeño desayuno.

Se mordió el labio y se acercó a ellos.

—Buenos días —susurró cohibida.

Los tres hombres la saludaron con un movimiento de cabeza, sin decir nada, más bien ignorándola. El único que se acercó fue Evan. Aquel era el más joven de todos y el que poseía un carácter más jovial. Ya le había dirigido la palabra el día anterior. Se situó a su lado y señaló hacia la mesa.

—Puedes comer lo que desees.

Ella asintió mientras cogía un trozo de pan y lo desmigaba.

Buscó en el salón sin encontrar a Kenneth.

—¿Dónde está Kenneth? —preguntó.

—Ha ido a buscar los caballos junto a Eiden —dijo él indicándole que se sentase—. Toma asiento —dijo sentándose él también en la

silla de al lado.

Ella negó.

—Si voy a pasar el resto del día a caballo prefiero estar de pie —contestó.

Evan se llevó un trozo de queso a la boca y se encogió de hombros sin darle mucha importancia a sus palabras.

—Debes mantener la espalda recta.

Ella se giró para observarlo.

—¿Qué?

—La espalda —la señaló—. Cuando estés sobre el caballo no te eches hacia delante, intenta mantener la espalda recta. Te dolerá menos —le aconsejó.

Ella chasqueó la lengua.

—Es fácil decir eso cuando eres un experto montando —bromeó ella—, pero yo nunca he pasado mucho tiempo sobre un caballo —respondió pensativa—. Igualmente, gracias por el consejo, intentaré ponerlo en práctica.

Evan asintió y cogió otro trozo de pan.

Kenneth echó una de las mantas sobre el caballo, justo donde se sentaría, y miró hacia atrás. Eiden lo imitaba con el resto de los caballos de sus compañeros, preparándolos para la travesía de aquel día.

Sabía que sus compañeros aceptarían cualquier cosa que ordenase, pero también era cierto que desde que le había ofrecido a la muchacha acompañarlos se mantenían alerta, sin estar tan confiados.

En cuanto Kenneth acabó con su caballo fue a ayudar a Eiden, el cual se mantenía en silencio todo el rato, algo extraño en él. Si bien no era muy hablador, nunca se había mostrado tan reservado como en aquel momento.

Kenneth lo observó de reojo mientras situaba la alforja sobre el caballo de Evan.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó Kenneth. Eiden resopló y lo miró enarcando una ceja, como si encontrase aquella pregunta estúpida y Kenneth ya supiese la respuesta. Kenneth inspiró hondo y continuó acomodando los caballos—. Sé que quizá no es lo más adecuado llevar a una anglosajona a…

—¿Adecuado? —lo interrumpió Eiden. Dio unos pasos hacia él—. Es una locura —susurró.

Kenneth chasqueó la lengua al escuchar aquello.

—¿Y qué querías que hiciese? —preguntó más a la defensiva, aunque intentó usar un tono de voz tranquilo—. ¿Que la abandonase a su suerte en medio de una invasión? ¿Que no la hubiese salvado cuando aquel normando estaba a punto de violarla o algo peor?

—No —pronunció Eiden—. Salvarla estuvo bien —lo señaló con el dedo—, pero tras la primera noche con nosotros deberías haberla dejado en el bosque. Es una anglosajona —indicó—. Sabes que si alguna de las familias más importantes descubre que estamos dando refugio a una anglosajona puede traernos problemas. Y ya ni te cuento si esto llega a oídos del rey —susurró más bajo.

Sabía que su amigo tenía razón. Dar cobijo a una anglosajona podía traerle problemas, pero ¿qué iba a hacer? ¿Dejaba a aquella pobre muchacha a merced de su suerte? No duraría más de dos días viva en ese territorio.

—Si la liberamos y es atrapada por los normandos puede revelar nuestra posición —le recordó.

Eiden resopló al escuchar la respuesta de Kenneth, pues también tenía su parte de razón.

—¿Y qué pretendes hacer con ella? —preguntó Eiden.

Kenneth volvió a respirar hondo y tragó saliva. Estaba realmente confundido en aquel aspecto. Sabía que su familia más cercana aceptaría su decisión, así como sus amigos. Lo que aquella muchacha había vivido no era justo, sin embargo, sabía que otras familias podían no verlo con tan buenos ojos, pues, así como ellos habían realizado incursiones en terreno anglosajón, los anglosajones también habían realizado incursiones en el reino de Alba. El problema era que había otras muchas familias más belicosas que la suya y que no apoyarían dicha decisión. La verían como una enemiga.

—No lo sé —acabó susurrando.

—Pues será mejor que lo pienses —pronunció con urgencia.

Kenneth dio unos pasos hacia él.

—¿Qué harías tú? —le retó—. No es fácil tomar esa decisión. Dime —insistió—. ¿La dejo aquí donde la reconocerán al momento como anglosajona y la matarán? ¿La devolvemos a la frontera donde los normandos también la matarán? —continuó mirándolo fijamente —. ¿La llevamos con nosotros e intentamos protegerla? Dime —le apremió mientras Eiden agachaba la cabeza—. ¿Con qué prefieres cargar en tu conciencia el resto de tu vida? —Eiden se removió incómodo justo cuando escuchó al resto de sus compañeros salir del castillo. Era cierto que casi todos se habían mantenido más reservados, excepto Evan que parecía ser el único que conversaba con ella animadamente. Kenneth se giró de nuevo hacia Eiden—. ¿Me lo vas a decir?

Eiden apretó la mandíbula y finalmente resopló.

—Está bien —acabó de malos modos—, pero te advierto que esto va a traer problemas.

Kenneth comprendió que Eiden se decantaba por la última opción. Realmente, cuando veías a la muchacha llegabas a sentir

lástima por ella.

—¿Y cuándo no hemos tenido problemas nosotros? —ironizó Kenneth.

Eiden puso los ojos en blanco al escuchar eso y cogió las riendas de uno de los caballos. Kenneth lo imitó para salir del establo con el resto de los caballos. Se dirigían hacia sus compañeros que los esperaban a las puertas del castillo cuando tanto Eiden como Kenneth se detuvieron al ver a Kean O'Duines avanzar en su dirección montado sobre su caballo.

Ambos se quedaron a distancia del resto del grupo. Kenneth se fijó en que Nora sonreía levemente a Evan por algún comentario. Sin duda, era el más animado de aquel peculiar grupo. Supo que sus compañeros eran conscientes de la cercanía de Kean porque se callaron y miraron con atención en su dirección, poniéndose alerta, incluso Nora los miró confundida ante su súbito cambio de actitud. Siguió la mirada de todos ellos hasta aquel caballo negro que recorría los últimos metros y reconoció a aquel hombre de inmediato. Se trataba del mismo con el que habían coincidido la noche anterior.

Kean O'Duines movió su caballo de un lado a otro, observándolos, hasta que centró toda su atención en Kenneth.

—¿Ya os marcháis? —preguntó en gaélico.

Kenneth asintió.

—Así es.

—¿No os quedáis unos días más para aprovecharos de la hospitalidad de nuestro rey? —ironizó con malicia.

Nora miraba de un lado a otro sin comprender nada, pues el idioma que usaban no lo comprendía. Miró de reojo a Evan que no se había movido de su lado, aunque sí había detectado un sutil movimiento de su mano situándola sobre su espada, como si se preparase para atacar.

—¿Qué ocurre? —le susurró.

—Shhh —la mandó callar Evan sin apartar la mirada de Kean y Kenneth.

Kenneth cogió de nuevo las riendas de su caballo y fue a dar un paso adelante, pero Kean le cortó el paso haciendo que su caballo se situase ante él.

Kenneth inspiró cargándose de paciencia y ladeó su cabeza hacia él.

—¿Deseas algo más, O'Duines?

Kean lo observó unos segundos y luego se giró para mirar hacia el resto de los compañeros de Kenneth, incluida Nora. La observó durante unos segundos y finalmente volvió su atención hacia él. Dio un tirón de las riendas de su caballo y este se apartó.

—No, solo desearte buen viaje —indicó, aunque con un claro tono

irónico.

Kenneth asintió sin querer decir nada más al respecto. Comprendía que Kean podía sentirse dolido por lo que había ocurrido entre las dos familias, pero él no tenía nada que ver con eso.

Lo vio alejarse poco a poco cuesta bajo hasta encontrarse con su propio grupo.

Eiden se situó a su lado.

—Es mejor tener cuidado con él —le susurró.

Kenneth asintió dándole la razón y se subió al caballo de un salto mientras el resto ya se acercaba.

Kenneth tendió la mano a Nora mientras el resto subía a sus caballos.

—¿Puedes? —le preguntó al ver que ella dudaba un poco.

Evan se acercó y la cogió directamente por la cintura sin decir nada, ayudándola a subir al caballo. Cayó sobre el lomo de este con un sonoro golpe y un grito de ella, lo que provocó que Evan sonriese.

—Solucionado —indicó este con una sonrisa mientras se dirigía a su caballo.

Kenneth le echó una manta por encima para intentar contrarrestar el viento helado que los azotaba. Por suerte, en aquel momento no nevaba, pero seguramente a lo largo de la mañana lo haría.

—Gracias —comentó Nora echándose la manta por encima. Kenneth asintió y siguió con la mirada fija en el grupo de Kean, al final de la larga calle que descendía desde el castillo—. ¿Va todo bien? —preguntó ella un poco preocupada.

Kenneth la miró y asintió.

—Sí —respondió, aunque obviamente no era así.

Nora apretó los labios sin querer profundizar más en el tema, tampoco tenía por qué inmiscuirse.

Kenneth se giró y los miró a todos. Ya estaban preparados.

—Vamos —ordenó él iniciando la marcha.

Iniciaron el camino con lentitud, pues la nieve y el hielo de la calle la convertían en peligrosa y susceptible de que cualquier animal resbalase, más con aquella inclinación.

Pudo notar la tensión en los músculos de Kenneth cuando pasaron frente al otro grupo de escoceses, sin siquiera saludarlos ni decirse nada. Nora se giró y observó a Kean, el cual la miraba con atención. Aquel hombre le ponía los vellos de punta, tenía una mirada oscura y decidida. Coincidió la mirada con él durante unos segundos hasta que Nora giró su cabeza y echó la vista al frente. Pocos segundos después atravesaron la muralla y salieron al exterior, donde los campos permanecían totalmente nevados.

Kean los vio alejarse lentamente, acompañado de dos de sus

hombres, esperando a que sus dos hermanos apareciesen allí con sus caballos.

Mantenía la mirada fija en la puerta que Kenneth MacNeill acababa de cruzar seguido del resto de sus compañeros. La ira lo embargó mientras los recuerdos volvían a su mente.

***

Tres años antes.

Alec tendió su mano hacia Briana y la ayudó a subir al caballo.

Era plena noche y la luna llena lucía alto en el cielo.

Ella situó una pierna a cada lado del caballo y se sujetó a la cintura de Alec. Había hecho un pequeño saco con un par de vestidos y un poco de comida, el resto de sus objetos personales se quedarían allí.

—Es una locura —pronunció ella en un susurro, aunque Alec supo que estaba sonriendo por su tono de voz.

Situó su mano en la que ella había situado en la cintura y la tomó con cariño.

Sí, era una locura, pero era suya. Nadie podría disponer sobre sus vidas ni separarlos. La amaba más que a nada en el mundo, y el simple hecho de pensar que pudiese iniciar su vida con otro hombre le quitaba las ganas de vivir. Ella sentía lo mismo, por eso había tomado aquella determinación. Huirían, se alejarían de todas aquellas personas que pretendían evitar su felicidad. Ellos iniciarían su propia vida y, sin duda, serían mucho más felices que quedándose allí. Nadie los separaría.

Alec sonrió feliz y golpeó al caballo con el pie para iniciar una marcha apresurada.

Con cada brinco sobre el animal su corazón latía con más fuerza, incluso pudo escuchar la risa de Briana. Sí, serían muy felices.

—¿Sabes a dónde iremos? —preguntó ella acercándose a su oído.

—Iremos con unos amigos míos, la familia *Bruce*[14], podrán acogernos unos días y… allí podremos casarnos.

Ella miró su nuca, sorprendida.

—¿Casarnos? —preguntó emocionada.

Él se giró levemente sin dejar de galopar y asintió.

—Sí, es lo que debe hacerse. Luego ya no habrá marcha atrás y no habrá forma de cancelarlo —dijo sonriente—. Los Bruce nos ayudarán.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó con curiosidad mientras el caballo los introducía a gran velocidad en el bosque, alejándose cada vez más de sus hogares.

—Es un gran amigo mío y, además, no se llevan nada bien con los MacNab, estarán encantados de ayudarnos —bromeó haciendo

referencia al prometido de Briana. Briana sonrió al escuchar aquello. Sí, ahí comenzaba una nueva vida para los dos y, aunque sería difícil, estaba segura de que ambos serían muy felices—. Una vez estemos casados y no haya vuelta atrás podremos volver con nuestras familias. No tendrán otra opción que aceptarlo.

Ella asintió. Sí, realmente era un buen plan. Su familia debería aceptar a la fuerza su matrimonio, dado que ya estaría consumado. De esta forma conseguiría la libertad por la que tanto había luchado y serían felices. Merecía la pena correr aquel riesgo.

Se giró mientras se introducían en el bosque cabalgando a gran velocidad y observó su vivienda. La casa estaba en calma, en silencio y oscura, ninguna luz en el interior le hacía creer que sus padres o sus hermanos fuesen conscientes de su huida. Imaginaba que se preocuparían, que una vez enterados de lo ocurrido entrarían en cólera, pero tal y como Alec decía, nada podrían hacer.

En ese momento, se dio cuenta de que no sentía pena por abandonar su hogar, ni siquiera remordimiento alguno por lo que estaba haciendo, no, solo sentía felicidad.

Se sujetó con fuerza a la cintura de Alec mientras cabalgaban a gran velocidad entre la espesura del bosque. Una gran sonrisa se dibujó en sus labios.

***

Kean O'Duines se pasó la mano por la cara, agobiado, mientras veía cómo Kenneth MacNeill se alejaba en aquel caballo junto a aquella muchacha. Sintió cómo la ira se apoderaba de él, no solo al verlo, sino al revivir todos aquellos recuerdos.

Hacía tres años se había levantado de la cama y todos se habían dado cuenta de que su hermana Briana había desaparecido. Habían enloquecido. Horas más tardes habían sido conocedores de que Alec MacNeill también había desaparecido de su hogar. Sabía que entre los dos existía una amistad, pero la desaparición de ambos la misma noche les daba a entender que entre los dos había algo más.

No había dudado en subirse al caballo y cabalgar junto a sus dos hermanos en su búsqueda. Seguramente, la intención de los dos jóvenes sería casarse, pero debía evitarlo o acabaría con las expectativas de una mejor posición social para toda la familia. ¿Acaso su hermana había perdido la cabeza? No podía permitir que se casase con un MacNeill.

Tuvo que agachar la cabeza y esconder su rostro rojo de furia ante aquellos recuerdos.

Sus dos hermanos, Bryden y Gilian, aparecieron cabalgando tranquilamente.

—¿Nos vamos? —preguntó Gilian.

Kean no se giró para observarlos, pues siguió con la mirada clavada en la puerta de la muralla por donde habían salido segundos antes Kenneth y su grupo de hombres.

—Adelantaos vosotros. He pensado en quedarme unos días por aquí —comentó sin emoción en la voz.

Bryden arqueó una ceja en su dirección.

—¿Por qué?

—Porque no quiero volver a casa tan pronto —indicó él bastante enfadado por la pregunta. Miró a sus hermanos de forma decidida—. Volved a casa y decidle a padre que llegaré en un par de días. —Sus dos hermanos se quedaron esperando algo más—. ¡Marchaos! —gritó esta vez sin controlar su temperamento.

Ambos hermanos se miraron de reojo y finalmente asintieron sin decir nada más.

—Espero que no sea para cometer ninguna locura, hermano —pronunció Bryden antes de comenzar a descender la calle lentamente con su caballo, pues las placas de hielo dificultaban el camino.

Kean no dijo nada, aunque elevó su mano hacia dos de los compañeros de viaje. No eran familia, pero vivían en el mismo valle que ellos, así que existía una gran relación entre todos. Además, su padre, Reagan O'Duines, poseía la plantación más grande de la zona y el mayor número de animales, por lo que cuando esas familias habían estado necesitadas siempre les había ayudado. Sabía que estaban en deuda con él.

—Vosotros quedaos —ordenó.

Roy y Cormac detuvieron su avance y se giraron con curiosidad hacia él. Ambos tenían un par de años menos que Kean. Roy tenía una espesa cabellera negra corta y unos ojos azules como el cielo, aunque una angulosa nariz se interponía entre ambos. Cormac tenía el cabello largo y rubio y unos pequeños ojos marrones bajo unas espesas cejas.

Kean hizo avanzar a su caballo hasta situarse ante ellos.

—¿Queréis ganar un dinero?

Los dos jóvenes se miraron de reojo. Tras unos segundos de meditarlo miraron a Kean y asintieron. Sabía que no podrían resistirse.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Cormac directamente.

—Por lo pronto esperar un tiempo prudencial antes de partir —indicó Kean observando cómo sus hermanos abandonaban la ciudad —. Mientras tanto, quiero que averigüéis unas cosas…

—¿El qué? —preguntó esta vez Roy.

Kean los observó con atención.

—Si los MacNeill han llegado a un nuevo acuerdo con el rey y quién es la muchacha que los acompaña.

Ambos lo miraron confundidos.

—¿Y cómo pretendes que averigüemos eso? —preguntó Roy

sorprendido.

—Preguntad —les instó—. Han pasado la noche en el castillo. —Hizo que su caballo se apartase del camino y fue hasta la casa donde habían dormido. Se bajó del caballo y ató la cuerda a un poste de madera—. Cuando tengáis esa información volved —ordenó antes de entrar en la vivienda.

16

Las nubes y el viento helado los azotaba. Aunque en ese momento no nevaba, sí caía de vez en cuando algún copo anunciando que en breve comenzaría otra gran nevada como la de la noche anterior.

Al menos, la manta y las pieles que se había puesto encima la cobijaban bastante y, además, el cuerpo de Kenneth tras el suyo le infundía también calor.

El paso en ese momento era lento, lo que le permitía disfrutar del paisaje. Era realmente hermoso. Las montañas se alzaban hasta el cielo, nevadas, y los bosques cubrían la mayor parte del terreno, excepto el camino por el que transitaban. A veces, cuando llegaban a algún valle, podía observar un hermoso río o un lago donde se reflejaba el paisaje como si se tratase de un espejo.

El territorio donde se encontraba su manor era hermoso, pero sin duda este le superaba.

Su belleza era más salvaje.

Miró a ambos lados, donde sus compañeros de viaje permanecían la mayor parte del tiempo en silencio, excepto en algunos momentos donde uno de ellos interrumpía aquella calma con un comentario en gaélico que ella no comprendía, pero que provocaba las risas de todos.

Su mente volvió de nuevo a su madre, ¿estaría bien?, a William, ¿habría logrado sobrevivir?, a Mildred, ¿habría conseguido escapar? Había dejado atrás a tantas personas a las que amaba que ahora su mundo no tenía sentido, lo único que la mantenía con fuerzas era la esperanza de poder volver a su hogar lo antes posible y, para eso, debía mantenerse con vida. Se giró levemente cuando Kenneth colocó correctamente la manta sobre ella para cobijarla del frío. Al final había tenido suerte y, al menos, había dado con un grupo de hombres que la trataban con respeto… eso ya era mucho, aunque no podía olvidar que se encontraba en territorio enemigo y que debía ir con

cuidado.

Pasaron la mayor parte del día a caballo. Únicamente se detuvieron para comer y volvieron al camino. Se había mantenido callada la mayor parte del tiempo, pues tanto Kenneth como el resto de compañeros, tras la comida, charlaban entre ellos en gaélico. Eso le hacía sentirse excluida, aunque realmente lo prefería así, cuanto más desapercibida pasase, mejor.

Cuando el sol comenzó a desaparecer tras las montañas detuvieron los caballos en un descampado y Kenneth la ayudó a descender del animal.

No pudo evitar que un gemido escapase por su garganta cuando se llevó las manos a la espalda y la estiró hacia atrás. Elevó los brazos para estirarlos juntos cuando se dio cuenta de que todos la observaban con gesto gracioso. A veces, una simple mirada decía mucho más que una palabra, y estaba claro que a ellos les parecía gracioso el hecho de que ella no se acostumbrase a montar a caballo.

Hicieron un fuego y despejaron parte del descampado de nieve para colocar las pieles y sentarse alrededor de la hoguera.

Cenaron carne acompañada de pan que suponía que les habían entregado en el castillo. Tras la cena, volvieron a sacar aquella bota con la horrible bebida y fueron pasándosela de unos a otros, dando grandes tragos.

Nora se estaba colocando correctamente la manta sobre su espalda cuando Iain le tendió la bota, pero ella reclinó la oferta.

—Vamos —le animó con un tono grave—. Te hará entrar en calor.

No muy segura la cogió de su mano, ante la atenta y divertida mirada de todos, y echó un trago. La respuesta fue inmediata y comenzó a toser mientras Kenneth se la quitaba de la mano para que no la volcase.

—Mujeres —rio Evan, luego la miró con una cierta chispa de diversión en los ojos mientras pasaba su mano por su cabello negro y corto. Kenneth dio un sorbo y la bota le llegó a Evan, pero este reclinó y le indicó con un movimiento que volviese a pasársela a Nora. Kenneth se giró hacia ella y se la ofreció de nuevo, pero ella volvió a negar.

—No, no, gracias, con un sorbo ya he tenido bastante.

Kenneth la miró con picardía.

—Ahora estás en nuestro territorio y aquí se bebe para entrar en calor. Debes acostumbrarte —la animó.

Ella volvió a negar amablemente.

—No me gusta el sabor, pero gracias —susurró cohibida.

—Vamos, muchacha —la animó Evan—, dale un buen trago, un trago de verdad.

Le aguantó la mirada durante unos segundos y luego observó la expresión divertida de Kenneth que estaba a su lado todavía tendiéndole la bota.

Suspiró y la cogió. Todos comenzaron a reír y a aplaudir.

—Verás qué bien duermes esta noche —bromeó Evan.

Ella hizo un gesto, no muy segura y, finalmente, se encogió de hombros y llevó la bota hasta sus labios. Esta vez dio un trago más largo, notando cómo aquella bebida bajaba por su garganta quemándole el esófago. Comenzó a sentir calor en el estómago. Bien, en eso no la habían engañado, aquella bebida daba calor. Nora le pasó rápidamente la bota a Kenneth.

—Muy bien hecho —aplaudió Evan mientras le indicaba a Kenneth que se la pasase—. Vamos a quitársela ya, no vaya a ser que le acabe gustando —bromeó mientras la cogía de la mano de Kenneth y daba un largo trago para luego pasarle a Eiden la bota.

Nora los observó con una leve sonrisa en su rostro. Se frotó las manos notándolas congeladas. Le parecía que había pasado una eternidad desde que la habían raptado del poblado, desde que había visto a su madre correr huyendo de los normandos, desde que había visto cómo apuñalaban a William en el costado.

La bota volvió a llegarle y esta vez no hizo falta que la animasen, la cogió y dio un largo trago ante la atenta mirada de todos que comenzaron a aplaudir. Tosió un par de veces al notar la quemazón en su garganta.

—Con cuidado —le susurró Kenneth quitándosela de la mano—. O mañana tendrás una resaca espantosa.

Ella volvió su mirada hacia el fuego. Los recuerdos volvieron a su mente, cuando William había llegado al poblado tan delgado, cuando la había ayudado con el tejado, cuando lo había encontrado con su madre y le había informado de que le había pedido matrimonio, la primera vez que la besó mientras amanecía…

Estaba tan lejos de su hogar, tanto, y tan alejada de todas las personas a las que amaba…

Puede que fuese efecto de la bebida, pero sintió cómo su labio inferior amenazaba con hacer un puchero, aunque se contuvo cuando se dio cuenta de que Kenneth la observaba de reojo.

Se puso en pie e intentó calmar sus sentimientos.

—Por aquí hay un río, ¿verdad? —preguntó hacia los hombres que seguían bebiendo.

—Sí, tras esos árboles —contestó Eiden.

Ella aceptó mientras se removía inquieta. Aquella bebida era fuerte de verdad, notaba un ligero mareo… y eso que solo le había dado tres tragos.

—Voy a lavarme —les informó.

Kenneth la miró sorprendido.

—¿Con este frío? —preguntó asombrado y luego le hizo una mueca graciosa—. Sí que te ha afectado la bebida rápido… —bromeó.

Nora no respondió a aquel comentario, se dio media vuelta intentando controlar aún sus sentimientos y el equilibrio y comenzó a caminar en dirección al susurro que emitía el río.

—No te alejes ni tardes mucho —escuchó la voz de Kenneth a lo lejos.

Se giró levemente y asintió con su cabeza mientras observaba cómo iban turnándose la bota con whisky.

Pasó sobre los matorrales y entre los árboles, escuchando cada vez más cerca el sonido del río.

Tras apartar varias ramas dio con la orilla. Se giró para comprobar que no estaba muy alejada de ellos, pues aún se podía observar la luz del fuego entre los árboles.

Al menos tendría un rato de intimidad después de todo el día.

Apartó la nieve de la roca y se dejó caer sobre ella mientras se colocaba la manta encima, pues allí corría más viento que en el descampado. Escuchó las risas de todos y sus conversaciones en gaélico, seguro que estaban explicando alguna historia divertida porque las risas no cesaban.

Suspiró y miró hacia el cielo. Las estrellas lucían pequeñas, como diminutos brillantes que colgaban de un manto negro.

Sin poder soportarlo más, una lágrima bajó por su mejilla y se la secó rápidamente. Después de todo lo que había vivido, no había tenido realmente un momento para poder desahogarse, para dar rienda suelta a todo lo que acumulaba dentro.

Se giró para observar hacia el lugar de donde provenían las risas. Al menos, parecía que había tenido suerte y había topado con un grupo de gente buena.

Notó cómo se le encogía el corazón. La vida la estaba castigando demasiado, pero debía resistir y ser fuerte por todos los que quería. Ahogó un suspiro y escondió su rostro entre sus manos mientras agachaba la espalda y se apoyaba sobre sus rodillas.

—Mamá —susurró entre sollozos.

Se puso de pie de un salto al escuchar unos pasos tras ella. Reconoció la figura al momento. Kenneth permanecía al lado de un árbol de brazos cruzados, observándola. Dio unos pasos hacia delante saliendo de la oscuridad.

—¿Todo bien? —preguntó ladeando su cabeza.

Ella asintió inquieta. Se giró hacia el río y fue hacia la orilla, arrodillándose con cuidado.

Introdujo una mano en el agua, estaba helada, pero igualmente mojó la otra mano y las frotó. Se quedó contemplando la orilla

mientras él se acercaba.

—Solo quería estar un rato a solas —admitió en un susurro, sin mirarle.

Él afirmó y contempló el río mientras colocaba las manos en su cintura.

—No es bueno andar sola por estos bosques. —Ella lo miró de reojo mientras Kenneth se acercaba más—. Es peligroso —acabó diciendo. Lentamente y con disimulo Nora se limpió otra lágrima e intentó controlar sus sentimientos, aunque parecía que Kenneth se daba cuenta. Se situó totalmente a su lado, mirando al frente, a la otra orilla, igual que ella—. Sé que es difícil…

Ella apretó los labios y lo miró de reojo.

—No te haces una idea —respondió y se giró un poco más hacia él, aunque Kenneth no se movió ni se giró para observarla. Nora se fijó en su perfil, tenía una barba de pocos días que cubría parte de su cara. Incluso en la oscuridad se podían apreciar sus ojos claros. Inspiró hondo y se removió nerviosa intentando contener los sentimientos. Se giró de nuevo hacia el río y pestañeó varias veces intentando controlar sus lágrimas—. La última vez que vi a mi madre corría entre todas las personas del pueblo intentando llamar la atención para despistar a los normandos y que así William y yo pudiésemos huir.

Aquel dato llamó la atención de Kenneth que se giró hacia ella y la miró de la cabeza a los pies.

—¿Quién es William? —preguntó con curiosidad.

Ella inspiró hondo.

—Mi prometido… —respondió pestañeando con timidez—, bueno, era… no sé si él… —tartamudeó, aunque se dio cuenta de que Kenneth la miraba fijamente en esta ocasión, analizándola. Nora tragó saliva—. Iba a casarme con él en dos meses cuando los normandos atacaron el poblado… —se sinceró mirando al frente de nuevo—. Él… —tuvo que guardar unos segundos de silencio—, él… —ni siquiera podía pronunciar aquellas palabras en alto. Inspiró cogiendo fuerzas —, intentó defenderme y… uno de los normandos… —cerró los ojos intentando calmarse.

Kenneth la miraba fijamente, con aspecto serio.

—Él… ¿está…? —no acabó la frase, aunque Nora supo lo que quería preguntar. Agradeció que él tampoco lo dijese, era demasiado difícil de digerir.

—No lo sé —susurró ella y finalmente se giró en su dirección, ante la intensa mirada de Kenneth—. Lo hirieron —pronunció—, la última vez que lo vi el normando que iba a por mí estaba luchando contra él, lo… lo hirió en el costado y cayó. Vi que el normando alzaba su espada para acabar con su vida, pero el que me mantenía presa me golpeó con fuerza en la cabeza y perdí el sentido.

Kenneth asintió al comprender la situación. La miró apretando los labios también.

—Lo siento —lo dijo con más ternura de la que ella esperaba—. Son tiempos muy difíciles, Nora. —Se quedó observándola unos segundos—. Eres una mujer fuerte, saldrás adelante…

—No lo soy tanto —lo interrumpió ella con un susurro.

—Has logrado sobrevivir a los normandos —añadió él—. Lo eres, más de lo que crees.

De hecho, aquellas últimas semanas se había dado cuenta de que podía soportar más de lo esperado. Sí, era fuerte, pero todo tenía un límite, y el hecho de pensar en no volver a ver a su familia acababa con las pocas fuerzas que le quedaban. Aquellos recuerdos de los últimos instantes en que había visto a su madre y a William con vida la perseguían cada vez que cerraba los ojos.

—Solo sobreviví porque vosotros llegasteis a tiempo —pronunció con sinceridad. Kenneth sonrió en ese momento, lo que produjo una extraña sensación en el pecho de Nora. Aquella sonrisa tierna le hizo latir el corazón más rápido. Inspiró hondo y volvió a mirar hacia la orilla—. ¿Qué será de mí en Argyll? —preguntó intentando cambiar de tema.

Kenneth se quedó pensativo.

—No lo sé, pero todo a su debido tiempo —comentó lentamente —. Aún quedan tres días de travesía. —Ella tragó saliva y asintió. Miró de reojo a Kenneth cuando se agachó hacia ella en un gesto gracioso—. Lo que sí puedo asegurarte es que estarás mejor que con los normando. —Ella lo miró fijamente—. Vamos, hay que descansar.

Le hubiese gustado disfrutar de un poco más de intimidad, pero lo cierto era que aquella conversación con Kenneth le había traído algo de paz, había podido desahogarse un poco y se sentía más tranquila.

Nora dio finalmente un paso colocándose a su lado y caminaron juntos hasta que se reunieron junto al resto del grupo, algunos de ellos ya tumbados sobre las pieles y con algunas echadas por encima.

—¿Haces el primer turno? —preguntó Kenneth a Darach, el cual se mantenía sentado, apoyando su espalda contra un árbol. El hombre rubio asintió—. ¿Cuál es el mío?

—El cuarto, después de Evan —respondió con un movimiento de cabeza hacia el joven que parecía estar dormido.

Kenneth se adelantó por delante de ella y estiró un par de pieles en los sitios donde habían quitado la nieve. Miró hacia el cielo y resopló. Seguro que nevaría de nuevo. Chasqueó la lengua e indicó con un movimiento de mano a Nora que se acercase.

—Acuéstate —le ordenó, aunque con un tono sosegado.

Se tumbó sobre las pieles, al lado del fuego, y se echó unas cuantas por encima. Se giró para observar a Kenneth dirigirse a su

caballo y extraer de la alforja unas cuantas pieles más. Cuando llegó hasta ella le echó otra piel por encima.

—Si comienza a nevar tápate la cabeza con ella.

—Gracias —respondió.

Se sentó sobre la piel situada al lado de Nora y se sacó la espada del cinturón, colocándola de nuevo entre los dos cuerpos. Ella la observó durante unos segundos, realmente la espada era enorme, pero apartó la mirada de ella cuando notó aquella intensa mirada azulada clavada en sus ojos.

Kenneth se acostó a su lado echándose las mantas por encima, sin apartar la mirada de Nora y, automáticamente, extrajo la mano entre las pieles para sujetar su espada e introducirla bajo las pieles, ocultándola.

Se quedó observándolo varios segundos hasta que finalmente apartó la mirada de él y se giró.

—Buenas noches —pronunció dándole la espalda, colocándose de cara al fuego.

—Buenas noches —escuchó que susurraba él a su espalda.

Se despertó notando un ligero balanceo en el hombro. De forma inconsciente se había tapado con la manta hasta la cabeza. Sobre las pieles había bastante nieve. En el horizonte, las nubes blancas que cubrían el cielo tomaban un color anaranjado por el amanecer.

Elevó la mirada esperando ver a Kenneth a su lado, pero se sorprendió al verlo incorporado sobre las pieles a su lado, mirando al frente con una expresión agresiva, con una mano colocada sobre las pieles que tapaban su hombro y con la otra sujetando la espada bajo ellas.

Volvió la mirada hacia Nora unos segundos y le indicó que se incorporase con un movimiento de cabeza. En ese momento, se dio cuenta de que el resto de compañeros estaba en la misma posición, una posición expectante, de alerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada.

Él volvió a contemplarla y le hizo un gesto con la mano para que guardase silencio. Al momento, vio cómo se sucedían una serie de miradas entre todos ellos y algunos comenzaban a levantarse poco a poco.

—Quédate quieta —le susurró poniéndose en pie—, si es necesario corre hacia los árboles.

Nora se quedó absolutamente paralizada. El miedo contrajo sus músculos y aceleró su respiración y los latidos de su corazón.

Kenneth se alejó de ella y fue hacia el centro del descampado con el resto de sus compañeros, todos con la espada en la mano y la mirada clavada en el bosque. Parecían esperar algo. Observó cómo

Kenneth se giraba para controlarla hasta que ella también lo escuchó. Era un sonido muy sutil, apenas perceptible: el paso lento y pausado de unos caballos.

Entre los árboles pudo vislumbrar la silueta de unos jinetes a lomos de los caballos.

—Preparaos —los advirtió Kenneth mientras empuñaba la espada con las dos manos en posición de ataque.

Nora se puso en pie de inmediato comprendiendo lo que ocurría. ¿Se trataba de los normandos? Se quedó sin respiración cuando apreció correctamente a los jinetes, más cercanos. Tuvo que controlar sus piernas para no salir corriendo en ese mismo momento, aunque sabía que realmente lo mejor era quedarse cerca de Kenneth y los suyos.

Para sorpresa de todos, los cuatro jinetes que llegaban hasta ellos se quedaron paralizados al observarlos.

Durante unos segundos hubo silencio entre todos, como si se examinasen. Nora solo recuperó el aliento cuando vio que los recién llegados vestían de igual forma que ellos, delatando que eran escoceses.

Kenneth bajó la espada y una sonrisa recorrió su rostro al momento.

—Anderson *Crovan*[15] —pronunció Kenneth acercándose a su caballo—, poco te ha faltado para que te atravesase con mi espada.

El recién llegado que presidía el grupo bajó del caballo y fue hacia Kenneth con los brazos abiertos para recibirlo con un abrazo.

—Sabes que eso es imposible, muchacho —comentó divertido mientras se abrazaban.

—¿Qué hacéis por aquí? —preguntó Kenneth mientras guardaba la espada en su cinturón al igual que sus compañeros.

—Venimos de la frontera con el este —indicó—, ¿y vosotros?

—Del oeste —contestó Kenneth mientras saludaba al resto de aquella familia.

Aquella familia vivía en la isla de Islay. Sus padres habían sido grandes amigos, así que uno de sus recuerdos favoritos era cuando habían viajado a la isla de Islay en barco. No era un recorrido muy largo, a duras penas medio día si el mar estaba en calma y acompañaba un buen viento. Si por algo se caracterizaban los Crovan era por ser los mejores navegantes de Escocia.

—Me alegro mucho de verte —continuó Anderson Crovan en actitud amistosa. Anderson era un hombre entrado en edad, con el cabello recogido en una coleta canosa. Sus cejas eran finas y reseguían unos enormes ojos azules. La barba cubría la mitad de su rostro—. ¿Dónde está tu hermano? —rio.

—Se ha quedado en casa, está a punto de ser padre de nuevo.

—¿Otra vez? Ese muchacho no pierde el tiempo —bromeó. Kenneth chasqueó la lengua al escuchar aquello, pero asintió—. ¿Os dirigís hacia Argyll?

—¿Nos acompañáis? —le ofreció Kenneth.

—Eso estaría bien… —dijo y miró de reojo a los hombres que lo acompañaban—, al menos así tendré una conversación distraída —acabó gritando hacia sus propios acompañantes—. No he visto hombres más sosos que estos para hacer un viaje —bromeó señalándolos.

Los hombres hicieron un gesto de indiferencia ante sus palabras, como si ya estuviesen acostumbrados a sus palabras. Señaló a uno de ellos que alzó su mano a modo de saludo hacia Kenneth y el resto.

—El mequetrefe pelirrojo está casado con mi hija mayor —se burló—, y el moreno… mmm… tripudo —acabó diciendo divertido—, está casado con mi hija menor. —Se encogió de hombros—. Pfff… —Echó una mano por encima de los hombros de Kenneth y volvió a señalarlos—. No sé lo que vieron mis hijas en vosotros…

El pelirrojo se acercó a Kenneth sin bajar del caballo y le tendió la mano a Kenneth.

—En realidad nos adoras —pronunció mirando a su suegro y sonrió a Kenneth—. Soy Carson, y él es Dun. —El moreno tripudo al que se había referido Anderson Crovan, Dun, lo saludó también desde lo alto del caballo.

—Y él es mi cuñado, Iver —explicó Anderson señalando a otro—. Casado con mi hermana. —Se acercó más a Kenneth—. Tampoco es muy buen compañero de viaje —bromeó.

Kenneth lo saludó con un movimiento de cabeza y señaló hacia sus propios compañeros de viaje.

—Ellos son Evan, Eiden, Darach e Iain —los fue señalando a medida que los presentaba. Su mirada voló hasta Nora que permanecía en medio del descampado, tapándose con la piel y removiéndose nerviosa—. Ella es Nora, nos acompaña en el viaje.

Nora se atrevió a dar unos pasos hacia delante para acercarse al grupo.

Anderson la miró sonriente.

—Encantado de conocerte… —Volvió su cabeza hacia Kenneth como si buscase alguna explicación, incluso una sonrisilla pícara apareció en su rostro.

Sí, Kenneth ya podía imaginar lo que estaba pensando.

Carraspeó y se rascó la cabeza.

—Otra vez, Kenneth —pronunció Darach en gaélico—, al final vas a tener que casarte con ella —se burló despertando las risas de todos sus compañeros y las miradas intrigadas de los recién llegados.

Anderson miró a la muchacha que los observaba con desconfianza

y ladeó su cuello hacia Kenneth.

—¿Quién es? —preguntó con curiosidad en el mismo idioma.

Nora los miraba expectante, sabía que estaban hablando sobre ella, pues no dejaban de mandarle miradas furtivas, pero no sabía qué decían.

Kenneth chasqueó la lengua y miró durante unos segundos a Anderson. Era buen hombre y al igual que ellos siempre se había considerado justo.

—La encontramos en el bosque luchando contra un normando… —explicó en confianza.

—¿Luchando? —preguntó más sorprendido.

—Defendiéndose —aclaró Darach.

—No quisimos dejarla allí porque si volvía a ser presa de los normandos podía delatar nuestra posición —continuó Kenneth.

—Entonces… —preguntó Anderson—, ¿los normandos han llegado a nuestra tierra?

Kenneth negó.

—Solo esa vez, que nosotros sepamos. Venían de Inglaterra. —Señaló a la joven—. Es anglosajona —acabó por revelar.

Nora no comprendía mucho, pero sí lo suficiente para identificar la palabra anglosajona. ¿Habían revelado de quién se trataba? Sintió cómo sus músculos se contraían mientras aguantaba la respiración. Su mirada se encontró con aquellos enormes ojos azules inspeccionándola.

Anderson se encogió de hombros y miró a Kenneth.

—Es una de las anglosajonas más guapas que he visto —apuntó sin importarle que se tratase de una mujer que provenía de Inglaterra, con otra sonrisa en los labios. Directamente dio un codazo a Kenneth que hizo que este chasquease la lengua—. Chico listo. Normal que la trajeses contigo.

Kenneth enarcó una ceja hacia él y decidió no responder a aquello. Anderson parecía haber olvidado en aquel momento lo que le había explicado sobre los normandos y la importancia de que no la obtuviesen con vida, pues podría revelar sus puntos específicos de defensa de la frontera. Tampoco serviría de nada insistir sobre ello. Se limitó a poner los ojos en blancos y echó una mano hacia delante indicándole a Nora que se acercase.

La muchacha titubeó un poco, pero llegó hasta Kenneth.

—Ellos son Anderson Crovan y su familia —le explicó—, son buenos amigos. Nos acompañarán hasta Argyll.

—Ah, no, no… —le rectificó Anderson en gaélico—, os acompañaremos esta noche, pero mañana nos desviamos hacia la costa. Por cierto, ¿tenéis dónde pasar la noche? —preguntó colocando una mano en su hombro. Kenneth negó—. Pues ya lo tenéis —acabó

con una sonrisa. Miró a Nora que lo observaba intrigada, sin comprender nada de lo que él decía, puesto que seguía hablando en su idioma—. Supongo que la muchacha agradecerá dormir en un colchón y bajo techo y no a la intemperie.

Kenneth asintió y sonrió.

—Supongo, pero no habla nuestro idioma. No entiende el gaélico.

Anderson dio un respingo y asintió.

—Sí, claro, claro… disculpe —dijo girándose hacia ella usando ya el idioma de Nora—. Un placer conocerla. Esta noche podemos ofrecerle un colchón y un techo. Supongo que será de su agrado.

Kenneth permanecía con la ceja enarcada al ver la educación de su amigo.

Nora miró de reojo a Kenneth sin saber qué responder, pero cuando este asintió finalmente volvió a mirar a Anderson.

—Se lo agradezco mucho.

—Estupendo —contestó Anderson y colocó de nuevo la mano en el hombro de Kenneth—. Será un viaje mucho más entretenido que el que he tenido hasta ahora —acabó mirando a su familia, los cuales ya ignoraban totalmente sus comentarios.

—Bien, pues si nos das unos minutos recogemos el campamento y emprendemos el camino —comentó Kenneth dirigiéndose hacia las pieles extendidas sobre el suelo.

—Perfecto —respondió Anderson dirigiéndose a su caballo.

Nora se quedó mirando de un lado a otro sin saber qué hacer. Aquel grupo de hombres recién llegados parecía mantener una amistad con Kenneth, así que suponía que no debía preocuparse, además, le ofrecía una cama y un techo para aquella noche, lo cual era de agradecer, pues se había despertado con bastante dolor de espalda y totalmente congelada.

Pocos minutos después, Nora subía al caballo junto a Kenneth para iniciar la marcha.

17

Kean O'Duines continuó la marcha lenta en compañía de Roy y Cormac. Finalmente, aquellos dos hombres habían sido más eficientes de lo que esperaba. Pocas horas después de que les diese la orden de averiguar todo sobre los MacNeill habían ido en su búsqueda para informarle.

Aquellos dos hombres sabían moverse. Habían acudido directamente al mercado, donde realizaban las compras los súbditos del castillo. Allí habían escuchado por parte de una de las cocineras que los MacNeill habían pasado la noche allí y que la muchacha que los acompañaba no había compartido habitación con ninguno de ellos. Sin embargo, el propio Kenneth la llevaba en su caballo. Era extraño que, tal y como le había explicado la cocinera, la muchacha viniese de la frontera y fuese amiga de su familia. No, ahí había algo. Además, había podido apreciar cómo Kenneth parecía bastante protector con ella.

El dolor que sentía era tan grande que el paso del tiempo no podía mitigarlo. Esa era su ley: ojo por ojo, diente por diente. Necesitaba que los MacNeill experimentasen el mismo dolor que habían experimentado él y toda su familia.

Sus hermanos Bryden y Gilian no sentían la misma necesidad que él, pues ellos no habían sujetado el cuerpo de su hermana malherida junto a su pecho mientras exhalaba su última bocanada de aire.

—¿Qué se supone que vamos a hacer cuando alcancemos a los MacNeill? —preguntó Roy cabalgando a su lado. Kean se mantuvo callado, sin siquiera girar su cuello para mirarlo—. Eh —le llamó la atención para que le prestase atención.

La mirada enfurecida de Kean se posó en sus ojos.

—No te pago para que preguntes —rugió—. ¿Quieres el dinero? ¡Pues calla y obedece!

Roy bajó la mirada, consternado por el tono de voz que había usado con él, y miró de reojo a su compañero Cormac. Seguramente, si no estuviese tan necesitado de dinero no aceptaría aquel encargo del que no sabía nada ni permitiría que le hablasen así, pero tenía dos hijos pequeños que alimentar y la cosecha de ese año había sido demasiado escasa.

Cormac dio unos golpes a su caballo provocando que este alcanzase al caballo de Kean. Dudó un poco, pero finalmente también habló.

—No queremos problemas con los MacNeill —pronunció este.

Kean lo miró con desprecio.

—¿Acaso los MacNeill han hecho algo por ti? —ironizó Kean.

Cormac tragó saliva y negó.

—No, pero tampoco han hecho nada en contra de nosotros…

—De mi familia sí —lo cortó Kean—. Mataron a mi hermana —rugió él.

Cormac apartó la mirada de él, pensativo, y apretó los labios.

—Eso es discuti…

—Dime una cosa, Cormac, ¿a quién prefieres tener como aliado? —lo retó—. ¿A la familia que colinda con tus tierras y puede ayudarte con el ganado y las cosechas? ¿O a una que vive a varias horas de ti y que jamás se ha preocupado por el estado de tus pequeños? —Se quedó callado mirándolo fijamente y se acercó a él amenazante—. O estás conmigo o estás contra mí, ¿entiendes? —acabó alzando la voz.

Cormac asintió bajando la cabeza. Sabía que los O'Duines eran una familia cada vez más poderosa y, tal y como Kean decía, sus tierras de cultivo eran mucho más vastas que las suyas, de hecho, su extensión era incomparable con las parcelas que ellos dos regentaban en sus familias.

—Bien —acabó diciendo Kean antes de volver a cabalgar tras ver la sumisión de los dos hombres.

***

Tres años antes.

Briana besó con pasión a Alec mientras sonreía. Realmente la familia Bruce los había acogido con los brazos abiertos. Le parecía increíble lo que habían hecho. Después de tres días hospedados con aquella encantadora familia se daba cuenta de que aquello era lo mejor que podía haber hecho: huir junto al amor de su vida y luchar por estar junto al hombre al que amaba.

—Mañana ya no habrá que esconderse —bromeó Alec mientras acariciaba su mejilla.

Ella sonrió antes de recibir otro beso por parte de él. Aquellos

últimos días el establo estaba siendo su lugar de encuentro. Aprovechaban cualquier petición de la familia para ofrecerse. Ordeñar la vaca, ir a buscar madera, dar de comer a los animales… cualquier excusa era buena para esconderse y disfrutar de unos minutos a solas. Al día siguiente, tal y como Alec decía, no deberían esconderse más. Antes del mediodía se convertirían en marido y mujer. Ya nadie podría separarlos.

—Es la mejor decisión que he tomado nunca —admitió ella antes de fundirse en un apasionado beso con él.

Unos pasos en dirección al establo les hizo separarse de golpe y disimular mientras cogían unos trozos de leña e intentaban que el deseo que se había apoderado de ellos no se notase.

—Aquí estáis —comentó Alexander llegando hasta el establo—. Pensábamos que os habíais perdido —bromeó.

Alec sonrió y negó con la cabeza mientras cogía unos cuantos troncos más y los situaba sobre la tela. Formó un saco y lo cargó a su espalda.

—Ya está. Hemos mirado que la madera no estuviese húmeda —comentó dirigiéndose a la puerta seguido por Briana que intentaba disimular el rubor que cubría sus mejillas.

Alexander enarcó una ceja.

—¿A quién pretendes engañar? —ironizo el hombre provocando que tanto Alec como Briana se sonrojasen. Alexander dio una palmada en la espalda de él y se echó a reír—. Yo también he sido joven, muchacho —rio.

Tanto Alec como Briana se miraron de reojo con complicidad, aunque decidieron no decir nada al respecto. ¿Para qué? Estaba claro que Alexander no tenía ni un pelo de tonto.

—Solo tienes cinco años más que yo —le recordó Alec.

Se dirigieron hacia la casita y entraron. Dentro la temperatura era agradable gracias al fuego.

Alec soltó el saco al lado del fuego y añadió unos cuantos trozos de madera a este.

—Creo que ya está acabado —comentó Margareth poniéndose en pie, sosteniendo un vestido color crema en su regazo.

Briana fue hacia ella observando el precioso vestido que sostenía en sus manos. Aquel vestido que Margareth había remodelado sería su vestido de novia.

—Muchas gracias —respondió Briana.

—Tienes que probártelo para asegurarnos de que te he ajustado la cintura y el pecho. —Cogió la mano de la joven y la empujó al interior de la habitación donde dormía un niño de cuatro años y otro de uno. Cerró la puerta con cuidado para que los hombres no pudiesen verla y ayudó a Briana a pasar el vestido por las mangas mientras reían.

Alexander miró a Alec, el cual sonreía sin apartar la mirada de la puerta, aunque volvió la mirada hacia Alexander cuando este carraspeó. Alexander echó otro tronco al fuego y movió las brasas para oxigenarlo mientras se arrodillaba ante él.

—¿Has pensado qué haréis tras la boda? —preguntó sin mirarlo.

Alec se sentó en la silla de madera como si solo pensar en eso lo agotase.

—Supongo que lo más sensato sería volver con mi familia —comentó en un susurro, pensativo.

—Sabes que esto va a traer consecuencias, ¿verdad, muchacho?

Él lo miró y asintió, aunque su mirada era decidida.

—No me importa. Mi familia la aceptará sin problema…

—¿Y la de ella? —preguntó ladeando su cabeza—. Sabes que los O'Duines no perdonan —comentó lentamente.

—No podrán hacer otra cosa que aceptarlo —continuó con voz firme. Luego le sonrió—. No sabes lo agradecido que estoy por todo lo que estáis haciendo.

Alexander se puso en pie lentamente.

—Sabes que por un amigo hago lo que sea, y más si de paso fastidiamos a un MacNab, y si es a Angus más aún. —Aquella afirmación hizo que Alec sonriese—. Nunca me ha caído bien.

—Lo sé —rio Alec y luego suspiró mientras se quedaba pensativo —. Sé que estoy haciendo lo correcto.

Alexander asintió y fue hacia él, colocó una mano en su hombro y dio una palmadita.

—Será mejor que vayas a descansar… —Alec miró de nuevo hacia la puerta de la habitación de donde provenían las risas de Margareth y Briana—, mañana será un día largo. —Enarcó una ceja en su dirección al ver que Alec no apartaba la mirada de la puerta—. ¡Por Dios, Alec! Ya la verás mañana. Ahora a dormir. Es la noche antes de tu boda. Ya no verás a Briana hasta que la esperes ante el altar. —Alec se giró hacia él y lo miró fastidiado—. Podrás superarlo —bromeó.

Alec se puso en pie y respiró hondo.

—De acuerdo, tú ganas —dijo sonriente esta vez. ¿Qué era una noche más si luego les esperaba toda una vida juntos?

Alec se giró hacia la puerta.

—Nos vemos mañana. Buenas noches —pronunció en un tono más elevado.

Escuchó cómo las mujeres reían de nuevo y, finalmente, Briana respondió con su voz alegre.

—Buenas noches —escuchó Alec antes de dirigirse a la habitación que había sido suya las últimas noches.

***

A lo lejos había un claro entre las nubes que permitía vislumbrar un precioso cielo azul. Desde hacía semanas el sol no acariciaba su piel. Pese a que en ese momento no nevaba corría un viento helado. Se tapó con la manta hasta la nariz, dejando solo sus ojos sin cobijar para observar el paisaje que era precioso. En primavera debía de ser un lugar digno de admirar. Ahora, todo el camino estaba sembrado de nieve al igual que los árboles. Las altas montañas estaban copadas de la esponjosidad de la nieve y los ríos azulados pasaban a su lado con una fuerte corriente.

Miró a su lado donde Anderson montaba su caballo al paso, al igual que el resto. Aquel hombre no dejaba de hablar, lo hacía tanto con su familia como con el resto. Lo cierto era que parecía agradable, aunque muchas veces comenzaba una conversación en gaélico y ella no podía seguirlo.

Gimió cuando el caballo dio unos pasos más rápidos, pero Kenneth lo ralentizó al momento.

—¿Cansada? —preguntó desde su espalda a su oreja.

Ella lo miró de reojo y asintió.

—Sí, un poco —admitió.

—No falta mucho para llegar —comentó.

Ella se giró levemente.

—¿Cuánto? —preguntó con impaciencia.

—Antes del anochecer —respondió sin darle más importancia.

—¿Antes del anochecer? —preguntó desesperada.

Kenneth parpadeó varias veces e incluso sonrió levemente por el tono de voz que ella le había dado a la pregunta. Miró al frente donde se observaban las altas montañas nevadas y se giró hacia sus compañeros y, en concreto, hacia Anderson, el cual no dejaba de hablar.

—Eh —le llamó la atención—, cuando te ofrecí venir con nosotros no pensé que estabas tan necesitado de conversación —bromeó.

—Ya ves que sí, muchacho —contestó Anderson sonriente, feliz de hacer parte del trayecto mejor acompañado que antes de cruzarse con Kenneth y los suyos.

Anderson volvió a entablar una conversación con Darach y Evan, el resto de la familia de Anderson charlaba con Eiden e Iain.

—Cuando lleguemos al valle descansaremos un rato —propuso Kenneth a Nora, la cual aceptó de inmediato.

—¿Os conocéis hace mucho? —le preguntó.

—¿A Anderson? —preguntó Kenneth, ella asintió—. Él y mi padre eran grandes amigos, desde pequeños —explicó—. La familia Crovan vive en unas islas cercanas. Cuando era pequeño solía ir con mis hermanos de visita.

Ella le sonrió levemente.

—¿Tienes hermanos?

—Sí —respondió con una sonrisa—. Mi hermano mayor Declan, casado y con dos preciosos niños, a punto de tener el tercero, y mis dos hermanos pequeños, Alec y Moira. Mi madre murió al dar a luz a Alec… —continuó—, y mi padre falleció hace un año —Nora miró su perfil, intrigada—. Mi hermana debe de tener unos pocos años menos que tú —continuó.

Ella lo miró de reojo y volvió a mirar al frente, le dolía al girar su cuello.

—Yo no tengo hermanos —dijo pensativa y suspiró—. Mildred era como una hermana para mí.

—¿Mildred?

Una sonrisa triste atravesó su rostro.

—Mi mejor amiga. Hemos estado muy unidas desde pequeñas. —Kenneth asintió a su espalda, aunque luego comprendió la tristeza de su voz. No podía olvidar que el manor de Nora había sufrido un asedio a mano de los normandos—. Ella… ¿está bien?

Nora sintió cómo sus ojos se humedecían, aunque aquel viento helado también ayudaba.

—No lo sé. Los normandos también la hicieron prisionera. —Tragó saliva ante los recuerdos—. Nos ataron a unos árboles mientras iban a invadir otro poblado. Conseguimos escapar. Éramos unas siete u ocho chicas, nos dispersamos por el bosque. Las dos salimos corriendo juntas, pero, en un determinado momento… —respiró hondo—, a mí me atraparon y no volví a saber nada de ella. No sé… —tragó saliva—, si la capturaron y la mataron o… consiguió escapar finalmente —apretó los labios. Lo que aquella muchacha le narraba era horrible, una pesadilla—. Y creo… que jamás podré saberlo —susurró.

—Esto no durará eternamente —comentó Kenneth con voz pausada—. Pero ahora no es seguro volver a…

—Lo sé —intervino ella—. Sé que es mejor permanecer aquí —pronunció con la mirada al frente. Kenneth no dijo nada durante unos segundos y se giró para observar a sus compañeros de viaje que iban por detrás de él sin dejar de hablar. Cuando se giró se encontró con que Nora también se había girado. Lo observaba con ojos llorosos—. Te agradezco mucho lo que has hecho por mí —susurró antes de volver a mirar al frente.

Kenneth negó con la cabeza.

—No es nada. El problema lo tienen mayormente nuestros reyes, no nosotros —comentó con un tono de voz que derrochaba más ternura de la que esperaba Nora. Kenneth se desvió levemente saliéndose del camino y se giró de nuevo hacia sus compañeros—. Pararemos a descansar unos minutos y a que los caballos beban agua.

Todos aceptaron de inmediato y lo siguieron hasta la orilla del río.

Nora tuvo que volver a estirar la espalda cuando Kenneth la dejó en el suelo y realizó un largo y tendido suspiro.

Kenneth, igual que el resto del grupo, acercó su caballo al río, caminando sobre la nieve.

Ella se abrazó a sí misma y miró a su alrededor.

Tras el río había un gran valle y, tras él, el frondoso bosque que llegaba hasta la falda de la alta montaña.

Se echó la manta correctamente sobre los hombros mientras sus cabellos volaban hacia atrás. Se fijó en Kenneth y en el resto de sus compañeros al acercar los animales al río para que bebiesen agua, la forma en que acariciaban los caballos… y se acercó a Kenneth, aunque sin mirarlo, con la mirada clavada en las altas montañas.

—Es un lugar muy hermoso.

Kenneth se giró hacia ella y asintió.

—Deberías verlo en primavera o en verano, cuando todo está verde. Es mucho más hermoso.

Ella lo miró y, por primera vez, le sonrió, algo que llamó poderosamente la atención de él. Kenneth se quedó unos segundos sin respiración al ver su tímida sonrisa. Desde un principio se había dado cuenta de que era una chica preciosa, pero hasta ese momento no la había visto sonreír. Tragó saliva y apartó la mirada de ella intentando controlar aquellos pensamientos.

—Mi manor también era muy hermoso —susurró ella.

Él abrió la alforja y extrajo un cuchillo y una hogaza de pan que comenzaba a estar dura. Partió un trozo de pan y se giró hacia ella. Nora permanecía con la mirada al frente, pensativa. Dio unos pasos en su dirección y se lo tendió.

—Come un poco, te irá bien.

Despertó de sus pensamientos y miró directamente el trozo de pan que le tendía. Lo cogió y volvió a sonreírle de aquella forma tímida.

—Gracias —susurró mientras lo llevaba a su boca.

Kenneth se quedó observando su perfil, su nariz respingona, sus enormes ojos marrón claro y su cabello volar hacia atrás. Aquella muchacha despertaba en él un sentimiento de ternura como no había sentido antes. Recordó cuando la vio por primera vez, tendida sobre la nieve mientras el normando intentaba violarla y se vio forzado a controlar sus sentimientos. Nora sintió aquella mirada de él y lo miró de reojo, sin saber cómo actuar.

—¡Eh! —dijo Evan dándole una palmada en el brazo, despertándole de sus pensamientos. Tan ensimismado estaba en Nora que ni lo había escuchado acercarse—. ¿No hay pan para el resto?

—Ah —se quejó Kenneth apartando el brazo de él e hizo un gesto

de fastidio.

Evan enarcó una ceja hacia él.

—¿Aún te duele?

Kenneth resopló y negó.

—No es nada.

Nora lo miró intrigada. En ese momento, recordó que cuando había despertado en el descampado después de que la rescatasen había visto a Eiden rodearle el brazo con un trapo, como si protegiese aquella parte de su cuerpo al estar herida.

Evan chasqueó la lengua y decidió no preguntarle más sobre el tema, de todas formas, no iba a conseguir ninguna palabra más por parte de Kenneth sobre eso.

—¿Solo pan? —preguntó quitándole la hogaza y el cuchillo de la mano—. ¿No hay queso?

—En la alforja —respondió.

—Comienza a estar duro —se quejó su compañero—. Espero que los monjes nos den algo de comida caliente esta noche —pronunció dirigiéndose a la alforja para sacar el resto de alimentos. Evan cortó unos trozos de queso y se giró hacia ellos—. Señorita —pronunció lentamente ofreciéndole el trozo de queso.

—Gracias —respondió ella.

Kenneth cogió el otro trozo que Evan le ofrecía y este se marchó con los alimentos hacia el resto de sus compañeros.

Nora dio un bocado y observó a todos los hombres reunidos a unos metros de ella. El grupo de Anderson también portaba alimentos que intercambiaban con el resto.

Miró a Kenneth y luego se fijó en su brazo.

—¿Estás herido?

Kenneth negó.

—No es nada —repitió mientras se volvía de nuevo hacia la alforja.

Nora se fijó en su brazo, de hecho, lo movía como si no tuviese ningún daño, aunque ya había visto que cuando Evan se lo había golpeado le dolía.

—¿Qué te hiciste? —insistió ella.

Kenneth extrajo la bota de la alforja y le dio un sorbo.

—Un golpe —respondió después de tragar y le tendió la bota.

—¿Es agua?

—No —sonrió mostrándole todos los dientes.

Nora negó, pues ya sabía lo que debía estar bebiendo, ese dichoso whisky.

Iba a insistirle sobre ese presunto golpe cuando él extrajo otra bota y se la tendió de nuevo.

—Esto sí es agua.

Ella la cogió de inmediato y dio un sorbo. El pan, tal y como había dicho Evan, comenzaba a estar duro y costaba masticarlo, demasiado seco.

—Gracias —dijo tendiéndosela a él de nuevo.

Kenneth negó y miró hacia el grupo.

—¿Vienes?

Ella miró en esa dirección y escuchó la conversación.

—¡La mujer no dejaba de gemir! —exclamó Eiden—. Os aseguro que tuvieron que escucharnos hasta en el siguiente poblado —rio provocando que el resto de hombres también riese.

Nora sintió cómo sus mejillas se tornaban rosadas y negó con la cabeza.

Kenneth la miró de la cabeza a los pies, suponía que la conversación que estaban manteniendo podía incomodarla.

—Está bien, como prefieras. Cuando acabes con el agua déjala en la alforja —comentó iniciando la marcha hacia el grupo.

Kenneth avanzó mientras escuchaba cómo Iain comenzaba a relatar también su última experiencia. Se giró y observó a Nora que se acercaba a los árboles.

—No te alejes mucho —le comentó provocando que ella se girase. Nora negó con la cabeza—. Partimos en breve.

Nora asintió y se giró de nuevo hacia el conjunto de árboles cercanos al río. Los rodeó y se acercó a unos arbustos. Sonrió al observar aquella planta que tanto conocía y a la que llamaban la *hierba de San Juan*[16], con sus flores amarillas. Tenía pocas flores por la estación del año que era. Lo mejor era que ya estaban secas, tal y como las necesitaba. Le bastaría con unas cinco o seis.

Se agachó y comenzó a cogerlas con cuidado, guardándolas en su bolsillo. Cuando obtuvo el número que necesitaba se sentó sobre la rama del árbol donde no había nieve y se quedó observando el paisaje mientras daba bocados al pan y al queso. El lugar era idílico, aunque las conversaciones masculinas que llegaban hasta ella la escandalizaban bastante. Estaba acostumbrada a escuchar comentarios así, pero por suerte siempre estaba acompañada de otra mujer y los comentarios eran más llevaderos, sin embargo, ahora, se sentía bastante sola.

Giró su cuello y observó cómo Kenneth reía ante los comentarios de sus compañeros. Cuando acabó el pan y el queso decidió dar un paseo para estirar las piernas y la espalda.

18

Era media tarde cuando vislumbraron un monasterio al final del camino.

Anderson aceleró su caballo hasta situarse a la altura del de Kenneth.

—Aquí es —indicó este con orgullo—. No es muy grande, pero nos servirá para pasar la noche.

Kenneth asintió mientas Nora contemplaba el monasterio con curiosidad.

—¿Lo conoces? —le preguntó Kenneth.

Anderson se encogió de hombros.

—Sabes que todos los monasterios están obligados a hospedar a quien solicite asilo, pero sí… además lo conozco —indicó con una sonrisa—. Mi sobrino, Errol, pertenece a la orden de *Cluny*[17] desde hace unos cinco años. —Kenneth asintió—. Nos hospedará sin problema. —Se encogió de hombros—. Siempre lo hace cuando pasamos por aquí, además, nos dará un plato de sopa caliente —comentó sonriente.

—Se agradece mucho en estos momentos —respondió Kenneth.

Anderson no parecía controlar su emoción por ver de nuevo a su sobrino.

—Voy a adelantarme para informarle de nuestra llegada —comentó espoleando al caballo con los talones.

En cuanto se alejó, Kenneth se giró hacia sus compañeros que iban por detrás. Al menos aquella noche dormirían a gusto.

—¿Habrá algún problema conmigo? —preguntó ella.

—¿A qué te refieres?

Nora suspiró mirando al frente.

—Con que sea anglosajona.

—No lo creo —respondió rápidamente—. Los monjes tienen la

obligación de hospedar a todas las personas, independientemente de su procedencia. No te preocupes —intentó calmarla—. Igualmente… —comentó esta vez con un tono de voz más pícaro—, las mujeres suelen estar calladas y no hablan con los monjes, a no ser que desees confesarte —continuó en tono irónico. Ella resopló y se giró para mirarlo, molesta por su comentario. Kenneth sonrió al ver su gesto—. Solo te digo las cosas como son —pronunció en un tono más pacífico.

Ella asintió y miró hacia delante.

El monasterio no era muy grande, un edificio de madera de una planta con el techo triangular y, sobre este, una enorme cruz. Tenía la parte central y un ala a cada lado. El monasterio estaba perdido en medio de la maleza.

Cuando llegaron frente a la puerta, Nora se dio cuenta de que escondido entre los árboles había otro edificio que hacía las veces de establo.

Kenneth bajó del caballo y la ayudó a descender mientras el resto de sus compañeros hacía lo mismo.

Anderson salió por la puerta principal en compañía de uno de los monjes, vestido con una túnica negra desde el cuello hasta los pies, suponía que debía de ser su sobrino porque era un muchacho más joven, seguramente de la edad de Kenneth.

El monje miró a todos y se detuvo unos segundos en Nora, la cual agachó la cabeza enseguida, intimidada.

—Tenemos otros huéspedes esta noche —informó el monje—, pero en la casa de Dios siempre sois bien recibidos. Intentaremos buscaros una habitación para todos… —Miró de nuevo a Nora. Ladeó su cuello y habló con Anderson en gaélico, dejándola al margen de la conversación.

Nora se removió nerviosa y miró a sus compañeros de viaje esperando encontrar algún gesto que le diese una pista de lo que hablaban.

—MacNeill —lo llamó Anderson.

Kenneth miró de reojo a Nora y fue hacia ellos.

Nora intentó comprender algo de lo que decían, pero no comprendía nada. Miró de reojo a los demás hombres que, en ese momento, revisaban las alforjas por si debían sacar algo de ellas antes de dejar a los caballos en el establo.

Eiden y Evan estaban próximos a ellos. Con Eiden no había hablado mucho, pero sí con Evan. Ese muchacho siempre estaba dispuesto a conversar con ella de una forma amigable.

Dio unos pasos hacia él y se situó a su lado.

—Hola —comentó.

Evan se giró como si no hubiese reparado en su presencia hasta tenerla al lado.

—Hola —respondió con una leve sonrisa mientras examinaba el interior de la alforja y extraía una de las botas que contenía bebida. La situó en su cinturón y siguió revisando el interior.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella en un susurro.

Evan la miró y pestañeó varias veces.

—¿Algo con qué? —preguntó sin comprender.

Nora señaló con un movimiento de cabeza hacia el monje, Anderson y Kenneth que seguían hablando sin que ella pudiese comprender algo.

—Creo que están hablando de mí… —susurró.

Evan rio y asintió.

—Sí, están hablando de ti —admitió él con una sonrisa antes de volver a rebuscar en la alforja. Extrajo una manta y se la tendió a ella —. Toma, cógela —dijo colocándola encima de sus brazos.

Ella resopló.

—Y… ¿hay algún problema… conmigo? —preguntó nerviosa.

—Oh, sí —respondió él exagerando el tono—, creo que quieren hacerte dormir en el establo.

Ella lo miró asustada.

—¿En serio? —preguntó dando un paso hacia atrás.

Evan se giró divertido y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, Nora —rio situando otra manta sobre la que ya aguantaba ella—. Son monjes, no te van a dejar dormir a la intemperie. —Ella resopló al ver el gesto bromista de Evan. Evan cerró la alforja y cogió las dos mantas que sujetaba Nora. Se acercó a ella como si fuese a revelarle un secreto y ella enarcó una ceja—. Pero sí están preguntando si eres familiar o la esposa de…

—¿La esposa de…?

—De Kenneth —continuó con una sonrisilla. Ella miró de reojo hacia los tres hombres que hablaban enfrascados en sus asuntos. Kenneth escuchaba atento cruzado de brazos mientras el monje daba unas instrucciones—. Por lo visto eres la única mujer que va a pasar la noche aquí… —Ella desvió su atención hacia Evan—. El monje se ha ofrecido a dejarte una habitación para ti sola, pero Kenneth no está muy de acuerdo…

—¿No? —pregunto sorprendida—. ¿Por qué no?

Evan ladeó su cuello y la miró asombrado.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? —bromeó—. Hay otro grupo de hombres al que no conocemos de nada que pasará la noche en el monasterio. ¿No prefieres estar con nosotros? —En ese momento, se dio cuenta de lo que Evan insinuaba y tragó saliva. Sí, con ellos estaba a salvo, pero no conocía a los otros hombres—. Kenneth le está explicando que eres una amiga de la familia y… bla, bla, bla… —continuó—, pero me parece que al monje no le hace

mucha gracia que duermas con nosotros —acabó burlándose.

Ella resopló y se puso tiesa como un palo cuando vio que Kenneth asentía y se dirigía hacia ellos centrando la mirada en ella.

Nora se removió nerviosa mientras lo veía acercase. Fue hasta su caballo y comenzó a hacer lo mismo que el resto, vaciar las alforjas antes de llevar a los animales al establo.

Nora se situó a su lado, pero él no dijo nada. Aquel silencio la ponía más nerviosa aún.

—¿Dónde… dónde voy a dormir yo? —preguntó al final.

Kenneth se giró para observar a Evan que pasaba a su lado conduciendo a su caballo hacia el establo al comprender que le había traducido parte de la conversación. Lo miró enfadado. Evan se encogió de hombros.

—Ella preguntó —fue lo único que comentó Evan mientas se alejaba.

Kenneth suspiró y extrajo de la alforja un par de mantas y lo que le quedaba de comida.

—El monasterio está repleto esta noche —comentó sin mirarla—, pero el sobrino de Anderson te procurará un lugar para ti sola. Son las normas del monasterio.

Ella se abrazó más fuerte. Lo cierto era que después de lo que le había insinuado Evan estaría mucho más tranquila durmiendo con ellos, de todas formas, ya había pasado varias noches en su compañía, a la intemperie.

Iba a contestar cuando Kenneth se giró hacia ella y le dio una de las mantas.

—Para ti —indicó.

Ella asintió.

—Gracias.

Kenneth cogió las riendas del caballo y comenzó a desplazarse hacia el establo. Le entregó el caballo a Evan para que lo atase al poste y volvió a dirigirse a donde Nora le esperaba.

—Nos darán de cenar y luego podremos descansar —explicó indicándole con la cabeza que le siguiese. El monje los esperaba junto a Anderson en las escaleras hablando plácidamente, aunque a unos metros de ellos Kenneth se detuvo y situó una mano en el brazo de ella, cogiéndola para que se estuviese quieta. Se acercó a ella con disimulo—. No saben de dónde provienes… —le indicó—, y yo no conozco al resto de huéspedes. Luego la miró fijamente y ella asintió. Comprendía lo que quería decir.

—Estaré callada y pasaré desapercibida —le susurró.

Kenneth asintió y la soltó del brazo.

—De acuerdo, vamos —indicó él dirigiéndose a la puerta.

El monasterio engañaba, pues el interior era mucho más grande y espacioso de lo que esperaba. En el centro de este se encontraba la iglesia por donde se entraba al monasterio. En el ala de la izquierda se disponía de una cocina, un pequeño comedor y una parte reservada para las habitaciones de los monjes que convivían allí. En la parte trasera del monasterio había unas grandes habitaciones con un gran número de camastros donde los huéspedes podían pasar la noche a cambio de una limosna, siempre que pudiesen, y, al otro lado, había un gran número de habitaciones donde disponían de las vestimentas de los monjes, otra dedicada a guardar el instrumental para la agricultura, para el ganado, etc.

Ahí habían ubicado la habitación de ella. El monje había sido claro. Normalmente, cuando acudían familias podían hospedarse juntas, pero en este caso Nora no lo era, por lo que ella debía respetar las normas del monasterio y dormir en un ala diferente a la de los hombres.

Era al primer sitio adonde la había llevado el monje.

La habitación era pequeña y disponía de varios bártulos con los que cuidaban de los cultivos que poseían en la parte trasera del monasterio. Varios rastrillos, cubos, hachas, palas y carretillas y un pequeño camastro pegado a la pared donde podía pasar la noche.

Ya era más de lo que había tenido las noches anteriores, así que se alegraba y estaba agradecida de poder pasar aquella noche bajo techo sin que el frío la calase hasta los huesos.

Se dirigió al comedor y, nada más entrar por la puerta, se quedó observando.

Más de doce hombres se encontraban sentados en las dos mesas alargadas que recorrían el pequeño comedor.

Tal y como le había explicado Kenneth, no había ninguna mujer en el monasterio. Se removió nerviosa y buscó entre todos hasta que encontró a Kenneth al otro lado de la mesa.

Kenneth elevó su mano llamando su atención y le indicó con un movimiento que se acercase.

Nora atravesó el comedor rodeando a algunos de los hombres. En ese momento, se sintió cohibida cuando varios de los hombres centraron la mirada en ella, aunque al llegar hasta Kenneth e indicarle que se sentase se sintió más tranquila, pues vio que varios de los hombres apartaban la mirada de ella cuando eran conocedores de que se encontraba en su compañía.

Nora se sentó frente a Evan y este le sonrió. Kenneth le colocó enfrente un plato de sopa caliente con pollo y zanahoria. El aroma la embriagó durante unos segundos y cerró los ojos. Estuvo a punto de gemir de placer.

Kenneth se sentó a su lado, al lado de Eiden, dejándola a ella en

un lateral del banco. Directamente comenzó a comer sin decir nada.

Nora cogió la cuchara de madera y sorbió la sopa. Estaba exquisita, además, ese frío imperante en el exterior la hacía aún más apetecible.

Se fijó en que en aquella mesa estaban todos sus compañeros de viaje, incluso los que se habían añadido aquella mañana. La estancia estaba alumbrada por grandes candelabros y velas repartidas por las mesas.

En la mesa que tenían al otro lado había menos hombres, pero todos parecían igual de hambrientos. Había también algún hombre comiendo de pie, suponía que estirando las piernas y la espalda tras un día entero cabalgando.

Anderson se encontraba sentado al lado de Evan y frente a Kenneth.

—Mañana por la mañana partiremos al oeste —comentó—. Supongo que no querréis acompañarnos, ¿verdad?

Kenneth sonrió mientras cogía una hogaza de pan y comía un trozo.

—En otras circunstancias no te diría que no —comentó—, pero tal y como están las cosas debo poner al corriente a mis hermanos.

—Una lástima —comentó Anderson.

Nora siguió escuchando la conversación, ya que al menos en ese momento usaban su idioma y miró tras la espalda de Evan y Anderson. Apartó de inmediato la mirada de uno de los hombres con el que había coincidido la mirada, agachándola, aunque pudo observar de reojo que ese hombre comentaba con el que tenía al lado y ambos reían mientras volvían a observarla.

Se removió nerviosa. Aquel gesto nervioso llamó la atención de Kenneth que la miró de reojo. Nora parecía estar nerviosa, pues repentinamente se había movido como si se sobresaltase.

—Te agradecería que cuando lo hables con tu hermano me hagas conocedor de ello —continuó Anderson provocando que Kenneth volviese a prestarle toda la atención, aunque de vez en cuando iba mirando a Nora, pues suponía que debía de sentirse intimidada allí—. Iría bien acercar posturas con otras familias.

—Por supuesto. Te enviaré un mensaje —contestó Kenneth.

Anderson chasqueó la lengua y suspiró.

—Nos interesa mantenernos unidos —continuó este más pensativo—. Los normandos no se detendrán en la frontera. Intentarán hacerse con todo el territorio.

Evan lo miró divertido mientras devoraba el plato de caldo.

—Vosotros estáis a salvo, allí en las islas —indicó.

—De eso nada, muchacho, al contrario, estamos aislados —explicó Anderson alterado—. ¿Quién se enteraría si intentasen invadir

nuestra isla? ¿Quién acudiría rápidamente a nuestro rescate? —Miró a Evan—. Estar aislado puede ser una ventaja o una maldición. —Miró a Kenneth—. Por eso necesito estar al corriente de todo. Los mensajes, ya de por sí, tardan entre dos y tres días en llegarme, siempre y cuando haya buena mar y el barco pueda cruzar, claro. —Kenneth asintió mientras se llevaba otra cucharada a la boca—. Por eso mismo, muchacho, no es tan bueno vivir en esas islas como tú crees —comentó mientras Evan chasqueaba la lengua—. Hay muchas cosas que…

Kenneth desconectó cuando observó de reojo a Nora removerse incómoda. Se giró hacia ella y la observó cabizbaja, con gesto tenso y los labios apretados.

—¿Ocurre algo? —preguntó echándose un poco sobre ella.

Ella lo miró de reojo, negó y se concentró en el plato.

Kenneth se dio cuenta de que ella elevaba la mirada hacia delante, topándose directamente con la mirada de dos hombres sentados en la mesa de al lado. Ambos sonreían en su dirección y parecían hablar sobre ella. Nora no podía entenderlos, pues hablaban en gaélico, pero él sí, aunque estaba claro que de tonta no tenía un pelo y sabía que hablaban sobre ella.

Se quedó uno segundos escuchando mientras la miraba de reojo.

—Lástima que sea un convento… —escuchó que pronunciaba uno de los hombres, el más mayor que debía de rondar los cuarenta años, con su cabello canoso y su aspecto desaliñado.

—Lo del convento es lo de menos —rio el más joven mientras se giraba para observar a Nora de nuevo con una mirada lasciva.

Kenneth inspiró con fuerza y observó de reojo a Nora, se la veía tan débil y delicada a su lado… Sí, ella no comprendía nada de lo que decían, pero sabía entrever cuándo un hombre hablaba sobre ella, más con esa actitud tan obscena.

—Sí, a los caballos no les sienta muy bien el paseo en barco —bromeó Anderson llamando la atención de Kenneth que giró su cabeza hacia él—, normalmente acaban por vomitar. Por suerte, el mío está bastante acostumbrado, pero que se lo digan a los caballos de Carson y Dun —señaló a sus yernos.

Dun chasqueó la lengua y asintió.

—El mío puso el barco perdido —confesó—. Era la primera vez que se subía. Estuvo mareado toda la travesía el pobre.

—El mío aguantó hasta que el de Dun vomitó —siguió Carson.

Los hombres reían. Kenneth volvió a mirar al frente, observando cómo aquellos dos hombres seguían lanzando miradas cargadas de deseo a Nora y esta ni siquiera levantaba la mirada, intimidada.

—Seguro que gime como una perra —escuchó que decía el joven.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

Kenneth golpeó con fuerza la mesa con la palma abierta haciendo que esta rebotase y llamase la atención de todos.

—¡Eh! —les gritó llamando la atención de los dos hombres. Nora lo miró asustada por el golpe. Kenneth poseía una mirada amenazante —. Ni una palabra más —sentenció en gaélico—. Ella está conmigo —pronunció con tanta rabia que los dos hombres, tras quedar impactados durante unos segundos, asintieron y agacharon sus cabezas, abochornados.

Nora lo miraba sin comprender. Sabía lo que había hecho, la había defendido de aquellos dos hombres, pero no sabía qué palabras había utilizado. Lo que sí podía intuir era que esas palabras habían tenido el efecto que Kenneth deseaba porque pudo observar cómo los hombres ni siquiera levantaban la mirada del plato.

Miró abochornada a Kenneth y apretó los labios. Kenneth hizo lo mismo con ella, mirándola de reojo mientras todos lo observaban pasmados por su reacción.

—Come tranquila, ya no te molestarán más —pronunció Kenneth antes de llevarse la cuchara a la boca y hacer como si nada hubiese ocurrido.

Sí, estaba claro que con ella se portaba de forma afable, pero era mejor tenerlo de amigo que de enemigo. Recordaba cuando lo había visto por primera vez luchar contra los normandos, la fiereza de sus movimientos, cómo luchaba contra ellos sin compasión, así como el tono de las palabras que había vertido hacia esos dos hombres hacía escasos segundos.

Nora asintió y comió.

Al menos, las miradas cesaron, así como los comentarios de los hombres, lo cual la dejó más tranquila.

Comió escuchando las conversaciones de ellos sobre sus aventuras, los planes de futuro que tenían… hasta que, poco a poco, el comedor fue quedándose vacío y la mayoría de los hombres acudió a sus aposentos para descansar.

Mientras Kenneth se ponía en pie y hablaba con Anderson sobre el rumbo que tomaría cada uno al día siguiente, Nora se acercó a Evan.

—Hola —pronunció este al verla a su lado.

—Hola —sonrió ella con timidez—, podría… ¿pedirte un favor? —le preguntó con timidez.

Le sorprendieron aquellas palabras.

—Claro, ¿qué ocurre?

Ella chasqueó la lengua y miró en dirección a Kenneth que en ese momento le ofrecía la espalda mientras hablaba con el grupo de Anderson.

Nora se llevó la mano al bolsillo de su vestido y extrajo los

pétalos de la hierba de San Juan.

—¿Podrías pedir a los monjes que hiciesen una infusión con esta flor?

Evan asintió mientras la tomaba de su mano, bastante sorprendido por su petición.

—Claro, no hay problema.

—Y… —continuó—, ¿podrías pedir un poco de sal, limón y un trapo limpio? —Él volvió a asentir—. Lo pediría yo misma, pero… no sé… no sé vuestro idioma y no sé si es conveniente que…

—Claro —la cortó—. ¿Para qué es todo esto? —preguntó con curiosidad.

Ella se encogió de hombros.

—Son solo unos brebajes para contusiones —pronunció como si nada.

Evan la miró sorprendido y luego observó de reojo la espalda de Kenneth, comprendiendo lo que Nora quería hacer.

—Claro, enseguida te traigo lo que pides —comentó Evan dirigiéndose a la pequeña cocina del monasterio.

Nora se sentó de nuevo y observó a todos los hombres hablar. Algunos de ellos se retiraban a los aposentos, otros simplemente se quedaban hablando en un lateral del comedor. En ese momento, se dio cuenta de que Kenneth se giraba hacia ella para controlarla y saber dónde se encontraba, asegurándose de que estaba bien.

—De acuerdo —comentó Eiden colocando una mano en el hombro de Kenneth—, nosotros nos encargamos de los caballos.

Eiden comenzó a avanzar hacia la puerta, pero Kenneth se giró hacia ella y se acercó. Nora permanecía sentada, esperando.

—Puedes ir a descansar —pronunció con un tono amable.

Ella asintió.

—Estoy esperando a Evan, le he pedido unas cosas…

Kenneth ladeó su cabeza confundido por lo que le decía, pero asintió.

—Está bien —indicó—. Nos vemos mañana al alba.

Ella asintió antes de verlo alejarse junto a Eiden.

19

Eiden volcó un cubo de agua en el pesebre para que los caballos bebiesen. El sol se había escondido hacía menos de una hora y las temperaturas bajaban en picado.

Se giró, cogió el cubo de madera y se dirigió de nuevo al pozo para llenarlo.

—Desde luego, si lo que querías era que la muchacha pasase desapercibida has hecho todo lo contrario —bromeó este.

Kenneth chasqueó la lengua y arrojó una mezcla de alfalfa y heno para los caballos en otro de los pesebres.

—Estaba claro que no iba a pasar desapercibida —indicó a su compañero—, pero de esta forma, al menos, evitaré que la molesten —contestó.

Se giró y volvió a cargar el cubo con la mezcla. Fue hacia el pesebre y arrojó su contenido.

Eiden fue hacia él arrojando el cubo con el agua en el pesebre, llenándolo del todo.

—La chica es agradable… —Kenneth lo miró de reojo mientras volvía a llenar el cubo con la mezcla para lanzarla en el siguiente pesebre—, y guapa… —comentó. Kenneth suspiró ante aquellas palabras—, pero anglosajona. —Kenneth se giró hacia él con el cubo cogido en su mano—. Ya te lo dije, nos puede traer problemas.

Kenneth fue hacia el pesebre y arrojó el contenido.

—Creo que ese tema ya lo zanjamos —le recordó.

—Sí, sí… —contestó rápidamente, apoyándose en el poste de madera donde se mantenían sujetos los caballos mediante cuerdas—, lo sé. —Se cruzó de brazos y se quedó mirando a su amigo—. Mañana, antes del anochecer, llegaremos al poblado. ¿Qué piensas decirle a tu familia? —Kenneth vació el contenido e inspiró hondo—. No creo que en el poblado quieran alojar a una anglosajona. Podría traer

problemas con otras familias que…

—Todo eso ya lo sé —lo cortó con un tono de voz brusco. Se quedó pensativo. El hecho era que Nora comenzaba a interesarle más de la cuenta, pero no quería admitirlo.

Eiden se encogió de hombros.

—Podríamos casarla con Ailbert, el pobre no encuentra esposa —bromeó.

Kenneth enarcó una ceja. Sí, esa sería una buena estrategia para mantener a la muchacha a salvo y en el poblado sin ninguna problemática, pero…

—¿Estás de broma? —rio Kenneth—. Ese maloliente viejo está en las últimas… ya ha tenido tres esposas.

—Sí, pero desde que murió la última no deja de decir que necesita a una mujer.

Kenneth lo escudriñó de la cabeza a los pies. ¿Acaso estaba hablando en serio? Soltó el cubo en el suelo y se pasó la mano por los ojos, agobiado.

—Olvídate de eso —ordenó él—. Ailbert no es una opción.

—Pero resolvería todos nuestros problemas —continuó Eiden en tono jocoso—. Mira, Ailbert, te hemos conseguido una esposa… —continuó bromeando como si hiciese la presentación.

Kenneth lo miró de reojo mientras sentía cómo sus músculos se tensaban.

—Olvídalo —volvió a decir intentando mantener la voz calmada.

Lo cierto era que aquello sí solucionaría sus problemas, ya no sería una mujer anglosajona, sería la esposa de un escocés y, por lo tanto, tendría todo el derecho a permanecer en aquellas tierras.

Kenneth salió del establo y comenzó a dirigirse hacia el monasterio. Eiden le siguió de cerca.

—También podríamos enviarla a un monasterio de mujeres. Aunque no es muy común, sé que la orden de Cluny también posee algunos monasterios para mujeres.

Kenneth resopló y se giró hacia él.

—Déjalo, Eiden —comentó intentando cargarse de paciencia.

Eiden se adelantó.

—Sea como sea algo se tendrá que hacer con ella —comentó pensativo—. También podemos ponerla a trabajar la tierra y…

Kenneth se giró hacia él, esta vez con decisión.

—Eiden, basta —ordenó con un tono de voz más seco. Eiden se quedó observando a su amigo unos segundos y, finalmente, asintió. Kenneth retomó el camino—. Hay que descansar, mañana marcharemos rumbo al poblado al amanecer, quiero llegar antes de que anochezca.

Ambos ralentizaron el paso cuando vieron a Nora asomarse a la

puerta, mirando de un lado a otro.

—Ahí está —comentó Eiden esta vez en gaélico para que ella no lo entendiese—, si lo que quieres es poner a salvo a la muchacha hay una opción muy sencilla. —Lo miró con una sonrisilla de soslayo—. Si yo no estuviese casado lo haría —acabó pronunciando antes de llegar hasta ella.

Kenneth lo miró con semblante serio.

Eiden la saludó con la cabeza antes de pasar a su lado y entrar al monasterio. Kenneth se situó ante ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. No deberías salir del monasterio.

Nora llevaba en la mano una taza con una infusión caliente de la que salía mucho vapor.

—Evan me ha dicho que habías salido a darle de comer a los caballos —explicó, luego alzó la taza hacia él—. Es para ti.

Kenneth enarcó una ceja hacia ella y luego miró la taza. La cogió y olió su contenido.

—¿Qué es?

—Hierba de San juan. Ayuda a que los golpes y las heridas mejoren rápido —susurró y luego lo miró con timidez—. Me explicaste que te habías dado un golpe en el brazo.

Kenneth se quedó observándola y finalmente asintió.

—Gracias —contestó.

—Y… —continuó ella sacando de su bolsillo un trapo limpio—, no sé si tendrás una herida…

—Es poca cosa —explicó él y le dio un sorbo a la infusión, luego hizo un gesto desagradable como si esta no le gustase.

Ella desenrolló el trapo y le mostró una plasta.

—Podría ponértela, te ayudaría a que no empeorase —indicó—, pero debería ver la herida —puntualizó con un tono de voz más bajo. Kenneth la contemplaba fijamente, asombrado porque ella se preocupase por él de aquella forma. Aquella mirada tuvo que ponerla nerviosa porque se removió inquieta—. Después de todo lo que has hecho por mí, es lo mínimo que puedo hacer —comentó antes de sonreírle con timidez.

Kenneth asintió lentamente y depositó la taza en el suelo.

Ante la mirada atónita de ella se quitó una de las pieles que llevaba por encima y se desabrochó la túnica por el hombro, deshaciendo uno de los cordeles y quitando el broche con el que sujetaba el nudo.

Nora inspiró intentando relajarse. Ya había visto antes el cuerpo de un hombre desnudo. Había cuidado de William cuando lo había necesitado, pero esta vez era diferente, ante ella no había un cuerpo desnutrido, todo lo contrario.

Kenneth dejó caer su túnica hasta su pecho dejando al aire su hombro, sin inmutarse ante el frío.

Nora intentó controlar sus emociones y se puso de puntillas para observar su brazo.

Sí, tal y como le había dicho tenía una herida, aunque no era profunda y estaba curando bien, por otro lado, sí tenía el brazo un poco inflamado. Nada que en unos días no estuviese curado del todo, pero siempre era mejor prevenir.

—Puede que te escueza un poco —indicó ella mientras cogía el trapo y lo situaba en su brazo.

En ese momento, se fijó en que Kenneth la observaba fijamente, pensativo. Su mirada la puso nerviosa, pero siguió trabajando, extendiendo correctamente el trapo sobre su brazo. Cogió otro trozo de tela alargada y lo pasó por el brazo para atárselo y que no se le cayese.

Kenneth se fijó en su perfil, tan cercano que con solo girar un poco más su cabeza chocaría.

Nora giró su cabeza también y durante unos segundos se quedó maravillada por la forma en que la miraba. Sus ojos eran extremadamente azules y contrastaban con su cabello castaño revuelto en esos momentos.

Su corazón dejó de latir cuando Kenneth llevó su mano hasta la que ella tenía sobre su brazo, situándola encima. La delicadeza que demostró con aquel gesto hizo que su piel se erizase.

Kenneth observó su mirada, lo miraba con cierto temor. Nadie nunca le había tratado con tanta delicadeza. En su mirada había compasión y agradecimiento. En un acto reflejo y sin poder hacer nada por evitarlo bajó su mirada hacia sus labios.

Nora fue consciente de ese gesto y retrocedió instintivamente, provocando que él también despertase de su ensoñación, aun así, Kenneth volvió a fijar su mirada en los ojos de ella y apartó su mano de la de ella con una caricia.

—Gracias —comentó seriamente antes de coger su túnica y anudarla sobre su hombro.

Nora apretó los labios y asintió. ¿Por qué su corazón iba desbocado en esos momentos? Incluso se le había cortado la respiración. Jamás había sentido algo así, ni siquiera por William. Parpadeó varias veces al recordarlo. William, él había dado su vida por ella, y ella con tan solo una caricia y una mirada furtiva a sus labios ya experimentaba cosas que jamás había sentido.

Retrocedió un paso alejándose de él, ante la mirada intrigada de Kenneth que, obviamente, no era indiferente a lo que la muchacha expresaba con aquel gesto.

—Se te da bien cuidar de la gente, ¿verdad? —preguntó él

intentando dar algo de conversación, pues incluso él estaba asombrado por lo que sentía.

Ella lo miró y sonrió con tirantez intentando parecer tranquila.

—Se me dan bien las plantas y los brebajes —corroboró.

Kenneth acabó de anudarse la túnica y movió su brazo asegurándose de que estaba bien atado y de que no se desprendería durante la noche.

—Va bien saberlo —acabó con una sonrisa sincera.

Ella asintió con timidez y miró al interior del monasterio. Aunque no se veía a nadie en esa zona podían escuchar las voces de los hombres que se dirigían a las habitaciones.

Nora miró hacia el cielo justo cuando un copo de nieve cayó sobre su frente. Pasó sus dedos sobre ella apartándolo y sonrió, aquel gesto lleno de ternura provocó una sonrisa también en Kenneth.

—Parece que volverá a nevar —comentó él mirando hacia el bosque con la mano situada en la empuñadura de su espada.

—Sí —respondió Nora colocando una mano en forma de cuenco, intentando sin duda atrapar algún copo de nieve.

Kenneth volvió a quedarse maravillado al mirarla. ¿Por qué cada vez que la observaba se sentía más atraído por ella?

Inspiró e intentó apartar de su mente aquellos pensamientos. Eiden tenía razón en todo lo que le había dicho, aquella muchacha podía traerle problemas, pero no le importaba lo más mínimo… incluso disfrutaría de esos problemas mientras la tuviese a su lado.

Un copo de nieve cayó sobre el cabello de él y se sacudió el pelo.

—Será mejor que entremos antes de que comience a nevar con fuerza. —Kenneth abrió del todo la puerta y la dejó pasar primero—. ¿Tu habitación está bien?

Ella asintió.

—Al menos no tendré que dormir al aire libre —pronunció con actitud juvenil—. Dispone de un camastro y mantas con las que taparme.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Kenneth.

—Al final del pasillo —indicó ella señalando con la mano en esa dirección—. Es… el lugar donde guardan los utensilios de labranza. Rastrillos, hachas, palas, cubos… —Kenneth hizo un gesto de disgusto por esas palabras—. No, no… es perfecto, de verdad.

Kenneth sonrió.

—De acuerdo. Descansa todo lo que puedas. Mañana nos vemos al alba.

Ella dio unos pasos hacia atrás mientras se abrazaba a sí misma.

—Buenas noches.

—*Oidhche mhath* —contestó él dándole las buenas noches en su idioma.

La vio alejarse por el pasillo rumbo a la habitación que habían preparado para ella y una tierna sonrisa se apoderó de él. Aquella muchacha se estaba apropiando de su corazón poco a poco, aunque cuando se había acercado y mirado sus labios había visto el temor aparecer en su mirada. No podía olvidar que antes de todo lo ocurrido Nora estaba prometida, aunque ese tal William a buen seguro ya estaría muerto. Por lo que le había explicado, William había dado la vida por ella. Suponía que el recuerdo de él debía de ser lo que había provocado su gesto aturdido. Aquellos pensamientos debían atormentarla, pero él se había prometido protegerla desde que la había visto luchar con uñas y dientes contra el normando para salvar su vida, su integridad, desde que la había recogido inconsciente en aquel bosque tras días huyendo de los invasores.

Inspiró con fuerza, consciente ya de todos los sentimientos que Nora despertaba en él.

Contempló cómo unos cuantos hombres miraban en la dirección que había tomado Nora y, posteriormente, se sentaban en los asientos de cara al enorme crucifijo que colgaba de la pared.

Sabía que su voz había sonado por encima del resto de los hombres que se encontraba en el comedor cuando había golpeado la mesa, pero también sabía de lo que era capaz un hombre sin escrúpulos y con deseos incontrolables.

Avanzó unos pasos y se sentó en uno de los largos bancos. Si algo había logrado durante todos sus años de vigilancia en el bosque era dormir en cualquier posición. Prefería controlar aquella noche el pasillo asegurándose de que nadie la molestase, estaría mucho más tranquilo así.

Kean O'Duines sintió sus músculos contraerse y sus dientes rechinar al observar a Kenneth MacNeill en la puerta del monasterio junto a aquella muchacha. La rabia que sentía era tan grande que podría acabar con todos los MacNeill sin remordimientos.

Inspiró con fuerza y volvió a situarse tras el árbol, aprovechando la oscuridad de la noche, mientras en su mente repetía los gestos de aquellos dos jóvenes. No había reparado mucho en la muchacha, pero estaba claro que esa chica representaba algo más para él que una simple amistad.

Encontrarse en Eiden's burgh con él había provocado una furia que creía haber apaciguado durante el último año. Su sed de venganza había sido aplacada por incansables horas patrullando la frontera por orden de su rey. Había pasado las horas muertas interviniendo en los poblados anglosajones de la frontera y descargando su rabia contra ellos. Y, ahora, tres años después de una pérdida tan devastadora como la suya, uno de los instigadores se permitía el lujo de ser feliz,

de enamorarse de una muchacha.

No pensaba consentirlo. Miró hacia atrás donde los dos hombres que lo acompañaban esperaban sus órdenes.

Aunque Roy y Cormac no fuesen los hombres más valerosos que conocía, sí servirían para lo que tenía en mente. No, lo ocurrido hacía ya tres años no podía quedar impune. Nadie había actuado para reparar el daño que habían causado, seguían como si nada hubiese ocurrido, como si nunca hubiese pasado, y eso él no podía permitirlo.

Haría justicia con su familia y por su hermana.

***

Tres años antes

El día era el más hermoso que habían tenido desde hacía meses. Solo unas nubes lejanas blancas surcaban el cielo azul.

La familia Bruce se había tomado muchas molestias en ayudarlos, llamando al párroco más cercano. No era necesario que lo oficiase un sacerdote, pero querían hacerlo lo más legal posible. Habían construido un pequeño altar en el descampado frente a su casa y un círculo de flores rosas adornaba el espacio donde se encontraba el altar, el sacerdote y ellos dos. Sobre el altar lucían encendidas dos velas que titilaban por la brisa.

Briana lucía un precioso vestido color crema mientras sus cabellos caoba volaban al viento y su rostro denotaba emoción y felicidad, igual que el de Alec.

—Nos juntamos aquí en paz para esta ocasión sagrada entre Alec MacNeill y Briana O'Duines —pronunció el sacerdote—. Como nuestro círculo se ha tejido y consagrado, este momento en el tiempo y este lugar bendicen. Que cada alma esté en verdad aquí y ahora que los espíritus de los aquí unidos puedan fundirse en un lugar sagrado, con un propósito y una sola voz.

Ambos se sonrieron mientras se miraban el uno frente al otro con una ilusión y amor inigualables.

El sacerdote alzó los brazos y cerró los ojos al igual que los novios.

—Espíritus del norte, poderes del invierno, guardianes de la Tierra y de la piedra, que nos enseña el amor y la lealtad, gran oso del cielo estrellado, mi señora del vientre sagrado, la rica tierra de la creación, pido que honréis este círculo nuestro como nosotros os honramos a vosotros. Sed testigos de este rito y dadle vuestra bendición. —Una corriente de aire hizo que los cabellos de Briana volasen hacia atrás provocando que la corona de flores que llevaba sobre la cabeza estuviese a punto de caer. Abrió los ojos y se la colocó de inmediato ante la mirada divertida de Alec—. Espíritus del este,

poderes de la primavera, de la concepción, la regeneración, la visión del halcón y el canto del mirlo, el libre vuelo de las golondrinas, aliento de la vida, mi señor del sol saliente y de toda la vida nueva, pido que honréis a este círculo nuestro como nosotros os honramos a vosotros. Sed testigos de este rito y dadle vuestra bendición…

Alexander miró a su esposa y sonrió mientras el sacerdote iba consagrando los elementos de la tierra y no pudo evitar rememorar el día en que había convertido a la mujer que tenía al lado en su esposa. Ahora tenían tres preciosos hijos.

En un principio, su matrimonio tampoco había sido bien visto por sus familias, pero solo hacía falta verlos para darse cuenta de lo mucho que se amaban. Al igual que a él lo habían ayudado, Alexander estaba decidido a ayudar a su amigo Alec y a Briana. Pestañeó varias veces y volvió de sus pensamientos cuando el sacerdote volvió a repetir la frase.

—¿Quién trae a esta bella doncella para que case en el día de hoy? —preguntó de nuevo el sacerdote.

Su mujer sonrió y soltó su brazo, se le veía claramente emocionado, seguramente rememorando sus propios recuerdos.

Alexander dio un paso hacia delante.

—Yo lo hago —contestó al borde del círculo.

—Que se haga pues —continuó el sacerdote—. Nos reunimos hoy, en el ojo del sol y sobre esta tierra santa, para ser testigos de este sagrado rito de matrimonio entre Alec MacNeill y Briana O'Duines, un rito que es bendición y también una renovación de su preciosa unión. Para saber hasta dónde hemos llegado, honremos a quienes nos han traído a este lugar.

El sacerdote miró a Alec y asintió.

Alec tomó aire y sonrió con ternura a la que en pocos segundos se convertiría en su esposa.

—Yo, Alec MacNeill, en nombre del espíritu de Dios que reside dentro de todos nosotros, por la vida que corre por mis venas y el amor que vive en mi corazón, te tomo a ti, Briana O´Duines, entre mis manos, en mi corazón y en mi espíritu. —Briana sonrió emocionada por sus palabras—. Prometo amarte completamente y sin reservas, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, en esta vida y en la siguiente donde volveremos a encontrarnos, nos recordaremos y amaremos de nuevo.

Ella sonrió y tomó aliento.

—Yo, Briana O'Duines, en nombre del espíritu de Dios que reside dentro de todos nosotros, por la vida que corre por mis venas y el amor que vive en mi corazón, te tomo a ti, Alec MacNeill, entre mis manos, en mi corazón y mi espíritu. —Tragó saliva—. Prometo amarte toda mi vida, sin importar las adversidades que encontremos, en la

riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe para encontrarnos en la nueva vida y seguir amándonos de igual forma.

El sacerdote asintió una vez pronunciados los votos e indicó que uniesen sus manos.

—Hoy venís a prometer compartir el dolor del otro e intentar aliviarlo. Hoy venís a jurar compartir vuestras alegrías y buscar todo lo positivo en la persona que hoy tenéis enfrente. —Ambos se miraron con una sonrisa—. A partir de hoy compartiréis las cargas del otro para que vuestro espíritu pueda crecer en esta unión. Prometéis compartir vuestros sueños, usar el calor del enfado para templar la fuerza de esta unión, así como honraros como a iguales. ¿Es esta vuestra promesa de matrimonio?

—Si, lo es —respondieron al unísono.

El sacerdote cogió una cinta y rodeó sus manos unidas con ella.

—Así como habéis unido hoy vuestras manos, también habéis unido vuestras vidas y espíritus en una unión de amor y confianza. —Acabó de anudarlas y situó su mano sobre la de ellos—. Que estas manos sean hoy bendecidas. Que siempre se sostengan la una a la otra. Que tengan siempre la fuerza para aguantar las tormentas y la desilusión. Que se mantengan tiernas y amables mientas crece este maravilloso amor. Que construyan una relación cimentada en el amor y el cariño y que estas manos sean sanadoras, protectoras, escudo y guía para ambos.

El sacerdote miró a Alexander.

—¿El anillo?

Alexander se adelantó y se lo entregó al sacerdote que lo situó sobre el altar. Susurró una oración en silencio y lo cogió de nuevo entregándoselo a Alec.

—El metal precioso del que están hechos vino de la tierra como un mineral en bruto que fue calentado y purificado, se le dio forma y pulió. Se creó algo hermoso de la materia prima. El amor es así. Viene de comienzos humildes hecho por seres imperfectos. Es el proceso de hacer algo hermoso donde una vez no había nada. —Miró a Alec y asintió para que le pusiese el anillo a su mujer. Briana apenas pudo contener las lágrimas cuando el anillo encajó perfectamente en su dedo y miró a Alec con ojos llorosos—. El círculo perfecto del anillo simboliza la eternidad —pronunció mientras los novios se cogían la otra mano con cariño—. Sed muy felices. Puedes besar a la novia —indicó el sacerdote con una sonrisa.

Alec descendió hasta los labios de Briana para sellar así su compromiso.

—¡Bravo! —exclamó Alexander junto a su esposa.

Ambos se giraron y les sonrieron. Fueron hacia ellos y les dieron

un abrazo. Ahora nada ni nadie podría ya separarlos. Ya nada importaba salvo la felicidad que los esperaba.

Alec cogió por la cintura a su reciente esposa y la besó con pasión mientras ella se abrazaba a él.

—Bueno, bueno… esperad a la noche de bodas —rio Alexander—. Voy a por el whisky y brindamos todos —comentó mientras situaba su brazo sobre los hombros de Alec para que lo acompañase a su casa a coger la botella.

—¡Detened la boda! —gritaron a lo lejos.

Todos se giraron para observar unos caballos acercarse a todo galope.

Alec se giró hacia Alexander.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—Te juro por mi vida que no —contestó rápidamente Alexander.

Briana dio unos pasos hacia atrás, atemorizada al reconocer al primero de los jinetes que se acercaba.

—Mi… mi hermano —sollozó angustiada.

Alec la miró asustado y volvió su vista al frente. El hermano de Briana, Kean O'Duines iba acompañado de sus otros hermanos y, a su lado, trotaban también dos de los hermanos de Alec, Kenneth y Declan.

Alec corrió hacia Briana y la tomó por los hombros, pues Briana comenzaba a jadear.

—Eh, tranquila, estamos casados, ya nada pueden hacer… —intentó calmarla—. Mi familia nos protegerá.

Briana negó.

—Mi hermano no lo permitirá —sollozó colocando las manos en sus mejillas—. Me llevará con él y me apartará de ti. El matrimonio no ha sido consumado y aún…

—Deja que hable con ellos, tendrán que escucharme —intentó calmarla.

Jamás había visto a Briana tan nerviosa.

Alec ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Kean O'Duines llegó hasta la espalda de Alec y lo golpeó arrojándolo al suelo.

—¡Nooo! —gritó Briana arrojándose hacia él para ayudarle a levantarse.

Kenneth y Declan llegaron justo en ese momento.

—¡Kean! —le llamaron la atención al ver el golpe que le había propinado a su hermano arrojándolo al suelo.

—Maldito bastardo —escupió Kean hacia Alec golpeándole en la espalda sin dejar que se pusiese en pie.

Kenneth y Declan saltaron de sus caballos y cogieron a Kean por los brazos alejándolo de Alec para que no lo golpease más.

—¡Maldito seas MacNeill! —gritó a los cuatro vientos mientras

Declan y Kenneth lo sujetaban, pues estaba desesperado por arrojarse hacia él—. ¡Desgraciado! Este matrimonio no se ha celebrado…

Briana lo ayudó a levantarse, pero nada más ponerse en pie Alec enfrentó a Kean.

—Por supuesto que se ha celebrado. Briana ahora es mi esposa —gritó—, y nadie la apartará de mi lado.

Kenneth y Declan tuvieron que hacer fuerza para que Kean no se soltarse, pues realmente sentía ira.

—¡Soltadlo! —gritó Bryden O'Duines bajando del caballo.

—Ni hablar —respondió Kenneth—. Tu hermano está ido. Así no es como habíamos dicho de solucionar las cosas —pronunció haciendo fuerza para mantenerlo sujeto.

Bryden chasqueó la lengua y miró a su hermana, la cual los observaba con lágrimas en los ojos. Bryden, al menos, sabía disimular más su temperamento. Tendió la mano hacia ella.

—Vamos, Briana, el mal aún no está del todo hecho, puedes volver con nosotros y…

—¡No quiero volver con vosotros! —gritó hacia ellos—. ¡Él es mi marido! ¡Le quiero a él!

Kean finalmente logró soltarse de las manos de Kenneth y Declan y avanzó hacia ella, pero esta vez fue su propio hermano, Bryden, quien lo detuvo.

—Cálmate —exigió.

Kean apretó los labios y miró a su hermana, la cual se encontraba cobijada tras la espalda de su ahora marido.

—Volverás a casa con nosotros y te casarás con Angus MacNab tal y como habíamos acordado.

—¡No! ¡Ni hablar! —gritó ella tras la espalda de Alec.

Kenneth y Declan se interpusieron también entre ambos, pues Kean estaba totalmente fuera de sí y no dudaban en que pudiera arremeter contra su hermano pequeño, Alec, o contra su propia hermana.

—¡Y tanto que sí! —exigió Kean dando unos pasos hacia delante, aunque frenado por su hermano Bryden que intentaba contenerlo sin mucho éxito.

—¡Ya estoy casada! ¡Vosotros no podéis obligarme a casarme con otra persona! ¡Lo quiero a él! —gritó desesperada—. ¿Acaso mis deseos no significan nada para vosotros? —lloró hacia sus hermanos —. ¡Jamás me marcharé con vosotros! ¡Ya estoy casada! ¡Soy la esposa de Alec MacNeill tanto si os gusta como si no!

Dicho esto, se giró y comenzó a correr hacia la casita huyendo del lugar.

Bryden aún intentaba contener a su hermano Kean que deseaba desesperadamente salir corriendo tras ella, cargarla al hombro y

devolverla a casa.

—¡Cálmate! —le gritó Bryden.

—¿Que me calme? —espetó Kean a su propio hermano y señaló a Alec—. ¡Nos ha arruinado la vida!

Alec iba a avanzar hacia él para defender su posición como marido de Briana, pero Kenneth y Declan lo detuvieron.

—Deja que se calme él solo —le susurró su hermano mayor Declan.

Kenneth situó una mano en su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, pues había visto los golpes que le había propinado Kean con el pie.

Alec asintió con la mirada clavada en Kean. Inspiró con fuerza y dio un paso al frente, aunque sus dos hermanos intentaron evitarlo.

—Sé que piensa que no soy lo suficientemente bueno para su hermana, que no poseo las tierras ni el ganado que los MacNab sí tienen, pero le puedo asegurar que puedo hacer mucho más feliz a su hermana que ese tal Angus, al que por cierto ella odia —comentó con voz seca, recriminándoselo.

Kenneth se pasó la mano por la cara, angustiado. ¿Servía de algo decirle a su hermano que se callase y esperase a que las cosas se calmasen por sí solas? ¿A que Kean entrase en razón y se hiciese a la idea?

—Tú —le señaló Kean—, esto es culpa tuya.

Kenneth no aguantó más la arrogancia de Kean. No solo era la forma en la que trataba a su familia, despreciando continuamente a su hermano y a todos ellos, como si estuviese por encima, sino que lo había visto golpear a su hermano Alec sin ningún arrepentimiento.

—Esto ha sido cosa de los dos —comentó con la mirada fija en Kean—. Además, si tanto desea las tierras y el poder, cásense ustedes con quienes les plazca, pero no obliguen a una joven a contraer matrimonio y a traer hijos al mundo de un hombre al que no ama —pronunció con todos los músculos en tensión.

—Mi hermano tiene razón, Kean —continuó Declan—, ambos han contraído matrimonio, ya nada se puede hacer. Seguro que hay alguna forma de compensar…

—¡Os equivocáis! Para que el matrimonio sea válido debe ser consumado y, que yo sepa, aún no ha sido posible —continuó Bryden poniéndose de parte de su hermano Kean—. Aún puede venir con nosotros y…

Todos se callaron cuando escucharon un grito de la mujer de Bruce.

—¡Brianaaa!

Se giraron para observar que Briana cabalgaba uno de los caballos de la familia Bruce y se adentraba en el bosque huyendo de todos

ellos.

***

El recuerdo de ver partir a su hermana contrajo todos sus músculos. Ella, una mujer llena de vida, con un buen futuro… pero aquella familia lo había echado todo a perder.

Se giró y miró a Roy y Cormac.

—Coged toda la madera seca que encontréis… —susurró con tono de voz grave.

Ambos lo miraron sorprendidos.

—¿Para qué? —preguntó Cormac.

Los tres se miraron de reojo y Roy fue el primero en negar con la cabeza al comprender lo que quería hacer.

—No pienso participar en esto.

—¡Y tanto que lo harás! —le exigió con un grito Kean. Directamente sacó su espada y lo apuntó acercándose a él, amenazante—. Lo harás —repitió con altanería.

—Por Dios, señor O'Duines —comentó Cormac suplicante—, ¿se ha vuelto loco? Hay más gente en el monasterio.

—No me interesa el resto, solo Kenneth MacNeill —indicó. Los miró fijamente—. Haced lo que os ordeno o desenvainad vuestras espadas —los retó.

Los dos se miraron de reojo, pues ambos sabían que no tenían nada que hacer frente a la espada de un O'Duines.

—Coged los troncos de madera más secos que encontréis y apiladlos cerca del monasterio. No os pediré nada más excepto que me ayudéis a capturar a Kenneth —acabó diciendo.

Roy lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Y qué le hará?

—Eso no es asunto tuyo —comentó envainando la espada de nuevo en su cinturón. Se giró dándoles la espalda y fue hasta el árbol para observar el monasterio.

Sus hermanos habían sido blandos con aquella familia, pero él no, él no estaba dispuesto a tolerar lo ocurrido. Aunque pasasen los años la sed de venganza seguía dentro de él, y no pararía hasta conseguir saciarla.

20

Las imágenes de la llegada de los normandos a su pueblo la perseguían en sus sueños. No dejaba de ver a su madre correr calle arriba para perderse entre la multitud y a William tirado sobre el suelo mientras el normando elevaba su espada para asestar el golpe final.

Despertó con un brinco y se incorporó en el camastro con la respiración acelerada y el corazón desbocado. Se llevó la mano al pecho sintiendo cómo su corazón latía a gran velocidad.

Cerró los ojos y gimió. Se había dicho que debía ser fuerte, que debía sobrevivir para, un día, poder regresar a su hogar y saber de ellos, pero las pesadillas que la perseguían todas las noches la sumían en un túnel negro del que le costaba salir.

Se pasó la mano por la frente sintiendo las gotas de sudor frío.

Inspiró con fuerza y tosió. ¿Qué ocurría? El ambiente estaba muy cargado, como si hubiese una chimenea a su lado echando humo.

Tosió de nuevo y se puso en pie. Había poca luz, pero la suficiente como para llegar hasta la puerta sin problema y abrir.

¿Qué estaba ocurriendo allí? Cuando abrió la puerta fue consciente del alboroto que había en el lugar. El humo era más denso en el pasillo.

Estaba claro que parte del monasterio estaba ardiendo, pero no su ala, seguramente el ala donde descansaban todos los hombres, pues desde allí no podía ver ninguna llamarada. El miedo se apoderó de ella de nuevo.

—¡Nooo! —gritó corriendo por el pasillo en dirección a la iglesia. Desde allí podría acceder al ala donde dormían sus compañeros de viaje. Solo esperaba que estuviesen bien y no hubiesen sufrido daño alguno.

Chocó contra el pecho de un hombre y fue a separarse cuando

este la sujetó por los hombros.

—Nora —susurró Kenneth sujetándola. ¿Había ido a buscarla? Kenneth miró por el pasillo, acelerado—. ¿Hay alguien más por aquí? —preguntó con premura.

—No que yo sepa —contestó ella con el mismo tono de voz.

—Bien —dijo cogiendo su mano con fuerza y comenzando a tirar de ella hacia la iglesia.

El humo era más denso a medida que se acercaban a la iglesia y les costaba respirar cada vez más.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella tapándose la boca con la manga de su túnica, intentando no respirar demasiado humo.

—Parte del monasterio está ardiendo —explicó acelerado, corriendo por el pasillo con ella cogida de la mano.

—¿Están todos bien?

—Sí —respondió él.

Cuando llegaron a la zona de la iglesia se dio cuenta de que muchos hombres estaban empujando la puerta cerrada del monasterio. ¿Los habían encerrado? La parte de la iglesia era un auténtico caos, decenas de hombres empujaban la puerta intentando abrirla.

Kenneth la soltó y fue junto a varios hombres para ayudar. El humo comenzaba a ser tan intenso en la iglesia que costaba ver unos metros más allá de sus pies.

Tosió varias veces y avanzó como pudo para observar cómo Kenneth junto a varios hombres más cogían uno de los bancos de la iglesia, tomaban carrerilla y se abalanzaban contra la puerta intentando abrirla.

Todos gruñeron cuando la puerta no cedió ante el envite.

—¡Otra vez! —gritó uno de los hombres que iba en cabeza mientras tomaban distancia con la puerta para volver a coger carrerilla y volver a aporrearla con el banco de madera.

Nora giró sobre sí misma buscando otra vía de escape. Comenzaba a costarle respirar. Por el pasillo contrario al suyo se veía una luz anaranjada, suponía que debían de ser las llamas del fuego tras el humo.

No había otra forma de escape que no fuese por allí, pues la puerta que comunicaba con el huerto trasero y que le permitiría la salida al exterior se encontraba en esos momentos en llamas.

Tosió cubriéndose la boca para intentar no inhalar demasiado humo y se pasó la mano por los ojos irritados que ya le picaban en exceso.

Entre los gritos podía escucharse la tos de todos. Si no conseguían abrir aquella puerta iban a morir asfixiados.

Notó una mano en su hombro y se giró. Reconoció a Evan, el cual se tapaba también la boca con la manga.

Le dio un trapo y le señaló la boca.

—¡Cúbrete! —le gritó por encima del resto de voces.

Cogió el trapo e hizo lo que le pedía mientras él iba junto al resto de hombres a ayudar para abrir las puertas.

Kenneth y un grupo de hombres comenzaron a golpear la puerta con patadas, intentando abrirla como fuese.

Kenneth se giró para observar que Nora se encontraba unos metros alejada de ellos, tosiendo y cubriéndose la boca y la nariz con un trapo.

—¿Quién ha bloqueado las puertas? —preguntó Evan situándose a su lado.

—No lo sabemos —dijo mientras de nuevo el grupo de hombres cogía el banco para intentar echarlas abajo—. ¿Dónde está el sacerdote? —preguntó mirando a su alrededor. Lo encontró a su derecha, cerca de Nora. Corrió hacia él y situó sus manos en sus hombros para que le prestase atención—. ¿Las puertas se cierran con llave?

El sacerdote negó y tosió compulsivamente.

—Las puertas siempre están abiertas para todos. Alguien debe de haberlas cerrado desde fuera.

—¿Cómo? —le gritó.

El sacerdote se pasó la manga de la sotana por la frente, allí comenzaba a hacer mucho calor, fruto de las llamas que iban consumiendo el monasterio poco a poco y que cada vez se acercaban más.

—Fuera del monasterio hay unas sujeciones y en un lateral una barra de madera. Si se pone la barra en las sujeciones de un lado a otro se bloquea —explicó.

¿Quién había podido encerrarlos allí? Estaba claro que eso estaba hecho a propósito.

—¿Solo se puede acceder al monasterio por esta puerta y por la del ala este? —preguntó acelerado, intentando buscar alguna vía de escape.

El sacerdote asintió.

—Sí. No hay ninguna salida más —explicó.

Kenneth resopló y miró hacia Nora, la cual se había agachado y luchaba por respirar. Si las puertas no cedían no tendrían escapatoria, a no ser que…

—¡Evan! —gritó acercándose a él. Situó una mano en el hombro de Iain—. ¡Venid! ¡Rápido! —ordenó.

Nora vio que se alejaban sin poder ver la dirección que tomaban, pues el humo era demasiado espeso incluso para respirar, además, el ambiente estaba muy caliente. Era como si respirase sobre una hoguera. Estaba totalmente empapada en su sudor y el cabello se le

enganchaba a la cara.

Se fijó en que el sacerdote se agachaba también mientras tosía. Fue hasta él y situó una mano en su hombro. Se dio cuenta de que estaba arrodillado con una cruz en la mano, rezando. El hombre la miró y tomó la mano de Nora para rezar juntos.

Los gritos se sucedían unos tras otros.

Dudaba que pudiesen aguantar muchos minutos más allí dentro antes de perder la consciencia. Entre el calor y el poco aire respirable comenzaba a ser insoportable estar allí.

—¡Apartaos! —reconoció la voz de Kenneth.

Le seguían Evan e Iain. Todos le hicieron un pasillo para que se acercase a la gruesa puerta de madera. Sujetó con fuerza el palo de madera y con todas las fuerzas que le quedaban estrelló la hoja afilada del hacha contra la madera, incrustándose. La retiró y volvió a golpear con fuerza.

Iain y Evan hicieron lo mismo con las hachas que habían encontrado mientras, a la vez, golpeaban la puerta con el banco.

Un grito de júbilo y la esperanza aumentó cuando con otro fuerte golpe con el hacha lograron crear una grieta en la puerta por donde entraba el aire.

—¡Fuerte! —gritó Kenneth mientras tomaba impulso de nuevo con el hacha.

Asestó varios golpes más al lado de la grieta haciendo el agujero más ancho. Iain y Evan golpearon en el mismo sitio, ayudándolo. Varios hombres más aparecieron con palas golpeando también en el mismo lugar que ellos y haciendo el agujero más grande. Con hacerlo lo suficientemente grande como para que pudiesen salir unos cuantos, podrían quitar la barra que atravesaba la puerta y podrían abrir por fin.

Kenneth echó el hacha al suelo y se agachó para intentar pasar por la abertura que habían creado. Seguro que las astillas se le clavaron en la espalda y en el pecho, pero con un gruñido logró salir al exterior. Directamente, Evan se agachó y salió sin tantas complicaciones, pues era más menudo. Darach fue el siguiente.

Pocos segundos después escucharon un fuerte golpe y las puertas se abrieron.

La estampida del monasterio fue inmediata, saliendo todos en tromba.

Nora se puso en pie y avanzó junto al sacerdote hasta el exterior. Tosió compulsivamente hasta que pudo respirar aire puro, llenando de nuevo sus pulmones.

Muchos de los hombres que se encontraban allí se tiraban al suelo quejándose, pues algunos habían sufrido quemaduras en las extremidades, otros simplemente intentaban recuperar el aliento,

como hacía Nora.

Avanzó entre todos los hombres medio mareada y giró la esquina del monasterio donde había menos nieve, se agachó arrodillándose en el suelo y apoyando sus manos en la hierba, recuperando el aliento, sin importarle la frialdad de la nieve.

Tosió de nuevo y se pasó la mano por la frente notando cómo esta se humedecía por el sudor acumulado. El aire helado movió sus cabellos hacia atrás, pero en ese momento no le importó, había acumulado demasiado calor en su interior.

—¡El monasterio! —gritó uno de los hombres que aún disponía de las suficientes fuerzas como para mantenerse en pie.

Nora se giró y observó la gran humareda que se alzaba hacia el cielo.

Comenzaba a amanecer y el nuevo día iba abriéndose paso. En el horizonte las nubes tomaban un tono anaranjado. Las nubes blancas y esponjosas ocultaban el azul del cielo y hacía más llamativa aún la enorme columna de humo negro que ascendía.

Ni siquiera tenía fuerzas para ponerse en pie.

—¡Hay que detener el incendio! —gritó otro de los hombres.

Nora cerró los ojos unos segundos. Habían tenido la gran suerte de poder escapar de aquel incendio, si hubiesen tardado un poco más en abrir el agujero en la puerta seguramente hubiesen muerto calcinados.

—¿Estás bien? —preguntó Kenneth a escasos metros de ella.

Nora elevó su mirada en su dirección y asintió.

—Estoy bien —dijo todavía recuperando el aliento.

Kenneth miró hacia el lado donde todos los hombres que podían mantenerse en pie corrían en dirección al ala este donde se había iniciado el incendio para intentar controlarlo echándole nieve encima.

Kenneth se aseguró de que Nora estaba bien y corrió hacia allí para ayudar al resto de hombres.

Nora lo vio girar la esquina. Sí, ella debería ir también, pero aún se encontraba demasiado débil, con la respiración acelerada y los ojos llorosos e irritados.

Resopló, cogió un poco de nieve y la pasó sobre los párpados para refrescarlos. Aquello le funcionó y dejaron de picarle tanto.

Intentó ponerse en pie, pero las piernas le temblaban.

Había pocos hombres tirados sobre la nieve, recuperando el aliento o gritando de dolor por las quemaduras, pues la gran mayoría se había ido al lado contrario del monasterio para intentar sofocar el incendio.

Debería ayudar a esos hombres. Ella al menos no había sufrido ninguna herida ni quemadura de importancia.

—¿Se encuentra bien? —preguntó a uno de los hombres que

permanecía tirado sobre la nieve sollozando con las manos en la pierna. Desde allí podía ver la quemadura que cubría parte de la rodilla.

El hombre la miró, pero ni siquiera pudo contestar, solo hizo una mueca de dolor.

Consiguió ponerse en pie a duras penas para dirigirse hacia él cuando una voz masculina sonó a su espalda.

—*Cò thu?* —preguntaron.

Nora se giró y observó al hombre tras ella. Se fijó en su rostro. ¿De qué le sonaba? Estaba segura de haberlo visto antes. El hombre tenía el cabello largo por el hombro, ondulado, con una densa barba que cubría parte de su cara, sus ojos eran de un color azul oscuro. Le llamó la atención que aquel hombre se encontrase en perfecto estado.

El hombre permanecía ante ella mirándola fijamente, esperando una respuesta. Ella tragó saliva y dio unos pasos hacia atrás.

—No… no entiendo lo que dice —susurró directamente, sin siquiera pensar en lo que decía, pues estaba totalmente agotada y lo único que deseaba era ir a ayudar a los hombres que permanecían sollozando sobre la nieve.

Aquellas palabras sorprendieron al hombre que, directamente, la cogió del brazo. En un principio Nora pensó que iba a ayudarla, pero su alarma se encendió cuando comenzó a tirar de ella en dirección contraria.

—Eh, ¿qué hace? Suélteme —dijo intentando soltar su brazo de su mano. El hombre comenzó a tirar de ella con más fuerza y rapidez—. ¡Suélteme! —gritó, y esta vez golpeó su brazo.

—Ehhh —gritó el hombre que permanecía sobre la nieve con la rodilla quemada—. *Leig leam!* —Intentó ponerse en pie, pero ni siquiera podía hacer fuerza con la pierna malherida.

—¡No! —gritó ella aporreando su brazo—. ¿Quién es usted? ¡Déjeme! —Nora intentó defenderse, aunque se sorprendió y todos sus músculos se pusieron en tensión cuando el hombre colocó un cuchillo afilado en su estómago, amenazándola.

—Vas a venir conmigo sin protestar más —ordenó el hombre con agresividad.

Nora tragó saliva y asintió mientras la llevaba hasta un caballo y la subía.

—*Leig leam!* —volvió a gritar el hombre consciente de lo que estaba ocurriendo—. *Leig leam!* —repitió sin parar mientras se arrastraba por la nieve y los veía desaparecer al trote sobre el caballo.

Kenneth lanzaba nieve sobre el fuego y otros habían conseguido unas ramas de árboles caídas por el peso de la nieve y golpeaban el fuego para intentar mitigarlo.

Todos dieron unos pasos atrás y un grito retumbó en las montañas cercanas cuando parte del techo del ala este del monasterio se derrumbó pasto de las llamas.

—¡Cuidado! —gritó otro de los hombres.

En cuanto se estabilizó sobre la tierra, todos corrieron intentando sofocarlo para que el incendio no continuase arrasando todo el monasterio.

Era extraño, cuando él había conseguido salir por el agujero que habían logrado crear con el hacha se había quedado paralizado unos segundos. Solo la aparición de Evan a su lado y posteriormente de Darach lo había hecho reaccionar.

Tal y como le había explicado el sacerdote, en el exterior había unos engranajes donde se podía colocar una gruesa barra de madera evitando que la puerta pudiese abrirse.

¿Cómo era posible que esa barra cruzase la puerta impidiendo su apertura?

Claramente el incendio era intencionado y alguien se había asegurado de que todos los que se encontraban en el interior no pudiesen salir. ¿Quién podía hacer algo así?

Poco después todos volvían a desplomarse sobre el suelo, agotados tras lograr sofocar el incendio.

Kenneth resopló mientras arrojaba al suelo la rama del árbol con la que había intentado mitigar las llamas mientras otros arrojaban nieve sobre el techo del monasterio caído. Al menos, habían logrado salvar la iglesia y el ala oeste.

Se pasó la mano por la frente apartándose los mechones de cabello oscuro de su frente que se habían enganchado por el sudor y miró hacia el cielo justo cuando unos copos de nieve cayeron sobre él.

Si comenzaba a nevar se evitaría que el incendio reviviese.

—Buen trabajo —dijo acercándose a unos hombres que permanecían arrodillados sobre el suelo, recuperando el aliento.

Se giró y miró a Evan, Darach e Iain que se habían agrupado y permanecían de pie, con las manos en la cintura recuperando las fuerzas.

Fue hacia ellos.

—¿Dónde está Eiden? —preguntó mirando hacia los lados, preocupado.

—Aquí —respondió este acercándose por el lado contrario.

Kenneth llegó hasta ellos y también se quedó quieto, con la cabeza agachada y la respiración acelerada. Tragó saliva y miró hacia Evan y Darach.

—Visteis la viga de madera en la puerta, ¿verdad?

Darach asintió.

—Este incendio ha sido provocado —contestó directamente.

Kenneth asintió—. Hemos tenido suerte de poder escapar.

—¿Qué viga? —preguntó Iain.

Evan se giró hacia él para explicarle.

—Habían colocado una viga de madera en la puerta evitando que pudiésemos escapar.

Iain abrió los ojos al máximo y se pasó la mano por el cabello rubio, removiéndolo.

—Joder —susurró, y luego señaló con un movimiento de cabeza hacia Anderson y el resto de su familia—. Será mejor que se lo comentéis a su sobrino. Si es intencionado van a tener que ir con cuidado.

Evan asintió y situó una mano en el hombro de Darach.

—Nosotros le informamos —comentó distanciándose del grupo y dirigiéndose a Anderson que se encontraba con su familia tirada en el suelo al lado del sacerdote que era su sobrino.

Iain miró alrededor, extrañado.

—¿Dónde está Nora? —preguntó al no encontrarla.

Kenneth señaló en una dirección.

—Recuperando las fuerzas al otro lado —contestó, y directamente se dirigió hacia allí en compañía de Iain y Eiden.

Caminar por la nieve no era fácil, y si a eso le sumabas el desgaste al que se habían visto sometidos los últimos minutos, la cosa empeoraba mucho más.

En aquella parte del descampado aún permanecían tirados sobre la tierra algunos hombres con heridas y quemaduras provocadas por el incendio.

—Nora sabe tratar las heridas con plantas —comentó él recordando que aún mantenía el ungüento de ella en su hombro.

Debía admitir que entre la infusión y aquella plasta sentía menos dolor en el hombro, solo una ligera molestia.

—Supongo que podrá ayudar a estos pobres desgraciados —contestó Iain mirando a uno de los hombres que permanecía sentado en el suelo con un gran corte en el brazo.

Giraron la esquina y Kenneth miró de un lado a otro, sorprendido. Tanto Iain como Eiden se detuvieron a su lado.

Kenneth se removió nervioso y giró desconcertado sobre sí mismo.

—¿No decías que estaba aquí? —preguntó Iain mirando también desconcertado de un lado a otro.

—Eh, eh… —llamó la atención uno de los hombres tendidos en el suelo—, ¿buscáis a una chica? —preguntó.

Los tres fijaron la mirada en él y fueron en su dirección. El hombre tenía la rodilla abrasada y parte de la pierna, ni siquiera se podía poner en pie, de hecho, Kenneth no comprendía cómo podía

mantenerse consciente, seguramente estaría rabiando de dolor.

—¿La ha visto? —preguntó Kenneth acercándose, luego le tendió la mano para ayudarle a levantarse—. ¿Necesita ayuda?

—No, no… —dijo quedándose en el suelo—, no puedo ni levantarme —contestó con los dientes apretados por el dolor. Inspiró hondo y miró con preocupación a Kenneth—. Un hombre se la llevo.

Los tres pusieron su espalda erguida y lo miraron sin comprender.

—¿Un hombre? —preguntó Kenneth con un hilo de voz.

—Sí —respondió acelerado—, me di cuenta de que ella no quería ir con él porque comenzó a golpearle, pero el hombre tiró de ella.

Kenneth sintió cómo se le paralizaba el corazón.

—¿Sabes quién era?

El hombre negó.

—Un hombre de su edad más o menos —le indicó—, quizá un par de años mayor. Tenía el cabello castaño oscuro y le llegaba por el hombro, bastante barba y ojos azules. La subió a un caballo negro y se dirigieron hacia el bosque.

Kenneth miró de reojo a sus dos compañeros, totalmente paralizado.

Iain tragó saliva y se giró hacia él.

—¿Estás pensando en el mismo hombre que yo? —preguntó en tensión.

Sí, cuando aquel hombre había hecho la descripción la había ido dibujando en su mente y un rostro había aparecido. Si a ello le sumaba el hecho de que llevaba un caballo negro... las posibilidades se incrementaban. Recordaba haberlo visto en Eiden's burgh por última vez y, como siempre, aún había un claro resentimiento hacia él y su familia por lo ocurrido. No lo culpaba, seguramente él en su situación hubiese actuado igual, con resentimiento y odio, pero una cosa era guardar esos sentimientos y dolor en su interior, y otra muy diferente era llevarse a Nora.

¿Era posible que fuese él? ¿Era posible que él hubiese provocado aquel incendio solo por venganza?

—Kean O'Duines —susurró Kenneth pensativo.

—Hijo de puta —susurró Eiden dándole a entender que habían pensado lo mismo—. ¿Crees que él provocó el incendio?

Kenneth apretó los labios y se giró hacia el establo donde permanecían los caballos, por suerte, el incendio no había afectado a aquella parte.

—No lo sé. —Miró al hombre herido—. ¿Por dónde se han ido?

El hombre le señaló la dirección con un movimiento de su brazo.

—No hará ni media hora —continuó él.

Kenneth asintió y se giró directamente para comenzar a caminar a paso acelerado hacia el establo.

—Gracias —dijo despidiéndose de él.

Iain y Eiden lo siguieron a la misma velocidad.

—¿Vas a ir a buscarla? —preguntó Iain.

—¿Tú que crees? —preguntó irónicamente sin mirarlo, con la vista clavada en el establo y caminando sobre la nieve a gran velocidad.

—Te acompañaré —indicó Eiden.

Kenneth entró al establo y fue hacia su caballo.

—No —respondió mirando su alforja, solo había unas pocas pieles con las que cubrirse, nada de comida ni bebida. Resopló y se subió directamente a este sin pensarlo más—. No quiero causar una guerra entre familias —reconoció—. Dirigíos a *Dun Monaidh*[18] —ordenó—. Los MacDougall os darán cobijo. Si en dos días no estoy allí avisad a mi hermano y explicadle lo ocurrido, él decidirá cómo proceder.

Kenneth golpeó levemente a su caballo para que saliese del establo y se montó en él.

—Kenneth, deja que te acompañemos —insistió Iain—. Si estamos en lo cierto y todo esto es obra de O'Duines es posible que te prepare una emboscada.

Kenneth apretó los labios.

—Por lo que dice el hombre herido solo estaba él, no creo que sea obra del resto de su familia. No quiero provocar otra trifulca con ellos. Bastante tienen ya —indicó sin mirarle—. Haced lo que os pido. —Dicho esto, golpeó con más fuerza con el talón al animal y este salió despedido, cabalgando sobre la nieve lo más rápido que podía.

Evan que se encontraba junto a Darach explicando lo ocurrido a Anderson y a su sobrino, miró extrañado a Kenneth cuando lo vio galopar a gran velocidad. Miró en dirección a Iain buscando una explicación.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado mientras se acercaban a él con caras preocupadas.

21

Llevaban más de cuatro horas a galope.

Sin las pieles ni ninguna manta con la que taparse se estaba quedando totalmente congelada y tiritaba sobre el caballo.

Cuando Kean O'Duines se la había llevado y habían entrado al galope en el bosque se habían encontrado con dos hombres más. Aquellos dos hombres prácticamente no hablaban, se limitaban a seguirlos a poca distancia.

No comprendía nada de lo que ocurría. A medida que habían pasado las horas había recordado dónde había visto a ese hombre. Su rostro le resultaba familiar, pero no sabía de dónde.

Recordaba que la noche que habían pasado en Eiden's burgh se lo habían encontrado antes de entrar al castillo. La tensión entre él y Kenneth se palpaba en el ambiente. También lo habían visto en la mañana a la hora de partir.

Sí, ahora lo recordaba bien y tenía claro que no se la había llevado porque sí, había algo entre aquellos dos hombres que su ahora captor quería solucionar a las malas.

Aquel hombre no le había dicho nada, salvo palabras amenazantes para que se estuviese quieta, pero le era difícil dejar de temblar y mantenerse estable sobre el caballo, no solo por el frío, sino por los nervios.

Kean se había girado hacia sus dos hombres y les había señalado un lugar cerca de unos árboles. Los tres se habían dirigido hacia allí y habían detenido sus caballos.

La había bajado del caballo y dado un pequeño empujón en dirección a los árboles.

Nora tropezó, pero no llegó a caer. Se giró y lo observó atemorizada mientras los otros dos hombres también bajaban de los caballos y la miraban inseguros.

Nora tragó saliva y dio un paso hacia atrás cuando Kean se acercó a ella.

—*D'ainm* —exigió.

Ella miró a ambos lados, nerviosa, sin saber qué responder.

Kean resopló y se acercó a ella en actitud amenazante.

—*D'ainm* —repitió en el mismo tono que antes.

Los dos hombres se acercaron situándose tras la espalda de Kean. ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué harían con ella? ¿La matarían?

—¡No te entiendo! —le gritó ella movida por los nervios.

Kean enarcó una ceja. Sí, segundos antes de llevársela le había hablado en gaélico y ella ya había confesado que no comprendía palabra alguna.

Se acercó a ella totalmente erguido, con prepotencia.

—¿Cómo te llamas? —Ella tragó saliva y miró a los tres hombres con el corazón desbocado—. ¡Tu nombre! —exigió.

—Nora —contestó con un fino hilo de voz.

Kean se situó justo frente a ella con una mirada cargada de odio.

—¿Por qué viajas con los MacNeill?

Nora tragó saliva. No sabía de qué iba todo eso, pero ahora mismo tenía tanto miedo que estaba bloqueada.

—Me están ayudando —contestó temblorosa.

Kean enarcó su ceja al escuchar su acento.

—¿Eres anglosajona? —preguntó sorprendido. Ella asintió mientras tragaba saliva, ¿para qué iba a negarlo? Obviamente no hablaba su idioma, lo cual revelaba a las claras que no era de allí—. ¿Por qué una anglosajona se encuentra aquí junto a los MacNeill?

Ella apretó los labios.

—Me salvaron de los normandos —explicó—, y se ofrecieron a ayudarme.

La cara de sorpresa de Kean la cogió desprevenida, automáticamente comenzó a reír como si no pudiese creer la situación.

—¿Los MacNeill ayudando a una anglosajona? —ironizó, luego se giró hacia los dos hombres que escuchaban atentos la conversación—. Estoy seguro de que eso sería una información muy valiosa para nuestro rey.

Sí, durante muchos años había tenido que lidiar con la idea de que, pese a que él y su familia se esforzaban igual que el resto por contentar a su rey, los MacNeill parecían tener su favor. Su rey odiaba a los anglosajones y, ahora, ¿una de las familias favoritas de su majestad colaboraba con ellos? ¿Los ayudaba?

Aquella información podía relevar a los MacNeill a una posición inferior respecto a la corona y que su familia fuese reconocida en un mayor grado. Estaba claro que a su rey no le gustaría nada la idea de

que un MacNeill los ayudase, es más, ¿su majestad había hospedado durante una noche a una anglosajona? ¿Era consciente de ello? Estaba seguro de que no, de que Kenneth MacNeill había ocultado dicha información, lo que podía ser considerado incluso como un delito contra la corona.

Mira por dónde, aquello le estaba saliendo mucho mejor de lo que esperaba.

Tuvo que controlar su euforia por lo que había descubierto.

La contempló de la cabeza a los pies.

Cuando habían provocado el incendio no tenía intención de que ninguno de ellos escapase, era tanto el odio que sentía por aquella familia que no le importaba llevarse por delante a todo el que necesitase con tal de acabar con ellos.

Todo iba bien hasta que había visto cómo Kenneth, a través de un agujero en la puerta del convento, lograba escapar. Iba a dirigirse rápidamente hacia allí para rematar su trabajo y atravesarlo con su espada cuando vio que otro de sus compañeros se unía a él.

Había tenido que controlarse. Si por él fuese, se hubiese batido con todos ellos acabando con su vida, pero corría el riesgo de que alguien lo viese, y no quería eso, no quería involucrar a su familia o que los culpasen de la muerte de uno de ellos. Sabía por experiencia lo fieros que eran los MacNeill y, sin duda, esos hechos los llevarían a una guerra entre familias.

No, debía actuar en las sombras, sin que nadie lo viese, por esa razón, al ver que aquella muchacha se quedaba sola había decidido ir a por ella. Después de verlos juntos durante la noche y ser testigo de la forma en que se trataban estaba seguro de que había algo entre ellos. Conociendo a los MacNeill, y en concreto a Kenneth, no dudaría en ir a buscarla, pero, al igual que él, sin involucrar a nadie más. Eso era lo que quería, atraer a Kenneth hasta él para poder cobrarse su venganza.

—Vendrá a por ti —susurró convencido.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Quién?

—Kenneth MacNeill —respondió.

Nora lo miró de arriba abajo, incrédula ante lo que decía.

—Te equivocas. Solo soy una chica a la que encontró en el bosque.

Kean ladeó su cabeza con una sonrisa ante el comentario de ella.

—Por la que cuenta que te trae, lo hará.

Nora tragó saliva y dio un paso atrás. Aún no comprendía a qué venía todo eso, pero era algo en lo que ella no estaba involucrada.

—¿Por qué hace esto? —preguntó.

Kean se quedó pensativo, como si los recuerdos lo atormentasen.

—Los MacNeill acabaron con la vida de mi hermana.

Ella lo miró sorprendida, sin saber qué decir ante lo que acababa de explicar. ¿Era eso cierto? Kenneth siempre había sido amable con ella, sin embargo, aquel hombre hablaba de él y de su familia como si fuesen despiadados asesinos.

—Lo siento mucho —comentó en tensión—, pero yo no tengo nada que ver con eso.

Kean chasqueó la lengua y se encogió de hombros como si no le importase.

—Eso a mí no me importa, lo único que me importa es acabar con él —explicó sin pelos en la lengua.

Los murmullos de los dos hombres que los acompañaban alertaron a Kean que se giró para observarlos bastante furioso.

—¿Kenneth MacNeill… va a… va a venir? —balbuceó Roy.

—Esperemos que así sea —contestó Kean.

Nora pudo observar que aquellos dos hombres no parecían estar muy de acuerdo con ello, parecían atemorizados ante la idea.

¿Estaban nerviosos por la posibilidad de que Kenneth fuese hasta allí?

Kean fue hacia su caballo, abrió la alforja y sacó una cuerda que arrojó a los dos hombres sin contemplaciones.

—Atadla al árbol —ordenó. Nora se puso en tensión—. Permaneceremos aquí lo justo para comer algo y continuaremos.

Los dos hombres no parecían muy conformes con las órdenes de Kean, pero obedecieron. Por su experiencia con los normandos, lo mejor era no resistirse, que pensasen que era sumisa para crearles una falsa esperanza y, así, cuando menos se lo esperasen, escapar de allí. Ya lo había conseguido una vez, y con hombres mucho más peligrosos que esos tres, ¿por qué no iba a lograrlo en esta ocasión?

Dejó que la arrastrasen hasta el árbol y la ataron pasándole la cuerda por la cintura, amarrándola a este.

Kean les ofreció un trozo de pan a cada uno y miró de reojo a Nora. Extrajo la bota con agua y la compartió con ellos, aunque ni la bota ni una pequeña hogaza de pan llegaron hasta Nora.

Transcurridos unos minutos volvieron a cabalgar internándose en el bosque.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte cuando finalmente se habían detenido.

—Este es el lugar —indicó con una sonrisa.

¿El lugar? ¿A qué se refería Kean?

Nora bajó del caballo y miró alrededor. Se trataba de un vasto descampado, en medio, había unas piedras que permitían apoyar la espalda contra ellas si te sentabas. El prado, que suponía que en otra

estación del año debía de ser precioso y lleno de vegetación, ahora estaba cubierto por un esponjoso manto de nieve. Sintió escalofríos cuando caminó sobre el gélido suelo.

No había pronunciado ni una palabra durante el trayecto. Tanto Kean como sus compañeros de viaje solo intercambiaban, de vez en cuando, palabras en su idioma, ocultándole de ese modo cualquier detalle o dato a ella. Solo lo había escuchado hablar en su idioma cuando habían conversado la anterior vez que se habían detenido y para informarla de que aquel era el lugar al que pretendía llegar.

—Quiero una manta —pronunció ella sin controlar su malestar.

Kean no respondió a su petición, se limitó a mirarla de reojo sin contestarle. Resopló y, antes de que pudiese volver a quejarse, Kean emitió una orden a sus colaboradores.

Los dos hombres retiraron parte de la nieve de la zona del descampado, tendieron una manta sobre la hierba helada y la sentaron. La manta se empapó al momento, pero al menos Kean tuvo la decencia de tirarle otra manta que Nora rápidamente puso sobre sus hombros para cobijarse de la ventisca que arrastraba los copos de nieve. Al menos, ahora, tenía la suerte de que no nevaba copiosamente.

Kean se arrodilló ante ella y cogió sus manos de malas formas, juntándolas ante su estómago. Rodeó sus muñecas unidas con la cuerda y las ató con fuerza.

Nora no se quejó, dejó que él la atase. Sintió alivio cuando solo ató sus muñecas. Durante unos segundos había pensado que también le ataría los pies o le amarraría el final de la cuerda a la roca evitando que pudiese moverse. No era así. Con suerte, si caían dormidos podría escapar, aunque con tanta nieve rodeándolos iba a ser difícil, pues era tal el silencio de aquella zona que incluso el crujido de la nieve bajo los pies hubiese retumbado en las montañas cercanas.

Rato después, y tras muchos intentos, consiguieron encender un fuego. Aunque el frío era sobrecogedor, con la manta echada por encima y el fuego cercano este se mitigaba bastante.

Roy y Cormac pincharon unos trozos de carne que conservaban en unas bolsas llenas de sal y los pusieron sobre el fuego. No había comido nada desde el día anterior y, sin embargo, tenía el estómago cerrado por los nervios.

Los observó comer hasta que fue Kean quien arrojó un trozo de carne en su dirección. La carne cayó sobre la nieve, fundiéndola. Nora la cogió de inmediato, aún quemaba, sopló un poco y la comió lentamente. El pedazo era muy pequeño, pero serviría para aliviar el apetito que comenzaba a sentir.

—¿Crees que Kenneth vendrá? —preguntó Roy a Kean.

Kean ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Claro que vendrá —respondió como si fuese lo más obvio.

De nuevo volvían a emplear el gaélico sin que ella pudiese comprender nada, pero sí había identificado el nombre de Kenneth en aquella pregunta. Se detuvo para escuchar con atención por si podía comprender algo más.

Cormac se removió nervioso.

—Estamos bastante alejados de todo.

Kean devoraba la carne como si hiciese días que no comía, masticando con la boca abierta. Ya ni los modales guardaba.

—Mejor así, sin nadie que pueda delatarnos —contestó.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Roy.

Nora los miraba con atención sin siquiera masticar. Supo que le había preguntado algo importante porque Kean alzó finalmente la mirada hacia él, una mirada fija y penetrante.

—Lo que tendría que haber hecho hace tres años —espetó.

—¿Vas… a… matar a Kenneth? —preguntó Cormac nervioso por la pregunta.

Nora apretó los labios, de nuevo habían pronunciado su nombre, aunque no sabía por qué ni en qué contexto. Podía notar por la voz temblorosa de los dos acompañantes de Kean que no estaban a gusto con la misión que se les había encomendado, daban la sensación de estar incómodos y nerviosos, quizá pudiese aprovechar eso para desestabilizarlos un poco, incluso ponerlos de su parte y que Kean la dejase libre. Si algo había aprendido durante sus años de vida era a identificar cuándo alguien no se encontraba cómodo con una situación e incluso temía por su seguridad.

—Kenneth… —intervino ella llamando la atención de los tres hombres—, es el mejor luchador que conozco —continuó—. Lo vi batirse con cuatro normandos a la vez y salir victorioso. ¿Os habéis enfrentado a un normando? —preguntó mirando a los dos acompañantes.

Kean se puso en pie directamente y fue hacia ella.

—¡Cállate! —ordenó.

Ella lo miró fijamente. Aunque a Kean no parecían afectarle sus palabras, sí lo hacían en los dos hombres más jóvenes, ya que pudo detectar sus gestos nerviosos.

—No os recomiendo que os enfrentéis a él —pronunció hacia ellos.

No pudo seguir hablando. Kean abofeteó con fuerza su mejilla y la arrojó sobre la nieve. Aquello sí que no se lo esperaba. Sintió que la mejilla le ardía y notaba las palpitaciones del corazón en ella. Se quedó quieta cuando Kean se arrodilló ante ella, acercándose amenazante, echando parte de su cuerpo encima de Nora y acercando su cara a la de ella.

—La próxima vez que abras la boca te arrancaré la lengua —la amenazó.

Nora se incorporó lentamente y se llevó la mano a la mejilla. Lo miró con odio. Había pasado por demasiadas situaciones como para amedrentarse ya por una amenaza así. Igualmente, prefirió no decir nada más, pues no sabía si realmente Kenneth iría a por ella o debería buscar una alternativa por ella misma para huir de allí y, si finalmente debía hacer eso, lo mejor era hacer que se confiasen, que no pensasen ni por asomo que tenía intención de escapar.

Roy fue el primero que se puso en pie ante la mirada suspicaz de Kean.

—¿Qué haces? —le preguntó en gaélico mirándolo fijamente.

Roy tragó saliva.

—No… no quiero formar parte de esto —tartamudeó al decir esas palabras. Kean dio un paso amenazante en su dirección. Nora miraba de uno a otro intentando comprender lo que decían, por el tono de voz del muchacho intuyó que parecía atemorizado—. Te hemos ayudado en lo que nos pediste… —susurró bajando la mirada para no enfrentarse a la ira de Kean—, no quiero problemas con los MacNeill.

Kean ladeó su cabeza, estudiándolo.

—¿Y los quieres conmigo? —preguntó en un tono lento y amenazante.

Cormac se puso también en pie provocando que Kean también lo mirase. Tragó saliva y se enfrentó a Kean.

—Yo tampoco quiero. Hicimos lo que nos pediste apilando la madera cerca del monasterio y luego nos encontramos con que le prendiste fuego y casi matas a más de una decena de personas… —pronunció con más confianza que Roy—, y ahora secuestras a esta muchacha… —le señaló haciendo que ella lo mirase enarcando una ceja, pues no comprendía nada de lo que decían—. Cuando nos comprometimos contigo a cambio de tu ayuda con el ganado y las tierras no era realmente para esto, nosotros no queremos esto.

Cormac aguantó la respiración cuando Kean extrajo lentamente la espada de su cinturón, incluso Nora se arrastró por la manta hacia atrás. ¿Iban a pelearse?

—Nos has engañado —continuó Roy más envalentonado al contar con el respaldo de su compañero

—¿Yo? —rio Kean—, ¿ahora resulta que sois más estúpidos de lo que creía? —ironizó—. No os hagáis los inocentes. Vosotros apilasteis la madera seca cerca del monasterio. Vosotros me ayudasteis a bloquear las puertas. ¿Y ahora me decís que os he engañado? Bien sabíais lo que iba a ocurrir —acabó con un grito—. ¿Ahora tenéis remordimientos?

Ambos bajaron la mirada, pues sabían que en parte Kean tenía

razón. No eran idiotas, sabían perfectamente lo que estaban haciendo cuando Kean les había ordenado reunir la madera seca y cerrar las puertas, incluso cuando habían visto desde la distancia, escondidos ambos en el bosque, cómo Kean cogía por la fuerza a aquella muchacha.

Sí, deberían haber sido valientes desde un primer momento y enfrentarse a él, pero lo cierto era que tenían miedo de un hombre como él, los O'Duines eran muy vengativos, y además sus territorios compartían lindes con ellos. Tenían hijos pequeños que atender y no querían tener enfrentamientos con ellos, además Kean se había ofrecido a ayudarles con los alimentos y las tierras en un año en el que la cosecha había sido muy mala. Sí, quizá deberían habérselo pensado mejor, pues esa ayuda no compensaba todo lo que Kean estaba obligándoles a hacer.

Tanto Roy como Cormac se miraron de reojo y, como si se leyesen la mente, ambos desenvainaron sus espadas del cinturón imitando a Kean.

Nora abrió los ojos desmesuradamente mientras se arrodillaba sobre la manta, de aquella forma, si ellos comenzaban a luchar, le sería mucho más fácil ponerse en pie y escapar. No tenía muy claro lo que estaba ocurriendo, de lo que estaba segura era de que los dos muchachos no parecían querer seguir con el plan de Kean, lo cual implicaba que no querían colaborar en aquel secuestro.

Kean los miró a los dos y se encogió de hombros. Descendió la espada lentamente.

—Está bien, si queréis iros, podéis hacerlo —indicó señalando con un movimiento de cabeza hacia el bosque—. De todas formas, ya tengo todo lo que necesito.

Ambos se miraron de reojo. ¿Así de fácil? ¿Sin luchar? Sabían que Kean O'Duines era un gran luchador, aunque suponían que enfrentarse a dos hombres a la vez no era de su agrado.

Tanto Roy como Cormac dieron un paso atrás, lo que provocó la tensión en Nora. ¿Qué ocurría? ¿Se marchaban? ¿La dejaban sola con aquel enajenado? No supo si eso la asustó más o la relajó. Por un lado, se desprendía de dos personas, y claro estaba que era mucho más fácil huir de un solo hombre que de tres, pero, por otro lado, por lo que había visto, aquellos dos jóvenes parecían mucho más sensatos que Kean y el mero hecho de quedarse sola con él le erizaba la piel.

—Eso sí —indicó Kean—, si os marcháis jamás recibiréis nada por parte de la familia O'Duines.

Roy y Cormac dieron otro paso hacia atrás. Sí, el mal ya estaba hecho, pero no querían seguir, sabían que la última acción de Kean podía desembocar en una guerra entre familias. Bastante tenían ellos con intentar sobrevivir cada día para encima tener que lidiar con una

guerra entre familias provocada por los O'Duines. Entendían el dolor de Kean, pero ese dolor no justificaba todo lo que estaba haciendo. Ellos no querían saber nada más, bastante habían colaborado ya, algo de lo que se arrepentirían el resto de sus vidas.

—He sobrevivido sin tu ayuda estos últimos diez años, podré seguir igual —contestó Cormac alejándose de él, aunque sin perder el contacto visual con Kean.

¿Se alejaban? ¿Se marchaban? Nora se removió nerviosa. Quizá si les pedía que la ayudasen lo harían, estaba claro que no querían saber nada de Kean, ¿Por qué no intentarlo? Seguramente se llevaría una paliza por parte de Kean, pero a peores cosas se había visto sometida. Valía la pena intentarlo.

Se levantó y dio unos pasos hacia ellos caminando por encima de la nieve, sintiendo cómo sus pies se helaban.

—Por favor, no me dejéis aquí —suplicó sollozando. Los tres miraron a la muchacha—. Ayudadme, por favor.

Kean rechinó de dientes y fue hacia ella de forma colérica mientras Nora retrocedía intentando poner distancia con Kean y los dos muchachos miraban la escena sin saber cómo actuar.

—Ponle una mano encima y date por muerto —escucharon una voz masculina.

Todos se giraron de inmediato. Nora no pudo evitar que una sonrisa se dibujase en su rostro. Reconocería aquella voz en cualquier parte del mundo.

A medida que el caballo se acercó con paso lento al fuego, pudieron intuir mejor su silueta.

Kenneth montaba sobre su caballo. Miró a Roy y a Cormac cuando pasó por su lado y ambos agacharon la cabeza, avergonzados.

Lo primero que hizo Kenneth fue mirar a Nora, la cual temblaba de frío sobre la nieve. La luz del fuego le hizo ver que su mejilla estaba colorada, seguramente por algún bofetón. Finalmente, miró a Kean, el cual lo esperaba de pie con una sonrisa triunfal en su rostro al haber conseguido su propósito: que Kenneth fuese hasta allí.

Kenneth detuvo su caballo y bajó con toda la calma, sin apartar la mirada de Kean O'Duines. Había supuesto bien, su intuición había sido buena.

—Me alegro de que hayas venido —comentó Kean alzando su espada en posición de ataque, dispuesto a luchar contra él.

Nora miró de un lado a otro. Kean con una gran sonrisa triunfal y alzando su espada preparando su ataque y Kenneth simplemente de pie al lado del caballo.

Nora tragó saliva cuando se dio cuenta de que nadie más venía tras los pasos de Kenneth.

¿Había venido solo?

22

Kenneth bajó del caballo y se quedó al lado de este observando a Kean. Tenía un aspecto bastante fiero, aunque se mantenía extremadamente serio. Sus gestos, movimientos y mirada denotaban una profunda ira en su interior por lo que Kean había hecho.

Miró a Nora que permanecía paralizada sobre la nieve.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró.

Kenneth asintió y tendió la mano en su dirección.

—Vamos, ven —comentó con total seguridad.

Nora tragó saliva y miró de reojo a Kean, el cual se encontraba unos pasos por delante. Comenzó a caminar, pero Kean se interpuso en su camino con la mirada clavada en Kenneth.

—No —sentenció Kean—. Ella no se va de aquí.

Kenneth inspiró hondo, como si se cargase de paciencia, mientras Cormac y Roy se quedaban petrificados observando. Roy bajó del caballo y acarició su cuello, pues parecía que los caballos sentían la tensión en el ambiente y estaban inquietos.

Nora se detuvo de inmediato cuando Kean interpuso su espada situándola en horizontal para cortarle el paso.

Kenneth cerró los ojos unos segundos y bajó la cabeza, pensativo. Hizo un gesto nervioso y finalmente miró a Kean.

—Siento mucho lo que ocurrió con tu hermana —comentó en un tono apaciguado, intentando controlar la ira de Kean—, pero eso no es excusa para lo que estás haciendo. Ella no tiene culpa de nada.

Kean hizo un gesto de desagrado ante sus palabras.

—¿Que lo sientes? —gritó hacia él—. ¡Por culpa vuestra está muerta!

—¡No! —lo cortó Kenneth—. No fue por nuestra culpa y lo sabes, por mucho que quieras creer eso para calmar tu espíritu —acabó con

los dientes apretados.

Kean abrió desmesuradamente los ojos al escuchar aquellas palabras, palabras que le hicieron dar un vuelco al corazón mientras los recuerdos volvían a inundar su mente.

***

Tres años antes

No soportaba más aquella situación. El acoso incesante de su familia para conseguir lo que ellos querían, el sentirse moneda de cambio solo para que su familia consiguiese más poder…

Golpeó con fuerza al caballo para que ganase velocidad mientras se dirigía hacia el bosque.

Todos se giraron en su dirección cuando la vieron cabalgar y saltar por encima de la primera raíz para adentrarse en la oscuridad del bosque.

—¡Briana! —escuchó que la llamaba Alec.

—¡Nooo! —gritó Kean al ver a su hermana huir. Se giró y fue directo a los caballos subiendo de un salto, igual que sus hermanos—. La llevaremos a casa tanto si quiere como si no. —Golpeó con el pie el pecho de Alec para apartarlo de su camino y perseguirla—. Quita de ahí, gusano —ordenó mientras Alec era desplazado a un lado.

Kenneth sujetó a su hermano para que no cayese al suelo. Los tres miembros de la familia O'Duines salieron disparados en la misma dirección que Briana.

—No, no… —gritó Alec que corrió hacia su propio caballo.

Kenneth resopló y fue hacia el suyo.

—Declan —llamó a su hermano mayor para que cabalgase con ellos.

Estaba claro que aquello no iba a acabar bien.

La familia O'Duines siempre había sido demasiado orgullosa. El matrimonio ya se había realizado, Briana y Alec eran marido y mujer y, aun así, seguían con sus amenazas, y bien sabían que las cumplirían. Apartarían a su hermano pequeño de su amada esposa, y eso era algo que no iban a permitir sin luchar. Aquella muchacha, al casarse con su hermano, había pasado a llevar el apellido MacNeill y ahora era también de su familia.

Alec subió de un brinco al caballo y lo golpeó con los pies, sujetando con fuerza las riendas mientras iba tomando velocidad, atravesando los verdes prados.

Pudo ver cómo la familia O'Duines iba por delante, internándose ya en el bosque.

No, no se la llevarían, por mucho que el matrimonio no estuviese consumado ya era su esposa, la mujer a la que amaba con locura, y

por ello no permitiría que se la arrebatasen y la entregasen a otro hombre. Lucharía por ella hasta el final, no permitiría que el que era su prometido, Angus MacNab, le pusiese un dedo encima. Si hacía falta se batiría en duelo con todos ellos.

Briana se agachó esquivando la rama baja de un árbol y miró hacia delante. Obligó a su corcel a saltar sobre otra raíz baja y giró a la derecha unos árboles por delante.

No, no permitiría que se la llevasen. Toda su vida había estado a merced de ellos, de sus exigencias, y no lo haría más. Se había prometido a sí misma que lucharía por su libertad, por su amor, y eso pensaba hacer. No iba a rendirse.

—¡Briana! —escuchó a su espalda.

Reconoció la voz de su hermano Bryden.

Se giró y observó que, tras ella, a poca distancia, cabalgaban en su dirección sus tres hermanos.

—¡No! —gritó ella—. ¡No me iré con vosotros! ¡Dejadme en paz!

—¡Detén el caballo ahora mismo! —exigió Kean.

Briana no contestó, simplemente echó su mirada decidida hacia delante.

Siempre había sido una buena amazona, aun así, sus hermanos le iban ganando terreno poco a poco, necesitaba aumentar más su velocidad, despistarlos y huir de ellos. Se escondería y haría llegar un mensaje a Alec para encontrarse posteriormente en un lugar y escapar juntos de nuevo. Lo habían conseguido una vez, ¿por qué no iban a lograrlo de nuevo? Ya encontrarían la forma, lo harían.

—¡Briana! —gritó de nuevo su hermano Kean—. ¡Detente! —exigió.

Briana se giró para observar a sus tres hermanos. La seguían de cerca, pero le daba la sensación de que aquellos últimos minutos les había ganado unos metros de ventaja.

Se giró para seguir con su mirada al frente y no le dio tiempo a agacharse para esquivar una rama. El impacto fue brutal, sintió cómo su cabeza era echada hacia atrás, igual que todo su cuerpo.

—¡Briana! —gritó Kean acelerando más cuando vio a su hermana caer del caballo con un fuerte golpe contra las rocas.

—¡Briana! —gritaron todos de nuevo corriendo hacia ella.

No habían llegado hasta el cuerpo tendido de su hermana cuando ya saltaron del caballo para ir a por ella.

Briana permanecía en el suelo con la cara ensangrentada. Se había golpeado con fuerza en la zona de la nariz y en la frente. Permanecía con los ojos abiertos, mirando un punto fijo.

Se agacharon a su lado. Kean la miró angustiado al ver que no se movía.

—¿Briana? —susurró pasando una mano por su rostro.

En ese momento, los tres contuvieron el aliento cuando vieron un reguero de sangre que salía de la zona de su nuca e iba formando un charco en el suelo.

Kean tragó saliva y sollozó incrédulo. Todo había sido demasiado rápido.

—No… —sollozó—, ¡Briana! —gritó cogiéndola por los hombros y zarandeándola, pero ella no respondía, no se movía.

Ni siquiera alzaron la mirada cuando escucharon al resto de caballos llegar.

Alec miró perplejo el cuerpo de su esposa en el suelo, inerte. Saltó del caballo al igual que Kenneth y Declan y corrió hacia ella.

—¡Briana! —gritó internándose entre los O'Duines. Quedó totalmente paralizado del impacto al observarla. Briana permanecía con sus enormes ojos azules abiertos, pero sin signo alguno de vida en ellos, ni siquiera su pecho se movía por la respiración—. ¡No, nooo! —gritó arrebatándosela de los brazos a su hermano—. ¡Briana… mi amor…! —sollozó mientras sus manos se impregnaban de la sangre de su amada esposa—. ¿Qué habéis hecho? —les gritó a los O'Duines.

Bryden y Gilian miraron aún sin dar crédito a Alec, temblando por la impresión.

—Se… se ha golpeado con una rama baja y… —sollozó Gilian—, ha caído del caballo.

—¡Nooo! —gritó Alec desesperado pasando su mano sobre su mejilla—. ¡Esto no… no puede estar pasando! No puedes dejarme, Briana. ¡No puedes! —gritó conmocionado.

Kenneth y Declan se acercaron a la espalda de su hermano, impactados también.

Kean permanecía con la cabeza cabizbaja, sin reprimir sus lágrimas. Su hermana, la pequeña de la familia a la que debía proteger… muerta.

Elevó la mirada y miró con odio a Alec que la mantenía entre sus brazos.

—¡Esto es culpa tuya! —gritó. Y, acto seguido, extrajo un puñal de su cinturón.

Por suerte, los hermanos de Kean, Bryden y Gilian, tenían más cabeza que él y lo detuvieron de inmediato en cuanto se abalanzó en su dirección.

Kenneth y Declan se interpusieron entre su hermano y ellos para protegerlo, pues pese a que Kean había elevado su puñal con la clara intención de acabar con su vida, Alec ni siquiera se había defendido, solo apretaba en su pecho a Briana mientras lloraba desesperado.

—¡Basta, Kean! —gritaron sus hermanos mientras intentaban controlarlo. Kean estaba totalmente desquiciado.

—¡Esto es culpa tuya! —volvió a gritar con tanta fuerza que el

eco de las montañas lejanas le devolvió el grito. Kenneth y Declan se miraron de reojo intentando controlarlo también—. ¡Mi hermana no debería estar aquí! —gritaba hecho una furia—. ¡Nunca debería haberse ido contigo!

Alec ni siquiera elevaba la mirada hacia él, era como si aquellos gritos no consiguiesen hacerle reaccionar. Él solo se mantenía arrodillado sobre el barro, con su amada entre sus brazos, acunándola.

—¡Si no fuera por ti ella seguiría viva! —continuó Kean.

—¡Basta! —intervino Kenneth, solo para sacarlo del bucle en el que se encontraba. No le dijo nada más, comprendía que era un momento muy duro y ahora mismo no entraría en razón.

Al menos consiguió que se callase. Kean se dejó caer sobre el barro, totalmente abatido, igual que sus hermanos, llorando y gritando de impotencia.

Kenneth se giró hacia su hermano y tragó saliva. Alec había colocado una mano en la nuca de ella y estaba susurrándole algo con devoción.

—No puedes dejarme… por favor… —sollozó—, no puedes dejarme. Tú eres mi vida.

Kenneth respiró hondo e intentó calmar sus sentimientos. Ver a su hermano así lo destrozaba, pero más aún lo sentía por la pobre muchacha que había perdido la vida por culpa de la codicia de la familia O'Duines.

Tragó saliva e intentó poner algo de cordura a aquella situación.

—Hay que irse, Alec.

Le sabía fatal por su hermano, pero sabía que los ánimos podían caldearse de nuevo y los O'Duines no dudarían en usar sus armas.

—Ella se viene conmigo —susurró Alec.

—¡Nooo! —gritó Kean, aunque se calló cuando su hermano Bryden situó una mano en su hombro.

—Por favor… —susurró Bryden a Alec—, es tu esposa, pero lo ha sido durante unos minutos solo. Ha sido nuestra hermana durante veintidós años. La vimos nacer y crecer. No queremos peleas… —Miró a Kenneth, el cual lo observaba con ojos llorosos—, solo queremos llevarnos a nuestra hermana —imploró.

Kenneth apretó los labios y miró a Declan, el cual parecía estar consternado, sin creer lo que había ocurrido aún, totalmente ensimismado en el sufrimiento de su hermano.

Tragó saliva sin saber qué hacer.

—Hay que irse —reaccionó finalmente Declan, consciente de que todo aquello podía desencadenar una guerra entre las dos familias. Lo mejor sería no empeorar más las cosas. Declan se agachó al lado de Alec y situó una mano en su hombro—. Alec… —le susurró.

Alec negó.

—No, no puedo dejarla. Ella quería estar conmigo —sollozó.

—Alec, mírame —comentó Declan haciendo que su hermano clavase sus ojos en los suyos—. Sé que es duro, pero tenemos que irnos. Deja que lleven a su hermana a su hogar. Sus padres no se merecen esto.

Aquella frase hizo que Alec tragase saliva y contemplase a su amada con tanta pena que le desgarró el alma. Se acercó a Briana y besó sus labios por última vez con infinita ternura.

—Siempre estaré contigo, allá donde estés —susurró abrazándola de nuevo.

Al menos, parecía que su hermano había entrado en razón tras las palabras de Declan.

Kenneth se giró hacia Bryden, pues parecía el más sensato de todos.

—Mi hermano y todos nosotros tenemos derecho a velar su cuerpo y asistir al entierro. Esta unión la convertía también en nuestra familia.

Bryden asintió.

—Os avisaremos para su entierro —pronunció Bryden.

Kean permanecía en el suelo impasible mientras Bryden y Gilian se agachaban junto al cuerpo de su hermana.

—Te quiero —sollozó Alec estrechándola de nuevo.

Kenneth situó una mano en su hombro intentando dar fuerzas a su hermano y tanto Bryden como Gilian la cogieron con cuidado, elevándola.

Jamás había visto a su hermano así. Ni siquiera pudo levantarse del suelo mientras veía cómo llevaban el cuerpo en volandas de Briana hasta el caballo de Bryden, con las lágrimas surcando su rostro y la respiración entrecortada por la desesperación y el sufrimiento.

***

Kenneth dio unos pasos sobre la nieve observando a Kean. Ya estaba harto de aquellas acusaciones, aquel hombre había intentado acabar con su vida y con la de decenas de personas incendiando un monasterio y, además, había retenido a Nora para hacerlo ir hasta allí.

Lo observó con frialdad.

—Siento por lo que has tenido que pasar, pero ya basta, Kean —comentó lentamente.

—¿Basta? —gritó hacia él—. Mi hermana tenía un hermoso futuro que se vio truncado por…

—¿Hermoso futuro? —le devolvió el grito Kenneth, aunque intentó controlarse—. ¿Con quién? ¿Con un hombre al que no amaba? —le preguntó. Dio unos pasos hacia delante—. Vuestra codicia fue la que acabó con la vida de vuestra hermana. Nosotros estábamos

dispuestos a aceptarla con los brazos abiertos. Por Dios, Kean… ¡se querían! —acabó gritando—. Pero vuestra sed de poder la obligó a huir y a esconderse con mi hermano y a celebrar un matrimonio a escondidas. Si tan solo la hubieseis escuchado…

Kean no soportó aquellas palabras, aquel baño de realidad, y cogió a Nora por el cabello con un tirón brusco colocándola ante él. Situó su espada en el cuello de ella, amenazante.

Nora gimió y se removió nerviosa.

Kenneth alzó una mano hacia él. Kean estaba totalmente desquiciado.

—Nosotros solo queríamos lo mejor para ella… —sollozó Kean—, pero tu hermano tuvo que meterse en medio.

Kenneth lo miró con desprecio.

—Era su marido —le recordó—, y aun así no tuvisteis ni el decoro de avisarnos para el entierro de su esposa. Cuando fuimos cuatro días después ya la habíais enterrado, sin avisarnos tal y como había prometido tu hermano Bryden. Ni siquiera respetasteis la voluntad de tu hermana ni en su propio entierro —acabó rechinando de dientes. Aquellas palabras enfurecieron más a Kean que apretó la espada contra el cuello de Nora—. ¿Qué pretendes con esto, Kean? —preguntó situándose ante él—. ¿Crees que acabar con la vida de una chica inocente va a hacer que te sientas mejor? —lo retó. Kean lo miró fijamente—. Ni siquiera aceptas la realidad. Eres un cobarde —le escupió.

—La próxima vez que vuelvas a hablarme en este tono le cortaré el cuello a…

No pudo seguir hablando.

Para sorpresa de todos, incluso de Kenneth que no apartaba la mirada de él, Roy había pasado totalmente desapercibido para todos, se había acercado lentamente por la espalda y golpeado en la cabeza a Kean con la empuñadura de hierro de su espada.

La reacción de Kean había sido inmediata y había caído inconsciente sobre la nieve, arrastrando a Nora con él.

—¿Le he dado muy fuerte? —preguntó Roy asustado, soltando la espada de inmediato sobre la nieve, como si esta quemase—. ¿Está vivo? —gritó de los nervios.

Kenneth se acercó rápidamente y ayudó a Nora a levantarse. Tenía el vestido de lana totalmente empapado en nieve y temblaba. Su piel estaba pálida, no solo por el miedo, sino por el frío.

La cogió por los hombros ayudándola a mantenerse en pie.

—¿Estás bien? —preguntó mientras se quitaba una de las pieles de encima y se la echaba sobre los hombros.

Ella asintió mientras se tapaba rápidamente, sin poder articular palabra.

Kenneth se agachó junto al cuerpo de Kean y le tomó el pulso, luego miró a Roy enarcando una ceja.

—Está vivo, puedes estar tranquilo —le informó.

Roy alzó sus manos rápidamente en señal de paz.

—Nosotros no queríamos esto…

—Es verdad —indicó rápidamente Cormac, acercándose—. No teníamos ni idea de lo que estaba haciendo hasta que nos encontramos con ello de golpe.

Kenneth asintió y miró a Roy.

—Gracias —contestó.

Los cuatro miraron el cuerpo inconsciente de Kean sobre la nieve.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Cormac—. ¿Lo dejamos aquí?

Kenneth chasqueó la lengua.

—Si lo dejamos aquí, con las temperaturas en descenso e inconsciente como está… morirá congelado —susurró. Se giró y observó a Nora que se cubría totalmente con la piel que le había dado. Pensar que le hubiese podido hacer daño le hacía tensarse. Miró a Roy y a Cormac. Fue hacia su caballo y abrió la alforja sacando una cuerda. Fue hasta Roy y le arrojó la cuerda—. Atadlo y llevadlo con su familia. Explicad lo que ha hecho. Ya se encargarán ellos de él. —Roy y Cormac lo miraron no muy seguros—. Habéis colaborado con él en incendiar un convento y cerrar sus puertas impidiendo que pudiésemos escapar todos los que estábamos dentro. Habéis colaborado en el secuestro de una joven. Si queréis redimiros y comenzar a hacer las cosas bien, haced lo que os digo.

Aquellas palabras hicieron mella en los dos muchachos que asintieron y se arrodillaron al lado de Kean para atarle las manos a la espalda y los pies.

Roy acabó de anudar las manos de Kean mientras Cormac hacía lo mismo con los pies y miró a Nora con curiosidad.

—Es anglosajona —indicó él. Kenneth enarcó una ceja en su dirección—. Kean lo sabe y dijo que no dudaría en decírselo al rey.

Kenneth inspiró con fuerza ante lo que Roy acababa de decirle. Eso sí que podía ser un grave problema. La había alojado como una amiga de la familia en el castillo de Eiden's burgh. El rey podía tomarse eso como una ofensa.

Se quedó observando cómo cargaban a Kean en el caballo, aún inconsciente. Si Kean revelaba al rey que ella era anglosajona… eso podía traerles problemas tanto a su familia como a él mismo.

Se giró y la observó. Nora permanecía abrazándose a sí misma, sin decir nada, observando cómo colocaban correctamente a Kean sobre el caballo, sin comprender nada de lo que habían dicho. Le parecía realmente preciosa, de hecho, jamás había sentido tanto

miedo como en el momento en que había sido consciente de que Kean se la había llevado.

Sabía que había una solución rápida a todo eso, pero… no sabía ni cómo afrontarla.

Una ráfaga de aire arrastró la nieve hacia ellos y lo devolvió a aquel prado, sacándole de sus pensamientos.

Se giró hacia los dos hombres.

—Tenéis tres días de camino hasta llegar a su hogar. No dejéis que escape, no lo desatéis y, si por algún casual logra escapar, id a la vivienda de los O'Duines y explicad lo que ha hecho de todos modos. Su familia debe saberlo. Ellos lidiarán esta guerra con él, no nosotros.

Ambos asintieron. Roy se subió en el mismo caballo donde habían depositado tumbado boca abajo a Kean y Cormac se subió al suyo.

—Lo sentimos mucho, MacNeill —pronunció Cormac antes de iniciar el paso junto a su amigo cargando a un Kean inconsciente.

Kenneth se giró hacia Nora que aún permanecía en la misma postura, abrazándose a sí misma y temblando de frío.

Fue hasta ella y frotó sus brazos.

—Vamos —dijo ayudándola a caminar, pues la muchacha estaba totalmente congelada y le costaba incluso hacer movimientos rápidos —. A unas horas de aquí hay un poblado. Buscaremos refugio allí esta noche.

La ayudó a subir al caballo y se sentó por detrás. Directamente extrajo otra manta y la colocó sobre ella para protegerla.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó sorprendida.

—Soy buen rastreador —indicó—. Además, es fácil seguir las huellas de los caballos en la nieve.

—¿Has venido solo? —preguntó temblorosa.

Kenneth cogió las riendas del caballo e iniciaron la marcha.

—Sí, prefería solucionar esto por mí mismo —indicó—. No quiero que nadie más se vea envuelto en problemas con la familia O'Duines por mi culpa.

Ella lo miró de reojo y asintió.

¿Su culpa? Tenía tantas dudas acerca de la relación con esa familia. De hecho, su mente no podía olvidar el momento en que Kean le había informado de que ellos habían matado a la hermana de este. Quería hablar sobre ello, preguntarle sobre lo ocurrido, pero en ese momento no podía pronunciar palabra alguna, pues el castañeteo constante de sus dientes se lo impedía. El frío era mal compañero de viaje, pensó para sí misma.

Apoyó su espalda contra su pecho, totalmente agotada y se cubrió con la manta la boca y la nariz.

—Gracias por venir a buscarme —susurró girándose levemente hacia él.

Kenneth observó su perfil con la mejilla colorada por un golpe. Tuvo deseos de pasar sus dedos y acariciarla, pero se contuvo.

—No hay de qué —respondió antes de iniciar el trote.

23

Habían llegado al poblado consistente en unas diez casas bien entrada la noche. Los minutos se habían transformado en horas. No sabía cuántas horas habían pasado desde que habían salido al trote del descampado donde Kean la había mantenido presa.

Durante un rato se había quedado adormilada con el balanceo del caballo. Cuando cerró los ojos se encontraban en un frondoso bosque y cuando los abrió por el rápido galope del caballo se encontraban atravesando otro interminable descampado a través de un valle.

No conseguía ubicarse, ni siquiera sabía si ya había pasado con anterioridad por allí. La oscuridad reinaba en toda la zona y hacía que la travesía fuese más lenta de lo que esperaba. Ni la luz de la luna ni la de las estrellas, cubiertas por un manto de nubes grisáceas, llegaba hasta ellos. Ni siquiera entendía cómo Kenneth podía ubicarse.

Finalmente, a lo lejos, distinguió unas luces en la lejanía que provenían de unas casas. Suponía que debía de ser bien entrada la noche, aunque cuando habían partido del descampado estaba anocheciendo. En esa época del año se acortaban los días, e incluso después de comer ya comenzaba a oscurecer.

Nora se incorporó.

—¿Nos vamos a detener aquí? —preguntó con esperanza.

Había sentido cómo Nora caía rendida entre sus brazos y había decidido no despertarla.

—Sí, esperemos que alguien nos pueda hospedar.

Por suerte, el apellido MacNeill era más conocido de lo que ella esperaba y les había abierto las puertas de la primera casa a la que habían llamado. No dispondrían de una habitación privada o un confortable colchón de plumas, pero sí de un techo.

En la casa vivía una familia con siete hijos y a duras penas tenían espacio para ellos, pero muy amablemente les habían cedido un

espacio en el establo para cobijarse de la ventisca helada y la nieve que volvía a caer copiosamente.

El establo estaba cerrado, con unos departamentos para los caballos y otro para unas cuantas cabras. Al final, había una zona con varios bancos y unas mantas para poder cobijarse del frío.

Les habían dado unas brasas con las que poder encender un fuego en la zona habilitada para ello, alejada de los animales y de todo aquello que pudiese prender.

Nora se arrodilló ante el fuego, temblando.

—Ahora vengo —dijo Kenneth antes de alejarse.

Lo vio salir del establo sin decir nada más. Tenía tanto que agradecerle a ese hombre…

Si no fuese por él estaría muerta, los normandos habrían acabado con su vida despiadadamente, además, se había encargado de protegerla en todo momento, incluso de ir a buscarla cuando Kean la había raptado.

Cerró los ojos e inspiró profundamente. El camino estaba siendo muy largo aquellos últimos meses, desde que los normandos habían invadido su manor y había sido capturada. Su mente voló de nuevo hacia su madre, su prometido y su amiga Mildred. ¿Estarían bien? Aquello era un sinvivir. Sabía que su madre desearía que se mantuviese alejada de todo, que intentase rehacer su vida, pero ¿cómo? Aunque estuviese en compañía de decenas de personas o de Kenneth se sentía sola, perdida, sin un rumbo que seguir. La sensación era desgarradora.

Se giró hacia atrás para ver cómo Kenneth entraba de nuevo en el establo con una bolsa de tela en la mano y se quitaba una de las mantas de los hombros.

Uno de los caballos le dio la bienvenida con un relincho.

Kenneth se fijó en cómo las llamas anaranjadas se reflejaban en su piel blanquecina. Nora volvió a abrazarse a sí misma ante el fuego, intentando entrar en calor.

Kenneth se arrodilló a su lado fijándose en su hermoso perfil, aunque escudriñó con atención su mejilla amoratada.

—¿Te hizo daño? —le preguntó.

Nora despertó de su ensoñamiento y negó con la cabeza.

—No.

Él señaló su mejilla.

—Te golpearon —se señaló él mismo la cara.

Ella inspiró con fuerza y volvió a mirar el fuego.

—No es nada, solo fue un bofetón —susurró—. Me he enfrentado a cosas peores —acabó pronunciando.

Aquellas palabras le hicieron recordar la horrible situación en la que se encontraba. Nora había sido sincera con él, le había explicado

lo que había ocurrido en su manor, cómo había dejado a su madre allí, a su prometido sin saber si seguía vivo o muerto, a su amiga que había conseguido escapar… Se quedó observándola. Nora mantenía la mirada fija en las llamas, hipnotizada por su movimiento.

—¿Le querías? —preguntó lentamente.

La pregunta hizo que ella girase su cuello hacia él, extrañada.

—¿A William? —preguntó directamente. Él asintió. Ella se removió incómoda e inspiró con fuerza—. Era mi mejor amigo desde pequeña. —Tragó saliva—. Sí, le quería… —admitió—, era muy buen hombre —susurró.

Kenneth tragó saliva y se quedó observando las llamas del fuego. Fuera comenzaban a caer de nuevo los copos de nieve. Una ventisca originó un sonido agudo. Al menos ahí estaban refugiados del viento helado y de las gélidas temperaturas y, ahí, al lado del fuego, se estaba a gusto.

Nora le importaba mucho, muchísimo, aquellos últimos días aquella muchacha a la que había rescatado de los normandos había entrado con fuerza en su corazón. No solo por la fortaleza que demostraba ante todas las adversidades que había pasado, sino por su belleza, de la cual era más consciente a cada hora que pasaba.

Miró su perfil y observó asombrado una lágrima resbalar suavemente por su mejilla. Nora lloraba en silencio. Suponía que todo por cuanto había pasado sumado a la debilidad que debía sentir al final eran superiores a ella. No la había visto llorar hasta ese momento, pese a todo lo que le había narrado.

Kenneth pasó un brazo por sus hombros y la atrajo con un movimiento delicado. Nora no se negó y dejó que Kenneth la apoyase contra su hombro. En ese momento sí brotó un gemido de lo más profundo de su ser, como si no se contuviese más. Había intentado mantenerse firme y fuerte durante todas esas semanas, pero necesitaba desahogarse.

Su madre, su prometido, su amiga… toda la gente a la que amaba era posible que estuviese muerta. ¿Volvería a saber de ellos? Aquella invasión había acabado con su vida y con todo lo que amaba.

Las lágrimas mojaron parte de la túnica de Kenneth. Él no dijo nada, simplemente permaneció a su lado abrazándola.

Nora se pasó la mano por la mejilla y se incorporó levemente intentando recomponerse. Sabía que el camino que le quedaba por recorrer era duro, pero debía mantenerse firme por las personas a las que amaba. Cuando elevó la mirada se encontró con los enormes ojos azules de Kenneth, estudiándola tan próximo que solo con que avanzase unos centímetros sus narices chocarían.

Ambos se quedaron observándose mientras las llamas iluminaban parte de sus rostros. Nora sintió su corazón latir con más fuerza. Sí,

amaba a William, pero comenzaba a sentir algo aún más fuerte por aquel hombre que tenía ante ella.

Aquel pensamiento la despejó y se removió incómoda mientras tragaba saliva, nerviosa ante su cercanía. El movimiento de ella hizo que él también se despejase de sus pensamientos y se pusiese erguido.

Nora había reaccionado inquieta, lo cual le hacía sospechar que quizá pudiese albergar algún sentimiento por él. Le había hablado varias veces de William, del que era su prometido, y le había confesado que le amaba.

—¿Puedo… hacerte una pregunta personal? —preguntó ella. Kenneth asintió. Nora tragó saliva y lo miró con timidez. Sabía que eso era privado, pero se sentía intrigada, y también era una buena forma de distraerse y calmar los latidos de su corazón—. El hombre que me llevó con él…

—Kean O'Duines —apuntó él.

Ella asintió, pues no sabía su nombre hasta ese momento.

Se mojó los labios un poco nerviosa.

—Me dijo que… —carraspeó—, que su hermana había muerto por vuestra culpa —susurró con vergüenza.

Kenneth se quedó callado unos segundos y asintió. La miró y ladeó su cabeza.

—Mi hermano pequeño, Alec, y la hermana de Kean, Briana, estaban enamorados —explicó con calma—. De hecho, Briana estaba prometida con un joven llamado Angus MacNab. Su familia había decidido su matrimonio, así que… huyó con mi hermano por la noche y se casaron en secreto —continuó lentamente—. Nosotros no teníamos ni idea de esa relación, pero al ver que faltaban los dos lo sospechamos. Nos dirigimos a ver a la familia Bruce, grandes amigos de Alec, y los encontramos allí. —Se quedó pensativo mientras Nora escuchaba con atención—. Nosotros íbamos a aceptar con alegría a Briana en nuestra familia, pero no fue el caso de los O'Duines con mi hermano. Briana estaba prometida con un hombre que poseía muchas tierras y estaba claro que la codicia de esa familia no tenía límites. No les importó que el matrimonio ya se hubiese producido. Quisieron llevarse a Briana a la fuerza faltándole el respeto a mi hermano, su marido. —Suspiró largo y tendido—. Briana huyó en un caballo, todos salimos tras ella. La familia O'Duines para llevarla de vuelta a casa y nosotros para proteger a mi hermano y a su esposa. —Tragó saliva y cerró los ojos como si le inundase el dolor—. En la huida Briana chocó contra una rama baja de un árbol y cayó al suelo desde el caballo. Murió en el acto.

Nora se llevó la mano a la boca y su mirada se quedó perdida.

—Lo siento —dijo volviendo a mirarle.

Kenneth chasqueó la lengua.

—Mi hermano se quedó destrozado —explicó—. Además, para evitar conflicto mayor permitimos que ellos se llevasen el cuerpo con la condición de que pudiésemos asistir al entierro. Después de cuatro días sin recibir noticias acudimos a la vivienda de los O'Duines. La habían enterrado sin avisar a mi hermano, su esposo. —Inspiró con fuerza—. Ese fue el mayor desprecio que le pudieron hacer. Pese a que mi hermano era su marido no pedimos la dote, pensamos que bastante habían perdido ya. Desde entonces, la familia O'Duines, en concreto Kean, nos acusa de su muerte.

—Lo siento muchísimo —repitió totalmente anonadada por lo que acababa de narrarle—. ¿Cuánto hace de ello?

—Tres años —respondió pensativo.

—Y… ¿tu hermano?

Negó con la cabeza.

—Se esfuerza… pero no ha vuelto a ser el mismo desde entonces. —La miró con una sonrisa triste—. Lo acabará superando —dijo como si de esa forma pudiese convencerse a sí mismo.

—Entiendo a tu hermano —susurró ella y lo miró con tristeza—. Quizá no llegue nunca a superarlo y solo aprenda a vivir con esa pena.

Kenneth la miró pensativo y asintió. En cierto modo, la situación de su hermano y la de Nora eran similares.

Inspiró hondo y cogió la bolsa de tela que había conseguido en casa de la familia que los acogía. En el interior había unos trozos de pan, queso y cecina de cabra.

—Me lo ha dado la familia de la casa —explicó.

—Qué amables —respondió ella aún con una sonrisa triste.

—Podemos quedarnos aquí hasta que amanezca. Luego tienen que atender al ganado —explicó.

Ella asintió mientras cogía un trozo de pan y cecina. Ahora que lo pensaba, estaba totalmente hambrienta. Suponía que el estar junto a Kenneth le daba tranquilidad y hacía que su estómago volviese a abrirse.

—¿Trabajabas la tierra en el manor? —preguntó él.

Ella asintió.

—Junto a mi madre —explicó antes de darle un bocado al pan. Sonrió con amargura—. Plantábamos cebada y trigo —continuó—, era realmente hermoso.

—Nosotros tenemos huertos y trabajamos sobre todo con la ganadería.

Ella continuó con aquella sonrisa cargada de melancolía.

—Es hermoso ver todo el centeno o el trigo moverse al unísono por el viento. Parece un mar dorado —susurró pensativa recordando aquellos maravillosos atardeceres.

Su vida no había sido fácil, pero ahora se daba cuenta de las

comodidades que había tenido anteriormente y de la infinidad de cosas y personas que le faltaban en este momento.

Miró de reojo a Kenneth mientras también comía. Era diferente a todos los hombres que había conocido. Sintió un profundo agradecimiento y se quedó observándolo con ternura. Realmente no se merecía el trato que gratuitamente él le otorgaba. Era una buena persona.

—Gracias —le susurró al final, él la miró también, lo que incrementó su timidez—, por rescatarme de los normandos y venir a buscarme hoy. Por todo lo que estás haciendo por mí. No sé cómo podré agradecértelo algún día.

Kenneth sintió cómo una corriente eléctrica atravesaba su columna al escuchar la ternura con la que pronunciaba aquellas palabras. Se quedó observándola fijamente.

—Te dije que si te quedabas a mi lado no tenías nada que temer —pronunció él con la misma ternura.

Ella asintió y, finalmente, le sonrió de nuevo provocando que los latidos del corazón de Kenneth aumentasen.

Inspiró hondo y miró el fuego. Tras unos segundos intentando calmar sus emociones miró de un lado a otro y observó los bancos.

—¿Quieres comer un poco más? —preguntó. Nora negó mientras acababa su trozo de cecina—. Lo dejaremos para el trayecto de mañana. —Anudó las cuatro puntas de la tela formando un pequeño saco y lo depositó a un lado.

Se puso en pie y colocó una de las mantas sobre el primer banco.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—Confío en que mañana antes del anochecer podamos llegar a Dun Monaidh.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó con curiosidad.

—Es una fortaleza. Nos acogerán encantados. Los señores de esas tierras, los MacDougall, siempre han tenido una relación muy estrecha con nosotros. —Ella apretó los labios con timidez y asintió. Kenneth supo que le ponía bastante nerviosa acudir a otro lugar—. No te preocupes, los MacDougall son buena gente —intentó calmarla—. Será mejor que descansemos —dijo cogiendo la otra manta para situarla en el segundo banco—. Intenta dormir un poco, estarás agotada.

Ella asintió y se sentó sobre el banco. La manta era lo suficientemente larga como para envolverse con ella. El banco era duro, pero no más que el suelo.

Se estiró sobre este y se cubrió con la manta. Allí, al lado del fuego, se estaba a gusto.

—Buenas noches —pronunció Kenneth tumbándose en el banco de enfrente, al otro lado del fuego. Dicho esto, situó su espada a su lado como hacía cada noche.

—Buenas noches —respondió ella antes de cerrar los ojos y caer profundamente en un plácido sueño.

Después de todo el día al trote, la fortaleza de Dun Monaidh emergía ante ellos sobre una colina. Era enorme, de piedra… la casa señorial se encontraba rodeada de una muralla que la protegía, con unos muros que alcanzaban más de tres metros de altura en algunos puntos. Bajo esa colina se encontraba un gran lago. La estampa era sobrecogedora.

Había nevado parte del día, pero ahora, por suerte, había cesado.

Kenneth condujo el caballo hasta lo alto de la colina, desde ahí podía verse que, al otro lado de la colina, muy próximo, había una pequeña aldea compuesta por no más de quince casas.

Llegaron hasta la muralla y entraron al interior. Nora se sorprendió cuando vio a varios hombres custodiando la muralla, con sus lanzas y flechas, protegiendo el lugar y dispuestos a iniciar una batalla en cualquier momento.

—¡Kenneth! —escucharon la sonriente voz de Evan. Ambos se giraron hacia él mientras Kenneth llevaba el caballo hasta un pesebre que había al lado de la muralla para que el animal bebiese agua. A su lado había un poste donde poder atarlo—. Me alegro mucho de veros —comentó acercándose.

Kenneth le sonrió y descendió del caballo, luego ayudó a Nora.

Kenneth tendió las riendas del caballo a uno de los hombres que se acercaba para encargarse de él.

—Llegasteis sin problemas, ¿verdad? —preguntó Kenneth echándose la piel por encima.

—Sin ningún problema, ¿y vosotros?

Kenneth miró de reojo a Nora que observaba con curiosidad el interior de la fortificación. El patio era bastante amplio, con una zona donde varios hombres luchaban unos contra otros, entrenando, mientras otros animaban con vítores a cada puñetazo y patada que se propinaban los contrincantes.

Al otro lado había un gran establo donde cobijaban a los caballos. Más allá había una gran pila de madera cortada, suponía que para calentar aquella enorme casa que se encontraba en el centro.

—Tengo que hablar con vosotros —indicó Kenneth en gaélico y señaló a Nora con un movimiento de cabeza. Ella ni se enteró, pues permanecía investigando toda la zona. Evan asintió—. ¿Dónde están todos? —preguntó con un tono más animado y en inglés.

—MacDougall nos va a servir la cena ya mismo, habéis llegado justo a tiempo —explicó Evan con una sonrisa mientras pasaba el brazo por los hombros de Kenneth.

Ambos caminaron unidos, expresando así su amistad mientras

Nora los seguía un poco perdida y con timidez.

Entraron por una puerta. El interior era frío y la presencia de un lago cercano hacía que el ambiente fuese húmedo.

—¿Habéis puesto al corriente a MacDougall sobre lo ocurrido?

—Eiden se ha encargado de ello —explicó—. Ya sabes que le encanta hablar.

—Lo sé —rio Kenneth mientras daba un golpe en la espalda de su amigo.

Evan lo soltó justo cuando accedían a través de un pasillo a un enorme salón, incluso más grande y lujoso que el del castillo de Eiden's burgh.

El ambiente era mucho más cálido allí, pues tenían encendido un fuego que calentaba la estancia. Las paredes de piedra parecían acumular el calor y hacer del lugar un sitio confortable.

Darach, Eiden e Iain se encontraban allí.

—¡Al fin! —comentó Darach con una copa de vino en la mano—. Ya estábamos pensando en salir a buscaros —reconoció con una sonrisa.

—¡MacNeill! —exclamó un hombre de avanzada edad. Tenía el cabello largo y canoso y caminaba un poco encorvado. Fue directamente hacia Kenneth y abrió los brazos para fundirse en un gran abrazo con él—. Muchacho, cuánto me alegro de verte —dijo mientras le daba unas palmaditas en la espalda.

—Muchas gracias por recibirnos —dijo Kenneth soltándose de él.

El hombre sonrió y miró hacia Nora que los observaba atenta.

—Tú debes de ser Nora —indicó acercándose a ella.

Kenneth se giró hacia ella y le tendió su mano.

—Él es Crayton MacDougall, señor de la fortaleza.

Ella asintió con timidez.

—Muchas gracias por atendernos —comentó sin saber qué decir.

El hombre comenzó a reír como si le hubiese hecho gracia su comentario.

—Los MacNeill están en su casa —dijo con un inglés forzado—. Este muchacho ha pasado más tiempo entrenando y corriendo por la colina que en su propia casa —comentó mientras depositaba una mano en el hombro de Kenneth en señal de confianza. La miró de la cabeza a los pies—. Supongo que agradecerías un baño caliente y unas ropas más confortables —le ofreció. Ella asintió de inmediato—. ¡Bonnie! —alzó el tono.

Segundos después, una joven apareció y el señor MacDougall le dio unas instrucciones en gaélico que Nora no comprendió.

—Bonnie es una de mis hijas —explicó—. Solo habla gaélico, pero te tratará bien.

Volvió a hablar con su hija y luego esta le indicó con un

movimiento de mano que la siguiese. Kenneth asintió y le señaló con la cabeza que fuese con Bonnie. La muchacha era bonita, bastante más joven que ella, pues no debería de llegar ni a los quince años. Su cabello era largo y rubio, recogido en una preciosa trenza que le caía por la espalda. Sus facciones eran dulces, con unos preciosos y enormes ojos azules.

Lo cierto era que no había nada que le apeteciese más que un baño con agua caliente y cambiarse de ropa, pues aún llevaba las mismas ropas que el día de la invasión de su manor.

En cuanto Kenneth la vio alejarse se giró hacia MacDougall, aunque este ya no tenía una sonrisa en su rostro, sino un gesto serio, muy serio.

Kenneth inspiró hondo, pues ya sabía lo que Crayton iba a decirle.

—¿Has perdido la cabeza? —le preguntó en un susurro.

El resto de sus amigos se distanció, como si no quisiesen saber nada del asunto o se desvinculasen de lo que Crayton decía.

Kenneth se pasó la mano por la nuca, agobiado, y dio unos pasos hacia la mesa para echarse una copa de vino, la iba a necesitar.

—¿Una anglosajona? Sabes que eso no va a gustar nada a nuestro rey —indicó.

—Sí, y ese es uno de los mayores problemas que tengo —comentó tranquilamente antes de dar un largo sorbo.

Crayton lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Kenneth chasqueó la lengua y miró de reojo a sus compañeros de viaje mientras recibía la mirada intrigada de todos.

—Me encontré con Kean O'Duines. —Miró a sus compañeros de viaje—. Habíamos tenido razón y pensado correctamente, él fue quien se la llevó. —Todos resoplaron—. Iba acompañado de dos hombres más a los que no conocía, pero no parecían estar muy de acuerdo con lo que él estaba haciendo, así que al final nos ayudaron. Uno de ellos dejó inconsciente a Kean.

—¿En serio? —preguntó Eiden asombrado.

Kenneth suspiró.

—Eso nos permitió poder escapar sin tener que batirme en duelo con él —explicó—. Esos dos hombres lo ataron y lo llevan a su domicilio para informar a la familia O'Duines de lo ocurrido, tanto en el convento como con Nora. —Carraspeó y se quedó pensativo—. Uno de ellos me informó de que O'Duines era consciente de que Nora es anglosajona y pretende decírselo al rey.

Todos resoplaron una vez más.

—¿Y por qué no lo mataste? —preguntó Darach con la voz grave —. Después de lo que hizo en el convento no se merece otra cosa ese

bastardo.

Kenneth lo miró fijamente.

—No creo que eso ayude mucho a mantener la paz entre las familias —indicó.

Eiden intervino de nuevo.

—Así que, seguramente, en cuanto recupere la consciencia ira directo al rey a explicar que protegemos a una anglosajona…

—Y no solo eso —continuó Kenneth—, sino que además alojamos a una anglosajona en su castillo ocultándole la verdad.

Todos resoplaron por la franqueza de Kenneth.

—Ya te lo dije —continuó Eiden mirando con intensidad a Kenneth—, esto tiene fácil solución.

Kenneth apretó los labios.

—¿A qué os referís? —preguntó Evan.

Crayton MacDougall los miraba sorprendido, estudiando a cada uno de los allí presentes.

Kenneth chasqueó la lengua y se cruzó de brazos con la mirada hacia abajo, pensativo.

—¿Lo vas a decir o no? —insistió Evan.

Por la mirada entre Kenneth y Eiden, Crayton ya comprendía lo que ocurría. Miró al muchacho asombrado.

—¿Tan importante es esa muchacha? —preguntó sorprendido, pues no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Kenneth inspiró hondo.

—La rescatamos de los normandos —explicó Kenneth—, en un principio se vino con nosotros para evitar que los normandos pudiesen hacerla presa de nuevo, no solo para garantizar su protección, sino la nuestra propia, ya que la muchacha podía explicarles nuestros puntos de vigilancia en la frontera. El inconveniente es que…. —tragó saliva —, nuestros problemas con la familia O'Duines la han arrastrado a ella —acabó diciendo—, y está claro que Kean, aunque su familia ponga el grito en el cielo por lo que ha hecho, no se detendrá.

—Sí, todo eso ya me lo imagino —continuó Crayton MacDougall —. Pero ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar para protegerla?

—Y por protegernos a nosotros —dijo Eiden rápidamente—. Nosotros también estamos involucrados en esto, hemos sido partícipes de la protección a una anglosajona y de su encubrimiento incluso en el castillo del rey. Puede traernos problemas no solo con la corona, sino con el resto de familias que no son tan tolerantes como nosotros. Las familias de la frontera no creo que estén conformes con nuestra decisión —apuntó—. Ellos sufren ataques continuos a manos de los ingleses… ¿crees que nos van a dar su apoyo? —preguntó indignado —. Al contrario, se nos echarán encima.

Todos miraron a Kenneth esperando una respuesta.

—No puedo abandonarla, no sabiendo que Kean la buscará de nuevo o informará al rey de lo sucedido. Lo ocurrido con Kean y en qué pueda desembocar todo finalmente es cosa mía.

—Pues creo que la solución está clara —acabó diciendo Eiden.

Evan los miraba sin comprender.

—¿Qué solución? —preguntó perdido.

Kenneth carraspeó y miró a Eiden, ignorando el comentario de su amigo Evan. El resto se mantenía callado, de brazos cruzados y escuchando con atención.

—Ella no estará de acuerdo. Se negará. Estaba prometida y está desesperada por volver junto a su familia y junto a él —le informó.

—Ya —respondió Eiden—, pero ella no entiende el gaélico —le recordó.

Kenneth lo miró con suspicacia.

—Estás insinuando que no le informe de que…

—Aquí no solo está en riesgo la muchacha —continuó Eiden—. Yo tengo mujer e hijos, así que si crees que todo va a ser mucho más fácil sin que ella se entere, sí, hazlo, pero haz algo ya.

Aquella idea era una locura, sin embargo, en cierto modo le entusiasmaba.

Kenneth miró a Crayton y al resto de sus compañeros que esperaban una respuesta por su parte. Sabía lo que debía hacer no solo para salvarla a ella, sino para salvar el nombre de su familia y el de sus amigos. Sus compañeros estaban tan involucrados como él en esto, así que no solo debía mirar por él, sino por todos ellos, sabía que lo que habían hecho podía traer consecuencias negativas si no le ponían solución.

—Está bien —acabó diciendo ante la mirada asombrada de todos, pues parecía que todos sus amigos y Crayton, a excepción de Evan, sabían de lo que se estaba hablando—. Que sea mañana, antes de partir. —Miró a Crayton—. ¿Crees que podrás tenerlo todo listo?

Crayton se encogió de hombros.

—Solo son necesarios unos cuantos testigos, nada más —intervino este.

Kenneth apretó los labios y asintió. Se quedó pensativo unos segundos.

—Está bien. Me encargaré de hablar con ella para que mañana acepte sin más explicaciones —comentó.

Crayton dio una palmada llamando la atención de todos.

—Estupendo todo, ya está solucionado. —Miró a Kenneth—. ¿Qué tal si tú también te das un baño y luego cenamos? Apestas desde aquí —ironizó.

Kenneth puso los ojos en blanco.

—He pasado la noche en un establo, ¿qué esperabas? —preguntó

mientras se dirigía a la puerta para ir a sus aposentos.

No necesitaba que nadie le guiase, tal y como MacDougall había explicado a Nora, sus visitas cuando era pequeño eran frecuentes. Había pasado horas corriendo por esas colinas y descubriendo parte de la fortaleza.

Llegó hasta su dormitorio, el que siempre usaba cuando se encontraban allí, y cerró la puerta tras él.

Lo que iba a hacer era una locura, pero sabía que era necesario hacerlo, no solo por proteger a sus amigos, sino a su familia. Darach y Eiden se lo habían dejado muy claro y no podía negarlo, tenían razón en todo lo que decían. Por otro lado, no estaba nervioso, se sorprendió a sí mismo sintiendo impaciencia, incluso alegría. Le parecía un disparate que, después de todo lo que había ocurrido, pudiese sentirse así.

Poco después llegaron dos hombres con los cubos de agua caliente para llenar la bañera. Fue rápido, no se entretuvo ni se relajó. Se dio un baño y se vistió con una túnica nueva que MacDougall le había hecho llegar. La que había llevado puesta en los anteriores días bien podían quemarla.

Ahora que había amasado las ideas, ordenado y comprendido, se encontraba en paz consigo mismo.

Se vistió y aún con el cabello mojado salió de la habitación justo cuando Bonnie salía de la habitación que habían asignado a Nora. Se quedó contemplando a la espera de que Nora saliese por la puerta y, cuando lo hizo, se quedó totalmente maravillado. Llevaba un bonito vestido azul cielo entallado y más ancho por la parte baja que se adaptaba perfectamente a su silueta. Bonnie debía de haberla ayudado a arreglar su cabello porque llevaba una trenza igual que la de ella.

Durante unos segundos se quedó sin respiración. Tenía delante de sus ojos a la mujer más hermosa que jamás había visto.

Coincidió la mirada con ella y se quedó embobado durante unos segundos. Ella le sonrió con timidez, consciente de la mirada de Kenneth.

—Te has cambiado tú también de ropa —comentó ella despertándolo de su ensoñamiento.

Él asintió y fue hacia ella.

—Sí, sienta bien después de pasar toda la noche entre animales —comentó con una sonrisa. Ella asintió divertida. Sabía que era hermosa, incluso con barro por sus ropas y desaliñada, pero no esperaba un cambio tan radical. Tragó saliva y se situó frente a ella—. Tengo que hablar contigo.

El tono de voz advirtió a Nora de que era una situación preocupante.

—¿Ocurre… algo? —preguntó nerviosa.

—No, no… no es nada nada —se apresuró a calmarla. Inspiró hondo intentando hacerle entender la situación de una forma ordenada—. Como sabes, para algunas personas, el hecho de que seas anglosajona es un problema. —Ella parpadeó varias veces y agachó su cabeza, pensativa, preocupada por el rumbo que estaba tomando la conversación—. Nosotros podemos protegerte, pero…

—Sé que soy un lastre para ti y los tuyos —reconoció ella con un hilo de voz.

—No, no lo eres —dijo rápidamente—. Por eso mismo queremos ofrecerte algo. —Ella lo miró confundida—. Hay un ritual por el que… por el que una familia se compromete a proteger a una persona.

—¿Un ritual?

—Sí —respondió rápidamente afirmando de forma efusiva—. Como si pasases a formar parte de nuestra familia. De esta forma podemos garantizarte nuestra protección.

Ella lo escuchaba atenta, intentando comprender las palabras.

—Y… —tragó saliva—, ¿ya no podría ocurrir nada con Kean O'Duines?

—Exacto —respondió Kenneth—, estando bajo la protección de la familia MacNeill nadie se atrevería a ponerte un dedo encima.

Ella inspiró intentando asimilar aquellas palabras.

—Y… eso… ¿no sería un problema para ti o tu familia? —pregunto nerviosa—. Seguiré siendo anglosajona.

—No, no sería ningún problema, de… de hecho se hace mucho, es muy común —comentó y luego apretó los labios—. Es un ritual muy sencillo. Consiste en enlazar mediante un trozo de tela la mano de la protegida y… la del protector de una familia, como símbolo de unión y protección, de compromiso de una familia o grupo para proteger a una persona como si fuese de su familia y… luego… hay que aceptar todo lo que se diga. —Ella escuchaba atenta—. El rito es en gaélico…

—Mmm…

—Solo tienes que responder: *seadh*, significa sí en gaélico. —Nora parecía un poco perdida—. ¿Lo entiendes? —Ella asintió—. Es necesario que lo hagamos para así no tener tantos problemas a la hora de protegerte. Al hacer este ritual es obligatorio proteger a la persona que lo acepta, ni siquiera el hecho de que seas anglosajona será un problema.

Ella suspiró y tras unos segundos asintió.

—Claro, si eso va a hacer que vosotros no tengáis tantos problemas lo haré encantada.

—¡Perfecto! —dijo él con una gran sonrisa—. Lo haremos a primera hora de la mañana, antes de partir.

—De acuerdo —asintió más convencida. Si eso podía garantizar su protección por parte de los MacNeill sin generarles problemas por

su condición de anglosajona lo haría encantada. De hecho, había tenido suerte de encontrarlos aquel día—. Te lo agradezco mucho.

Kenneth asintió y la observó.

—De acuerdo, pues… —dijo ladeando su cuello—, será mejor que vayamos al salón para cenar y nos acostemos pronto. Mañana hay que levantarse temprano.

Caminaron lentamente por el pasillo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Argyll?

Él sonrió.

—Ya estamos en Argyll, aunque nos hemos desviado bastante de mi poblado por lo de ayer. Si salimos a primera hora de la mañana llegaremos a Clachan Dhu a media tarde. Ahí es donde vivimos. —Ella asintió con una sonrisa—. Te gustará. Es un lugar precioso.

—Y… ¿qué hare yo allí?

—No te preocupes por eso, ya lo miraremos cuando lleguemos, pero puedes estar tranquila, con el ritual de mañana no habrá ningún problema de aceptación en el poblado.

Aquellas palabras calmaron a Nora y sonrió alegre.

—Tengo ganas de hacerlo —comentó ella ante la mirada asombrada de él—, así al menos sé que no os causaré más problemas y no tendré el miedo de que me vayan a expulsar —bromeó. Llegaron hasta la puerta que precedía al salón y se detuvieron bajo el marco. Nora llevó una mano hasta su brazo y la posó sobre él con delicadeza —. Gracias de nuevo —le susurró antes de dirigirse a la mesa donde había varios tipos de platos repletos de comida esperando.

Kenneth observó cómo se alejaba hacia la mesa y fue consciente de que todos sus compañeros, incluso Crayton MacDougall, observaban embelesados a la muchacha. El cambio tras un baño, arreglarse el cabello y vestir ropas nuevas y limpias era espectacular.

Crayton miró a Kenneth aún con sorpresa en la mirada y Kenneth asintió dándole a entender que ya estaba todo hablado y que podían proceder a la mañana siguiente con la ceremonia.

Sintió cómo la piel de su brazo donde ella le había tocado seguía erizada.

Sí, la protegería frente a cualquier adversidad, pero no porque ese ritual garantizase su protección por parte de la familia, sino porque la convertiría en su esposa y su condición ya no sería la de anglosajona, sino la de escocesa.

24

Nora miró asombrada a su alrededor, ¿tanta gente reunida para el ritual?

Se había levantado temprano. Bonnie había entrado en su dormitorio sin avisar, con un bonito vestido color crema y plateado, despertándola de un apacible sueño. Era realmente precioso. Le había hecho una bonita trenza y cuando había estado lista se habían dirigido a la planta baja.

Se había sorprendido al ver a tanta gente reunida.

—Cuantos más testigos haya, mejor —le había comentado Kenneth sin darle mucha importancia. Los nervios de Nora se incrementaron. No había esperado algo tan formal—. Recuerda… —comentó observándola de reojo—. Tienes que decir *seadh* cada vez que el señor de la fortaleza te señale con la mano.

Ella apretó los labios y asintió. Le extrañaba todo eso, pero lo cierto era que no estaba muy versada en las costumbres escocesas. Por lo pronto, si podían garantizar su protección frente a cualquiera ya le bastaba. No quería tener que volver a pasar por lo de los días anteriores.

—De acuerdo —susurró ella mientras Crayton MacDougall que parecía ser quien oficiaría el ritual se situaba ante ellos para comenzar a hablar en gaélico.

No pudo evitar desconectar de lo que el señor de la fortaleza decía y mirar a su alrededor. Allí se encontraba la familia del señor de la fortaleza, los MacDougall, todos los amigos de Kenneth y personas a las que no conocía, pero que podía asegurar que se trataba de gente del pueblo cercano.

Recibió un pequeño toque en el brazo de Kenneth llamándole la atención y se encontró a MacDougall señalándola.

—*Seadh* —dijo ella un poco perdida.

Kenneth asintió y miró de reojo a sus amigos que parecían controlar una carcajada.

Sí, quizá hubiese sido mucho más sencillo decirle la verdad, pero se exponía a que ella se negase a tomar esa medida tan drástica dejando desamparados a todos sus amigos y con un gran problema. Al menos, de esta forma, se aseguraba que ella aceptase, pues sin la aceptación por parte de los dos cónyuges no sería posible la unión.

—*Seadh* —volvió a repetir Nora cuando MacDougall la señaló.

Volvió a perderse en sus pensamientos al no comprender nada, mirando hacia los lados bastante nerviosa por encontrarse ante tanta gente, hasta que el señor de la fortaleza tomó su mano y la unió con la de Kenneth. Se dio cuenta de que Kenneth la miraba de reojo, nervioso.

Kenneth pronunció unas palabras en gaélico y, posteriormente, ella pronunció la única palabra que conocía en aquel idioma.

Tras varios minutos más donde MacDougall hablaba con un gaélico fluido y excesivamente rápido como para que ella pudiese comprender alguna de las palabras, miró a Kenneth y sonrió.

—Puedes besar a la novia —dijo en gaélico. Kenneth enarcó una ceja, pues él mismo había ayudado a urdir ese plan—. También sirve un abrazo —comentó ladeando su cuello con aire gracioso.

Kenneth suspiró y directamente pasó un brazo por los hombros de Nora, atrayéndola hacia él y dándole un abrazo.

Ella ni siquiera se movió, no comprendía nada de lo que ocurría, así que se quedó totalmente estática mientras recibía el abrazo de Kenneth.

—Ya perteneces a la familia MacNeill, podremos protegerte de todo sin problema —susurró él cerca de su oído.

Aquellas palabras la relajaron y, en un arrebato de alegría y espontaneidad, abrazó su cintura. Después de ser apresada por los normandos, de perder a todas las personas a las que amaba, de pasar un frío, hambre y miedo extremos, finalmente había encontrado a un hombre bueno y a toda su familia que iban a preocuparse por ella y a protegerla.

Aquella relajación y paz que sintió le hicieron apoyar su cabeza en el pecho de Kenneth y suspirar. Demasiado tiempo con dolor y miedo. Kenneth y aquel grupo de hombres la habían acogido con los brazos abiertos y se habían preocupado por su bienestar.

—Gracias —susurró ella con los ojos cerrados.

Kenneth se quedó parado al recibir ese abrazo y aquella muestra de cariño y confianza, aunque hizo un gesto gracioso cuando coincidió con la mirada con su amigo Crayton MacDougall y este ladeó su cabeza con una mueca divertida al ver a la muchacha.

Se separó de ella y ambos se miraron. Ahora, Nora era su esposa,

aunque ella ni tan siquiera hubiese reparado en ello.

Aquel ritual llamado *handfasting* convertía a un hombre y a una mujer en esposos durante un año y un día, posteriormente, pasado este tiempo, podían renovar los votos o separarse sin ningún problema.

Nora miró a su alrededor donde todos sonreían más de la cuenta. En todos los días que llevaba con aquel grupo de escoceses no los había visto ni sonreír ni aplaudir como en aquel momento.

Kenneth se giró hacia ella y se quitó uno de los broches que llevaba en la túnica, junto a su hombro. Fue hasta ella y se lo colocó en el vestido con delicadeza.

—De esta forma nadie te hará daño —pronunció. Ella tragó saliva y miró el broche—. Es un broche de la familia MacNeill —explicó.

Ella lo miró, colgado junto a su pecho, y pasó los dedos sobre él. Era redondeado y en el centro había grabadas tres letras: una M, una N y una L, suponía que debía de hacer referencia a la familia MacNeill.

Asintió y lo miró con ternura.

—No sé cómo agradecerte todo esto —susurró.

MacDougall que todavía se encontraba frente a ellos carraspeó intencionalmente provocando que Kenneth lo mirase de reojo. Respiró hondo y volvió a prestarle atención a ella.

—No tiene importancia. Es una forma que tenemos de protegernos todos —indicó.

Aun así, Nora observaba asombrada la cantidad de gente que había en el enorme salón donde habían celebrado el ritual.

—Bien —dijo Eiden acercándose a ellos y colocó una mano en el hombro de Kenneth y otra en el hombro de Nora—. Bieeen —repitió de nuevo lentamente. Los observó con una sonrisa y dio una palmada —. Será mejor que iniciemos el viaje o se nos hará de noche en el camino —comentó mirando a Kenneth.

—Claro —respondió este y miró a Nora, la cual permanecía con una sonrisa en sus labios, ajena a todo lo ocurrido—. ¿Vas cómoda con ese vestido para montar?

Nora observó el vestido y pasó su mano sobre la tela.

—Es muy bonito, pero iría mucho más cómoda con el que me dejaron ayer, el azul.

Kenneth asintió y miró a Eiden.

—Diles a todos que partimos ya mismo, que preparen todo.

MacDougall, que todavía permanecía detrás, intervino.

—Pediré que os preparen algo para comer durante el viaje —comentó mientras se alejaba.

Kenneth contempló de nuevo a su esposa. No podía ni creer lo que había hecho, sin embargo, se sentía feliz, aunque no pudiese

expresarlo del todo. Solo enturbiaba ese momento el no poder haber besado aquellos labios para sellar su compromiso. Eso era lo que más deseaba en ese momento.

—Iré a preparar los caballos —anunció Eiden despertándolo de sus pensamientos.

Kenneth asintió y se dio cuenta de que Nora lo miraba con cierta duda. Sonrió al ver su actitud.

—¿Ocurre algo? —preguntó divertido.

—No —respondió ella con una gran sonrisa—, solo que si no te importa pedirle a Bonnie si puede prestarme el vestido de ayer… por si no lo recuerdas no hablo gaélico y ella no me comprende —se encogió de hombros.

—Claro —respondió mientras le indicaba con un movimiento de cabeza que le siguiese.

Mientras caminaban entre la gente muchas personas se acercaban para pronunciar algo en gaélico que Nora no comprendía.

—¿Qué significa *meala-naidheachd*[19]? —preguntó con curiosidad.

Llegaron hasta Bonnie que permanecía al lado de una mesa, acompañada.

—No es nada, solo una expresión en gaélico —respondió como si no tuviese importancia. Miró a Bonnie y comenzó a hablar con ella en ese extraño idioma para Nora.

Mientras Kenneth y Bonnie hablaban, Nora se distrajo observando a su alrededor, pues era el centro de atención de todas las miradas, incluso, intuía, de todas las habladurías.

¿Por qué no dejaban de sonreír cuando la miraban?

La travesía estaba siendo, una vez más, agotadora. Realmente deseaba llegar a un lugar donde establecerse o, al menos, no montar tantas horas seguidas a caballo. Necesitaba establecerse en un lugar.

Desde la invasión a su poblado no había tenido un solo día de tranquilidad.

Al menos, aquel día, pese al frío que hacía no estaba nevando, incluso observó sorprendida cómo unos claros aparecían mostrando un azul intenso en el cielo.

Después de parar dos veces durante un rato a descansar, antes de que anocheciese, vislumbraron un pequeño poblado en un valle.

El lugar era realmente hermoso. Todo el valle estaba nevado, a un lado bajaba un río de aguas cristalinas. Tras las casas había un frondoso bosque y, tras este, las altas montañas. El lugar parecía sacado de un sueño.

El poblado consistente en no más de treinta casas estaba rodeado de unos muros a modo de defensa, como prácticamente todos los

poblados que habían visto a lo largo de aquel día.

—Bienvenida a mi hogar —susurró junto a su oído.

Sintió cómo el vello se le erizaba. Aquel iba a ser su hogar durante un buen tiempo o, al menos, hasta que supiesen que el camino de vuelta a su manor era seguro.

Kenneth redujo el trote y dejó que el caballo fuese lento mientras una sutil sonrisa se apoderaba de su rostro, disfrutando de aquella sensación de volver a su hogar. Darach se situó a su lado y lo miró con una ceja enarcada y una sonrisa.

—¿Dónde la vas a instalar? —preguntó en gaélico para que ella no lo entendiese, aunque Nora ni siquiera lo miraba, se mantenía abstraída disfrutando del paisaje.

Kenneth se sintió incómodo ante aquella pregunta.

—Eso no me preocupa —contestó.

—Supongo que no —bromeó—, tu hermano estará encantado de que sientes un poco la cabeza.

Aquel comentario sí que hizo gracia a Kenneth que no pudo evitar sonreír.

Nora se giró para observarle e instintivamente sonrió.

—¿Qué ocurre? —preguntó en actitud jovial.

Kenneth borró la sonrisa de su rostro.

—Nada —se encogió de hombros y le sonrió con ternura—, hace muchas semanas que partí de mi hogar en dirección a la frontera. Tenía ganas de volver.

Ella asintió y Kenneth pudo ver cómo la melancolía se apoderaba de sus ojos. Supo que ella debía tener continuamente en su mente a su familia.

Entraron al poblado atravesando el muro. Al inicio había unas pocas tierras de sembrado, aunque en ese momento estuviesen cubiertas totalmente de nieve. Siguió el camino lentamente y Nora se fijó en la cantidad de mujeres ubicadas a la orilla del río lavando las ropas.

El pueblo subía un poco y las casas estaban en varias líneas en horizontal, las traseras siempre un poco más elevadas que las de delante.

Kenneth bajó del caballo y ayudó a descender a Nora que miraba de un lado a otro.

—Disfrutad de una buena noche y de vuestras mujeres —sugirió Eiden pasando de largo con su caballo, pues su vivienda estaba unos metros más allá—, eso te incumbe también a ti, Kenneth —bromeó este.

Al menos tenía la suerte de que Nora no comprendía el gaélico y sus amigos tenían la decencia de hablarle en ese idioma para bromear.

Se despidió de todos con la mano mientras sujetaba las riendas

del caballo cuando una muchacha salió de una de las casas cercanas y lo miró con una gran sonrisa.

—¡Kenneth! —gritó la muchacha corriendo hacia él con gran alegría.

Nora se tuvo que distanciar unos pasos de él, pues si no lo hacía acabaría arrollada por aquella joven.

La muchacha corrió hacia él y se lanzó directamente a sus brazos. Él la recibió con una gran sonrisa.

—Moira —comentó él estrechándola.

Nora la observó. Era una chica preciosa, más joven que ella, con el cabello largo, rubio y rizado y unos arrolladores ojos azules. Si algo tenía claro era que eran familia, pues tenían los típicos rasgos similares entre hermanos.

Moira se separó de él y cogió sus manos.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó en gaélico—. ¿Habéis averiguado algo? ¿Por qué habéis tardado más de la cuenta? Estaba muy preocupada.

Kenneth le sonrió y miró de reojo a Nora que se mantenía a un lado cubriéndose con la manta.

—Ha sido un viaje más largo de lo que esperaba —contestó en el mismo idioma.

En ese momento se dio cuenta de que Moira miraba a Nora extrañada, como si no comprendiese que hacía esa muchacha allí.

—Se llama Nora —comentó señalándola con la mano. Moira los observaba sin comprender—. La rescatamos en la frontera, la habían capturado los normandos.

—Oh —comentó su hermana como si se apiadase de ella.

—No habla gaélico —aclaró él.

Moira le sonrió un poco cohibida por la situación.

—Y… ¿se va a quedar con nosotros? —preguntó con cierta emoción, como si la idea de que hubiese otra mujer allí le entusiasmase.

—Me temo que sí —respondió Kenneth sin dar más explicaciones.

—¡Kenneth! —gritó esta vez otra voz masculina.

Kenneth se giró y avanzó hacia su hermano mayor, Declan. Se abrazó fuerte a él.

Nora no supo qué hacer, la verdad era que se sentía fuera de lugar allí.

Moira se acercó a ella y le tendió la mano.

—Hola —comentó en un inglés un poco forzado.

—Hola —respondió Nora con una gran sonrisa.

—Soy la hermana de… Kenneth —dijo pensativa—, disculpa mi inglés, no practico mucho —acabó riendo.

Ella le sonrió y negó con una sonrisa.

—No, lo hablas muy bien —respondió alegre.

Kenneth se soltó de su hermano y este le dedicó una gran sonrisa.

—Ya has sido tío de nuevo.

Kenneth abrió los ojos de par en par.

—¿Ya? —preguntó sorprendido—. Se ha adelantado, ¿verdad?

Declan asintió.

—Hace una semana —contestó feliz—. Se llama Eire —comentó.

—¿Eire? ¿Una niña? —continuó divertido—. Bonito nombre.

Declan chasqueó la lengua.

—Sí, una niña… tendré que emplearme a fondo la próxima vez —bromeó y miró en dirección a su hermana que hablaba con una muchacha.

—La muchacha se llama Nora —informó Kenneth mientras cogía las riendas de su caballo—. La encontramos en la frontera, era presa de los normandos, la rescatamos.

Declan le siguió.

—¿Ahora vas rescatando damiselas en apuros? —bromeó situándose a su lado.

Kenneth chasqueó la lengua y observó a su hermana hablar con Nora.

—Si no llegamos a aparecer ahora estaría muerta. Había escapado de los normandos y en el momento en que aparecimos nosotros la habían encontrado y estaban a punto de violarla y, conociéndolos, después la hubiesen matado sin contemplaciones.

Aquel dato llamó la atención de Declan que, al igual que Kenneth, se pasó la mano por el cabello castaño oscuro.

—Entonces, ¿los normandos han atravesado la frontera? —su tono de voz sonó más preocupado.

—No hasta donde yo sé, aunque han pasado días desde que abandonamos aquella zona. —Cogió las riendas del caballo y comenzó a caminar hacia el establo. Abrió la puerta de este, situado al lado de la casa familiar, y dejó que el caballo pasase, el cual se dirigió directamente al pesebre donde había alimento y agua—. Nos batimos en duelo contra los normandos en la frontera —explicó mientras cerraba la puerta—. Los normandos habían destruido su poblado —dijo señalando con un movimiento de cabeza a Nora que parecía estar conversando animadamente con su hermana—, y capturaron a varias mujeres. Nora permaneció con ellos unos días hasta que logró escapar.

Su hermano meditó sobre aquella información.

—Entonces, ¿es anglosajona? —preguntó con curiosidad.

Kenneth evitó una sonrisa divertida, mataría por ver la cara de sorpresa de su hermano cuando escuchase lo que tenía que decir, aunque aún debería esperar un poco.

—Ya no —respondió solamente ocultando una sonrisa traviesa y

dirigiéndose a la puerta de la casa.

Declan miró a su hermano extrañado y le siguió rápidamente.

—¿Qué significa ese “ya no”? —preguntó sorprendido.

—¿Podemos hablar en casa?

Declan miraba a su hermano visiblemente sorprendido.

—Vaya… —comentó incrédulo después de escuchar toda la historia—, no sé si debo felicitarte entonces —ironizó.

Kenneth respiró hondo y se cruzó de brazos mientras se apoyaba en la mesa y observaba a través de la puerta abierta a Nora y Moira hablando en la calle. Moira le estaba explicando cosas sobre el poblado, suponía que Nora debía de sentirse reconfortada al tener a una mujer allí.

Kenneth chasqueó la lengua y miró a su hermano, obstinado.

—El tema es serio… —añadió—. Tenemos un problema con la familia O’Duines.

Por suerte, su hermano Alec no se encontraba allí, por lo que podía conversar con su hermano mayor sin problema. Ambos preferían no mencionar el nombre de esa familia ante él.

—¿Y cuándo no lo hemos tenido? Desde lo ocurrido hace tres años nos han declarado la guerra. —Declan resopló y se removió nervioso por la sala. Se detuvo y asintió—. Igualmente, con este casamiento, tal y como has dicho, evitaremos la ira de nuestro rey. —Chasqueó la lengua—. Y, realmente, Kean sería un iluso si fuese a hablar con él para explicarle lo sucedido, más cuando sabe que podemos explicar lo ocurrido en el convento. Se le acusaría de un delito —indicó—. Y eso no le conviene lo más mínimo.

—Ya sabemos hasta dónde pueden llegar las ganas de venganza de Kean O’Duines —añadió Kenneth—. No las tengo todas conmigo. —Se quedó pensativo.

Ambos se quedaron unos segundos en silencio.

—¿Se instalará contigo? —preguntó Declan cambiando de tema —. ¿O prefieres que…?

Aquella pregunto hizo que Kenneth volviese de sus pensamientos.

—Conmigo, somos un matrimonio.

—Aunque ella no sabe que…

Kenneth resopló haciendo que su hermano Declan no acabase la frase.

Declan se acercó a él y miró a través de la puerta cómo las dos mujeres mantenían una agradable conversación.

—Parece que se llevan bien.

Kenneth asintió.

—Es buena mujer —aseveró con la mirada clavada en ella.

Declan observó de reojo a su hermano, cruzado de brazos. Sabía

que él no hubiese tomado una decisión así si realmente la muchacha no le interesase, lo conocía demasiado bien. Cierto que tenían un problema, pero se había negado a abandonarla a su suerte y la había traído hasta su hogar, no sin antes casarse con ella para protegerla.

—Moira estará encantada con la compañía femenina. Enya está demasiado ocupada con los niños y ahora con la pequeña apenas dispone de tiempo para pasar un rato junto a ella —explicó Declan haciendo referencia a su esposa.

—Supongo que sí —contestó Kenneth.

Su hermano puso la mano en el hombro de él.

—Pero creo que deberías explicarle a tu esposa… que es tu esposa, ¿no? —acabó bromeando.

Kenneth chasqueó la lengua.

—Lo haré, pero dejaré que se instale y se acostumbre un poco a todo esto, que vea que está segura aquí.

Declan miró a su hermano de la cabeza a los pies y finalmente asintió.

—Es decisión tuya —comentó sin darle mayor importancia—, pero te recomiendo que no tardes mucho, ya sabes que todos en el poblado pedirán explicaciones sobre la recién llegada.

Kenneth asintió y se giró hacia su hermano aún pensativo.

—Respecto a lo ocurrido con Kean O'Duines —comentó Kenneth —, no quiero que Alec se entere.

Declan asintió.

—Opino lo mismo.

—¿Cómo está?

Declan se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo es… se lo reserva todo para él —le recordó su hermano—. Aparentemente bien, pero ya lo conocemos. —Kenneth asintió dándole la razón y se giró de nuevo para observar a Nora junto a Moira—. Se marchó hace cuatro días con los Bruce, parece que allí se entretiene más que con nosotros —ironizó—. Respecto a Moira, ya hablaré yo con ella para explicarle la situación. —Kenneth asintió agradecido hacia su hermano—. Bueno, ¿me presentas a tu esposa? —bromeó Declan.

Kenneth respiró hondo e inició la marcha hacia ella seguido por un Declan expectante.

—Nora —la llamó captando su atención. Ambas se callaron y observaron cómo se acercaban—. Él es mi hermano, Declan.

Declan tendió la mano hacia ella y se la estrechó.

—Encantado de conocerte.

Ella sonrió con timidez mientras soltaba su mano.

—Igualmente. Muchas gracias por acogerme. Es un lugar precioso.

Declan miró de reojo a su hermano con una sonrisa pícara que pasó desapercibida para ella, pero no para Kenneth que estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Entendía que las palabras de Nora sobre acogerla debían hacerle gracia sabiendo las circunstancias reales.

—Es un placer —contestó Declan, miró a Moira y le indicó con un movimiento de cabeza que le acompañase—. Ven conmigo, acompáñame a ver a Enya y a la recién nacida.

Moira se levantó con una sonrisa.

—Nos vemos luego, Nora —dijo risueña—. Seguiremos con nuestra clase de gaélico —comentó sonriente.

—Claro, muchas gracias —respondió ella con otra sonrisa sincera.

Aquella afirmación hizo que Kenneth pusiese su espalda erguida. ¿Aprender gaélico?

Observó a Declan avanzar por la calle junto a su hermana en dirección a su hogar, seguramente la pondría al corriente de todo mientras se dirigían hacia allí.

Nora observó el perfil de Kenneth. Se veía imponente, con sus enormes ojos azules y su cabello castaño oscuro.

Kenneth se giró para observarla y ambos se quedaron mirándose durante unos segundos.

—Ven, te enseñaré la casa donde te instalarás —propuso.

Caminaron hacia el final de la calle y ambos entraron al interior. La casa era bastante grande en comparación con la de ella. Nada más entrar había un enorme salón acondicionado con una gran mesa y una enorme chimenea que en ese momento permanecía apagada. El interior de la vivienda era frío. A los lados había diferentes habitaciones.

—Puedes instalarte aquí —explicó él situando sus manos en su cintura.

Ella lo miró de reojo sorprendida y dio unos pasos al interior. En una de las puertas entreabiertas que daba a una de las habitaciones había unas cuantas dagas sobre la mesa y varias ropas.

—¿Quién vive aquí? —preguntó conmocionada.

Él dio unos pasos hacia delante.

—Yo —respondió sin darle mucha importancia.

Nora se giró hacia él, confundida.

—¿Voy a… vivir contigo?

Él enarcó una ceja ante el tono sorprendido de ella.

—¿Algún problema? —preguntó como si no comprendiese su actitud. Nora tragó saliva—. Prometí protegerte y es lo que debo hacer. No te preocupes, estarás bien —continuó rápidamente.

Se dirigió directamente hacia las velas sobre la mesa y las encendió ante la atenta mirada de Nora que parecía absorta. Kenneth

fue hacia la chimenea y arrojó unos cuantos troncos de leña que había al lado para encender el fuego y calentar el ambiente. Después de casi un mes entero sin calentar la casa el interior era prácticamente igual de frío que el exterior, pero confiaba en que con el fuego para esa noche el ambiente fuese más cálido.

Nora se frotó las manos más por el nerviosismo que por el frío.

¿Iba a vivir con él? Después de todo, ¿qué esperaba? ¿Que le pusiesen una casa para ella sola? Aquel hombre había salvado su vida y la había protegido desde que la había conocido, sabía que no debía preocuparse por ello, que con él estaría a salvo, pero jamás había vivido con un hombre.

Se acercó a su espalda mientras encendía el fuego de la chimenea.

—Mmm… ¿necesitáis que ayude en algo? Sé trabajar la tierra —le recordó ofreciéndose—, cocinar, coser…

—Sí, claro —respondió girándose hacia ella—, te agradecería que me ayudases.

Aquella respuesta la calmó y, cuando finalmente las ramas prendieron, se arrodilló frente a ellas, a su lado, contemplando cómo las llamas se movían de un lado a otro.

Cuando el calor del fuego calmó el frío que sentía se quitó la manta con la que se cubría.

—Muchas gracias por acogerme —comentó ella con ternura.

Kenneth la observó a su lado. El naranja de las llamas producía unos destellos caoba en su cabello castaño.

—No hay de qué —respondió con la misma mirada hacia ella. Ambos se quedaron observándose unos segundos hasta que finalmente él reaccionó—. Puedes ocupar cualquiera de las otras dos habitaciones —dijo poniéndose en pie.

Nora también se puso en pie y fue hacia una de las dos estancias.

Era pequeña, disponía de una cama con un mullido colchón y una mesita donde, en ese momento, rezaba una vela apagada.

—Mi hermana podrá dejarte ropa cuando vuelva —explicó. Ella se giró y lo observó sin saber qué decir—. Descansa un poco y después cenamos.

Kenneth dudó un poco antes de irse, como si hubiese algo que quisiese decirle, pero resopló y se alejó directamente.

Nora observó cómo se alejaba, asombrada por su comportamiento. No era un hombre dubitativo, al contrario, parecía firme en todo lo que hacía, sin embargo, había detectado que algo pasaba por su mente que le hacía dudar.

Se giró y observó aquel mullido colchón.

Estaba agotada de todas las horas a caballo de los últimos días.

Fue hacia él y se arrojó sin compasión sobre el colchón, hundiéndose en él.

25

Los días se transformaban en semanas y las semanas en meses. Ya había perdido la cuenta de los días que llevaba allí. Normalmente, cuando ella se levantaba Kenneth ya se había marchado. Pasaba prácticamente todo el día fuera, por lo que disponía de muchas horas en soledad. Él le daba cobijo y alimentos, se sentía protegida allí, pero se veía sumida en una extraña soledad, sobre todo los primeros días. Pasados los primeros días, Moira, la hermana de Kenneth, pasaba la mayor parte de la mañana, incluso de la tarde, junto a ella.

Estiró la tela y la sacudió junto a Moira. No se había dado cuenta de lo larga que era la tela con la que los escoceses se cubrían. El *tartán*[20] medía cerca de cinco metros, lo ajustaban primeramente en la cintura y llegaban a cubrirse los hombros e incluso la cabeza si el clima lo exigía. Usaban un broche o un alfiler para mantener cerrada la tela sobre su pecho.

Nora paseó sus dedos sobre el broche que Kenneth le había entregado durante la ceremonia que habían realizado y que siempre llevaba encima, tal y como él le había pedido.

Acabó de doblar el tartán junto a Moira y lo dejaron sobre la mesa.

Kenneth se pasaba de vez en cuando por la vivienda, sobre todo a la hora de comer o ya para cenar. Por lo que su hermana le había explicado, se reunía con otras familias de otros poblados o se dedicaba a alimentar a los animales.

Una de las tardes había acudido con Moira al río para lavar las prendas de ropa. El agua estaba congelada, pero las mujeres debían de estar acostumbradas porque metían sus manos en el agua sin pensarlo dos veces ni realizar ningún gesto de desagrado. Debía admitir que el clima allí era mucho más crudo que en su manor.

Había acompañado un par de veces a Moira a los establos para

alimentar a los animales y, a medida que pasaban los días, iba adquiriendo más funciones que le permitían tener una rutina.

Aquellos días de paz le habían dado tiempo para analizar todo lo ocurrido, para pensar y para hacerse a la idea. Debía ser consciente de que pasaría bastante tiempo allí antes siquiera de plantearse volver a su hogar.

—*Breacan* —comentó Moira señalando el tartán.

—*Breacan* —repitió Nora.

Moira le sonrió.

—No tienes mala pronunciación —dijo mientras cogía la tela doblada para guardarla—. Poco a poco te irá saliendo mejor, pero has mejorado mucho.

Moira fue hacia una de las habitaciones y observó el vestido sobre la cama.

—Te ha quedado muy bonito —opinó Moira—. Se te da bien coser, más que a mí —rio ella.

Nora fue hacia el lugar y observó el vestido que se había hecho. Era un vestido de color rojo con la lana que Moira le había conseguido. Basándose en el tartán que usaban se había hecho un vestido que caía hasta los pies y tapaba todo su pecho, con unas largas y anchas mangas, estilo túnica, y podía cubrirse la cabeza con una capucha. Era justo lo que necesitaba para ese tiempo.

—¿Quién te enseñó a coser? —preguntó Moira.

Nora le sonrió tristemente.

—Mi madre —susurró ella.

Moira borró la sonrisa de su rostro comprendiendo el dolor que debía sentir ante esos recuerdos.

—¿Podrías enseñarme? Me gustaría hacerme un vestido así de bonito —comentó con una sonrisa tímida.

—Claro —respondió Nora—. Ha sobrado lana de la que me trajiste, podemos hacer otro igual para ti.

—¡Me encantaría! —respondió Moira—. ¿Te lo pondrás mañana? —preguntó mientras se dirigía a la cocina.

Nora la miró sin comprender.

—¿Mañana?

Moira abrió los ojos extremadamente.

—Mañana es la fiesta de *Imbolc*[21].

Nora parpadeó.

—¿*Imbolc*? —preguntó de nuevo. Jamás había escuchado aquella palabra.

Moira la miró sonriente, como si disfrutase de explicar todo aquello a su nueva amiga.

—El ritual de la fertilidad, del fuego… —le indicó, aunque Nora volvió a negar al no comprender nada de lo que decía—. En honor a la

diosa Brigid. —Al ver que Nora no decía nada le sonrió con ternura—. Te gustará. Lo pasaremos bien —dijo animada. Cogió un cubo y se lo tendió a Nora—. ¿Puedes alimentar a los animales mientras acabo de hacer la comida? Y trae algo de leche, por favor.

—Claro —respondió Nora cogiendo el cubo.

Le gustaba estar entretenida, al menos así no disponía de tanto tiempo para darle vueltas a la cabeza. Siempre que salía de su nuevo hogar recibía numerosas miradas. La mayoría de la gente no hablaba su idioma, solo se comunicaba en gaélico, por lo que prácticamente no hablaba con nadie del pueblo excepto con Moira y alguna chica que se había acercado con curiosidad y que a duras penas sabía decir unas cuantas palabras en inglés.

En aquellas últimas semanas, Moira le había enseñado bastante gaélico y, aunque aún era incapaz de seguir una conversación, sí podía llegar a comprender algunas palabras.

Saludó con un movimiento de cabeza a unas mujeres que se encontraban sentadas en un banco de piedra ante la casa de enfrente.

La mayor parte del tiempo la observaban con curiosidad. Sabía que tanto Moira como el resto de sus hermanos, incluido Kenneth, ya habían informado de su estancia allí, pero eso no quitaba que todos la observasen intrigados. Al menos, eran amables y, desde que se encontraba allí, no había tenido un solo problema.

Se fijó en un grupo de jóvenes que la miraban y sonreían, incluso se ruborizaban al observarla.

—*A bheil a bhean* —susurraron las chicas.

Ella las saludó también con un movimiento de mano y todas la correspondieron efusivamente con sonrisas. Si no fuese por el idioma estaba segura de que haría buenas amigas allí, pues podía ver que la mayoría de aquellas muchachas tenía intención de ir a hablar con ella, pero la barrera idiomática las frenaba.

—*Seadh, is i a bhean* —susurró otra sonriente.

Esa era una frase que repetían en su presencia, pero que nunca conseguía pronunciar correctamente ante Moira para que esta pudiese traducírsela.

Giró la esquina y se topó de bruces con el pecho de Kenneth, golpeándose fuertemente. Al momento pudo escuchar las risas más fuertes de las muchachas.

Notó las manos firmes de Kenneth en sus brazos para que guardase el equilibrio y Nora dio un paso atrás, aturdida, hasta que se topó con la mirada jocosa de Kenneth, el cual estaba claro que también había escuchado las risas de las jóvenes, ya que miraba de reojo hacia allí.

Bajó la mirada hacia una Nora que permanecía con cara de circunstancias por el choque. Kenneth ladeó su cabeza.

—¿Vas al establo? —preguntó.

Ella asintió mientras Kenneth abría la puerta de este para dejarla pasar primero. Nora entró y se giró para observar cómo él entraba tras ella. Sintió un cosquilleo por toda su piel. Era cierto que aquellas últimas semanas no coincidían mucho, parecía que Kenneth le daba su espacio. Se levantaba antes que ella, a veces el golpe de la puerta al salir era lo que la despertaba, y solía verlo a mediodía cuando se dirigía a comer con ella y su hermana Moira, aunque algunas veces también pasaba los mediodías con su hermano Declan. Por la noche llegaba tan tarde que ella ya se encontraba en su habitación.

Echaba de menos sus conversaciones, su compañía… intentó que los latidos de su corazón no fuesen escuchados por él, aunque a su parecer hacían eco contra las paredes de piedra del establo.

—Tu hermana me ha pedido que alimente a los animales mientras acaba de hacer la comida —le mostró el cubo—, y que ordeñe una cabra y lleve un poco de leche.

Kenneth asintió y le quitó el cubo de las manos.

—Claro —dijo mientras cogía una pequeña banqueta y se dirigía hacia el grupo de cabras para ordeñar a una él mismo.

Nora apretó los labios bastante nerviosa por la situación. Encontrarse a solas con él le erizaba el vello de los brazos y de la nuca.

Fue hacia el pesebre de los animales y comenzó a volcar con la pala un poco de heno y paja.

—¿Va todo bien? —preguntó Kenneth girándose para observarla un segundo.

Ella se detuvo y asintió.

—Sí, paso mucho tiempo con tu hermana —precisó con una sonrisa mientras volvía a echar el alimento hacia los caballos que se acercaban—. Me está enseñando gaélico.

—*A bheil thu a'tuigsin a'chànain?*[22] —preguntó divertido mientras volvía a girarse hacia ella.

Nora enarcó una ceja en su dirección mientras veía la mirada expectante de Kenneth.

—No lo entiendo tanto como para contestarte a eso —acabó ella divertida. Kenneth asintió—. De momento estoy aprendiendo palabras sueltas —explicó.

Kenneth asintió.

—Poco a poco —respondió volviendo a ordeñar la cabra, aunque esta no pareció conforme con el tirón de su tetilla, baló agudamente, dio un golpe con sus dos patas suspendidas en el aire arrojando el cubo con la poca leche que le había extraído y salió corriendo.

—*Gobhar gòrach!*[23] —gritó Kenneth poniéndose en pie y sacándose su vestimenta manchada con la leche que le había arrojado

la cabra—. ¡Ven aquí! —ordenó dando unos pasos hacia ella con semblante enfurecido.

La cabra volvió a balar en su dirección como si le gritase que no, lo que provocó que Nora tuviese que apretar los labios para no soltar una carcajada.

Dejó la pala en el suelo y dio unos pasos en su dirección.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó ella.

Miró sorprendida a Kenneth cuando le señaló que se colocase a su lado.

—Ponte ahí —dijo con la mirada clavada en la cabra—. Esta no se me escapa —dijo dando unos pasos hacia ella.

Nora se situó donde él le pedía para bloquearle el paso.

La cabra balaba sin cesar, de una forma estridente y provocativa mientras él avanzaba lentamente.

Nora enarcó una ceja hacia él al verlo hacer aquello.

—Luchas contra los normandos y sales vencedor, pero no puedes con una cabra… —bromeó ella.

Kenneth se giró y enarcó una ceja en su dirección, aunque al ver su gesto de broma tuvo que darle la razón.

—Esta cabra es más escurridiza que esos gigantes —reconoció dando unos pasos rápidos hacia el animal, aunque esta pasó por debajo de sus piernas desequilibrándolo y dirigiéndose al otro lado del establo.

Kenneth se giró hacia el animal y resopló. No se lo iba a poner nada fácil.

Se giró y observó otra cabra que comía heno tranquilamente. Chasqueó la lengua, se agachó para coger el cubo y la banqueta y fue hacia esta que, aparentemente, estaba tranquila.

Colocó el cubo bajo la cabra y comenzó a ordeñarla. Esa cabra estaba totalmente entretenida con la comida, así que ni se inmutó.

Nora volvió a echar más heno y paja en el pesebre y, finalmente, situó la pala contra la pared, tal y como estaba al principio.

—Tu hermana me ha dicho que mañana es el *Imbolc* —comentó —. Es… ¿una fiesta? —preguntó confundida.

Kenneth asintió mientras seguía ordeñando la cabra.

—Sí, lo pasarás bien —le aseguró y se giró hacia ella un segundo. Nora se encontraba a unos metros de él—. Es una festividad celta irlandesa —explicó.

A Nora le llamó la atención ese dato.

—¿Irlandesa? —preguntó sorprendida.

Kenneth se giró hacia ella.

—¿De dónde crees que viene mi apellido familiar, MacNeill? —preguntó con una sonrisa y se volvió hacia la cabra—. Los MacNeill somos descendientes del mismísimo rey de Irlanda, Niall Noígíallach,

significa de los nueve rehenes. —Nora dio unos pasos hacia él, totalmente asombrada—. Hijo de Eochaid Mogmedon y ancestro de Uí Néill, dominaron Irlanda entre los siglos seis y diez. Concretamente, mi ancestro ascendió al trono en el año 378.

—¿De Irlanda? —volvió a repetir—. ¿Y qué hacéis aquí?

Kenneth rio al ver su curiosidad mientras seguía ordeñando la cabra.

—Le gustaba saquear Inglaterra, de hecho, fue el culpable del secuestro de San Patricio… —bromeó—. Muchos de mis antepasados se aposentaron en estas tierras y aquí nos quedamos, aunque eso no implica que olvidemos nuestros orígenes, por muchos años y siglos que pasen —explicó—. La festividad de *Imbolc* siempre se celebra con la luna llena entre Yule y Ostara. —Nora se situó a su lado apoyándose contra una de las paredes, escuchándolo atentamente—. Significa "en el vientre". —La miró con una sonrisa al ver su interés—. Todo comienza a germinar ahora y florecerá en primavera. Celebramos que, aunque aún estamos en pleno invierno y los días son muy fríos, la luz de la diosa Brigid cada día está más presente y hace los días un poco más largos. Es el despertar de la naturaleza, en todos los ámbitos. Los terneros acaban de nacer y están en época de amamantar. También, en breve, comenzaremos a preparar los campos para la siembra. Brigid es la protectora del ganado, la poesía, la sanación y los herreros —continuó explicando.

—No lo sabía —comentó ella fascinada.

—Hacemos grandes hogueras que representan el sol, hay baile y música en honor a la diosa, y los herreros consagran sus herramientas con whisky. También hacemos un gran banquete. Lo pasarás bien —insistió con una sonrisa.

Ella asintió sonriente.

—Seguro que sí —dijo pensativa e inspiró—. Nosotros no solíamos hacer muchas fiestas, solo bodas o el nacimiento de algún bebé —recordó con melancolía.

Kenneth se giró hacia ella y la observó. Había intentado respetarla lo máximo posible, sabía que como marido suyo podía solicitar ciertas atenciones, pero no quería precipitarse. Después de todo lo que había pasado, Nora se merecía al menos un tiempo de paz y de acostumbrarse a su nueva vida. ¿Para qué negarlo? Se había enamorado de aquella muchacha y quería que saliese bien, y, para ello, necesitaba que ella se sintiese a gusto y se acostumbrase a su nueva vida tan lejos de su hogar y de todo lo que había conocido.

Acabó de ordeñar la cabra y cogió el cubo poniéndose en pie. La cabra se quedó en la misma posición, comiendo, ni siquiera se movió, como si nada hubiese ocurrido.

Se acercó a Nora y la observó a los ojos. Sí, era su esposa, y no

había nada que desease más que besarla, pero se arriesgaba al rechazo, pues sabía que ella tenía muy presente a su familia y a su prometido, William.

La inspeccionó hasta que se dio cuenta de que Nora despertaba de sus pensamientos y elevaba su mirada hacia él, consciente de todo su cuerpo, tan cercano. Pese al frío que hacía, Nora podía notar la calidez que emanaba Kenneth.

Se quedó observándola tan de cerca que si hubiese dado un paso hacia delante habría chocado con su cuerpo. Nora también se quedó paralizada, observándolo y, esta vez, cuando vio que la mirada de Kenneth descendía hasta sus labios sintió cómo su corazón se disparaba e intentaba escapar de su pecho.

Kenneth descendió levemente hacia sus labios con una clara intención cuando la cabra arremetió contra su pierna haciéndole perder el equilibrio y haciendo también que parte del contenido del cubo se derramase.

Solo en ese momento Nora pudo recuperar el aliento. Se había quedado totalmente estática, con un montón de pensamientos cruzando por su mente a gran velocidad, deseando que simplemente descendiese unos centímetros más hasta sus labios.

—¡Estúpida cabra! —gritó Kenneth pasándose la mano por la parte baja de su tartán y su bota, la cual había quedado totalmente empapada. Miró a la cabra amenazante—. Mañana vas a ser una buena cena —la señaló.

Aquellas palabras hicieron que Nora reaccionase y no pudiese evitar una sonrisa incómoda. Si Kenneth no hubiese recibido el repentino ataque de la cabra la habría besado. Durante unos segundos se sintió mal, pues el recuerdo de su familia y concretamente de William le hicieron aguantar la respiración, sin embargo, no podía evitar lo que sentía por aquel hombre.

Kenneth se puso erguido y miró a Nora, luego sonrió con timidez en su dirección, consciente de lo que había ocurrido entre ellos. Miró el cubo donde quedaba más de la mitad del contenido y suspiró.

—Mejor que volvamos o mi hermana me echará lo que queda en este cubo por encima —bromeó.

Ella asintió y fue hacia la puerta intentando aún controlar sus emociones.

No era la primera vez que sentía que Kenneth la miraba de aquella forma tan significativa. Sabía lo que ocurriría si no se apartaba, la besaría, sin embargo, la idea le atraía.

Intentó calmar su respiración y salió del establo. Kenneth la siguió cerrando la puerta tras él.

De nuevo, Nora pudo observar a las jóvenes que los miraban con sonrisas, aunque al ver que él la seguía de cerca apartaron las miradas

rápidamente.

Kenneth caminó al lado de ella mientras saludaba a alguna persona con la que se cruzaba con un movimiento de cabeza.

Nora pudo ver cómo aquellas chicas, más jóvenes que ella, la miraban de nuevo, incluso sonrojadas. Se quedó aturdida y miró de reojo a Kenneth. ¿Era posible que Kenneth levantase pasiones allá por donde pasaba? Lo cierto era que no le extrañaba lo más mínimo, era un hombre alto, musculoso, con unos ojos azules y una mirada capaz de derretir toda la nieve que los rodeaba.

Kenneth le sonrió al ser consciente de que ella miraba su perfil.

—¿Qué significa… *a bheil a bhean*? —preguntó confundida.

Kenneth se detuvo un segundo y le sonrió tímidamente, luego inspiró de forma profunda.

—¿Qué? —preguntó como si no la comprendiese.

La había comprendido perfectamente, pero, por primera vez, se sintió bastante nervioso ante aquella pregunta.

—¿No lo he pronunciado bien? —preguntó pensativa. Nora se detuvo e intentó vocalizar mejor—. *A bheil a bhean* —dijo más lentamente.

Kenneth negó.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo —comentó sin dejar de caminar.

Ella chasqueó la lengua y resopló.

—Pues dicen mucho esas palabras cuando me ven —respondió molesta.

Kenneth sonrió de forma forzada.

—No creo que sea nada malo —dijo quitándole importancia—. No te preocupes.

Nora se quedó pensativa mientras caminaban de nuevo hacia la casa donde se encontraba su hermana.

Kenneth entró directamente y fue hacia la mesa para depositar el cubo de leche sobre esta.

Moira estaba sirviendo los platos con carne y otros con queso.

—Te traigo la leche que le has pedido a Nora.

Ella elevó la mirada hacia él como si no lo hubiese visto y asintió.

Nora se quitó la manta de encima y la depositó sobre uno de los bancos.

—Voy a hacer pan para mañana —manifestó Moira feliz—. Me he puesto de acuerdo con unas cuántas mujeres para llevar cada una algo de alimento al banquete.

Kenneth asintió y se sentó en el banco junto a Nora.

Moira dejó la jarra con agua en la mesa y se sentó frente a ellos.

—Hay que traer más madera —avisó en dirección al fuego.

Kenneth asintió.

—Hay que ir a buscar, no queda mucha —respondió Kenneth antes de coger la carne y darle un bocado—. Después iré a por ella.

—Mañana hay que dejar el fuego toda la noche encendido —explicó Moira a Nora—. Para que la diosa Brigid esté calentita en casa si decide pasar la noche aquí —continuó sonriente.

—Y dejar otra cama hecha —explicó también Kenneth para informar a Nora—, para que se acueste si necesita descansar.

Le gustaba saber las tradiciones del lugar donde se encontraba, le hacía sentir más parte de él.

Tras la comida, Kenneth volvió a marcharse dejándolas a las dos a solas de nuevo. Nora ayudó a recoger la mesa.

—¿Dónde va cada tarde? —preguntó con curiosidad ante la rápida partida de Kenneth.

Moira se encogió de hombros.

—Se reúnen con diferentes familias para organizar la defensa de la frontera.

—¿Se reúnen? —preguntó.

—Sí, van mis dos hermanos mayores juntos —aclaró—. Suelen visitar las aldeas cercanas.

Nora se quedó en silencio.

—¿Sabes si hay alguna nueva noticia de la frontera?

Moira negó.

—No, mi hermano no me explica esas cosas —respondió mientras apilaba los platos para lavarlos en el barreño. Contempló cómo Nora se quedaba en silencio. Sabía lo que debía pasar por su cabeza, aunque ella jamás le había explicado lo que había vivido a manos de los normandos—. Eh… no te preocupes —le susurró con ternura—, aquí estás a salvo —dijo con confianza. Nora agradeció sus palabras y asintió más convencida. Mejor no darle vueltas a la cabeza, pues los recuerdos la sumían en la desesperación—. ¿Qué te parece si lavamos los platos y luego comenzamos mi vestido?

Nora sonrió apartando finalmente los pensamientos de su mente.

—Claro —respondió con una sonrisa.

26

Frente al calor del fuego se estaba a gusto.

Cada noche se quedaba allí un rato cosiendo. Todo estaba en silencio. Le transmitía paz.

Aquel rato le permitía ordenar las ideas y dedicarse un tiempo a sí misma.

Pasó la aguja por la tela, llevó el hilo hasta los dientes y lo partió. Con la tela que había sobrado de su vestido se haría una capa para resguardarse del frío junto con otras ropas.

Pasó un rato en silencio, recordando cuando su madre la había enseñado a coser ahora hacía ya tanto tiempo. Aquellos recuerdos la llenaban de tristeza, pero también de esperanza. Confiaba en que cuando pasase el invierno y se calmase todo pudiese volver junto a su familia. ¿Estarían bien? ¿Cómo la recibirían?

La puerta se abrió provocando que una ventisca moviese las llamas del hogar de un lado a otro. Nora se giró sobresaltada cuando Kenneth entró por la puerta y la cerró con premura. Se había cubierto la cabeza con parte del tartán, pues a aquellas horas el viento soplaba con fuerza y el frío era intenso.

Su mirada chocó directamente con Nora que permanecía arrodillada ante el fuego.

Durante unos segundos se quedó paralizado al verla allí. Normalmente, cuando llegaba a casa ella ya dormía.

—¿Aún despierta? —preguntó mientras daba unos pasos en su dirección y se quitaba la tela de la cabeza.

Ella asintió sonriente mientras lo veía quitarse algunas pieles de encima. Las dejó sobre la mesa y fue hacia ella situándose frente al fuego para entrar en calor.

—¿Qué haces? —preguntó observándola desde arriba.

—Una capa —le mostró ella—. Aquí hace más frío que en mi

manor.

—Sí, el frío es implacable en estas tierras —comento arrodillándose a su lado y echando las manos hacia delante para calentarlas.

Nora lo miró y volvió a clavar la aguja en la tela. Tragó saliva y suspiró.

—¿Hay algún problema en la frontera? —preguntó con un hilo de voz.

Kenneth se giró hacia ella.

—Nada que no tengamos controlado —explicó lentamente—. Solo se han producido un par de escaramuzas más por parte de los normandos desde que nos fuimos de allí, y han sido de poca importancia. No parece que quieran atacar de momento —explicó lentamente.

—Y… —tragó saliva nerviosa—, se sabe algo de…

—¿De tu manor? —preguntó con cautela. Nora asintió—. No, pero las últimas noticias que nos han llegado es que se han apropiado ya del trono de Inglaterra.

Ella cerró los ojos e inspiró con fuerza ante esa noticia.

—Entonces… —continuó pensativa—, si ya se han apropiado del trono no seguirán luchando, ¿verdad?

Kenneth chasqueó la lengua y negó no muy seguro.

—Muchos pueblos de Inglaterra están peleando por su libertad, no es una zona muy calmada ni pacífica.

—¿Y por qué no los ayudáis? —preguntó rápidamente.

Kenneth la miró durante unos segundos, consciente de lo que ocurría.

—Yo estoy a las órdenes de mi rey —se justificó y se acercó a ella—. Nada me gustaría más que poder ayudar a esa gente…

—Mi gente —enfatizó ella.

Él asintió.

—Pero no me está permitido…

—Quizá si todos nos uniésemos contra los normandos podríamos ganarles y expulsarlos de… —No acabó la frase, pues Kenneth negaba con su cabeza—, ¿por qué no?

Kenneth se tomó su tiempo para responder.

—Entrar a una guerra nunca es fácil —aseguró. Ella apretó los labios—. Sé que deseas más que nada volver a tu hogar… —Llevó su mano hasta la de ella, cogiéndosela—, y ayudar a tus seres queridos, pero lo que propones implica que otras familias se pongan en peligro—. Ella asintió al comprender lo que decía. En parte tenía razón, y no podía enfadarse por ello—. Todo acaba calmándose tarde o temprano. —Nora sintió cómo acariciaba su mano con cariño y elevó su mirada hacia él—. Aquí no tienes nada que temer.

Ella tragó saliva y asintió. Apartó su mano temblorosa lentamente, sintiendo que su corazón se desbocaba. El sentimiento cada vez crecía más en su interior, algo que había comenzado siendo una chispa se estaba tornando una hoguera.

Se puso en pie ante la atenta mirada de Kenneth que la observaba sin levantarse. Sabía que su cercanía la ponía nerviosa y eso, en parte, le gustaba. Tenía muy claros sus sentimientos hacia ella y parecía que ella también los compartía.

—Será mejor que me vaya a dormir —susurró—. Tu hermana me ha dicho que mañana pasaría a buscarme temprano para preparar el… —Se quedó sin palabras cuando Kenneth se acercó más y colocó una mano en su cintura. Nora tragó saliva ante la mirada de él, una mirada cargada de sentimientos.

Se quedó estática, deleitándose en cómo las llamas anaranjadas se reflejaban en su iris azul y sintió su corazón desbocarse cuando él volvió a mirar sus labios.

Kenneth había deseado besarla desde hacía mucho tiempo, pero debía admitir que aquel sentimiento se había incrementado la noche en que ella le había ayudado con la herida en su hombro en el monasterio, la noche en que Kean O'Duines se la había llevado.

Se situó justo frente a ella. Estaba claro lo que sucedería a continuación.

No sabía si alguna vez la habían besado, suponía que sí, dado que había estado prometida, y aunque el código no lo permitía, no era extraño que los novios compartiesen momentos de intimidad, aunque fuesen pocos. Sin embargo, ella estaba allí, en la soledad de su casa, solo junto a él. Era su esposa, aunque se hubiese casado con ella simplemente para proteger a sus amigos y a su familia de la ira de los O'Duines y del propio rey. Era un simple acuerdo para mantener la paz, sin embargo, él lo sentía como algo más, siempre lo había sentido así, aunque ella ni siquiera fuese consciente.

Descendió los labios lentamente hasta rozar los de ella con una suave caricia. Nora sintió cómo se estremecía ante aquel contacto. Sus labios estaban templados, húmedos y eran más que apetecibles.

Kenneth la miró a los ojos para comprobar su reacción. Por nada del mundo querría que ella se sintiese cohibida. Nora lo miraba con los ojos entornados, sin moverse, totalmente estática. Cuando coincidió finalmente con sus ojos pudo ver que aquella chispa de pasión también despertaba en ella.

Volvió a descender hasta sus labios lentamente, saboreándolos de nuevo, sin prisa pero sin pausa, acariciándolos y deleitándose lentamente.

Nora sintió su corazón palpitar con fuerza en su pecho y su piel erizarse ante la caricia de sus labios.

Jamás la habían besado así, jamás había sentido algo así, ni siquiera…

Aquel pensamiento la desconcertó y se separó de Kenneth con un movimiento acelerado, dando un paso hacia atrás. Kenneth se quedó parado al verla, con gesto preocupado mientras ella se llevaba los dedos a sus labios, conmocionada por el curso de sus pensamientos.

William seguía en sus recuerdos. Él era su prometido, había dado su vida por ella…

Apretó los labios y miró a Kenneth. Estaba enamorada de Kenneth, pero no podía evitar sentirse culpable por lo que había ocurrido. Sabía que debía seguir con su vida, que Kenneth era un buen hombre, pero… le era más difícil superarlo de lo que esperaba.

—Lo siento —pronunció él en un susurro.

Ella negó y sonrió para tranquilizarlo. Él no tenía culpa de nada, al contrario, él le daba esperanzas y le había ofrecido una nueva vida.

Le sonrió con timidez, hecho que calmó bastante la ansiedad que Kenneth sentía en ese momento.

Nora inspiró hondo intentando calmarse y miró hacia la puerta de la habitación.

—Será… será mejor que vaya a descansar —repitió.

Kenneth asintió colocando sus manos en su cintura.

—Claro —respondió con una sonrisa.

Nora dio unos pasos lentos hacia atrás, sin saber cómo reaccionar ante lo sucedido, intimidada por la situación. Deseaba aquel beso, sentir su contacto, pero en su corazón aún persistía la pérdida sufrida.

Llegó hasta su habitación y lo observó mientras cerraba la puerta lentamente.

—Buenas noches —susurró.

—Buenas noches —contestó él antes de perderla de vista.

Nada más cerrar la puerta se giró y apoyó su espalda contra ella mientras se llevaba las manos a su cara intentando contener las lágrimas. Era una sensación agridulce. El recuerdo de un amor perdido y la esperanza de uno nuevo, de volver a sentir y a amar. Era una mezcla que no sabía bien cómo encajar.

Intentó controlar las lágrimas y fue hacia la cama. Se tiró sobre ella y observó la llama de la vela bailotear. Poco después escuchó que la puerta de enfrente, la que correspondía a la habitación de Kenneth, también se cerraba.

Era duro, pero por mucho que le costase debía seguir con su vida. La vida la arrastraba hacia delante irremediablemente. Mirar atrás ya no era una opción.

Se acercó a la mesita de noche y sopló la llama de la vela quedándose en la más absoluta oscuridad.

Sumergió las manos en el agua fría del río. Aquella mañana Moira había ido a buscarla poco después del amanecer. Para entonces, Kenneth había vuelto a abandonar la casa.

Sentía cómo sus manos y en concreto los dedos perdían sensibilidad a medida que sumergía el mantel de tela en el agua. El resto de mujeres que la acompañaban no hacía ningún gesto de molestia, aunque sí parecían darse cuenta del de ella porque la miraban sonrientes y le hacían gestos con las manos, abriéndolas y cerrándolas varias veces seguidas para hacerlas entrar en calor.

Moira le iba traduciendo lo que muchas de ellas decían. Lo cierto era que todas parecían ansiosas por hablar con ella. Alguna sabía decir alguna palabra, concretamente dos muchachas bastante jóvenes, de hecho, las había reconocido porque eran las que sonreían sin parar y la saludaban cuando se cruzaba con ellas.

Alina era una muchacha que no debía de superar los dieciocho años, de una larga cabellera rubia y unos enormes ojos azules, la acompañaba otra chica más pequeña que ella llamada Drusila. Ellas dos eran las más habladoras del grupo de diez mujeres que se había juntado. Aquellas dos muchachas sí parecían entender más o menos el inglés, al menos, más que ella el gaélico.

—Para fiesta —expresó Alina señalando el mantel que frotaban contra la piedra.

Las demás mujeres la superaban en edad y, aunque no sabían ni una palabra de inglés, sonreían mucho y se esforzaban por comunicarse con ella mediante señas. Por suerte, Moira sí lo comprendía bastante bien.

Moira rio al recibir la pregunta de una de las mujeres mayores llamada Elvia.

—¿Qué dice? —preguntó Nora hundiendo de nuevo el mantel en el agua congelada del río.

Moira volvió a reír y ayudó a Nora a sacar el mantel del agua.

—Quiere saber si quieres tener hijos —comentó divertida—. Dice que si es así hoy es el día indicado.

Miró a la mujer que tenía una gran sonrisa en su rostro.

—Oh, no… —respondió ella divertida—, no he pensado en eso todavía.

Moira se giró hacia la mujer y le tradujo en gaélico.

—Aún no, dice que más adelante —tradujo un poco lo que quiso.

La mujer comenzó a hablar de nuevo, casi sin respirar.

—Ella tiene siete hijos —tradujo Moira—. Cinco varones y dos hembras —continuó—. Dice que su marido no la deja descansar —acabó riendo contagiada por la risa picarona de aquella mujer.

Poco después de colgar los manteles a secar cerca de una hoguera comenzaron a decorar todos los árboles con cintas de colores colgadas

de las ramas. Quedaba precioso.

Moira le tendió una cinta de color azul para que la atase a la rama cuando observó de reojo a Kenneth descender la ladera con una mesa que cargaba con su hermano Declan y con su amigo Evan.

Se iba cruzando con ellos por el pueblo y se saludaban, incluso intercambiaban alguna palabra, pero desde su llegada no había vuelto a pasar mucho rato con ellos. También era lo normal, pues la mayor parte de ellos tenía familia con hijos y cuando se encontraban en el poblado querían aprovechar el mayor tiempo posible con ellos.

Se fijo en Kenneth y su mente voló a la noche anterior, cuando la besó de aquella forma tan tierna.

Había pasado toda la noche rememorando ese momento, la suavidad de sus labios sobre los de ella. Era una sensación tan placentera que cada vez que la recordaba sentía cómo sus mejillas se sonrojaban y su respiración se entrecortaba.

Se fijó en cómo cargaban la larga mesa entre los tres y la depositaban en el suelo junto a uno de los montones de leña que intuía que encenderían al atardecer. No pudo evitar maravillarse al observar a Kenneth, sin poder apartar sus ojos de él, hasta que Kenneth tuvo que sentir aquella mirada y giró su cuello hacia ella chocando directamente con sus ojos.

—Toma —dijo Moira—. Eh… Nora… —insistió al ver que ella no reaccionaba.

—Sí, perdona, dime —respondió volviendo de sus pensamientos.

Moira enarcó una ceja y miró de reojo a su hermano, el cual también la observaba. Era consciente de sus miradas furtivas y no era ajena a los sentimientos de ambos.

Declan había explicado a Moira lo que había ocurrido entre ellos y le había hecho prometer que guardaría el secreto ante ella por su hermano. Cada vez le costaba más hacerlo, pues Nora se estaba volviendo una amiga inseparable, pero no podía romper una promesa, y más si se la había hecho a su hermano mayor, aunque después de detectar cómo ambos se miraban era fácil intuir que había algo entre ellos dos.

—¿Quieres atar alguna cinta más? —preguntó.

Nora asintió rápidamente.

—Sí, claro —dijo cogiéndosela de la mano. Se giró y se situó de puntillas para llegar a la rama más baja—. ¿Aquí va bien?

—Sí, muy bien.

Moira alzó la mano hacia sus dos hermanos y Evan que automáticamente se dirigieron hacia allí.

—Hola —dijo ella antes de que llegasen a su lado.

Los tres se situaron enfrente y miraron el árbol.

—Hola —respondió únicamente Evan muy sonriente hacia Moira.

Ella le correspondió a su sonrisa, lo que provocó que Declan y Kenneth carraspeasen nerviosos y mirasen a Evan con curiosidad.

Declan se agachó y cogió un montón de trozos de tela entregándoselos a Evan, el cual apartó en ese momento la mirada de Moira.

—¿Qué tal si vas a colgar tiras de tela? —le preguntó con un tono bastante seco.

Nora miró a sus dos hermanos y comprendió lo que pasaba: demasiado protectores con su hermana pequeña.

—Yo… iba a… —comentó él confundido por la petición de los hermanos MacNeill.

Moira dio un paso adelante con una gran sonrisa.

—Iba a decorar ese árbol de ahí —le señaló a Evan con la mano —, ¿me ayudas?

Evan aumentó su sonrisa de inmediato.

—Claro —respondió entusiasmado mientras ambos se alejaban hacia el árbol.

—Yo… no quería decir que… —comento Declan sin saber qué decir, aunque no parecía muy conforme con que los dos jóvenes fuesen juntos.

—Me parece que ya no te escuchan —lo interrumpió Kenneth con una sonrisa—, supongo que nuestra hermana te estará agradecida por la cita que acabas de montarle.

Declan enarcó una ceja hacia él dándole a entender que no aprobaba esa repentina cita.

—Evan es buen chico —comentó Nora a su espalda.

En ese momento ambos se giraron, como si hasta entonces no se hubiesen percatado de que ella se encontraba allí.

Kenneth la miró divertido, pues se dio cuenta de que Nora era consciente de todo lo que había ocurrido.

Declan carraspeó intimidado y miró a Kenneth.

—Moira es muy joven —le recordó, como si su hermano no lo supiese.

—Tiene diecinueve años —intervino Nora—, dos años menos que yo. —Se encogió de hombros. Estaba claro que Moira sentía atracción por Evan y Evan por ella, así que intentaría ayudar a su amiga protegiéndola de aquellos dos hermanos celosos.

—Te recuerdo que nuestra madre te dio a luz a ti con la misma edad que ella —señaló Kenneth a su hermano, posicionándose de parte de Nora. Declan resopló—. Déjala que disfrute. Evan es buen chico, de verdad. Mejor Evan que… —Miró a su alrededor—, que Bohan —acabó señalando a uno de los jóvenes del poblado que se dirigía a la mesa que habían puesto con uno de los manteles secos. Su postura era bastante desgarbada, aunque tenía buen oído porque se

giró hacia ellos y los saludó como si hubiese escuchado su nombre—. *Halò*, Bohan —lo saludó Kenneth divertido ante el rostro ceñudo de su hermano Declan.

—No has ido a escoger al mejor ejemplo —ironizó su hermano viendo cómo Bohan tropezaba, aunque lograba mantener el equilibrio sin llegar a caer.

Declan negó como si no quisiese decir nada más, pues el tema le alteraba. Comenzó a alejarse y se despidió de ellos.

—Mejor voy con mi esposa, estoy seguro de que está deseando que acuda a casa para ayudarla —bromeó—. Nos vemos esta noche.

Kenneth alzó la mano a modo de despedida y se giró hacia Nora. Le sorprendió ver que esta lo observaba con una mirada divertida.

—¿Qué ocurre?

Ella parpadeó varias veces, aún asombrada por la conducta de aquellos dos hombres.

—Sois muy protectores con vuestra hermana —apuntó.

Kenneth miró hacia Moira. Evan alzaba los brazos para atar una de las telas que Moira le daba. Parecía realmente feliz en compañía de Evan.

—Es mi hermana pequeña, ¿qué esperabas?

Aquella respuesta hizo que ella sonriese de forma tierna hacia él. Se giró y la observó también.

—Tu hermana es muy buena conmigo —dijo—. Me hace mucha compañía e intenta ayudarme en todo lo que está en sus manos.

—Me alegro —contestó y ladeó su cuello, observándola—. Le va bien tener compañía femenina.

Unas mujeres pasaron por delante de ellos y los saludaron con un movimiento de cabeza.

—Veo que has hecho amigas —comentó mirando cómo su hermana hablaba con Evan.

—Sí, hemos estado lavando los manteles en el río con ellas. Soy muy agradables, aunque no me entero mucho de lo que dicen, tu hermana me lo traduce —explicó.

—¿No te estaba enseñando el idioma mi hermana? —preguntó con curiosidad.

—Sí, pero no es fácil —contestó.

—Imagino, poco a poco —respondió lentamente y volvió a mirar a su hermana—. ¿Crees que le gusta? —preguntó divertido.

Nora lo miró con gesto desenfadado por la pregunta y fijó la mirada en ella. Se mantenía muy sonriente ofreciendo tiras de tela a Evan para que las fuese atando.

—Creo que es bastante obvio por ambas partes —opinó ella.

Kenneth asintió mirando a su hermana con cariño.

—Voy a tener que hablar con Evan…

—¿Para qué? —preguntó extrañada.

—Para marcar territorio. —Nora resopló ante sus palabras. No sabía si sentir lástima por Moira o reír ante las palabras de Kenneth—. Si está interesado en mi hermana debe hacérmelo saber…

—Quizá solo se están conociendo —intentó quitarle hierro al asunto.

—Se conocen desde pequeños —puntualizó.

Nora se giró hacia él, observándolo sin saber qué pensar: por un lado, le parecía adorable que se preocupase tanto por su hermana, ella nunca había tenido hermanos y no sabía lo que era eso. Por otro lado, le sabía mal por la pobre Moira, pues intuía que Kenneth, cuando quería, podía ser muy persuasivo.

—¿Tú también lo conoces desde pequeño? —Kenneth asintió—. Entonces, ¿qué problema hay? Es amigo tuyo, tanto que te acompaña en tus expediciones… no sé qué territorio pretendes marcar… como si fueses un animal —ironizó ella. Kenneth se giró hacia ella y enarcó una ceja ante sus palabras—. Además, a tu hermana se la ve feliz. Deja que lo sea.

Kenneth carraspeó como si no estuviese muy cómodo con la situación, lo que hizo sonreír a Nora. Luego, esta dio unos pasos alejándose, lo que llamó la atención de él.

—¿Adónde vas? —preguntó con curiosidad.

—Voy a casa a preparar la comida —respondió.

Kenneth la miró y luego se giró hacia su hermana, como si se debatiese entre acompañar a Nora o estar allí para vigilar a su hermana.

Nora ladeó su cuello.

—¿Me acompañas? —le preguntó y luego señaló hacia delante—. Puedes estar tranquilo, está rodeada de personas. No va a ocurrir nada, no hoy, al menos —rio.

Kenneth inspiró hondo y finalmente asintió.

Comenzó a caminar a su lado, aunque de vez en cuando giraba su cuello para observar a Moira. Estaba seguro de que no se había dado ni cuenta de que se alejaban.

—Aprovecharé para darle de comer a los animales —dijo igualando su paso.

Ella lo miró con aire cómico.

—¿Vas a ver a tu amiga la cabra? —bromeó.

Kenneth rio al escucharle decir aquello. Le gustaba escuchar a Nora bromear y verla sonreír.

—Sí, veamos qué recibimiento me hace hoy —continuó él. Se detuvo en la esquina para girar. La observó con ternura—. Nos vemos luego.

Ella asintió y siguió su camino.

—Hasta ahora —se despidió de él siguiendo calle arriba.

27

Kenneth había comido en pocos minutos y se había marchado sin decir nada más.

Nora había pasado con Moira parte de la tarde cocinando y, antes de que anocheciese, las hogueras comenzaban a iluminarlo todo. Parecía que la nieve iba a darles una tregua, pues, por suerte, aunque seguía nublado se podían intuir unos claros donde las estrellas titilaban con fuerza, aunque la luz de las multitudinarias hogueras mitigase su brillo.

Al inicio del poblado habían encendido unas líneas con hogueras, al otro lado había unas largas mesas donde cada uno de los habitantes había dejado comida y bebida para deleite de todos. Las gaitas habían comenzado a sonar poco después de que se encendiese entre aplausos y vítores la última de las hogueras.

La gente no había tardado en animarse a salir a bailar alrededor del fuego y varios niños corrían de un lado a otro persiguiéndose y riendo a pleno pulmón. El vino y el whisky amenizaban la fiesta, así como la carne, el pan y los muchos quesos que había sobre las mesas.

Era la primera vez en mucho tiempo que tenía ganas de sonreír.

La estampa le parecía mágica. Las montañas nevadas, algunas estrellas asomando en el cielo y las hogueras hacían de aquella noche una noche mágica. El sonido de las gaitas le hacía mover el pie al ritmo de la alegre música mientras veía bailar a varias parejas. Suponía que el hecho de haber tomado dos vasos de vino ayudaba a que se sintiese contagiada de aquella felicidad.

La fiesta había comenzado con una invocación, o al menos eso creía, pues no había comprendido nada de lo que decían. Moira había llegado poco después para acompañarla mientras comían un trozo de queso y, finalmente, Evan se había acercado para pedirle que bailase con ella.

Sí, esa música era contagiosa, sus pies se movían de un lado a otro sin poder controlarlos.

—Nora —dijo una voz femenina a su lado.

Se giró y observó a Alina, la joven que había lavado el mantel con ella en el río aquella mañana. Iba acompañada de Drusila, la otra chica un año más joven que ella. Parecía que eran grandes amigas.

—Hola —respondió Nora con una gran sonrisa—. ¿Qué tal estás? —Alina la miró extrañada, dominaba su idioma, aunque no tanto. Señaló a las parejas que bailaban—. Es divertido.

Alina asintió efusivamente.

—Sí, divertido. ¿Quieres? —preguntó ofreciéndole un trozo de pan—. Lo he hecho yo —pronunció con dificultad.

—Claro —respondió cogiendo el pedazo de pan que le ofrecía. Se lo llevó a la boca y lo tragó—. Está muy bueno.

Alina parecía esperar más su reacción que sus palabras. Nora sonrió, lo cual le dio a entender a Alina que era de su agrado.

Las gaitas pararon y uno de los hombres pronunció unas palabras en gaélico. Todos aplaudieron y fueron alrededor de la hoguera más grande.

—¿Bailas? —preguntó Alina animada.

Nora negó rápidamente.

—No, no sé cómo es el baile.

—Es fácil —insistió Alina cogiendo su mano y arrastrándola hacia la hoguera para que bailase con ellas.

—No, yo no sé… —comentó con timidez.

No tuvo escapatoria, Alina la arrastró hacia el círculo que habían formado alrededor de la hoguera y cogió la mano de Nora por un lado y la de Drusila por el otro.

Las gaitas comenzaron a sonar de nuevo.

—Mira —señaló Alina moviendo sus pies hacia un lado.

Nora intentó seguirla, pero se equivocó un par de veces. El consumo de vino tampoco ayudaba a encajar un pie tras otro sin tropezarse, pero lo cierto era que se estaba divirtiendo más de lo que esperaba.

En menos de dos minutos había aprendido los pasos. Tal y como había dicho Alina era muy fácil, unos pasos hacia un lado con los brazos en alto, luego hacia el otro lado con los brazos bajados, vuelta, palmada y comenzaba de nuevo.

La música, el fuego, aquel movimiento… eran hipnóticos.

Cuando acabaron el baile todos aplaudieron y comenzó otra música, aunque esta vez bailaban por parejas.

Nora miró hacia los lados con timidez y dio unos pasos atrás alejándose de la gente y saliendo de aquella pista de baile improvisada. Tanto Alina como Drusila habían iniciado un baile

juntas.

Fue dando pasos hacia atrás, intentando no chocar con nadie ni molestar cuando su espalda golpeó a una persona.

Se giró excusándose.

—*Tha mi duilich*[24] —pronunció.

Cuando elevó su mirada se encontró con un Kenneth muy sonriente.

—¿Has empleado el gaélico? —preguntó impresionado.

—Es de las pocas cosas que sé decir —rio ella.

Kenneth la miró con una sonrisa y luego observó hacia los lados.

—¿Bailas? —preguntó.

Ella puso su espalda erguida.

—No sé bailar…

—Es muy sencillo —dijo cogiéndola de la mano.

—Kenneth, yo… no…

—Te he visto bailar con las otras chicas, ¿vas a hacerme este feo? —preguntó risueño. Ella chasqueó la lengua mientras él sujetaba más fuerte su mano y la atraía hacia él—. Después de todo lo que hemos vivido, como mínimo me debes un baile —acabó pronunciando.

Ella tragó saliva, pues la forma en la que había pronunciado esas palabras le daba a entender que no iba a rendirse fácilmente.

Decidió no protestar ni negarse y miró hacia los lados intentando adivinar los pasos mientras la acercaba a él situando una mano en la cintura.

Un cosquilleo recorrió su columna vertebral al sentir la mano de él en su cintura. No era la primera vez que lo hacía, pero sí la primera vez que era realmente consciente de ello.

—Es posible que te dé algún pisotón —bromeó ella intentando parecer calmada.

—Correré el riesgo.

Dicho esto, la arrastró unos pasos atrás y luego hacia delante, al son de las gaitas, girando sin cesar. La cogió de la mano y ambos rodaron al igual que las otras parejas.

No era un baile difícil, realmente no había ningún paso que aprender, simplemente era bailar el uno junto al otro. Fue sintiéndose más tranquila y relajada a cada paso que daban, contagiándose de la magia de aquella noche. El fuego iluminaba la oscuridad. Por primera vez desde que la habían raptado en su poblado alejándola de todo cuanto amaba, se sentía feliz. Sonrió mientras giraba junto a Kenneth contagiada de aquel ritmo, de la sonoridad de las gaitas, del fuego y de sus compañeros de baile hasta que las gaitas dejaron de tocar.

Tuvo que quedarse quieta unos segundos recuperando el aliento. En ese momento se dio cuenta de que Kenneth la miraba con intensidad y una gran sonrisa, parecía que él también se había

divertido.

—Y sin pisotón —comentó él acercándose.

Ella rio y asintió.

—Has logrado sobrevivir —respondió ella en el mismo tono gracioso.

Iba a coger su mano de nuevo para iniciar un segundo baile cuando observó a su hermano Declan elevar la mano e indicarle que se acercase a ellos.

Nora esperaba ante él, dispuesta a iniciar otro baile a su lado.

—Me llama mi hermano —comentó acercándose a su oído, pues en ese momento volvían a sonar con fuerzas las gaitas y la gente bailaba de nuevo a su alrededor.

Nora se giró y observó a Declan que los miraba. Ella asintió y señaló hacia la mesa donde se encontraban las dos muchachas con las que había entablado conversación.

—Tomaré algo —dijo.

—Pero me debes otro baile —insistió Kenneth.

Ella asintió con alegría y se dirigió hacia Alina y Drusila, aunque antes de llegar se quedó unos segundos quieta al observar a Moira bailar con Evan felizmente. Hacían buena pareja. Se notaba que ambos estaban enamorados.

Llegó hasta Alina y Drusila y esta última le tendió rápidamente otro vaso de vino que Nora aceptó de inmediato. Entre el fuego y el baile estaba acalorada.

Kenneth llegó hasta Declan, el cual permanecía con sus dos hijos y su esposa sosteniendo a la bebé en brazos. Kenneth acarició la cabeza de la pequeña delicadamente.

—¿Ocurre algo?

Declan apretó los labios y señaló hacia delante. Kenneth buscó entre todos hasta que encontró a su hermana bailando con Evan.

—¿Has interrumpido mi baile por Moira y Evan? —preguntó confundido.

Declan se removía nervioso.

—Te he estado buscando esta última hora —comentó en tensión. Kenneth lo miraba extrañado—. Evan ha ido a buscarla a casa. —Kenneth enarcó una ceja—. Iba a recogerla yo, pero he visto que Evan llamaba a su puerta y ella salía.

—¿Y?

Declan resopló.

—Llevan toda la noche juntos bailando.

Kenneth lo miraba divertido. Realmente Declan sí hacía de hermano mayor. La conversación que había mantenido aquella tarde con Nora lo había calmado y le había hecho ver las cosas desde otro punto de vista.

Se echó a reír sin poder remediarlo, lo que no pareció gustar nada a su hermano mayor.

—No tiene ninguna gracia, ¿por qué te ríes?

Kenneth chasqueó la lengua.

—Que yo recuerde, cuando aún no estabais casados —señaló a su esposa—, en esta fiesta no os alejabais el uno del otro, pasabais toda la noche bailando. —Declan carraspeó mostrando así su disconformidad ante aquellas palabras—. No está haciendo nada malo, solo bailar. Déjala que disfrute, ¿o es que pretendes arrastrar a nuestra hermana a un convento? —bromeó—. ¿Qué tal si te tomas un vaso de vino y te animas un poco, gruñón? —propuso en el mismo tono cómico.

Darach, Iain y Eiden se acercaron a ellos con una copa de vino en la mano y unas grandes sonrisas. Se notaba que llevaban unas copas de más, pero esa noche así lo requería, era una noche de pasión y desenfreno en todos los sentidos.

Darach situó una mano en el hombro de Kenneth a modo de saludo.

—Eh, ¿cómo va? —preguntó antes de dar otro sorbo a su vaso de cerámica. Se giró y observó a sus hijos—. ¡Ni se os ocurra acercaros a la hoguera! —les gritó tan fuerte que su voz se alzó por encima de las gaitas.

Eiden miró hacia delante y señaló hacia Evan.

—¿Está bailando con tu hermana? —preguntó en plan gracioso—. Mira que si al final sois familia —acompañó ese comentario con un sonoro golpe en la espalda de Declan que volvió a resoplar.

Nora miró hacia ellos. Sí, no tenía ningún género de dudas, estaban hablando de Moira, pues tanto Declan como sus compañeros de viaje tenían la atención focalizada en ella y Evan, parecía que era la comidilla de todos ellos.

Le hacía gracia ver aquella faceta protectora en Kenneth cuando se trataba de su hermana pequeña.

Nora dejó el vaso vacío sobre la mesa. Sería mejor que dejase la bebida, se notaba más animada de la cuenta. Se quitó una de las pieles con las que se cubría la espalda, pues comenzaba a tener calor.

—Vino bueno para el frío —comentó Drusila.

—Pero whisky mejor —rio Alina.

Las tres comenzaron a reír contagiándose las unas a las otras.

—Será mejor que no beba más —comentó Nora lentamente, no solo para hacerse entender, sino porque le costaba vocalizar un poco.

—¿Quieres…? Mmm… —comentó Alina sin encontrar la palabra —, ¿Dannsa? —preguntó a su amiga.

—Bailar —le ayudó Drusila.

—Eso… bailar.

Nora negó educadamente.

—No, gracias, prefiero descansar un poco… —las miró y se acercó a ellas—, por cierto, tengo curiosidad, por si podéis ayudarme…

—Claro —respondieron las dos entusiasmadas.

Se acercó más a ellas, pues el sonido de las gaitas iba in crescendo.

—Hay unas palabras que no entiendo en gaélico —comentó.

—¿Cuáles? —preguntó Alina.

—La gente cuando me ve dice algo como: *a bheil a bhean* —explicó confusa.

Las dos se miraron de reojo y sonrieron con timidez.

—Ya, perdona… —dijo Alina con timidez—, al principio no sabíamos tu nombre.

Aquellas palabras incrementaron su curiosidad.

—¿Qué significa?

—Es la mujer —respondió Drusila.

Nora ladeó su cabeza.

—¿La mujer?

—Esposa —reaccionó Alina como si en aquel momento hallase la palabra.

Nora puso la espalda tiesa como un palo y las miró divertida.

—¿La esposa? —preguntó sin comprender.

—Sí, de Kenneth, ¿no? —insistió Alina.

Nora rio y negó.

—No, no… yo no soy la…

—Hubo boda, ¿verdad? —continuó Alina.

Nora parpadeó varias veces.

—¿Boda?

—Sí —intervino Drusila emocionada por hablar de ese tema—. La ceremonia donde os ponen las cintas en la… —Se señaló la mano como si no encontrase esa palabra.

Nora borró la sonrisa de su rostro y las miró seriamente.

—¿Boda? No, no… —dijo intentando explicar lo sucedido—. Es un ritual de protección.

Las dos muchachas se miraron de reojo sin comprender lo que decía Nora.

—No —la rectificó Drusila—, es la ceremonia *handfasting*. La boda.

Alina señaló el broche que Nora llevaba en su vestido rojo.

—Por eso llevas el broche de la familia MacNeill, formas parte de ella, eres su… esposa —indicó como si fuese lo más obvio.

Nora se quedó totalmente estática. ¿Esa era la razón por la que había acudido tanta gente a esa ceremonia? ¿La razón por la que la

hospedaba en su casa?

Eso no era lo que Kenneth le había explicado. Él no había hablado de matrimonio, había hablado de un ritual por el que una familia se comprometía a proteger a otra persona como si fuese de la familia. ¿Se trataba de una boda?

Puede que parte del enfado que sintió en ese momento fuese por la bebida.

—Mmm… —dijo levantando un dedo—, ¿me disculpáis un momento?

Ni siquiera esperó a que ellas respondiesen.

Se giró y avanzó entre todos los bailarines, sin importarle llevarse unos cuantos pisotones y empujones. ¿Podía ser cierto? ¿Se había casado sin saberlo? ¿Era la esposa de Kenneth MacNeill?

Eso no podía ser cierto… ella necesitaba dar su consentimiento.

Se detuvo en seco y sintió sus músculos contraerse al repetir en su mente las palabras que él le había pedido que pronunciase en gaélico.

"Solo tienes que responder: seadh, significa sí en gaélico. ¿Lo entiendes? Es necesario que lo hagamos para así no tener tantos problemas a la hora de protegerte. Al hacer este ritual es obligatorio proteger a la persona que lo acepta, ni siquiera el hecho de que seas anglosajona será un problema".

¿Había aceptado ser su esposa sin saberlo delante de decenas de testigos?

Eso parecía. Ahora comenzaba a comprender muchas cosas. Las risas, los comentarios, las miradas de curiosidad de la gente del poblado…

—Maldito mentiroso —susurró avanzando de nuevo hacia la corpulenta figura de Kenneth que se mantenía conversando con sus amigos y su hermano con un vaso de vino en la mano.

—Nora —escuchó la voz de Moira a su lado.

—Ahora no puedo, Moira —dijo sin siquiera mirarla, con la vista clavada en Kenneth.

¿Cómo había podido ser tan ilusa?

Llegó hasta él y se plantó enfrente.

Al principio Kenneth no se dio cuenta de que se encontraba allí y siguió hablando con sus amigos hasta que Darach le señaló con un movimiento de cabeza hacia delante.

Kenneth le sonrió.

—Hola —pronunció sonriente antes de llevarse el vaso a la boca para dar un sorbo.

Nora respiró profundo.

—¿Estamos casados? —le preguntó directamente, tensa.

Kenneth se atragantó al escuchar aquella pregunta y tuvo que darse unos golpes en el pecho mientras Darach le golpeaba la espalda.

Carraspeó y miró de reojo a todos sus amigos y a su hermano que, a su vez, lo contemplaban también bastante tensos.

Nora situó sus manos en la cintura en forma de jarra.

—¿Estamos casados o no? —preguntó más molesta al no recibir respuesta.

Pudo comprobar cómo Eiden y Darach daban unos pasos hacia atrás, alejándose de la conversación, como si quisiesen darle intimidad y no involucrarse en ese asunto.

Kenneth la miró de la cabeza a los pies, parecía bastante enfadada. No era para menos, le había ocultado algo muy importante.

—¿Qué te parece si hablamos sobre esto en un sitio con más intimidad? —preguntó directamente cogiendo su brazo.

Nora intentó soltarse de la mano, pero Kenneth parecía haberse adherido a su manga.

—Déjame —comentó con un tono más elevado del que pretendía—. ¿Me has engañado durante todo este tiempo? —preguntó mientras Kenneth tiraba de ella hacia el camino que los conduciría a su hogar.

Movió de nuevo su brazo intentando zafarse.

Kenneth se giró hacia ella.

—Nora, por favor —pronunció con voz queda—. Hablaremos de esto, pero en un sitio privado —precisó.

Dicho esto, siguió tirando de ella hacia su hogar. Nora no se resistió.

28

Kenneth acompañó al interior del hogar a Nora. Parecía que tenía prisa, pues no quería que el resto del poblado observase su disputa.

Nora entró a trompicones y avanzó hasta el medio del salón.

Había varias velas encendidas sobre la mesa y también el fuego. El ambiente era cálido en el interior. Normalmente, durante las frías noches, el fuego se apagaba y solo quedaban las brasas. Esa noche era diferente, el fuego debía permanecer encendido durante todas las horas de oscuridad para honrar a la diosa Brigid.

Nora se giró y observó a Kenneth cerrar la puerta. Se giró hacia ella y la encontró cruzada de brazos esperando una explicación, parecía bastante nerviosa.

Kenneth inspiró hondo. Sí, debería habérselo dicho en su momento, pero era posible que se negase y sin su consentimiento el matrimonio no sería válido, dejaría a toda su familia y a sus amigos desamparados. Podría habérselo dicho más tarde, pero la bola se había hecho cada vez más grande y le era más difícil, además, ¿para qué engañarse? Deseaba con todas sus fuerzas que saliese bien, ganarse su corazón para que luego no le importase nada de lo que había ocurrido. Por lo visto, aún no lo había conseguido, pues Nora permanecía ante él tiesa como un palo, de brazos cruzados y dando golpecitos con el pie en el suelo fruto de la impaciencia.

—Es verdad, ¿no? —preguntó ella al ver que Kenneth no decía nada. La miraba fijamente sin pronunciar palabra, estudiándola. Esa actitud la exasperó más—. ¿Estamos casados? —preguntó en un tono de incredulidad.

Kenneth tomó aire y dio unos pasos hacia delante.

—Era la única forma que tenía de proteger a los míos y a ti misma —acabó diciendo acelerado. Situó sus manos en la cintura y cerró los ojos un segundo, cabizbajo, intentando ordenar las ideas—.

Eres… eras —rectificó—, anglosajona. —Elevó su cabeza y la miró—, lo cual, de por sí, ya era un problema para garantizar tu seguridad en estas tierras. Sabes las numerosas incursiones que hay a un lado y a otro de la frontera, aquí, por lo general, no le tenemos mucho cariño a los anglosajones. —Ella apretó la mandíbula al escuchar aquellas palabras—. Además, mentí a mi rey por protegerte y para garantizarte un lugar seguro arrastrando a todos mis compañeros de viaje en esa mentira. ¿Crees que a mi rey le sentará bien que le haya mentido? —le preguntó. Nora se removió nerviosa—. Y, además, la familia O'Duines, como bien experimentaste, no nos pone las cosas nada fáciles y nos amenazó con explicar a nuestro rey que eras anglosajona.

—¿Y qué tiene que ver eso con que no me dijeses la verdad? —preguntó molesta.

Kenneth sonrió sarcásticamente.

—¿Acaso hubieses aceptado ser mi esposa? —Se señaló a sí mismo—. Si te lo explicaba y te negabas dejarías a toda mi familia y a mis amigos expuestos a la ira no solo de muchas familias de las tierras altas, sino a la ira de mi rey. No podía correr ese riesgo. Hice lo que consideré mejor para todos, incluida tú también. —Ella se cruzó de brazos y se quedó pensativa, parecía molesta, pero aquellas últimas palabras parecían haber aplacado un poco su furia. Kenneth dio unos pasos hacia ella—. Estabas prometida —le susurró, ella elevó la mirada—, y siempre has deseado volver a tu hogar…

—Con mi familia —exclamó ella como si fuese lo obvio.

—Sí, lo entiendo —la cortó rápidamente con un movimiento de mano—, pero tu forma de actuar me hizo pensar que era posible que te negases a aceptar mi ofrecimiento.

Ella ladeó su cabeza.

—Así que la solución es engañar a la anglosajona que no sabe gaélico —lo señaló—, esa es tu magnífica solución.

Kenneth apretó los labios, molesto por lo que escuchaba.

—¿Habrías preferido que te hubiese abandonado en medio del bosque? —ironizó—. Quizá eso hubiese sido lo más sencillo para todos —acabó diciendo. Se le notaba bastante alterado—. ¿No te das cuenta? Lo hice para protegerte, me convertí en tu marido para protegerte y brindarte la seguridad y el confort de una familia. —Ella se removió incómoda ante aquellas palabras, al comprender el trasfondo de la situación—. ¿Hubieses aceptado mi proposición si lo hubieses sabido? —Ella apretó los labios, sin moverse del sitio. El silencio alteró más a Kenneth—. No te preocupes, solo estaremos casados un año y un día. —Ella lo miró confundida—. Es la validez de la ceremonia que celebramos. Un año y un día de matrimonio, después no hace falta que renovemos los votos.

Se giró para irse por la puerta. Sí, quizá hubiese sido mucho

mejor ser sincero con ella, pero que ella no contestase a si aceptaría su proposición ya le dio a entender que había hecho bien, al menos mantendría a salvo a su familia.

—Kenneth —susurró ella. Él había comenzado a abrir la puerta para marcharse, el sonido de las gaitas les llegó más de cerca. Se giró hacia ella. Nora permanecía pensativa en medio del salón, reflexionando sobre sus palabras—. ¿Y si no corriese riesgo? —preguntó intentando asimilarlo todo—. ¿Me lo hubieses propuesto? ¿O solo era con el fin de protegernos a tu familia y a mí?

Kenneth cerró la puerta de nuevo e inspiró intentando calmarse y mantener una conversación coherente con la que era su esposa, tanto si quería como si no.

Colocó sus manos en su cintura y permaneció unos segundos con su cabeza hacia abajo.

—Quizá en ese momento no te lo hubiese propuesto… —confesó lentamente—, pero ahora… sí. —Ella elevó la mirada hacia él por lo que significaban sus palabras. Kenneth dio unos pasos hacia delante—. Te rescaté de los normandos y te llevé conmigo para protegerte, fui a buscarte cuando Kean O'Duines te raptó, me he casado contigo y te he instalado en mi hogar… ¿crees que haría todo eso si no me importases? Hace más de un mes que vivimos juntos… —acabó con un tono más lento y grave—, y a cada minuto que paso cerca de ti —dijo acercándose más—, más difícil se me hace mantener la distancia contigo. —Nora tragó saliva ante sus palabras y sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba—. Es un tormento para mí que seas mi esposa… y no poder besarte siquiera —resopló—, porque me prometí a mí mismo que te respetaría, que esto lo hacía solo para proteger a mi familia y para protegerte a ti, pero no es cierto, ahora ya no lo es —enfatizó.

Nora se quedó pensativa, analizando sus palabras en silencio.

Su corazón estaba totalmente desbocado. A su mente volvió aquel beso que habían compartido la noche anterior. Sí, siempre amaría a William, le estaría profundamente agradecida por salvarle la vida, pero eso no implicaba que, con el tiempo, no pudiese amar con toda su alma a otro hombre.

Kenneth permanecía ante ella esperando una respuesta.

Nora dio un paso hacia él y situó una mano en su pecho. Las palabras ya no importaban, de hecho, no sabía qué decir ante todo lo que él había expresado.

Acarició su pecho con cariño y eso fue más que suficiente para él.

Kenneth descendió de nuevo sus labios hacia los de ella y los atrapó en una caricia que embriagó a los dos.

Aquel, sin duda, era el beso más pasional que jamás había recibido. Sintió cómo su piel ardía cuando Kenneth elevó su mano por

su cuello y la alojó en su nuca, presionando levemente contra sus labios para que no se apartase.

Nora situó sus manos en los hombros de él y lo abrazó mientras se fundían en un tórrido y ansiado beso.

Tanto tiempo esperando para besar aquellos labios y era mejor de lo que hubiese podido imaginar. Kenneth tenía un magnetismo y una fuerza que la hacían sentir vulnerable ante la pasión que expresaban, sus movimientos eran lentos pero seguros.

Kenneth pudo sentir un ligero temblor en las manos de Nora cuando situó las manos en sus hombros. Se distanció unos segundos de sus labios para observarla y agarró sus manos rodeándose el cuello, automáticamente volvió a bajar sus labios hasta los de ella y se fundió en un apasionado beso.

Sabía que ella era dulce, cálida… lo había presentido desde la primera vez que la había visto, pero jamás habría podido imaginar semejante sabor, semejante calor desplegándose por su pecho al fundirse con ella en un beso.

Los labios de Kenneth abandonaron los de Nora y comenzó a desplazarse por su mejilla y a bajar por su cuello suavemente. Ella permanecía agarrada aún a su cuello, pero comenzaba a perder la cabeza, aquellas sensaciones le nublaban la mente. Nadie le había dicho que fuese tan placentero.

Llevó su mano hasta el cabello de él y lo agarró entre sus dedos, como si no pudiese soportar aquella sensación.

Kenneth gimió y, automáticamente, volvió a sus labios besándola, presionando el cuerpo de Nora contra el suyo.

El beso se estaba volviendo cada vez más apasionado. No lo soportó más y se agachó para cogerla por las piernas y sentarla sobre la mesa. Con un movimiento de sus caderas separó sus piernas y se colocó entre ellas.

Kenneth comenzó a descender en un reguero de besos por su cuello hasta su escote por donde asomaban sus dos abultados pechos, inflamados por la excitación del momento. Paseó la lengua por el escote sintiendo cómo la piel de ella se erizaba y los dedos de Nora se apretaban más fuerte a su cabello, tirando de su cuero cabelludo. Aquella sensación lo excitó más aún.

No era tonta, sabía perfectamente lo que ocurría entre un hombre y una mujer, pero nunca había imaginado que aquello fuese acompañado de tanto placer, que dos cuerpos al unirse pudiesen expresar tanto mediante caricias y besos.

Nora arqueó su espalda mientras Kenneth rodeaba con sus brazos su cintura, acercándola a él, sin interrumpir sus besos.

Llevó su mano hasta la pierna de Nora y la pasó por debajo de su vestido, sintiendo su suave piel.

Nora permanecía cautivada por todo lo que hacía, disfrutando de aquella sensación tanto como lo hacía él. Kenneth sabía que ella no tenía experiencia, por eso mismo no quería presionarla, quería que disfrutase tanto de estar con él que jamás quisiese alejarse.

Hundió su otra mano bajo su vestido y luego situó sus dos manos en su trasero, aupándola para que ella rodease con sus piernas la cintura de él.

Sentía que se salía de su cuerpo ante cada caricia y beso de él, y sabía cómo iba a acabar. Lo deseaba, en ese momento lo deseaba más que nada en el mundo. Amaba a ese hombre por su ternura, su valentía, por la forma en que se había preocupado de ella desde la primera vez… y podía afirmar con rotundidad que estaba profundamente enamorada de él.

Sin perder el contacto con sus labios y sujetándola en alto, caminó con ella hasta la cama de su dormitorio, donde la tumbó. No la acompañó. Kenneth se quedó de pie frente a la cama, observándola, con la luz que emanaba del fuego coloreando su cabello, sus pómulos, sus labios.

Sin apartar la mirada de ella comenzó a quitarse el tartán a cuadros azul y verde dejándolo caer.

Nora se quedó maravillada observándolo, disfrutando de aquella imagen. Kenneth era realmente hermoso. Sus músculos se hacían presentes mientras iba dejando su pecho al descubierto. Jamás había visto un hombre desnudo, pero le parecía hermoso y lleno de fuerza.

Se desnudó de cintura para arriba quedándose simplemente con los calzones, permaneció varios segundos más observándola y entonces se tumbó directamente sobre ella, con delicadeza.

Nora lo acogió con entusiasmo antes de fundirse en un beso con él.

Kenneth descendió por su cuello con un reguero de besos mientras introducía sus manos por debajo de su vestido color rojo elevándolo hasta su ombligo. Pasó el vestido por sus brazos y se abrazaron. Ella ni siquiera sabía lo que hacía, solo que un sentimiento de necesidad se había apoderado de su cuerpo y de su mente. En menos de un minuto se encontraba prácticamente desnuda, con solo una fina camisola casi transparente.

Se le erizó el vello de todo su cuerpo cuando Kenneth descendió sus labios de nuevo de una forma más posesiva.

Se observaron varios segundos y Kenneth comenzó a levantarle la camisola para desnudarla totalmente, muy lentamente. Nora sintió un mínimo de pudor cuando finalmente la arrojó sobre el suelo, quedándose totalmente desnuda.

Con un ligero movimiento acabó de desnudarse él también y se colocó sobre ella.

La observó y entonces lo supo, supo que amaba a esa mujer como nunca antes había amado a otra, incluso la protegería con su vida si hiciese falta.

Observó sus pechos y se agachó para besarlos y rozar los pezones con la punta de su lengua. Nora no pudo reprimir un gemido y situó sus manos en la espalda de él, presionando ante aquel contacto, ante aquella sensación nueva para ella. Jamás hubiese imaginado que la unión de dos cuerpos fuese tan placentera, realmente la estaba enloqueciendo.

La mantuvo así varios minutos hasta que notó cómo ella separaba sus piernas y entonces él comenzaba a adentrarse en ella, lenta y cuidadosamente. Abrió los ojos y la observó a escasos centímetros, mirándola fijamente. La besó con pasión y finalmente entró del todo.

Nora gimió durante unos segundos, consciente de lo que estaba ocurriendo con Kenneth. Cuando Nora abrió los ojos, Kenneth la observaba con duda en su mirada, totalmente quieto, esperando a que ella se acostumbrase.

Se miraron unos segundos hasta que Kenneth comenzó a moverse lentamente sobre ella.

Nora llevó su mano hasta la mejilla de él y la acarició, sintiendo la barba de dos días en su rostro.

Al principio la sensación no le gustó, incluso se quejó un par de veces, momentos en los que Kenneth se quedaba totalmente quieto hasta que ella volvía a relajarse, pero poco a poco fue disfrutando de la sensación. Cada vez era más placentera hasta que los gemidos comenzaron a fluir por su garganta sin poder controlarlos.

Él no dejaba de besar sus labios, su cuello, incluso su pecho.

Nora llevó su mano hasta el pecho de él, acariciándolo y fundiéndose en un apasionado beso.

La sensación explotó dentro de ella y no pudo reprimir los gritos, por suerte, en el exterior las gaitas amenizaban la noche y ocultaban lo que estaba ocurriendo en el interior de la casa.

Kenneth incrementó el ritmo sujetando la pierna de ella contra su cadera.

Nora parecía disfrutar ya plenamente de aquel contacto tan íntimo.

Kenneth siguió con aquel ritmo, situando su frente en el hombro de ella mientras su respiración se aceleraba y llegaba al éxtasis.

Se derrumbó sobre ella recuperando el aliento y tragó saliva.

Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, aunque debía admitir que jamás había sentido lo que sentía en aquel momento con Nora.

Situó su frente sobre la de Nora que se mantenía con los ojos cerrados, intentando asimilar el placer que le había hecho sentir. Nora

abrió los ojos poco a poco y se encontró con los maravillosos ojos azules de Kenneth sobre ella, sonriéndole de una forma especialmente tierna y un tanto picarona, por qué no reconocerlo.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

Ella asintió y le sonrió.

—Muy, muy bien —comentó recuperando aún el aliento.

Kenneth se situó a su lado y ella se apoyó en su brazo.

Si le hubiesen dicho que al revelarle todo aquello hubiese estado antes en la cama con Nora, lo habría hecho sin dudarlo. Sabía que ella sentía algo por él, pero no sabía hasta qué punto. Ahora lo tenía claro.

Acarició su hombro y besó su frente mientras la abrazaba.

29

Dentro de su melancolía se sentía feliz.

Los días comenzaban a ser más cálidos y largos. La nieve se derretía en las montañas provocando que el caudal del río aumentase. Los prados se veían totalmente verdes y comenzaban a brotar las flores.

Aquel último mes podía decir que había sido feliz. Kenneth se había convertido en un pilar muy importante en su vida, de hecho, no sabría qué haría sin él. Era su sustento y se sentía querida. El recuerdo de su poblado y de su familia seguía en su mente, pero ahora le era más fácil llevarlo, al menos no sucumbía a las lágrimas cada vez que los recordaba.

Tendió el tartán de Kenneth que acababan de lavar en el río a Moira. El agua seguía igual de congelada, pero disfrutaba de aquellos momentos en el río junto a otras mujeres, más ahora que comenzaba a dominar el idioma. Tanto Moira como el propio Kenneth se habían volcado con ella enseñándole. Aún se le escapaban muchas palabras, pero había mejorado y comprendía prácticamente todo lo que decían, otra cosa era hablar y, sobre todo, la pronunciación, eso era lo que más le costaba.

Entre las dos cogieron el tartán y lo tendieron en las ramas de un árbol para que los rayos del sol lo secasen.

—Estoy tan emocionada —exclamó Moira mientras se agachaba para pasar por debajo de la rama del árbol y se dirigía junto a Nora a coger la cesta de mimbre.

Dos semanas antes, Evan había pedido su mano en matrimonio. Tanto Declan como Kenneth habían observado al muchacho de la cabeza a los pies, lo cual le había puesto bastante nervioso. Nora aún sonreía cuando Evan se había removido inquieto por la habitación de la vivienda de Declan. Habían permanecido varios minutos en silencio

hasta que Declan había dicho seriamente: “Tenemos que hablarlo en privado”.

Evan había resoplado por los nervios y había salido de la casa.

Nora lo había imitado, de hecho, eso era algo que solo incumbía a los dos hermanos mayores.

Poco después habían concedido la mano de Moira a Evan. Declan no parecía tan conforme como Kenneth, pero la decisión estaba tomada y, desde entonces, Moira no borraba la sonrisa de sus labios.

—Esta tarde cogeremos las medidas para el vestido —dijo Nora sonriente, pues confeccionar el vestido de boda de Moira les permitiría horas de distracción.

Habían dejado la cesta de mimbre en el hogar que ahora también era de Nora y se habían dirigido a casa de Declan para ayudar a su esposa con los niños.

Le encantaba estar con ellos, los pequeños querían jugar todo el rato y reían sin parar. Había forjado una buena amistad con Moira y también con la mujer de Declan, Enya. Parte de las tardes las había pasado cosiendo vestidos para la recién nacida que ya tenía más de tres meses y también algo de ropa para los niños que comenzaban a llamarla *piuthar-màthar*, es decir, tía.

Cuando el mayor de los hijos de Declan y Enya la había llamado así se había emocionado. Realmente había encontrado una nueva familia que la quería y un marido que estaba totalmente enamorado de ella. Desde que ambos habían pasado su primera noche juntos, el día de la diosa Brigid, no se habían separado ni un segundo, solo cuando las obligaciones de Kenneth lo mantenían alejado de ella. Deseaba que llegase cada noche para poder gozar de aquella intimidad con su marido y despertar a la mañana siguiente abrazada a él.

Kenneth entró en la vivienda de su hermano justo cuando Nora acunaba en sus brazos a la pequeña Eire. La imagen había despertado una sonrisa en él y, aunque no había dicho nada al respecto, Enya y Declan lo habían notado y no habían podido evitar algún comentario.

—Estoy deseando ser tío —mencionó Declan con una sonrisa pilla hacia su hermano, el cual había enarcado una ceja.

Habían pasado un rato con ellos y después se habían dirigido a su hogar.

—Me encantan esos niños —confesó Nora con una sonrisa—, tus sobrinos son encantadores.

—También son tuyos —le recordó Kenneth—, he escuchado cómo te llaman *piuthar-màthar*.

Ella asintió efusivamente.

—¡Me encanta! —exclamó con alegría.

Entraron en la vivienda y Kenneth cerró la puerta tras de sí. Observó a Nora ir directamente a la chimenea para encenderla y

preparar la cena. Si alguien le hubiese dicho tiempo atrás que aquella muchacha a la que había rescatado en el bosque iba a convertirse en su esposa e iba a ser tan feliz junto a ella, de primeras no se lo hubiese creído.

Nora se agachó, echó unos cuantos troncos a la chimenea y removió las brasas aún calientes para que prendiesen.

—Hace frío —sentenció.

Kenneth se agachó tras ella y la abrazó por detrás. Nora cerró los ojos y se apoyó contra él, no pudo evitar sonreír cuando sintió los labios de Kenneth por su cuello. Elevó su mano pasándola por el cabello de él, acariciándolo mientras se deleitaba con sus besos.

Nora se giró levemente para unir sus labios a los de él en un frenético beso que prometía un placer incalculable.

Aquel beso los calentó pese a que el fuego no estaba aún encendido.

Kenneth le quitó el vestido pasándolo por los brazos de ella y se bajó el tartán que cubría su pecho para sentir la piel de ella contra la suya. Aquella sensación lo enloquecía.

Kenneth bajó por su pecho, acariciándolo con su lengua mientras se quitaba el tartán. Sí, quizá no era el mejor lugar de su hogar para hacer el amor con ella, pues cualquiera que entrase por la puerta podría encontrarlos, pero realmente con las brasas aún un poco calientes era el más confortable.

Kenneth se tumbó sobre el frío suelo y ella se situó a horcajadas sobre él, situando las manos en su pecho. Kenneth entró en ella poco a poco sujetándola por las caderas mientras Nora echaba su cuello hacia atrás y gemía de placer.

Sin duda, la unión de los cuerpos era adictiva y el placer que se profesaban el uno al otro era inconmensurable.

Comenzó a moverse lentamente mientras Kenneth la sujetaba por las caderas marcando el ritmo junto a ella y sus respiraciones se aceleraban.

El placer iba aumentando a cada segundo y Nora incrementó el ritmo sin poder controlarse. Kenneth abandonó las manos de la cadera de ella y las pasó por su barriga, subió hasta su estómago y atrapó sus pechos, acariciándolos.

El placer se hizo cada vez más intenso y Nora no parecía darse cuenta de que si no enlentecía los movimientos no le quedarían muchos segundos más para gozar.

Kenneth se sentó mientras atrapaba sus labios, la sujetó por la cintura y la hizo rodar situándola a ella abajo para poder dominar mejor los movimientos.

Sonrió al ver la cara de sorpresa de ella, aunque rápidamente unieron sus labios en un apasionado beso.

Intentó tomarse su tiempo, ir más lento, pero el placer estaba llegando a su punto álgido y no podía resistir la tentación de incrementar el ritmo.

Nora se sujetó con fuerza a él. Estaban seguros de que si alguien pasaba cerca de la puerta los escucharían, pero en ese momento no les importaba nada que no fuese el placer que ambos se proporcionaban.

Se derrumbó sobre ella sin cargarla con su peso, recuperando el aliento mientras ella hacía lo mismo. Sentía su corazón desbocado. Podía luchar durante horas, pero nada como tener a su esposa entre sus brazos le robaba el aliento.

Se incorporó y la miró. Nora permanecía deleitándose en el placer que ambos se habían profesado.

Bajó su cabeza y la besó. Cuando se separó, Nora abrió los ojos y le sonrió.

—¿Tienes menos frío ya? —bromeó Kenneth.

Ella rio y asintió.

—Sí, estoy muy bien —comentó con ternura.

—Yo también —respondió, aunque chasqueó la lengua y miró de reojo hacia la puerta—. Aunque preferiría quitarme de aquí, es posible que alguien entre por la puerta sin avisar. No me gustaría que nos encontrasen en esta posición.

Ella lo miró divertida.

—Con lo cómoda que estoy… —pronunció como si se lamentase, aunque le dio un tono bromista.

—Podemos adoptar la misma postura sobre el colchón —continuó en el mismo tono.

Ella se quedó pensativa, tomándole el pelo.

—Eso estaría bien, aunque también me gustaría cenar… se me ha abierto el apetito.

Kenneth descendió hasta sus labios y los besó con intensidad.

—De acuerdo —dijo muy sonriente.

Se apartó de ella y le tendió su vestido.

Cogió el tartán y comenzó a enrollarlo en su cintura mientras se deleitaba observando a Nora vestirse.

—Ahora iré a por un poco de leche —dijo él poniéndose en pie.

Ella asintió mientras también se ponía en pie.

En ese momento escuchó un alboroto en el exterior. Ambos se miraron extrañados mientras Kenneth se situaba el tartán por el hombro y Nora acababa de bajarse el vestido.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó él dirigiéndose a la puerta.

Nora le siguió mientras se echaba una manta encima.

Nada más abrir la puerta observó a un grupo de hombres que se acercaba cabalgando a toda prisa en su dirección, gritando.

La mayor parte de los habitantes del poblado que permanecía en

sus casas salió movida también por aquel estruendo.

Kenneth dio unos pasos hacia delante y miró al final de la calle donde observó a su hermano Declan asomarse preocupado.

Se giró y observó a Nora bajo el marco de la puerta. Fue hacia allí y cogió la espada apoyada contra la pared.

—Quédate dentro de casa —ordenó sin mirarla, observando al final del camino, donde las últimas luces del día iluminaban a aquellos hombres cabalgando a toda prisa hacia allí.

Aguantó la respiración al reconocer a su buen amigo Alexander Bruce cabalgar junto a varios hombres más, aunque respiró un poco más tranquilo cuando observó a su hermano Alec unos metros por detrás.

Guardó la espada en su cinturón al ver que no había peligro y se giró en dirección a la casa de su hermano, aunque para su sorpresa Declan había bajado corriendo hacia allí y casi se encontraba a su lado.

—¿Qué ocurre?

—Son los Bruce, Alec los acompaña —explicó Kenneth.

Ambos caminaron a toda prisa hacia delante, al igual que muchos de los hombres.

Detuvieron sus caballos cuando llegaron hasta ellos y descendieron. Kenneth rodeó a alguno de ellos y llegó hasta su hermano Alec dándole un abrazo.

—¿Va todo bien? —preguntó acelerado.

Estaba claro que algo no iba bien, algunos de los hombres tenían dificultades para bajar del caballo, como si hubiesen recibido algún golpe, otros directamente tenían una profunda herida y a duras penas se aguantaban sobre el caballo.

—Eh, ¡ayudad! —gritó Declan hacia el resto de hombres del poblado al ser consciente de la situación.

—¿Estás bien? —preguntó Kenneth a Alec, el cual asintió—. ¿Qué ha ocurrido? —exigió saber.

Varios hombres llegaron hasta allí, entre otros Darach, Ian, Eiden y Evan que ayudaron rápidamente a muchos de los hombres que presentaban alguna dificultad para bajar del caballo o caminar.

—Nos atacaron —dijo Alexander Bruce acercándose a ellos.

Tanto Kenneth como Declan lo miraron asustados.

—Los normandos —aclaró Alec—. Han cruzado la frontera —pronunció acelerado—. Están intentando contenerlos, pero no sabemos si lo lograrán, son muchísimos.

Kenneth y Declan se miraron aterrorizados.

—Decidimos venir a avisar —continuó Bruce recuperando el aliento—. Llevamos dos días sin parar de cabalgar. —Tuvo que colocar la palma de su mano en el lomo del caballo para aguantar el

equilibrio, se le notaba exhausto.

Declan lo sujetó rápidamente.

—Vamos, necesitáis agua y comida —indicó pasando el brazo de su amigo Alexander por encima de sus hombros para ayudarlo a caminar.

Kenneth pasó el brazo por los hombros de su hermano pequeño, Alec, acercándolo a él mientras caminaban en dirección a la casa.

La mayoría del poblado había salido a socorrer a los recién llegados. En un momento habían pasado de una calma absoluta a un intenso terror.

¿Los normandos habían cruzado la frontera? ¿Habían comenzado su invasión de Escocia? Sabía de lo que eran capaces…

Había esperado que los normandos se contentasen con Inglaterra, pero parecía que esa tierra no era suficiente para ellos.

—He mandado a varios hombres más a avisar a las diferentes familias de las Tierras Altas. Hay que… —explicó Alexander Bruce y tragó saliva mientras hacía un gesto de dolor—, hay que pararlos o arrasarán con todo.

Nora permanecía paralizada bajo el marco de la puerta. Kenneth se fijó en cómo el color de su rostro había desaparecido e incluso temblaba. Los recuerdos de aquel amanecer donde había aparecido William malherido volvieron a su mente, la noche en la que había sido consciente de la pérdida de su padre.

—Nora… —exclamó Kenneth, pero ella seguía paralizada—. Nora, ¡ayúdanos! —le pidió.

En ese momento, Nora salió de su aturdimiento y corrió hacia Alec, el cual cojeaba, ayudándole y permitiendo que se apoyase en ella para caminar.

Sintió cómo su corazón se aceleraba al ver a todo el poblado correr de un lado a otro, ayudando a los hombres malheridos.

—*Halò* —susurró Alec apoyándose en ella.

Ella le miró con una sonrisa mientras lo cogía por la cintura y lo ayudaba a caminar.

Alec era parecido a Kenneth, se notaba que eran hermanos. El mismo color de ojos, aunque el cabello un poco más oscuro y más delgado que su hermano. Se le notaba más joven que él.

—*Halò* —respondió ella.

—Es mi esposa —anunció Kenneth desde atrás, sujetando junto a su hermano Declan a un Alexander que prácticamente no se mantenía en pie.

Alec se giró asombrado hacia su hermano.

—¿Tu esposa?

—Aún no domina mucho el gaélico, habla en inglés cuando te refieras a ella —le sugirió sin darle más información.

Alec miró asombrado el perfil de Nora, la cual lo ayudaba a caminar, sin decir nada, simplemente aturdido por lo que su hermano acababa de decirle.

Nora entró con Alec en la vivienda y lo llevó a un taburete para que se sentase. Tenía algunos cortes por el cuerpo y cojeaba de su pie izquierdo, aun así, no era nada importante, sin embargo, Alexander parecía que fuese a perder el conocimiento en cualquier momento.

Apartó rápidamente de la mesa el cubo que iba a llenar Kenneth de leche, dejándolo en el suelo, y la señaló.

—Tumbadlo aquí —ordenó.

Inspiró con fuerza intentando centrarse y se dirigió a la zona de la chimenea donde tenía varios recipientes de barro con plantas y mezclas que ella misma había hecho.

Escuchó el gemido de Alexander mientras lo tumbaban y cogió dos de los recipientes.

Se situó frente al rostro pálido de Alexander.

—¿Dónde te duele?

Alexander apenas pudo hablar en ese momento y se llevó una mano temblorosa por el dolor al costado.

Kenneth cogió una daga y le cortó directamente el tartán para dejar su pecho al descubierto. No tenía herida, pero sí un gran moratón e inflamación en el costado.

Kenneth miró a Nora dubitativo.

—Se pondrá bien —confirmó ella mientras cogía uno de los cuencos y comenzaba a amasar con sus manos las hierbas con manteca.

Kenneth asintió más tranquilo, sabía que Nora conocía las plantas y podría sanar más rápidamente muchas de las dolencias de aquellos hombres.

—Yo me quedo con ellos —expuso Kenneth a Declan—, ayuda al resto —dijo mirando hacia la puerta, donde algunos hombres sin conocimiento pasaban en volandas cogidos por pies y axilas por otros hombres.

Declan salió rápidamente de la casa para ayudar al resto.

El griterío le erizaba la piel. Nora hizo un esfuerzo por no sucumbir a los recuerdos que le comprimían el corazón y nublaban su mente y se centró en extender una cataplasma sobre la zona que Alexander tenía afectada.

—Necesito telas limpias —ordenó Nora con la voz aguda.

Kenneth fue hacia su habitación y comenzó a remover entre todas las ropas.

Nora aprovechó para mirar el resto del cuerpo de Alexander, no parecía tener ninguna herida de gravedad más. Se fijó en su costado. Estaba muy inflamado y con un color violeta oscuro, seguro que le

debía costar respirar.

Kenneth apareció con varias telas limpias de color blanco y azul, cogió la daga y comenzó a romperlas para hacer tiras.

—Necesito que enciendas el fuego. Hay que hacer una infusión —pronunció Nora mientras pasaba una de las tiras por el pecho de Alexander. Kenneth la ayudó a levantar levemente la espalda de Alexander para poder pasar la tira por debajo y atarla. Hicieron oídos sordos a los gritos de Alexander que finalmente perdió el conocimiento cuando lo dejaron caer con cuidado sobre la mesa.

Kenneth golpeó la mejilla de su amigo.

—Alexander —dijo de los nervios.

—Kenneth —dijo ella—, el fuego, por favor.

Kenneth resopló y fue hacia la chimenea para hacer lo que ella le ordenaba.

En ese momento Alexander recuperó el conocimiento.

—*Halò* —dijo ella frente a él—, tranquilo, te has desmayado. —Miró su cuerpo de nuevo—. Te pondrás bien. Lo que te he puesto en el costado ayudará a desinflamar y ahora te haremos una infusión con la que te encontrarás mejor y remitirá el dolor.

Alexander suspiró y asintió agradecido hacia la joven a la que acababa de conocer.

Nora fue hacia otro de los recipientes y sacó las flores y plantas para realizar la infusión.

Cogió un puñado de hierba de San Juan y se lo tendió a Kenneth.

—Tienen que hervir un rato—indicó ella mientras Kenneth las cogía y las echaba al recipiente donde hervía agua.

Nora se giró y observó a Alec, el cual se mantenía en silencio dejándolos trabajar. Fue hacia él lentamente, se arrodilló enfrente y cogió su pie izquierdo para ayudarle a quitarse la bota.

—¿Tienes alguna herida más? —Alec negó, observándola. Era una chica bonita, de facciones dulces. Miró a su hermano y le sonrió. Nora le sacó la bota y observó su tobillo bastante inflamado. Lo miró y le sonrió de forma tranquilizadora—. No te preocupes, en un par de días podrás caminar con normalidad —dijo poniéndose en pie.

Mientras se dirigía a la mesa para coger el mismo ungüento que había puesto en el costado de Alexander se fijó a través de la puerta en el escándalo que había aún en la calle.

Suspiró y se giró hacia él.

Se arrodilló de nuevo ante él y comenzó a untar su tobillo con aquella masa.

—Así que eres mi cuñada —comentó Alec pensativo. Ella lo miró con timidez y asintió, concentrada en colocarla bien—. Encantado de conocerte —dijo finalmente.

Ella le sonrió con cariño.

—Igualmente —contestó.

Alec permaneció unos segundos en silencio mientras ella le colocaba una de las telas alrededor del tobillo.

—Tiene buenas manos, hermano —comentó animado. Kenneth elevó una ceja hacia él en plan bromista—. ¿Cuándo os habéis casado?

Kenneth removió las hojas y las flores de la planta en el agua.

—Hace unos meses.

—¿Tanto tiempo llevo fuera? —bromeó él.

—Eso parece —reflexionó Kenneth—. Creo que ya está —comentó a Nora.

Nora acabó de anudar la tela en el pie de Alec y se puso en pie. Fue hasta el recipiente y lo observó. El agua había tomado un color dorado.

—Déjalo que repose unos minutos y que se enfríe —ordenó dirigiéndose a Alexander de nuevo para seguir poniendo el ungüento en las heridas superficiales que tenía.

Kenneth hizo lo que ella le pedía y miró a su hermano. Permanecía abatido sobre el taburete, bastante sucio y con manchas de sangre por su ropa, aunque parecía que no era suya.

—¿Cuándo os han atacado?

Alec suspiró.

—Hace dos días —explicó cerrando los ojos—. No hemos dejado de cabalgar. —Tragó saliva y miró con terror en dirección a su hermano—. Nos estuvieron siguiendo hasta hace menos de un día que los despistamos en el bosque.

Kenneth dio unos pasos hacia él.

—¿Siguen avanzando?

Alec asintió.

—Por lo que sé y he visto estos días, sí.

Kenneth se giró hacia Nora que permanecía totalmente estática, paralizada por el terror.

Inspiró con fuerza y fue hacia Alec.

—¿A cuánto crees que pueden estar de aquí? —preguntó esta vez en gaélico para que Nora no lo comprendiese.

Nora se quejó por lo que hacía.

—Kenneth —le llamó la atención, pero él la detuvo con la mano mientras esperaba la respuesta de su hermano.

Alec estuvo unos segundos en silencio.

—Si siguen al ritmo que seguían, menos de un día —sentenció en el mismo idioma.

Nora dio unos pasos atrás, asustada.

—¿Menos de un día? —preguntó ella alterada, recibiendo las miradas de los dos. Ella resopló—. Estoy aprendiendo gaélico, ¿o no lo recuerdas? Puedo entenderlo casi todo.

Kenneth suspiró y se pasó la mano por el cabello, alborotándolo. Directamente fue hacia la puerta—. Espera, ¿adónde vas? —preguntó ella alterada.

—Voy a hablar con mi hermano —dijo antes de salir por la puerta sin decir nada más.

Salió y se dirigió hacia la casa de Declan a toda prisa, esquivando a todos los hombres que permanecían sentados en la calle esperando a ser atendidos. Tenía que poner sobre aviso a su hermano y a todos los hombres de la aldea. Sabía que si no los paraban llegarían hasta allí y acabarían con todo.

Declan se pasó la mano por la cara, agobiado.

—¿Menos de un día? —preguntó acelerado y caminó nervioso por la sala. Había mandado a su mujer y a sus hijos que se metiesen en una de las habitaciones para que los pequeños no escuchasen todo eso —. Es muy poco tiempo.

La puerta se abrió y entraron el resto de los hombres a los que habían mandado llamar. La mayoría parecía tener ya la información porque sus rostros expresaban angustia.

—¿A cuánto están de aquí esos malnacidos? —preguntó Eiden.

—Menos de un día —respondió Declan.

—Necesitamos ir y pararles los pies —continuó Eiden.

Kenneth le indicó con la mano que se detuviese.

—Por lo que me ha dicho Alexander Bruce, otros grupos se han dirigido a otros poblados para avisar. Tenemos que ir todos unidos. —Inspiró con fuerza situándose frente al calor de la chimenea—. Muchos de nosotros ya hemos visto de lo que son capaces los normandos. Solos no tenemos nada que hacer frente a ese numeroso ejército.

Todos se removieron inquietos.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —preguntó uno de los hombres del poblado—. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Yo no he estado en las incursiones en la frontera, pero sé lo que ha ocurrido. Sé todo lo que han hecho los normandos y no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Nadie dice que lo hagamos —intervino Declan—, pero mi hermano tiene razón. Nadie mejor que él sabe de lo que son capaces. Muchos de nosotros sí hemos estado en la frontera y apreciado el horror que van sembrando a su paso. Hay que actuar, pero de una forma contundente. Solos, tal y como dice mi hermano, no lograremos nada.

Kenneth miró por la ventana.

Llevaban más de una hora reunidos allí y ya había oscurecido. Todos eran conscientes de que ese día podía llegar, pero no esperaban

que fuese tan pronto.

—Tampoco podemos marcharnos todos y dejar a las mujeres y a los niños indefensos —argumentó Darach—. Yo tengo dos hijos pequeños. No voy a marcharme de aquí sabiendo que se quedan solos.

—Lo mejor sería que se escondiesen en las montañas —dijo otro de los hombres.

—Hay muchos heridos —recordó Kenneth—, pero si salen en breve es posible que logren llegar y cobijarse allí.

—Pero… —intervino otro de los hombres—, ¿vienen directos hacia aquí?

—No lo sabemos —reconoció Kenneth—, lo único que sabemos es que cruzaron la frontera y que los han seguido hasta hace menos de un día. Es posible que sigan este rumbo, y si no lo hacen ahora lo harán más tarde.

Todos guardaron silencio cuando a través de la puerta abierta observaron un grupo de antorchas a lo lejos cabalgando a gran velocidad hacia ellos.

—¿Son ellos? —preguntó uno de los hombres llevándose la mano al cinturón para desenvainar su espada.

Kenneth apartó a varios de los hombres abriéndose camino hasta la puerta junto a su hermano y salió desenfundando la espada de su cinturón.

—Son los MacNab y los MacKinnon —anunció Declan calmando a la gente del poblado.

Kenneth se fijó en que más hombres cabalgaban tras ellos y pudo reconocer, incluso desde la lejanía, cómo tras aquellas dos familias también acudían los O'Duines. Indignado, apretó los labios porque aquella familia pisase sus tierras después de lo que había hecho, pero ahora no era momento para discutir sobre eso, un enemigo mayor se cernía sobre ellos.

El primero en llegar hasta ellos fue el cabeza de familia de los Mackinnon que descendió del caballo casi sin que este se detuviese.

Miró a su alrededor observando la cantidad de hombres que se había reunido, obviamente por las noticias que les había llegado.

—Me alegro de verte —dijo directamente estrechando la mano de Declan, luego estrechó la de Kenneth.

—Y nosotros a ti, a todos —expresó Kenneth hacia el resto de familias. Miró al hombre mientras el resto descendía de los caballos y se acercaba. Pudo observar a Bryden y a Gilian, hermanos de Kean O'Duines y asintió hacia ellos sin decir palabra alguna—. Supongo que conocéis las nuevas noticias…

—Por eso hemos venido rápidamente hacia aquí —corroboró Jarith MacKinnon—. Venimos a unirnos.

—Estamos de acuerdo —apuntó Declan rápidamente—. Debemos

permanecer unidos y defender nuestra tierra.

Darren MacNab les dio la razón.

—Hemos mandado un mensaje a las familias del norte de las Tierras Altas: los MacKenzie, MacLeod, MacDougall y MacDonald.

—Por lo que nos han dicho —continuó Jarith—. Los Scotts, los Ferguson y los Wallace están intentando evitar que sigan ascendiendo.

—¿Están allí? —preguntó Kenneth acelerado.

—Esa es la última noticia que tenemos. Uno de los Ferguson ha llegado a nuestro poblado y nos ha explicado que muchos de ellos se han quedado allí para intentar frenarlos —continuó Jarith.

—Tenemos que ir a ayudarlos —comentó Declan y miró la cantidad de hombres que aún llegaba al poblado—. ¿Con cuántos hombres contáis?

—Entre todos no llegamos a setenta —respondió Darren MacNab —, ¿de cuantos hombres disponéis vosotros?

—Unos treinta —respondió Kenneth—. Con eso seremos unos cien hombres. Y una facción de la familia MacDonald vive a poco más de una hora de aquí, podemos sumar unos ciento veinte o ciento treinta.

—El resto de familias tardarán más en llegar —corroboró Declan —, pero estoy seguro de que en cuanto llegue a sus oídos no dudarán un momento en venir a ayudarnos.

Todos asintieron.

—¿Habéis avisado a los MacFarlane? —preguntó Kenneth.

Uno de los MacNab negó.

—Hemos venido hasta aquí directamente.

—Está bien —dijo Declan pensativo—, podemos avisarlos de camino hacia la frontera. Están a unas dos horas de aquí.

Darren MacNab intervino de inmediato.

—Enviaré a uno de mis hombres para que les pongan sobre aviso y se preparen para nuestra llegada. ¡Roy! —gritó hacia uno de los suyos, alejándose del resto para darle las instrucciones de que fuese a avisar a la otra familia.

Kenneth miró a Jarith.

—¿Y el ejército del rey? —Jarith negó dándoles a entender que habían fracasado estrepitosamente. Kenneth resopló y miró a su alrededor. Lo que iban a hacer era una locura, pero era lo único que podían hacer. Necesitaban defender sus tierras. Hubo unos segundos de silencio. Debían hacerlo o exterminarían a sus seres queridos y todo lo relativo a su cultura—. Coged todas las armas y caballos que tengáis. Nos vemos a la entrada del poblado —ordenó Kenneth.

Hubo un revuelo y todos obedecieron las órdenes de Kenneth. Debían frenar el avance de los normandos lo antes posible e impedir que pudiesen llegar hasta allí.

Kenneth observó cómo Bryden O'Duines se dirigía hacia él. No

era momento para conversar sobre cosas pasadas.

—No es el momento O'Duines —le informó.

Bryden asintió, pero igualmente avanzó hacia él.

—Solo… quiero decirte que… —lo miró seriamente—, en nombre de mi familia sentimos mucho lo ocurrido. —Chasqueó la lengua—. Mi hermano Kean perdió la cabeza hace mucho tiempo —dijo señalando al final del grupo donde Kean se mantenía a distancia.

Kenneth asintió volviendo la mirada hacia él.

—Nora es ahora mi esposa —apuntó—. Si ese hombre vuelve a pisar mis tierras lo mataré —le advirtió. Bryden asintió—. Gracias por tus disculpas —pronunció en un tono más pacífico antes de girarse, sin esperar a que él contestase.

Fue directo hacia su hermano Declan y le tocó el hombro.

—Ven un momento, hermano —le dijo.

Declan suspiró y fue hacia él.

—Hay que prepararse —pronunció Declan con urgencia.

Kenneth miró de un lado a otro.

—Tú no —dijo colocando sus dos manos en sus hombros.

Declan lo miró extrañado.

—¿Qué dices?

—Tienes tres hijos y una esposa.

—Tú también tienes una esposa —le recriminó Declan.

Kenneth resopló.

—Por eso mismo necesito que te quedes aquí.

—No, yo soy el hermano mayor y…

—No, Declan —dijo alzando la voz—, algunos hombres deben quedarse aquí para acompañar a las mujeres y a los niños a la montaña para buscar refugio. Debes quedarte. Protege a tus hijos, a tu mujer y a mi esposa. —Declan negó ante las palabras de su hermano—. Necesito que te quedes aquí y cuides de Nora… por favor —le suplicó—, solo confío en ti.

Aquellas palabras hicieron que su hermano suspirase. Ciertamente, algunos hombres debían quedarse allí para dirigir al resto a la montaña, hombres que pudiesen luchan en caso de que ellos fracasasen y así proteger a los niños y a las mujeres.

Finalmente asintió, aunque no se le veía muy seguro.

—Dirígete a *Ben Nevis*[25], está a poco más de una hora de aquí. Allí os podréis esconder —enfatizó—. Cuando acabe todo os iré a buscar —sentenció.

Declan colocó una mano en el hombro de Kenneth y lo abrazó con todas sus fuerzas. Colocó una mano en su nuca para situarlo frente a sus ojos.

—Vuelve vivo —ordenó.

—Por supuesto —respondió este convencido.

Le dio otro abrazo y, sin querer entrar más en dramatismos, se separó de él dirigiéndose hacia su hogar. Le pediría a su esposa que preparase todo para el viaje y se encargaría de preparar los carros para los heridos y los niños. Con suerte, en un par de horas podrían estar en marcha y antes de que amaneciese estar muy lejos de allí.

Kenneth suspiró mientras veía a su hermano alejarse cuesta arriba. Apretó los labios y se giró observando su hogar. Tomó aire hondo y fue hacia allí lentamente. Había tomado una decisión y, aunque no le gustaba, era lo que debía hacer, lo que era más justo.

Cuando llegó a su hogar, Alec permanecía sentado en el mismo lugar con la pierna estirada y Nora se encontraba al lado de Alexander intentando calmarlo.

Se giró hacia él preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó limpiándose las manos del ungüento que había preparado.

Kenneth entró y miró a los tres.

—Hay que prepararse, os tenéis que ir de aquí. —Directamente entró en la habitación y comenzó a coger mantas que trasladó al comedor, dejándolas sobre un lateral de la mesa donde Alexander estaba tumbado—. Las tropas de los normandos se acercan, os esconderéis en Ben Nevis, una montaña cercana. Allí no os encontrarán.

Ella se quedó observándolo asustada.

—¿Nos esconderemos? —preguntó con tono agudo—. ¿Y tú?

Kenneth fue hacia la chimenea y observó el ungüento y la infusión que había hecho.

—Debes llevártelo —ordenó—, hay muchos hombres que agradecerán tus remedios naturales.

Ella fue hacia él y situó una mano en su hombro. Su rostro denotaba miedo.

—Kenneth —dijo para que se estuviese quieto. Él la miró—. ¿Y tú? —preguntó con lágrimas en los ojos, como si supiese la respuesta.

Él se quedó observándola, sin saber bien cómo decirle aquello.

—Tenemos que intentar frenar su avance —susurró con ternura.

Ella apretó los labios y negó.

—No, por favor… —suplicó con lágrimas en los ojos—, no te marches, quédate con nosotros.

—Nora, Nora… —dijo situando sus manos en los hombros de ella, pues se había puesto muy nerviosa.

—No me dejes… por favor… —suplicó con la mirada perdida—, quédate con nosotros, nos iremos todos a la montaña y nos esconderemos allí…

—No puedo hacer eso, Nora.

—¿Por qué? —sollozó abatida.

Kenneth inspiró con fuerza y la abrazó directamente. Nora se abrazó con fuerza a él.

—Te prometo que volveré contigo —le susurró contra su oído.

Ella no pudo controlar sus lágrimas.

—Eres lo único que me queda —gimió en su hombro, abrazándolo con desesperación—. Por favor… —volvió a suplicar.

—Escúchame… —le pidió él—, necesitamos detener el avance de los normandos o arrasarán con todo —explicó lentamente—. Os esconderéis en la montaña. Mi hermano y yo la conocemos muy bien. Cuando todo acabe te prometo que iré a buscarte. —Ella negaba con su cabeza—. Nora… —le susurró—, volveré contigo —sentenció.

Ella tragó saliva y cerró los ojos intentando calmarse.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —sentenció pasando una mano por su mejilla—. Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Ella lo contempló y acarició su mejilla.

Alec observaba la escena sentado en su taburete sin decir nada, con una mirada ensombrecida.

Nora se acercó y se fundió en un beso con Kenneth, un beso que expresaba todo lo que sentía y cuánto lo necesitaba a su lado.

Kenneth la abrazó con fuerza y se giró hacia Alec.

—Cuida de ella —le susurró en gaélico.

Alec asintió rápidamente.

Se separó de ella y la contempló, memorizando cada parte de su ser.

—Vuelve conmigo —volvió a repetir ella.

—Así lo haré —contestó.

Se agachó para besarla de nuevo y, tal y como la besó, se puso erguido, fue hacia la puerta, cogió su espada envainándola en el cinturón y salió de la vivienda sin decir nada más ni echar la vista atrás.

Tener que dejar a Nora le partía el corazón, pero era aún peor saber que, quizá, no pudiese cumplir la promesa que le había hecho de volver junto a ella. Sabía a lo que se enfrentaba.

Nora se quedó paralizada en medio del salón, compungida, sin poder pronunciar palabra, solo con las lágrimas bañando su rostro. Inspiró con fuerza y cerró los ojos suplicando que volviese pronto junto a ella.

30

El viento helado azotaba su rostro. A medida que iban cogiendo altura el frío era más intenso.

Les había costado llegar a la montaña más de tres horas, pues llevaban muchos heridos a los que les era difícil el ascenso.

Finalmente, había llegado a un alto valle con una cuenca donde habían decidido detenerse. El cielo estaba nublado y, a lo lejos, podían verse algunos relámpagos. Eso no era un buen presagio. No podía quitarse a Kenneth de la cabeza ni un segundo. Había iniciado el ascenso con lágrimas en los ojos, pero luego se había dicho que debía ser fuerte, que él le había hecho una promesa y que estaba segura de que la cumpliría, como siempre había hecho.

Había entregado otra manta a Moira y se había sentado a su lado. Evan también había partido junto a Kenneth y muchos hombres del poblado. Después de las horas que habían pasado, seguramente ya se habrían encontrado con el ejército normando. Solo deseaba que él estuviese bien. Estar alejada de él, sabiendo que quizá el beso que se habían dado antes de su partida sería el último, le comprimía el pecho y no le permitía apenas respirar.

Moira permanecía a su lado, en silencio, llorando para sí misma al igual que la mayoría de las mujeres que se encontraban allí, abrazando a sus hijos.

Declan se arrodilló ante ellas y les tendió un trozo de pan a cada una y la bota con agua.

—Aquí no nos encontrarán —les susurró intentando calmarlas.

Su mujer se encontraba a unos metros de distancia, rodeada por sus dos niños y la pequeña Eire entre sus brazos, intentando infundirle el mayor calor posible.

Nora asintió y miró en dirección a los niños.

—Ellos… ¿están bien? —preguntó.

Declan le sonrió tiernamente por su preocupación y asintió.

—Con frío, como todos, pero nada que no podamos superar.

—¿Podemos encender un fuego? —preguntó Moira frotándose las manos.

Declan negó.

—No, si los normandos se acercan es posible que puedan verlo. Es mejor no dar pistas de dónde nos encontramos.

Ambas asintieron, incluso Moira se acercó más a Nora intentando darse calor la una a la otra. Nora la abrazó y Moira se apoyó en el pecho de esta.

—Cualquier cosa que necesitéis, pedídmela —dijo Declan antes de ponerse en pie y seguir su ruta para asegurarse de que todos tuviesen lo que necesitaban.

Moira y Nora comieron el pan abrazadas para coger fuerzas, aunque lentamente, pues los nervios les mantenía el estómago cerrado.

Sintió cómo Moira temblaba entre sus brazos.

—Cuando amanezca estaremos mejor —susurró Nora.

—Aún quedan muchas horas para el amanecer —gimió Moira. Suspiró y se puso erguida, apoyando la cabeza en la roca contra la que se habían sentado. Miró a Nora con una leve sonrisa—. No sabes lo agradecida que estoy de que formes parte de mi familia —comentó con cariño.

Nora le cogió la mano con fuerza, ambas sumidas en su propio dolor.

—Todo saldrá bien, Moira, ya verás.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó.

—Porque Kenneth me prometió que volvería —susurró—, y sé que él cuidará de Evan como si fuese su propio hermano.

Moira le sonrió con lágrimas en los ojos y suspiró. Se apoyó contra la piedra y cerró los ojos, agotada.

Nora aprovechó para ponerse en pie, se echó la manta por encima y fue hacia la carreta donde se encontraban Alexander y unos cuantos heridos más, los que no podían caminar.

Se acercó y observó a Alexander, el hombre mantenía los ojos abiertos, mirando hacia el cielo nublado. Alec estaba a su lado y también dos hombres más que, en ese momento, parecían dormidos.

—¿Estáis bien? —preguntó Nora.

Ambos asintieron. Nora rodeó la carreta y subió. Se situó al lado de Alexander y apartó la manta para observar el costado que había vendado.

—Voy a cambiártelo de nuevo —comentó.

Alexander asintió e intentó moverse para facilitar el trabajo a Nora, aunque cada movimiento provocaba gemidos de dolor en el

hombre.

Cogió uno de los botes con ungüento que había guardado en aquella carreta junto a los enfermos y, tras quitarle la tela a Alexander, volvió a ponerle la plasta en el costado, justo donde se encontraba la inflamación. No había remitido nada, pero confiaba en que con el paso de los días fuese mejorando.

Alec le ayudó a pasar la tela por la espalda de Alexander y la anudó cubriendo el golpe.

—Descansa —susurró Nora a Alexander. Pasó por encima de él con cuidado y se sentó al lado de Alec—. Déjame ver tu tobillo.

—Está bien —pronunció él con una sonrisa, aunque Nora lo colocó sobre sus piernas para quitarle la bota.

Nora depositó la bota a un lado y desató la tela que tenía alrededor.

El tobillo seguía hinchado, igual que cuando había llegado al poblado.

—Ya me duele menos, de verdad —indicó él.

Ella enarcó una ceja.

—Mentiroso —le susurró divertida provocando que Alec también riese—. Debe de dolerte mucho.

—He sufrido heridas peores que esta —comentó convencido.

—No lo dudo —respondió ella con una sonrisa.

Le hizo las curas pertinentes, le cambió la tela con la que envolvía el tobillo hinchado y le ayudó a ponerse la bota.

Cada hora aproximadamente hacía una ruta por todos los heridos, intentando ayudarlos, de esa forma mantenía su mente distraída.

A todos aquellos que tenían alguna herida se la limpiaba y vendaba con telas limpias.

Depositó las telas que le habían sobrado en una de las carretas y cerró los ojos mientras se cogía con fuerza a la barra de madera.

Sí, aquella rutina que se había forzado a cumplir la ayudaba a calmar los nervios, la mantenía entretenida, pero no evitaba la presión en el pecho ni la dificultad para respirar provocada por la ansiedad.

Apoyó su frente contra el tronco que hacía las veces de baranda e intentó aguantar las lágrimas respirando hondo.

Necesitaba ser fuerte como lo había sido hasta ahora. Muchos de aquellos hombres, tal y como Kenneth le había dicho, necesitaban su ayuda.

Abrió los ojos y cuando miró desde lo alto de la montaña una cosa le sorprendió.

—Declan —lo llamó nerviosa, rodeando la carreta para dirigirse al inicio del valle desde donde podía verse toda la planicie. Aunque la oscuridad no permitía verlo, sabía que su poblado se encontraba en ese valle

Declan corrió hacia ella y se situó a su lado. Tragó saliva.

—Antorchas —susurró ella con terror y lo miró—. ¿Son… los normandos? —preguntó con la voz entrecortada.

Declan alzó los hombros con gesto de duda.

—No lo sé —comentó en el mismo tono que ella, totalmente aterrado.

Una fila de antorchas recorría en la lejanía parte del valle, dirigiéndose hacia su poblado.

Nora se llevó la mano a la boca conteniendo la respiración. Solo había dos opciones: que fuesen sus familiares o que fuesen los normandos. En ese último caso solo había una única explicación posible, no los habían conseguido derrotar.

Ambos esperaron con el corazón compungido, intentando hallar algo que les revelase de quién se trataba.

Nora tuvo que reprimir el grito cuando vieron que las llamas aumentaban.

No había duda, estaban incendiando algunas casas del poblado.

Se giró para no observar el espectáculo llevándose las dos manos a la boca. Declan la cogió rápidamente por los brazos apoyándola contra su pecho.

—No… —susurró Declan, pues ya sabía lo que significaba.

No habían logrado parar el avance de los normandos, bien porque no se hubiesen topado con ellos, lo cual creía prácticamente improbable, bien porque los normandos hubiesen ganado la batalla, lo cual implicaba que la gran mayoría de sus amigos y su hermano estarían muertos.

Declan se giró cuando observó a Alec acercarse cojeando. Llegó hasta donde ellos y observó aterrado la escena.

Aunque era a lo lejos, podía intuir cómo las llamas bailaban en la zona donde se situaba su poblado. Miró a Nora y colocó una mano sobre ella intentando infundirle calma, aunque él mismo, al ser consciente de lo que ocurría, cerró los ojos intentando reprimir una lágrima.

Kenneth miró al frente con la espada en la mano, a lomos de su caballo que se movía de un lado a otro, nervioso. A su lado, sus amigos esperaban a escuchar su orden para cabalgar hacia los normandos.

Habían cabalgado durante horas en busca de los normandos que pretendían arrasar sus tierras y todo lo que amaban. No iban a permitírselo sin oponer resistencia. Lucharían.

Pocas horas después, tras el descenso de una colina, los habían encontrado.

Cientos de normandos avanzaban a gran velocidad hacia ellos,

con decenas de antorchas encendidas para ver el camino.

La imagen era aterradora. Al menos, los triplicaban en número, y sabía que aquellos hombres eran solo una pequeña facción del ejército normando.

Tal y como su hermano Alec y Alexander Bruce le habían informado, los normandos avanzaban sin tregua hacia las Tierras Altas, sembrando el caos y aniquilando a todo aquel que se cruzase en su camino.

La causa normanda no era noble, invadían unas tierras que no eran suyas y acababan con cualquier obstáculo que se interpusiese en su camino.

Kenneth y los suyos iban a hacerles frente, no iban a permitir que los normandos llegasen hasta su poblado, hasta Nora.

Al verlos, se habían detenido al otro lado del valle, esperando para ver cuál era el primero en atacar.

Las montañas a los lados estaban nevadas y en alguna parte de la ladera aún quedaba nieve, pero la mayor parte del valle estaba repleto de barro.

—¿Cómo los atacamos? —preguntó un hombre a su lado.

Kenneth no apartaba la mirada de los normandos. Estos cargaban decenas de antorchas, sin embargo, ellos no, ellos estaban a oscuras. Contaban con poco más de cien hombres y la ventaja de la oscuridad.

Observó a los lados, al bosque.

—Quiero que cuarenta hombres bajen esta colina. Veinte por la derecha y veinte por la izquierda, que se escondan en el lateral y avancen por el bosque. Que lancen un ataque sorpresa por detrás cuando estemos en el centro.

El hombre fue rápidamente hacia la parte de atrás y les indicó el plan de Kenneth. Pudo observar bastante movimiento detrás de él, aunque gracias a la oscuridad y a la lejanía los normandos no serían conscientes.

El hombre volvió hasta él sobre su caballo.

—Necesitarán unos diez minutos —pidió él.

—Lo sé —respondió Kenneth—. ¿Tenéis los troncos afilados?

—Sí —respondió el hombre—. Colocadlos tras esta colina. —Se giró y fue hacia el centro de todos los hombres—. Son muchos más que nosotros —comentó mientras todos lo rodeaban en silencio—, por eso hay que ir con una buena estrategia. —Todos asintieron—. Cuarenta hombres están dirigiéndose por el bosque a escondidas. Primero, lanzaremos unas flechas e intentaremos derribar a todos los normandos que podamos. Aguantaremos sobre la colina todo lo que nos sea posible. —Señaló hacia el final—. Quiero a diez hombres con las maderas afiladas tras la colina, preparados para alzarlas en cuanto lleguen.

—¿Cómo los atraeremos hasta aquí? —preguntó un hombre.

Kenneth lo señaló.

—El grueso de nuestro ejército avanzará hacia delante y lucharemos contra ellos en el centro, cuando grite retirada volveremos a todo galope hacia la colina, atrayéndolos a este lugar. Cuando el último de nosotros cruce este punto las maderas se alzarán. Por otro lado, los soldados refugiados en el bosque los interceptarán desde atrás. —Todos asintieron—. ¿Preparados?

Hizo girar a su caballo en dirección al frente. Suponía que los hombres que había enviado al bosque debían de estar ya preparados.

Inspiró con fuerza y cerró unos segundos sus ojos intentando calmar sus emociones.

—Arquero, prended una y disparad, preparad el resto por si la distancia es buena —ordenó Kenneth aguantando la mirada en dirección a aquellos normandos al otro lado del descampado—. Si llega a donde debe llegar dispararemos una buena oleada de flechas.

Estaban lejos, pero sus hombres eran buenos con el arco.

Uno de ellos se adelantó y prendió una de las flechas. Dio unos pasos hacia delante y buscó el ángulo necesario. Disparó.

Todos observaron la flecha cruzar el cielo a gran velocidad.

—Preparad las siguientes flechas —dijo echándose a un lado para que los arqueros pudiesen coger una buena posición.

No pudo evitar sonreír cuando vio que uno de los soldados normandos del medio del pelotón se echaba su escudo encima para evitar que la flecha lo atravesase.

—Ha llegado —susurró con urgencia—. ¡Disparad y preparad la siguiente directamente!

Los diez arqueros cargaron sus flechas y, esta vez sin prenderlas, dispararon en aquella dirección. Con suerte, los normandos no serían conscientes de todas aquellas flechas que cruzaban el cielo en su dirección, en medio de la oscuridad, hasta que las tuviesen encima.

—Vamos, vamos… —comentó Kenneth mientras los arqueros disparaban y volvían a cargar el arco.

Los gritos llegaron desde el otro lado de la ladera cuando muchos normandos fueron atravesados por las flechas, incluso pudo ver que algunas antorchas caían al suelo.

—¡Seguid disparando! —ordenó Kenneth.

Sabía que eran demasiados para ellos, pero de esta forma, quizá, pudiesen equilibrar un poco la balanza a su favor.

Los normandos comenzaron a galopar hacia ellos.

—¡Quietos! ¡No os mováis! —gritó él al ver el nerviosismo de sus hombres—. ¡Arqueros! —exclamó de nuevo.

Los arqueros volvieron a disparar una flecha tras otra mientras el sonido del galope de los caballos llegaba hasta ellos.

Kenneth respiró hondo, confiaba en que sus hombres estuviesen ya preparados para encerrarlos por detrás cuando gritase.

Su caballo dio unos pasos atrás, asustado por el estruendo que llegaba hasta ellos.

—¡Preparaos! —gritó hacia sus hombres y alzó la espada. La mayoría iban montados a caballo. Se giró y observó que los palos afilados de madera ya estaban preparados tras él—. Recordad, a mi señal huimos y los conducimos hasta aquí.

Se fijó en que los hombres más que nerviosos estaban ansiosos por iniciar la batalla, por intentar frenar aquella oleada de destrucción.

—¡Avanzad! —gritó alzando su espada.

Dio un golpe con sus pies a su caballo y comenzó a galopar en dirección a los normandos seguido de todos sus hombres. Solo contaban con el factor sorpresa para poder ganarlos, y esperaba que funcionase.

Galopó directo hacia ellos alzando su espada.

El golpe contra los normandos fue duro. Los gritos inundaron todo el valle y el sonido de las espadas chocando unas con otras retumbó en los oídos de todos.

Kenneth intentó mantener el equilibrio sobre el caballo. Aquello era una locura, decenas de normandos se echaban sobre ellos sin compasión alguna, con una furia y letalidad inigualables.

Ocultó su pecho con el escudo evitando que uno de los normandos pudiese lesionarlo y alzó su espada clavándola en su cuello. El normando cayó del caballo inmediatamente, ahogándose en su sangre.

Detuvo otro golpe y alzó su pierna para golpear el pecho de uno de esos normandos.

Sí, puede que muriese, pero evitaría como fuese que aquellas bestias llegasen hasta Nora y su familia.

Sintió un golpe en su espalda y se giró para evitar por unos milímetros que una espada atravesase su costado. Su escudo chocó con la espada con un golpe seco, esta cayó al suelo y Kenneth golpeó con el escudo en el rostro del normando provocando que cayese del caballo.

Inspiró hondo intentando centrarse, sabía que cualquier descuido acabaría con su vida.

Miró a su alrededor y observó unos metros por delante a Evan luchando contra uno de los normandos, chocando con agresividad su espada contra la de él e intentando echarlo del caballo.

Se llevó la mano a la bota y extrajo una daga. La echó hacia atrás y la hizo volar hasta la espalda de aquel normando que se echó inerte hacia delante sobre el caballo.

Sus miradas coincidieron unos segundos y Evan le hizo un gesto con su cabeza para agradecerle lo que había hecho justo antes de que otro de aquellos invasores se echase sobre Kenneth intentando separar su cabeza de su tronco.

Se agachó protegiéndose con el escudo e impulsó su caballo contra el de su enemigo intentando que perdiese el equilibrio.

Gritó cuando sintió el corte en su brazo por una espada normanda y estuvo a punto de dejar caer la suya al suelo. Contuvo el color y atravesó con un rápido movimiento el pecho de su enemigo, se giró y volvió a esquivar la espada de otro normando.

Muchos de los normandos aún se encontraban sobre sus caballos, pero la gran mayoría luchaban cuerpo a cuerpo contra sus hombres en la tierra.

Logró esquivar una lanza y avanzó hacia delante en dirección a Darach y Eiden que se encontraban a unos metros.

Se dio cuenta de que varios cuerpos ya permanecían en el suelo obstaculizando el avance de los caballos.

Miró hacia los lados y tuvo que esquivar de nuevo una espada. Un normando se había acercado a él corriendo e intentaba tirarlo del caballo.

Golpeó con su bota el rostro de su enemigo, partiéndole la nariz y echándolo al suelo, y aprovechó para gritar hacia sus hombres. Por suerte, el grupo se había concentrado en forma circular y no alargada, lo que implicaba que los hombres que permanecían ocultos en el bosque podrían rodearlos sin problema.

—¡Retirada! —gritó a pleno pulmón intentando que se le escuchase por encima del alboroto del resto de soldados—. ¡Ahora! —repitió—. ¡Retirada!

Supo que muchos de sus hombres lo habían escuchado porque comenzaron a cabalgar en dirección contraria y a los que no había llegado su voz seguirían a sus compañeros al verlos.

Pasó sobre varios cuerpos e inició una trepidante carrera hacia la colina donde sabía que sus compañeros los esperarían.

Giró su cuello rogando que los normandos cayesen en su trampa, que los siguiesen. Casi gritó de júbilo cuando vio que así era y que los normandos los seguían a la carrera intentando que no escapasen. Sin saberlo, se estaban dirigiendo a una trampa mortal.

—¡Acelerad! —gritó a sus compañeros para adelantarse y poder saltar sobre los palos de madera antes de que sus compañeros los alzasen para empalar a los normandos.

Un clamor llegó desde los laterales. Supo que sus compañeros escondidos en el bosque habían salido de su escondite y estaban rodeando a los normandos por detrás, forzándolos a luchar o a seguir corriendo tras el primer grupo en dirección a la colina. De todas

formas, no tenían escapatoria.

Kenneth aporreó su caballo con sus talones para que imprimiese más velocidad a su galope y cuando subió la colina saltó sobre los palos de madera que permanecían aún en el suelo. Se detuvo y esperó a que todos sus hombres llegasen.

Algunos de los normandos, los más alejados, se habían detenido en medio del descampado y esperaban espada en mano a los escoceses que los habían rodeado y los apresaban desde atrás.

Escuchó de nuevo el sonido de las espadas al golpear la una contra la otra. De todas formas, eran pocos los que se habían quedado a combatir contra sus hombres, la mayoría de los normandos los seguían colina arriba.

Observó cómo sus hombres saltaban sobre los palos a toda prisa y, nada más hacerlo, giraban sus caballos preparados para luchar de nuevo contra aquel normando que consiguiese esquivar los palos que en breve serían alzados.

Kenneth observó nervioso a Eiden que corría el último de todos sus hombres, perseguido de cerca por dos guerreros normandos.

—Vamos, vamos… —suplicó mientras veía a su amigo cabalgar en su dirección. No contuvo el grito cuando observó que uno de los normandos lanzaba una daga contra la espalda de Eiden y este caía del caballo—. ¡Nooo! —gritó desesperado.

Se removió nervioso y miró a los normandos que seguían al galope en dirección a la colina.

Resopló y miró directamente el cuerpo de Eiden tendido sobre el barro. Tenía que ayudarlo…

Miró a los normandos subir la colina y se alejó de ella.

—Preparaos —gritó hacia sus hombres. Pasaron unos segundos hasta que el estruendo de los normandos se hizo presente al llegar al punto más alto de la colina y siguieron cabalgando hacia abajo—. ¡Ahora! —gritó Kenneth.

Sus hombres alzaron los palos de madera afilados en dirección a los normandos. Tan cegados iban con las ansias de conquista y tan poca era la visibilidad en la noche que escucharon los gritos de los normandos al herirse contra aquellas afiladas puntas, alguno de ellos amputando alguna parte de su cuerpo o bien siendo atravesado por aquellas lanzas.

El plan estaba funcionando, pero en cuanto los normandos fuesen conscientes de lo que estaba ocurriendo no avanzarían más.

Kenneth rodeó la colina a todo galope con la espada en la mano y golpeó a alguno de los que subía en aquella dirección arrojándolo al suelo desde el caballo, esperaba que con un golpe final.

Buscó con su mirada el cuerpo de su amigo y se dirigió rápidamente hacia allí.

En ese momento se dio cuenta de que, con un poco de suerte, era posible que ganasen aquella batalla, pues los normandos habían sido diezmados en el fragor de la batalla.

Se cruzó con su grupo de hombres que atacaba desde atrás a los normandos, obligándolos a cabalgar hacia delante, hacia aquella colina, y llegó hasta Eiden.

Se arrojó rápidamente desde el caballo al barro y extrajo la daga que su amigo tenía clavada en la espalda. Supo que estaba vivo porque gritó.

—Eiden —comentó dándole la vuelta, aunque lo que encontró no le gustó.

Eiden se había golpeado su frente contra una roca del suelo y tenía una gran herida de la cual brotaba abundante sangre. Su rostro estaba extremadamente pálido y su cuerpo temblaba con intensidad.

—No, no, no… —gimió hacia su amigo, cogiendo entre sus manos su rostro para que lo mirase—. Mírame, Eiden… —Eiden no podía ni hablar, solo balbuceaba alguna palabra incomprensible. Kenneth sollozó al comprender que no había nada que pudiese hacer para salvar a su amigo—. Nooo —gimió con una pena que le atravesaba el alma. Eiden cogió su mano con fuerza mientras intentaba respirar, pues seguramente en la caída del caballo se habría fracturado alguna costilla—. Tranquilo, no estás solo —le susurró.

Eiden volvió a balbucear algo antes de exhalar por última vez. Apretó la mano de Kenneth unos segundos y luego se relajó. Su pecho dejó de moverse y su corazón se detuvo.

Kenneth cerró los ojos unos segundos y suspiró.

Eiden había sido su amigo desde pequeño. Contempló su rostro con los labios apretados y cerró sus ojos con delicadeza. Tragó saliva e intentó centrarse. Aquella muerte lo afligía, le hacía desconcentrarse, lo consumía por dentro… pero tenía que centrar toda su atención en aquella batalla si no quería que aquello volviese a ocurrir. Ya tendría tiempo de llorar a su amigo, y lo haría, pero no ahora.

Miró hacia la colina donde observó que el número de normandos era ya ínfimo y los pocos que corrían cuesta abajo huyendo de aquellas lanzas eran ensartados por las espadas de sus hombres que los habían rodeado desde atrás.

Habían ganado, lo habían logrado… su poblado estaría a salvo, al menos, de momento. Seguramente habrían tenido varias bajas, pero finalmente habían podido contra un ejército que los triplicaba en número.

Suspiró y cerró los ojos unos segundos, pero una luz llamó su atención. Los abrió y miró al final del descampado.

¿Qué era eso?

Cientos de antorchas aparecían de nuevo sobre la colina donde se

habían encontrado en un principio a los normandos.

Tragó saliva al saber lo que significaba aquella imagen y se giró hacia sus hombres, los cuales parecían estar estupefactos ante lo que veían.

Cientos de antorchas normandas asomaban de nuevo sobre la colina.

Kenneth se puso en pie lentamente, tragando saliva. A duras penas habían podido acabar con la facción de aquel ejército que, ahora, venía hacia ellos una aún mayor.

Inspiró con fuerza cuando vio que los arqueros normandos apuntaban sus flechas encendidas en fuego en dirección a ellos y estas eran disparadas atravesando el negro cielo de aquella aciaga noche.

Alzó el escudo lo suficiente para evitar que tres flechas le atravesasen el cuerpo mientras escuchaba el grito de guerra de los normandos y el galopar de los caballos en su dirección.

La situación había empeorado drásticamente. Se incorporó y rompió con su espada las tres flechas incrustadas en su escudo. Miró hacia delante.

Cientos de normandos, un grupo aún mayor que el primero, se dirigían hacia ellos espadas en mano.

Tragó saliva y cerró los ojos unos segundos.

—Te quiero, Nora —susurró antes de abrirlos, arrojar su escudo en llamas y sujetar su espada con las dos manos preparado para enfrentar el segundo ataque.

31

Nora había observado, casi sin pestañear, cómo el poblado ardía durante horas hasta que el fuego se había consumido a sí mismo.

Al amanecer los normandos habían abandonado el poblado cabalgando rápidamente hacia el siguiente que pudiesen saquear.

Todos habían guardado silencio mientras observaban a aquellos invasores alejarse desde lo alto de la montaña. Al menos, no habían tenido que sufrir el ataque en sus propias carnes.

Seguramente habrían destruido y saqueado todo el poblado, pero por lo menos no debían lamentar víctimas mortales en ese asalto.

Otro asunto era el porqué de la llegada de los normandos a su poblado. Estaba claro que algo no había ido bien. No quería ponerse en lo peor, pero dudaba mucho que sus amigos y Kenneth no se hubiesen cruzado con ellos por el camino. ¿Significaba que habían perdido la batalla?, ¿que habían acabado con sus vidas?

Era pensar eso y le faltaba la respiración. Notaba una opresión en el pecho como jamás había sentido.

Se giró y observó la multitud de personas allá reunidas, muchas de ellas ni siquiera se acercaban al extremo de la roca para ver su poblado, se negaban a ver la columna de humo que ascendía. El tiempo había mejorado bastante. Al menos, con el amanecer la temperatura se templaba y el frío no los congelaba hasta los huesos.

—Permaneceremos aquí hasta que nuestro ejército regrese —anunció Declan intentando infundir calma y confianza.

—¿Y si no vuelven? —preguntó una mujer sollozando.

—Hay que confiar —respondió Declan.

Nora cerró los ojos y suspiró.

La mayoría de aquellas personas tenían algún marido, hermano, padre o hijo que había acudido a luchar contra los normandos para evitar su avance.

La estampa era desoladora, pero ella ya había pasado por situaciones parecidas y, aunque el cuerpo no se acostumbraba, sí sabía sobrellevarlo mejor.

Si algo había aprendido de todas sus vivencias era que no podía rendirse, y eso mismo pensaba hacer.

Inspiró hondo y se dirigió con decisión hacia una de las alforjas que permanecía tirada sobre el suelo. Se aseguró de llevar mantas y algo de comida y fue hacia uno de los caballos colocándola en su lomo. Se giró y fue hacia el carruaje donde Alec y Alexander permanecían tumbados.

Alec la miró sorprendido cuando cogió uno de los recipientes y vació parte de su contenido en otro.

—¿Qué haces? —preguntó al ver que lo cogía y se dirigía rápidamente hacia el caballo. Al no recibir respuesta bajó del carruaje y comenzó a cojear en su dirección—. Nora… —volvió a llamarla mientras se acercaba.

—No deberías caminar —le indicó ella mientras introducía el recipiente en la alforja y la cerraba.

Alec situó una mano en la alforja de ella evitando que pudiese subir al caballo.

—¿Qué haces? —insistió él.

Ella lo miró fijamente.

—Voy a buscarlo —respondió firme.

Alec la miró de arriba abajo.

—¿Estás loca? —Ella resopló y cogió las riendas de su caballo—. Puede haber miles de normandos por el camino.

—¡No me importa! —contestó ella de los nervios—. No voy a quedarme aquí lamentándome… —pronunció alzando la voz, lo que llamó la atención de Declan que permanecía intentando calmar a su gente.

Declan se giró y fue hacia allí preocupado.

—¿Qué ocurre?

Alec chasqueó la lengua.

—Quiere ir a buscarlo.

Declan suspiró y se acercó a ella.

—No es buena idea, Nora.

Ella apretó los labios y cerró los ojos unos segundos.

—Sé que no es buena idea, pero necesito —enfatizó esa palabra—, ir a buscarlo. —Los miró seriamente—. Sé que vuestras intenciones son buenas y que solo intentáis protegerme, pero no me vais a convencer ni me lo vais a impedir. Es mi marido —se señaló a sí misma—. Me salvó la vida y ha estado a mi lado siempre que lo he necesitado, así que ni tú ni nadie —dijo alzando el tono de voz—, va a evitar que vaya a buscarlo.

Ambos se miraron de reojo.

—Puede haber ejércitos de normandos por el camino —recordó Declan intentando disuadirla.

—Ya me las he visto con los normandos, fui su prisionera —recordó—, y logré sobrevivir. Volveré a hacerlo —sentenció.

Alec situó una mano sobre el caballo, evitando de nuevo que ella se subiese. Nora lo miró enfadada. Alec se quedó observándola, tenía una mirada cargada de fuerza y determinación. Miró de reojo a su hermano Declan y finalmente inspiró.

—Está bien, voy contigo —dijo él.

Ella ladeó su cabeza.

—Estás herido.

—¿Mi tobillo? No es nada… —comentó—. Además, mi hermano me mataría si te dejásemos sola —remarcó. Le cogió al espada del cinturón a su hermano y se la mostró—. Soy bueno con la espada —dijo colocándola en su cintura.

Ella lo miró seriamente y asintió. Agradecía ir acompañada, más si era por un hombre diestro en la batalla.

—Esperad… —comentó Declan que no parecía conforme con la decisión que habían tomado.

Nora se giró hacia él y situó una mano en su brazo.

—Declan, cuida de todos —le susurró—. Te prometo que traeré a tu hermano de vuelta. —Miró hacia la gente que no parecía consciente de la conversación que se estaba manteniendo entre ellos, pues permanecían embelesados mirando al horizonte, a esa columna de humo que se elevaba. Se fijó en Moira que lloraba desconsolada—. Traeré de vuelta a todos los que pueda —remarcó.

Declan pareció darse por vencido, sobre todo cuando su hermano Alec apareció con otro caballo al lado, dispuesto a acompañar a Nora.

—Toma —dijo Declan tendiéndole una bota de agua a su hermano, el cual la guardó en su propia alforja. Miró a los dos y dio un paso hacia atrás—. Id con mucho cuidado —les suplicó.

Nora y Alec subieron a sus caballos y lo miraron.

—Descuida, lo tendremos —pronunció ella antes de sujetar con fuerza las riendas y golpear con sus pies el lomo del caballo para que comenzase a avanzar.

Alec saludó con un movimiento de cabeza a su hermano mientras iniciaban el descenso de la montaña.

Se mantuvieron en silencio los primeros metros hasta que perdieron de vista la cima de la montaña y se quedaron a solas. El silencio acompañado de aquella brisa, durante unos segundos, le hizo sentirse en paz consigo misma.

—¿Sabes dónde pueden estar? —preguntó ella.

Alec asintió.

—Creo que sí.

—¿A qué distancia está? —preguntó interesada.

—A unas cuatro horas cabalgando desde que lleguemos a la falda de la montaña —respondió.

Ella asintió y miró al frente con determinación. Daría con él costase lo que costase, aunque realmente le asustaba lo que pudiese encontrar. No sabía si estaría preparada. Apartó aquella idea de su cabeza y se concentró en descender la montaña.

El descenso era mucho más rápido que el ascenso, así que en cuanto llegaron a la falda de la montaña y comenzaron a recorrer el descampado iniciaron una marcha apresurada al galope.

Había comenzado a llover. Pronto Nora quedó totalmente empapada. Se había cubierto el cabello con una manta y habían seguido trotando lo más rápido que podían.

Siempre intentaban ir cerca del bosque por si en algún momento debían esconderse ante la presencia enemiga.

Pese a llevar toda la noche sin dormir no se sentía cansada, al contrario, la adrenalina recorría su cuerpo y la hacía estar con sus cinco sentidos alerta.

Alec miró atrás donde se encontraba Nora sentada sobre el caballo y asintió.

—Parece que está despejado —informó.

Ambos salieron lentamente al descampado y lo atravesaron al galope hasta el bosque. Aquellos minutos en los que estaban al descubierto ponían su mente a prueba, pues el miedo a ser descubiertos era tal que sentía que en cualquier momento desfallecería, luego recordaba la razón por la que se encontraba allí, cabalgando, y su temor se atenuaba.

Respiró tranquila cuando volvieron a internarse en el bosque. En realidad, ir por el bosque iba a retrasarlos, pero de esa forma se aseguraban el no ser descubiertos.

Alec iba siempre en cabeza, con la mano en su cinturón, preparado para desenvainar su espada si hacía falta.

Se giró asegurándose de que ella seguía su ritmo y detuvo un poco el paso al llegar a una zona más frondosa. Se situó a su lado y la observó. La muchacha era valiente, más incluso que él.

—¿Cómo os conocisteis mi hermano y tú? —preguntó Alec con curiosidad.

Ella lo miró y le sonrió tiernamente.

—Mi manor se llama Pons Aelius…

—No lo conozco —interrumpió Alec.

—Se encuentra en Inglaterra. Es… es un lugar precioso —dijo con una sonrisa—, los prados de trigo y cebada rodean el poblado, las

puestas de sol son espectaculares —recordó con melancolía—. Una noche… —tragó saliva borrando la sonrisa de su rostro—, llegaron los normandos arrasando con todo. —Lo miró angustiada, internándose en sus pensamientos—. Intenté proteger a mi madre, pero salió corriendo en dirección contraria para persuadir a unos normandos que iban a por mí —dijo con un hilo de voz—, y mi prometido…

Aquel dato llamó su atención.

—¿Estabas prometida?

Ella lo miró con una sonrisa triste. En ese momento recordó la historia que Kenneth le había explicado sobre su hermano, cuando él había perdido a su reciente esposa por culpa de la codicia de su familia. Sintió un nexo de unión con él que no había sentido hasta ese momento.

—Se llamaba William… era —le costó seguir hablando—, era buen hombre. Él… me salvó —susurró y tuvo que apretar sus labios para no hacer un puchero. Vio cómo Alec se quedaba pensativo. Ambos habían sufrido un trauma por amor. Pudo ver cómo Alec se quedaba pensativo, seguramente rememorando lo que él había vivido y ella ladeó su cabeza—. Alec… —dijo captando la atención—, es algo que no se supera nunca, pero aprendes a vivir con ello —le susurró. Él se dio cuenta de que estaba enterada de su historia, pero no le importó, le sonrió de forma amarga por sus palabras. Nora suspiró y miró hacia delante—. Los normandos me capturaron junto a otras mujeres. —Cerró los ojos de nuevo—. Tuve que ver cómo amigas mías eran asesinadas sin piedad, solo por diversión… hasta que, una noche, pude escapar. Aún no sé ni cómo tuve las fuerzas necesarias para hacerlo. —Alec la escuchaba atento—. No sé siquiera los días que permanecí perdida por el bosque, helada de frío y muerta de miedo, sabiendo que los normandos me buscaban. Yo… lo único que deseaba era volver a mi hogar para asegurarme de que mis seres queridos estaban bien, pero los normandos dieron conmigo. Justo cuando uno de ellos iba a violarme apareció tu hermano —le sonrió—, la verdad es que fue muy oportuno —comentó con un tono más gracioso en su voz—. Acabó con los normandos y me llevó con él.

—Ya, pero… eso no explica por qué acabaste casada con él —apuntó.

Se quedó observándolo y decidió omitir información, tampoco era necesario que él supiese que Kean O'Duines había sido el culpable de casi todo.

—Soy anglosajona —reconoció ella—. Me aseguró que de esta forma estaría protegida por él y por tu familia —acabó diciendo.

Alec rio y negó incrédulo.

—Menuda excusa más mala para casarse contigo —acabó riendo.

Aquel comentario hizo gracia a Nora que le devolvió la sonrisa.

—¿Tú crees? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Tiene razón en que el matrimonio te convierte en escocesa y te otorga la protección de una familia, pero… sabe que nosotros te la daríamos igualmente solo con que él lo pidiese.

Ella lo miró con ternura y asintió.

—Él… es lo único que me queda. No puedo permitirme perderlo —susurró.

—Lo encontraremos —le aseguró.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza, lo que provocó que la manta con la que se cubría Nora el cabello se empapase del todo. Resopló y se la sacó de la cabeza dejándola sobre su regazo, de todas formas, ya no servía de nada.

Se detuvieron de nuevo ante otro descampado. Alec la detuvo con un movimiento de su mano y miró a todos lados. No parecía haber nadie por aquella zona.

—Dime una cosa, ¿sabes cómo usar un puñal? —preguntó mientras controlaba la zona y extraía de su bota una pequeña daga.

Ella lo miró sin saber qué responder.

—Lo sujeto por el mango y lo clavo en la carne de mi agresor, ¿no?

Alec sonrió divertido.

—Sí —bromeó—, veo que sabes usarlo —dijo tendiéndole uno de los puñales—. Guárdatelo —le señaló el cinturón—. Cúbrelo para que no lo vean y, si es necesario, no dudes en usarlo.

—Créeme, no lo dudaré —enfatizó ella haciendo lo que le él le pedía.

Alec se aseguró durante unos segundos de que no había nadie y le instó de nuevo a cabalgar a través del descampado. Ambos recorrieron la distancia hasta el siguiente bosque a gran velocidad.

—Es raro que no haya nadie por aquí, ¿no? —preguntó ella.

—No tiene por qué —respondió introduciéndose en el bosque—, hay poblados muy alejados unos de otros. —Avanzó de nuevo por el bosque—. Lo que es raro es que no nos hayamos topado aún con el ejército de mi hermano. Siempre se hace esta ruta cuando te diriges a Eiden's burgh.

Ella asintió.

—Sí, estuve allí, aunque no reconozco el lugar. El bosque es igual en todos lados —comentó ella.

—No para mí. He recorrido tantas veces este trayecto que me lo sé de memoria. —Se giró y la miró—. ¿Vas bien? ¿Quieres descansar? —Ella negó—. ¿A qué fuiste a Eiden's burgh?

—Me llevó tu hermano de camino hacia vuestro hogar. Hicimos noche allí, en el castillo.

Aquella afirmación hizo que él volviese a girarse para observarla.

—¿En el castillo? ¿Conociste a nuestro rey?

—Sí —respondió ella—. Tu hermano obvió decirle que era anglosajona.

Aquel comentario hizo reír a Alec.

—Vaya, vaya… encubriendo tu identidad —bromeó él—. No me extraña lo más mínimo que luego se casase contigo. A nuestro rey no le haría mucha gracia si se enterase.

Ella chasqueó la lengua.

—Supongo que no.

—Pero mi hermano, sabiamente… —ironizó de nuevo—, solucionó el problema.

Alec levantó su mano para que se detuviese. Pudo apreciar cómo toda su espalda se tensionaba.

—¿Qué ocurre? —susurró ella detrás.

Alec se giró un segundo.

—Espera aquí —ordenó en el mismo tono que ella.

—Pero ¿qué ocurre? —insistió ella al verlo bajar del caballo.

Alec no pronunció nada, simplemente se dirigió muy lentamente hacia los últimos árboles de aquel bosque. Nora pudo ver sus movimientos ágiles pese a tener el tobillo inflamado, en ese momento era como si no estuviese herido.

Situó su espalda contra un árbol y se asomó lentamente.

Nora se agachó sobre el caballo para intentar ver algo, pero la frondosidad del bosque y las ramas bajas no le permitían vislumbrar nada.

Se bajó del caballo con cuidado y extrajo el puñal que Alec le había entregado sujetándolo por el mango. Observó que Alec miraba de un lado a otro y se adentraba en el descampado que tenía por delante.

¿Qué estaba ocurriendo? Sintió cómo el vello se le erizaba. ¿Habría normandos por la zona?

Dio unos pasos adelante, echando atrás la mirada para controlar a su caballo y el de Alec que pastaban tranquilamente, comiendo las hierbas del suelo.

Llegó hasta uno de los árboles y se escondió detrás sintiendo el corazón a mil por hora.

Asió con fuerza el puñal entre sus dedos. No dudaría en usarlo si era necesario.

Aquellos segundos se le hicieron eternos.

Finalmente, inspiró con fuerza e iba a asomarse por el lateral del árbol cuando Alec apareció a su lado provocando que Nora diese un brinco.

Alec tenía los ojos muy abiertos, incluso su rostro había tomado

un matiz pálido.

—¿Qué ocurre? —susurró hacia él.

Alec tragó saliva y apretó los labios.

—Los hemos encontrado —susurró acongojado—. Están aquí.

32

Miró apesadumbrada desde lo alto de la colina.

Antes de llegar a esta había unos finos troncos de madera afilados donde permanecían unos cuantos hombres ensartados. Los caballos paseaban sin rumbo por el descampado.

Aquello había sido una absoluta matanza.

Contuvo la respiración y se dijo a sí misma que debía ser fuerte. La imagen la había dejado paralizada durante unos segundos, pero luego había reaccionado.

—Hay que encontrarlo —sollozó bajando a toda prisa la colina, intentando no caer, pues decenas de personas yacían fallecidas sobre el suelo.

Llegó al descampado y miró de un lado a otro nerviosa mientras la lluvia caía sobre ella. Cientos de flechas permanecían clavadas sobre la tierra y algunos cuerpos.

—¡Kenneth! —gritó desesperada.

Comenzó a correr de un lado a otro, había muchos hombres tendidos sobre el suelo.

—A… ayuda —escuchó que decía un hombre.

Corrió hacia allí seguida por Alec.

—Nora, cuidado —comentó a medida que se acercaban.

Se situaron frente al hombre al que habían atravesado con una espada por el estómago. El hombre intentaba contener la hemorragia, pero dudaba que le quedasen muchos minutos de vida. Su rostro estaba totalmente pálido.

Supo que no era uno de sus amigos, sino un normando.

—*S´il vous plait*[26]. —Tosió compulsivamente—. *Aide*[27].

Nora lo miró con odio. No sintió ninguna compasión por ese hombre.

Se agachó a su lado, con todos los músculos en tensión. El hombre

la miró atento.

—Sé que no entenderás lo que voy a decirte —comentó con la mirada fija en sus ojos—. Pero te lo mereces —dijo con una voz carente de sentimiento—. Tú viniste a mi tierra y acabaste con todo lo que amaba. No siento compasión cuando te miro.

El hombre la miraba sin comprender, pero supo que no iba a ayudarle cuando ella se puso en pie y comenzó a avanzar. Ignoró los gritos del hombre y comenzó a rebuscar.

Alec se puso a su lado con la espada en su mano.

—No te apartes de mi lado —le pidió.

Alec se quedó paralizado cuando observó a conocidos suyos tendidos sobre el suelo, inertes. Tuvo que cerrar los ojos y aguantar, solo el grito de Nora hizo que reaccionase.

—¡Kenneth! —gritó desesperada y avanzó rápidamente entre todos los cuerpos.

Observaba cada uno de los rostros de aquellas personas.

Sintió una opresión muy grande en el pecho, como si el corazón quisiese escapar de su cuerpo.

Giró sobre sí misma, totalmente desesperada. Alec avanzó hasta ella, pero Nora siguió corriendo entre los cuerpos sin esperarle.

—No… Nora… —escuchó un susurro.

Se giró de inmediato y miró hacia el lugar de donde provenía la voz. Corrió hacia allí, aunque no encontró a la persona que buscaba. Igualmente se sintió feliz.

—Evan —gimió dejándose caer a su lado. El muchacho tenía varios cortes por el cuerpo y un pie roto—. Tranquilo, hemos venido a buscaros, os vamos a llevar a casa.

—A… agua… —susurró.

Alec se arrodilló a su lado y cogió su cabeza para ayudarle a beber, estaba realmente sediento.

Nora se fijó en su cuerpo. Gran parte de la ropa la tenía rota, con unos cortes bastante profundos en los brazos y en el pecho, incluso parecía que algún caballo hubiese pasado por encima suyo.

—Evan… ¿dónde está Kenneth? —sollozó ella.

Evan acabó de tragar y cerró los ojos unos segundos. Miró hacia delante y señaló con el dedo.

Nora se puso en pie lentamente, mirando hacia el lugar que su amigo señalaba.

Por delante había varios cuerpos.

Cogió su vestido y corrió hacia allí.

—Kenneth —sollozó buscando entre todos los cuerpos. La respiración se le cortó cuando vio el cuerpo de Kenneth unos metros por delante—. ¡Está aquí! —gritó desesperada mientras corría hacia su marido.

Alec se puso en pie y fue hacia allí.

Nora se echó sobre él y le tocó la cara. Observó rápidamente su cuerpo, tenía varias flechas clavadas. Una en el costado y otra en la pierna. Llevó su mano hasta su nariz y se echó a llorar cuando sintió la respiración de Kenneth en su dedo.

—Está vivo —sollozó ella—, está vivo —dijo cayendo sobre su pecho unos segundos sin poder controlar los nervios que sentía en esos momentos. Se puso firme de nuevo y pasó su mano por su rostro, acariciándolo—. Kenneth —dijo situándose frente a su rostro—. Kenneth, abre los ojos, mírame, estoy aquí.

Alec llegó rápidamente a su lado.

—¿Está bien?

—Está muy malherido —gimió ella—, tiene dos flechas clavadas y varios cortes por el cuerpo. —Siguió acariciando su rostro—. Kenneth, escúchame —suplicó ella—. Vuelve… vuelve…

Alec se puso en pie de inmediato, con la mirada fija en un cuerpo que había por delante.

—¡Darach! —gritó corriendo cuanto podía hacia él. Darach parecía estar en mejores condiciones, parecía tener un hombro dislocado y varias heridas, pero al menos mantenía la consciencia y podía caminar, ya que se incorporó cuando Alec llegó hasta él.

Nora seguía acariciando el rostro de Kenneth. Incluso con la cara llena de barro y la mejilla ensangrentada le seguía pareciendo el hombre más hermoso que jamás había visto.

Abrió lentamente los ojos sin fijar la vista.

—Kenneth —exclamó ella con una sonrisa, acariciando su cabello con ternura.

Kenneth permaneció unos segundos en silencio, contemplando el rostro que tenía por encima y que lo miraba con lágrimas en los ojos.

—¿No… Nora? —susurró.

Ella asintió.

—Sí, mi amor… —le susurró—, estoy aquí.

Alec volvió junto a ellos al escuchar que Kenneth despertaba.

—¡Hermano! —exclamó también Alec emocionado cogiendo su mano.

Kenneth no parecía ubicarse muy bien.

—¿Qué… qué hacéis aquí? —acabó diciendo.

—Hemos veniros a buscaros. Os vamos a sacar a todos de aquí —pronunció Nora. Se agachó y besó su frente, lo que provocó que Kenneth cerrase los ojos unos segundos. Nora miró a los lados. No era gran cosa, pero en un lateral del descampado había un carro donde se encontraban varias armas, como si los normandos lo hubiesen olvidado allí—. Alec —dijo señalando el carro—, puede servirnos.

—De acuerdo —comentó él poniéndose en pie y dirigiéndose

hacia el carro con un sutil cojeo.

—Tenemos que asegurarnos de quién está vivo para llevarlo al poblado —pronunció ella, aunque se detuvo cuando sintió los dedos de Kenneth acariciar su mejilla con ternura. No tenía ninguna fuerza, estaba a punto de perder la consciencia, pero la miraba totalmente maravillado, como si no diese crédito a que ella estuviese allí. Ella cogió su mano y la besó con sus labios—. Te prometo que te vas a poner bien —sentenció.

Kenneth no parecía escucharla, solo la observaba totalmente embelesado.

—¿Has… venido hasta aquí para…?

—Pues claro que he venido a buscarte —lo interrumpió—. Oh… —sollozó—, no podía dejar que… —No pudo seguir y se abrazó a él con cariño, aunque intentando no hacerle daño—. Ahora volvemos a estar juntos y todo irá bien.

—Es… es peligroso que estés aquí —le susurró.

Ella sonrió, incluso en la condición en la que se encontraba se preocupaba por su seguridad.

—No te preocupes por eso ahora —le susurró. Miró hacia delante —. ¿Ves ese carro? —preguntó señalando a Alec que acababa de llegar justo hasta él—. Engancharemos dos caballos y os llevaremos a todos a casa.

Kenneth suspiró y cerró los ojos unos segundos.

—Evan… —dijo sin abrir los ojos.

—Está bien, está consciente —le informó ella—. Él nos ha indicado dónde estabas. Darach también está bien. —Miró de un lado a otro—. Tengo que buscar a Iain y a Eiden.

Él tragó saliva y abrió los ojos mirando al cielo.

—Eiden no… —No pudo ni mirarla cuando pronunció aquello.

Ella apretó los labios al comprender lo que significaba. Intentó controlar las lágrimas y acarició el rostro de su marido intentando consolarlo, sabía el apreció que se tenían.

—Os subiremos al carro y buscaremos a los supervivientes. —Miró a Alec que estaba amarrando a los dos caballos al carro—. Os llevaremos sanos y salvos a casa.

Dicho y hecho.

Al primero al que subieron al carro fue a Kenneth estirándolo en un lateral. Había pensado en arrancarle las flechas, pero no sabía si tendría una hemorragia y prefería hacerlo en casa, al fin y al cabo, eran cuatro horas de viaje. Luego habían subido a Evan y a Darach.

Habían pasado los siguientes minutos buscando supervivientes. Habían gritado de júbilo cuando habían dado con tres supervivientes más y los habían acompañado hasta el carro para ayudarles a subir.

Aunque lo que estaba viviendo era una pesadilla y sabía que

aquellos rostros la perseguirían en sueños, se obligó a comprobar uno por uno todos los hombres que portaban un tartán. Jarith Mackinnon y parte de sus hombres, concretamente cuatro, permanecían vivos, así como dos hombres pertenecientes a la familia MacNab. Sin embargo, tuvo que llevarse la mano a la boca cuando reconoció a la familia O'Duines, concretamente a Kean junto al cuerpo sin vida de su hermano Gilian, solo Bryden había sobrevivido.

Eran demasiados hombres para llevar en el carro, por suerte, algunos de ellos tenían aún la suficiente fuerza como para montar en un caballo. Alec se aseguró de atar a los caballos al carro para que no escapasen y poder transportar así a varios de los heridos que tenían la suficiente fuerza como para sujetarse sobre el animal y mantenerse conscientes.

Darach se había subido junto a Alec a los caballos que tiraban del carro. Aunque tenía muy mal aspecto y el hombro muy inflamado confiaba en que pudiese soportar el camino sin desfallecer.

Nora se situó en el carro con el resto de los hombres y lo primero que hizo fue controlar las heridas de su marido. Las flechas parecían estar clavadas, pero superficialmente, no parecían haber penetrado mucho en la carne. Por otro lado, al ayudarlo a subir al carro se había dado cuenta de que tenía un fuerte golpe en la nuca, así como diversos cortes por el cuerpo.

Les tendió unas mantas a todos para que se tapasen y echó una sobre el cuerpo de Kenneth. Acarició su cabello y besó su frente.

—Volvamos a casa —dijo hacia Alec.

Los gritos de la gente llegaron hasta ellos a medida que se acercaban. El camino había sido más largo de lo que esperaban, pues con el carro no podían ir tan rápido y el sol comenzaba a ponerse en el horizonte, tras las esponjosas nubes. Por lo menos había dejado de llover hacía un par de horas.

Varios hombres vigilaban desde lo alto de las colinas que no se acercase al poblado una nueva facción de los normandos.

Declan cabalgó hasta ellos con un semblante cargado de preocupación y se situó al lado de Alec.

—Hemos encontrado unos cuantos supervivientes… —comentó.

—¿Kenneth? —preguntó Declan con un hilo de voz.

Alec asintió con una sonrisa y Declan cerró los ojos respirando hondo. Retrocedió un poco más con el caballo y observó a todos en el interior de la carreta.

Efectivamente, Kenneth se encontraba tumbado, Nora lo había tapado con una manta. Miró a Nora con preocupación.

—¿Cómo está?

Nora apretó los labios.

—Pierde la consciencia a veces —explicó—. Tiene dos flechas clavadas y varios cortes. No he podido examinar su cuerpo… —Miró hacia el poblado que se encontraba a pocos metros. Varias casas habían sucumbido al fuego y se habían derrumbado, otras solo habían perdido parte del tejado o alguna pared, y otras, por suerte, parecían estar bien. Suponía que debía agradecer que parte del poblado se hubiese salvado gracias a la lluvia—. ¿Dónde los podemos llevar?

Declan asintió y miró a Alec.

—Sígueme —ordenó situándose él en primer lugar para guiarlos.

Nora miró devastada las viviendas de sus amigos y, en concreto, la suya. Permanecía totalmente ennegrecida fruto de las llamas y faltaba parte del tejado, del interior aún salía humo.

Lo cierto era que la vivienda no le importaba nada, ya construirían otra, ahora lo que más deseaba era atender correctamente a su marido y salvarle la vida.

—Aquí —dijo Declan bajando del caballo—. Ayudadlos —pidió a los hombres que había allí. Los pocos hombres que se habían quedado para proteger a las mujeres y niños en las montañas acudieron de inmediato para ayudar a bajar a los heridos del carruaje—. Llevadlos a esa casa —señaló una de las pocas viviendas que quedaban en pie. En cuanto bajaron varios de los hombres él subió para ayudar a su hermano—. ¿Solo encontraste a estos? —Ella asintió.

Declan resopló. Eran demasiadas pérdidas.

Evan bajó del carro sin tenerse casi en pie, ayudado rápidamente por dos hombres del pueblo.

—¡Evan! —gritó Moira corriendo hacia él.

Pese a lo malherido que se encontraba, el rostro de Evan se iluminó cuando Moira lo abrazó. Gruñó por el dolor, aunque no le dijo que se apartase.

Alec descendió rápidamente del caballo y fue cojeando hasta la parte trasera del carro para ayudar a bajar a Kenneth. Alec lo cogió por los pies mientras Declan lo sujetaba por las axilas.

—Volveré a la zona para ver si hay más supervivientes. Necesito un carro más grande y algún hombre —solicitó.

Declan asintió.

Llevaron a los hombres hasta la casa.

—¿Cuándo habéis bajado de la montaña al poblado? —preguntó Alec entrando en la casa con su hermano a cuestas.

—Hace un par de horas —explicó—. Los normandos llevan todo el día sin aparecer por aquí. He puesto hombres en lo alto de las colinas que rodean a nuestro poblado para que vigilen, si ven algo sospechoso partiremos de inmediato. —Alec asintió—. Aunque no creo que vuelvan durante un tiempo por aquí, han saqueado todo: alimentos, animales, ropas… —Miró a Nora que los seguía al lado—,

¿dónde lo dejamos?

—Sobre la mesa —contestó ella.

Lo depositaron con todo el cuidado del que fueron capaces y ella comenzó directamente a desvestirlo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alec.

Nora se giró para controlar a los hombres a los que había rescatado y que entraban por su propio pie mientras le quitaba el tartán a Kenneth.

—Buscadles un asiento cómodo —les dijo—. Los atenderé cuando acabe con Kenneth —dijo ya centrándose del todo en él—. Y… —tragó saliva—, necesito que me ayudéis con… esto —dijo señalando las flechas.

Declan indicó a Alec que buscase los asientos para los heridos y él se acercó situándose frente a ella.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con determinación.

—Primero necesito telas y… whisky —pronunció.

Declan no preguntó para qué, simplemente salió de la vivienda y volvió al cabo de un rato con lo que le pedía.

Por lo menos, Kenneth estaba inconsciente, así que no sentiría ningún dolor al extraerle las flechas.

Nora empapó las telas con el whisky y miró a Declan.

—Necesito que extraigas las flechas muy rápido. Yo cubriré la herida y presionaré para que no pierda mucha sangre.

Declan asintió. Aunque en su rostro había una clara determinación para ayudar a su hermano pudo ver cómo sus manos temblaban al sujetar la flecha.

—Tranquilo, creo que no son profundas y Kenneth no sentirá nada ahora, está inconsciente.

Aquellas palabras parecieron calmarlo un poco.

Cuando Nora le dio la orden, Declan extrajo una de las flechas de donde comenzó a brotar abundante sangre. Nora cubrió de inmediato la herida con la tela, presionando, intentando cortar la hemorragia.

Se fijó en su rostro pálido.

De nuevo los recuerdos volvieron a su mente. Ni siquiera sabía exactamente cuánto tiempo había transcurrido desde que fue obligada a abandonar su poblado, pero el recuerdo de William tumbado en la mesa la dejó paralizada unos segundos.

Había salvado a William y también lo haría con Kenneth, aunque sus heridas eran peores, aun así, no dejaría que la muerte se lo arrebatase. Había perdido demasiado ya, no pensaba perderlo a él también.

Tapó con otra tela limpia la otra herida de la segunda flecha, apretando con fuerza.

Después de presionar varios minutos las heridas observó más

tranquila cómo la hemorragia se detenía.

Se dedicó a limpiar las heridas que Kenneth tenía por todo el cuerpo y, cuando puso ya el brebaje y las tapó con tela limpia, pasó a atender al resto de hombres heridos.

Cambió el vendaje que había realizado a Alec en el tobillo y este se marchó acompañado de otro hombre para asegurarse de que no había ningún superviviente más y para recuperar el mayor número de cuerpos. Los fallecidos se merecían un entierro digno en compañía de sus familias.

Tras varias horas en las que había curado decenas de heridas y torceduras se sentó al lado de Kenneth acariciando su cabello. No pensaba moverse de allí en toda la noche. Varias mujeres le trajeron algo de comer dejándolos solos de nuevo.

Casi lloró de alegría cuando vio que, finalmente, abría los ojos, aunque una mueca de dolor inundó su rostro.

—Kenneth —susurró junto a su rostro, realmente emocionada.

Kenneth tragó saliva y enfocó la mirada hacia ella. Intentó sonreír, aunque le costó. Elevó su mano lentamente hasta su rostro y lo acarició.

—Mi Nora —susurró con ternura.

Ella le sonrió y cogió su mano entre las suyas con cariño.

—Todo va a salir bien, Kenneth. ¿Te duele algo? —preguntó.

Kenneth cerró los ojos unos segundos y luego hizo un gesto que intentaba ser gracioso.

—Todo el cuerpo.

—¿Puedes tragar? —preguntó rápidamente. Él asintió con la cabeza. Nora corrió hacia otra de las mesas y volcó parte de la infusión que había hecho en un vaso. Fue hacia él y le ayudó a levantar la cabeza para tragar mejor—. Bebe un poco, te irá bien. Te quitará el dolor.

Kenneth gruñó, pero dio un par de sorbos. Dejó caer la cabeza lentamente sobre la manta que Nora le había colocado debajo para que la superficie estuviese un poco más blanda y estuviese más cómodo.

Kenneth miró a los lados intentando ubicarse.

—¿Es la casa de… Darach? —preguntó sorprendido. Ella asintió —. ¿Por qué no estamos en nuestra casa?

Había pensado en no darle ese tipo de explicaciones ahora que estaba tan débil, pero Kenneth quería saber.

—Los normandos llegaron al poblado… —susurró—, destruyeron parte del mismo.

Kenneth la miró asustado.

—No pude evitarlo… —dijo pensativo.

—Eh, sí, claro que pudiste —le susurró—, nos salvaste la vida a

todos —dijo cogiendo su mano—. Nos escondimos en la montaña gracias a ti y nos disteis el tiempo suficiente para llegar. Estamos vivos gracias a vosotros —le agradeció con un hilo de voz.

Kenneth se quedó pensativo.

—Eiden… —susurró—, él…

Nora negó.

—Lo siento —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Evan? ¿Está… bien?

Ella asintió.

—Sí, está con tu hermana, lo está cuidando.

Kenneth asintió lentamente.

—¿Iain? ¿Darach?

—Darach está bien también, de hecho… —señaló hacia un lado de la casa—, está descansando ahí. —Tragó saliva—. A Iain no lo encontré… —continuó con la mirada perdida—. Alec ha vuelto al lugar por si puede encontrar algún superviviente más —explicó. Kenneth cerró los ojos y suspiró—. Tu hermano Declan ha enviado a varios hombres a las colinas cercanas para avisar si ven que se acerca alguien, así que puedes estar tranquilo.

Kenneth volvió a pasar su mano por la mejilla de Nora, mirándola con un amor infinito. Se quedó observándola.

—Viniste a buscarme —pronunció aún sorprendido y luego sonrió —. Eres valiente, digna de llevar el apellido MacNeill… —acabó riendo como si le hiciese gracia su comentario, aunque acabó con una tos ronca y llevándose una mano al costado, justo donde tenía una de las heridas provocada por una flecha.

Nora cogió de nuevo el vaso y le ayudó a incorporarse para que bebiese un poco más de la infusión. Dio un par de tragos y le ayudó a tumbarse de nuevo.

Le acarició el cabello.

—Intenta descansar, te irá bien. —Cogió una manta y se la echó por encima volviendo a sentarse a su lado—. Estaré aquí cuando despiertes.

Kenneth se quedó mirándola fijamente.

—¿Y mi beso? —preguntó.

Ella se incorporó sobre la mesa y lo besó. Kenneth estaba muy débil, pero tuvo la suficiente fuerza como para levantar su brazo y colocar la mano en la nuca de Nora, evitando que se separase de sus labios muy rápido.

—Te quiero —le susurró sin apartar la mirada de ella, a pocos centímetros.

Le emocionó escuchar aquellas palabras. Ya lo sabía, no hacía falta que se lo dijese, sus acciones hablaban por sí solas.

—Y yo a ti —comentó ella con la misma emoción antes de

descender de nuevo a sus labios. Se separó un poco—. En pocos días estarás bien, ya verás. Ahora descansa.

Kenneth se quedó mirándola unos segundos hasta que cerró los ojos y giró la cabeza. Sacó la mano por debajo de la manta y, sin decir nada, sujetó la de Nora.

Nora sonrió con ternura cuando le cogió la mano. Poco después, Kenneth cayó sumido en un plácido sueño, sin soltar su mano.

33

Habían hecho falta dos semanas para que Kenneth se pusiese en pie y cerca de un mes para que recobrase toda su energía. Las heridas sanaban lentamente, pero sanaban, que era lo importante.

Durante todo ese tiempo el poblado se había mantenido alerta, con vigilancia desde las colinas que lo rodeaban y desde donde se podía ver la llanura posterior, pudiendo observar si alguien se acercaba incluso horas antes de que llegasen. Siempre estaban preparados para huir del poblado a refugiarse a las montañas.

Poco a poco, el poblado había vuelto a tomar forma: habían rehecho tejados, paredes e incluso construido ya nuevas casas, y eso había permitido a Kenneth y a Nora volver a su intimidad.

Pocos días después, y una vez recuperados prácticamente todos los cuerpos, habían hecho un entierro multitudinario. Demasiadas vidas perdidas por algo injusto, por una invasión que ellos no habían provocado.

Una de las primeras cosas que había hecho Kenneth cuando había podido ponerse en pie había sido ir a visitar las tumbas de sus amigos Iain y Eiden.

Aunque Kenneth no lo expresaba con palabras, sabía que siempre los tenía en su pensamiento. Había observado cómo sus ojos se humedecían ante sus tumbas y cómo, en diversas ocasiones, se quedaba observando el cielo, seguramente rememorando buenos momentos con ellos.

A los dos meses Kenneth había entrado en la rueda de vigilancia por las noches, turnándose una vez a la semana con sus compañeros para mantener el poblado a salvo.

El tiempo mejoraba y los prados florecían.

Por lo que habían oído, los normandos habían llegado a las tierras más altas sembrando también el caos, así que todo les hacía intuir que

aquella tierra ya pertenecía más a los normandos que a ellos mismos, aunque, por suerte, ninguna facción había vuelto a visitar el poblado desde entonces.

Nora despertó y observó cómo la luz de un nuevo amanecer entraba por la ventana. No le gustaba dormir sola, sin el calor del cuerpo de su marido a su lado, pero era lo que debía hacerse para garantizar el bienestar de todos.

Se peinó, se vistió y se colocó una manta sobre los hombros para salir al exterior de su vivienda y recibir a su marido como hacía cada mañana que a él le tocaba pasar noche al raso, vigilando desde las cercanas colinas y velando por la seguridad de su poblado.

El aire echó atrás sus cabellos mientras se rodeaba con la manta, pues a esas horas el clima aún era frío.

Lo primero que observó fue el cielo anaranjado, sin una sola nube. Aquel sería un hermoso día.

Se sentó en el banco que había al lado, apoyándose contra la pared de su nueva casa y suspiró. El poblado se mantenía totalmente en silencio, aunque de vez en cuando se escuchaba alguna respiración profunda de algún vecino dormido.

Suponía que debía de estar agradecida de la vida que ahora llevaba. Sus vivencias habían sido excesivamente duras, por ello valoraba de veras aquellos momentos de paz y tranquilidad donde la única preocupación que sentía era ver aparecer la figura de su marido por el descampado, caminando sonriente hacia ella.

A esas horas de la mañana todo comenzaba a cobrar color. Las praderas adquirían un fuerte color verde serpenteado por flores de color morado y amarillas. Era realmente hermoso y, ante todo, comenzaba a sentirlo como su hogar.

Le había costado acostumbrarse, sí, pero ahora se había habituado, en parte, gracias a él y a su familia que la habían acogido desde un principio con los brazos abiertos.

Sintió que la piel se le erizaba cuando intuyó la silueta de varios hombres caminando en dirección al poblado.

Una sonrisa brotó en su rostro al reconocerlo.

Kenneth había recuperado las fuerzas, como si jamás hubiese sufrido un ataque. Envuelto en su tartán caminó hacia ella y se despidió de sus cinco compañeros de la noche. Seguramente habrían sido ya relevados por los siguientes hombres.

Nora permaneció sentada hasta que Kenneth llegó y se situó frente a ella. La miró con un amor incalculable.

—*Madainn mhath*[28] —saludó él sentándose a su lado.

—*Madainn mhath* —repitió ella.

Kenneth pasó un brazo sobre los hombros de Nora, atrayéndola, y la besó en la cabeza.

Muchas mañanas, cuando él llegaba de hacer la vigilancia, pasaban un rato juntos viendo cómo amanecía antes de que Kenneth fuese a descansar tras la larga noche.

Pudo ver cómo sus ojos azules se confundían con el azul del cielo.

—¿Ha ido bien la noche?

Él asintió.

—Muy bien, nada importante. ¿Y tú? ¿Has dormido bien?

Ella asintió.

—Estas noches en que faltas en la cama no duermo tan bien —confesó ella.

Él volvió a estrecharla con su brazo.

Se quedaron observando el paisaje durante unos minutos, disfrutando de aquella calma.

—Es un lugar tan hermoso… —susurró ella.

—Y la compañía ayuda, ¿verdad? —bromeó él.

—La compañía es lo mejor —confirmó ella. Suspiró y se quedó observando el horizonte—. ¿Hay nuevas noticias sobre Inglaterra?

Kenneth apretó los labios y negó lentamente. Sabía cuál era su más ferviente deseo, y no la culpaba por ello, él desearía lo mismo estando en su lugar.

—No hay noticias nuevas —respondió él—, pero eso es bueno —continuó.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Supongo.

Kenneth giró su cuello y la miró.

—Te prometo que, en cuanto las cosas se calmen y vuelva todo a su cauce, te llevaré a tu manor en Inglaterra.

Ella le sonrió con ternura, incluso con ojos llorosos al escuchar aquellas palabras. Aunque se consideraba feliz, siempre había un hueco en su corazón que no podía llenar, que se mantenía vacío. Parte de su corazón y de su alma permanecían siempre en Pons Aelius. Muchas veces se sorprendía a sí misma recordando aquellos prados de centeno moviéndose al unísono por el viento, sus carreras por ellos de pequeña junto a William y Mildred, los días junto a su madre aprendiendo a coser o recogiendo la cosecha… Una parte de su corazón y su alma siempre estaría con ellos.

—¿Me lo prometes? —preguntó con un hilo de voz.

Kenneth asintió y la besó en la frente.

—Te lo prometo, y sabes que siempre cumplo mis promesas. —La miró fijamente—. Te prometo que, en cuanto podamos, te llevaré a Pons Aelius.

En cierto modo le daba miedo enfrentarse a la verdad, saber lo que habría ocurrido con sus amigos y su madre…, pero el desconocimiento era peor aún, el no saber nada de ellos era la peor

sensación del mundo. Al menos, de aquella forma, podría pasar el duelo necesario y descansar.

Esa promesa era la que la mantenía con esperanza, la que le hacía afrontar cada día con ímpetu y la ayudaba a no desfallecer. Sí, algún día sabía que Kenneth cumpliría su promesa y volvería a su hogar. No sabía lo que encontraría, pero lo que seguro que hallaría sería paz. Así que solo era cuestión de tiempo sanar del todo su corazón y su alma.

Tardaría más o menos, pero volvería a su hogar.

Apoyó su cabeza en el hombro de Kenneth y dejó que la luz del sol diese vida a todo lo que le rodeaba, disfrutando de su compañía y con aquella promesa en su mente y en su corazón. Aquella promesa, algún día, se haría realidad.

Epílogo

Año 1073
-Inglaterra-

Y, un día, esa promesa se hizo por fin realidad.

Tuvieron que pasar siete largos años para que todo volviese más o menos a su cauce.

En el año 1066 se había iniciado una invasión a manos del duque *Guillermo I de Normandía*[29], una invasión que le había arrebatado todo, pero a la vez también se lo había dado. Durante los últimos años habían sido numerosas las incursiones y rebeliones, años muy convulsos, pero, finalmente, en el año 1072, el duque Guillermo I de Normandía se había afianzado en el trono convirtiéndose en rey y había invadido finalmente Escocia obligando a su rey, Malcolm III, a rendirle homenaje. Las tierras de los aristócratas ingleses que se habían resistido y habían sufrido el yugo de aquellas conquistas fueron confiscadas y entregadas a sus siervos normandos, convirtiéndolos en feudos para imponer su autoridad.

No estaba de acuerdo con lo ocurrido, sin embargo, después de tantos años habían encontrado la paz.

No pudo controlar las lágrimas cuando al salir del bosque se topó con Pons Aelius. Pasó los brazos por la cintura de su pequeño niño de cuatro años, abrazándolo, y se giró para observar a Kenneth que los seguía de cerca.

Kenneth la miró y sonrió al ver la emoción en los ojos de su esposa, sin poder contener las lágrimas.

Llegó hasta ellos a paso lento y se situó a su lado. En el interior de su tartán, junto a su pecho, un pequeño bulto se movía.

—Aileen está inquieta —comentó mientras abría un poco el tartán para observar a la niña de un año que se removía intentando

encontrar la postura para estar más cómoda.

Ella le sonrió y miró al frente de nuevo, sin soltar a su pequeño Duncan. No le había costado decidir el nombre. Había perdido a su padre en aquella invasión, pero su nombre perduraría.

—Es hermoso —comentó él observando—. Es tal y como me habías explicado —comentó con una sonrisa.

Ella se quedó absorta mirando el movimiento de la cebada de un lado a otro, asemejando a las olas del mar.

Pons Aelius había cambiado. Era un poblado más grande, con más casas, y estaban construyendo alrededor, rodeándolo, conformando así una fortificación. Por el momento solo llevaban la mitad, pero no dudaban en que en breve la acabarían. Ya habían visto lo rápido que construían los normandos las fortificaciones.

—Ha cambiado mucho —susurró ella.

—¿Aquí vivías tú, mami? —preguntó Duncan girándose hacia ella.

—Sí —respondió ella con una sonrisa—, aquí vivía yo —Nora dotó a aquellas palabras de una melancolía que no había sentido hasta ese momento.

—¿Vamos? —la animó Kenneth haciendo que su caballo avanzase unos pasos, aunque se giró cuando ella no hizo avanzar el suyo. La observó, estaba totalmente paralizada—. ¿Nora? —preguntó llamando su atención. Ella lo observó con ojos cargados de lágrimas—. ¿Qué ocurre?

Nora inspiró hondo y tragó saliva.

—Estoy… asustada —susurró mirando el poblado. Apretó los labios intentando contener un puchero—. No sé lo que me voy a encontrar.

Kenneth hizo que su caballo fuese hasta el de ella y situó una mano en su hombro.

—Sea lo que sea estamos juntos —recalcó intentando calmarla.

Ella asintió, tomó aire y, finalmente, hizo avanzar su caballo hacia la fortificación.

Estaba nerviosa, pero también asustada.

Miró hacia el cielo observando cómo unos pájaros cruzaban por encima de ella. Al final, en el horizonte, unas nubes amenazaban con traer tormenta, pero, por lo pronto, el sol lucía con fuerza. Había escogido aquella época del año para viajar porque el clima lo permitía mejor.

Su corazón latió con fuerza mientras recorrían los metros hasta la muralla, observando a los hombres y las mujeres labrar la tierra tal y como ella había hecho durante muchos años. Kenneth la seguía de cerca, sujetando a su niña contra su pecho y con la otra mano asiendo las riendas del caballo.

Nora bajó del caballo y ayudó a Duncan a descender, dejándolo en el suelo. Cogió el caballo y lo ató a un poste.

Se quedó observando aquella tierra que durante tantos años había trabajado.

Kenneth descendió a su lado y ató también el caballo.

Había fantaseado con ese momento miles de veces, sobre todo los últimos meses, cuando habían comenzado a planificar el viaje, y ahora, al final, después de una semana de viaje había llegado el momento.

Iba a cruzar la muralla para dirigirse a la que era su anterior casa y saber qué había sido de sus seres queridos cuando una voz la paralizó.

—¿Nora?

Se quedó totalmente estática, sin moverse. Aquella voz femenina la habría reconocido en cualquier parte del mundo. Sintió cómo sus ojos se humedecían mientras se giraba lentamente.

Mildred la observaba a unos metros, totalmente asombrada, y en cuanto sus miradas coincidieron no pudo evitar que una lágrima resbalase por su mejilla.

Nora no se atrevió ni a moverse.

—¿Eres tú? —sollozó Mildred incrédula—. De… ¿de verdad eres tú?

Nora asintió sin poder controlarse y corrió hacia ella al igual que su amiga para fundirse en un fuerte abrazo.

Mildred, ¿cuántas veces había pensado en ella? ¿Habría logrado escapar?, ¿seguiría viva? Aquellas preguntas habían rondado su mente tantas veces…

Se abrazaron entre lágrimas mientras Kenneth se mantenía a distancia y cogía de la mano a su pequeño para que no se alejase.

—Pensaba… pensaba que habías muerto… —sollozó Mildred en su hombro, sin soltarla.

—No, no… —lloró Nora.

—Sobreviviste —dijo ella colocándose frente a Nora, sin dar crédito a lo que sus ojos veían. Nora lloró mientras asentía. Mildred volvió a abrazarla—. No he dejado de pensar en ti ni un solo día —dijo estrechándola con fuerza.

Nora se separó y se secó las lágrimas de sus mejillas.

—Mami, ¿por qué lloras? —preguntó Duncan a distancia.

Aquella vocecita hizo que ambas se girasen hacia él.

La mirada de Mildred voló directamente hacia ese hombre que aguantaba la mano del niño y mantenía a otro bebé junto a su pecho.

—¿Son… tus… hijos? —preguntó Mildred emocionada.

Nora asintió. Mildred cogió su mano y avanzó hasta ellos. El pequeño tenía unos enormes ojos azules que contrastaban con un

precioso cabello rubio cogido en una pequeña coleta en su nuca. La niña que permanecía dormida en los brazos de aquel hombre tenía unos hermosos rizos castaños y los ojos cerrados, aunque intuía que debía de tener los mismos ojos que su padre.

—Son… preciosos… —comentó sin controlar las lágrimas y sin soltar de su mano a su amiga. Miró a Kenneth—. Soy Mildred.

Kenneth le tendió la mano y asintió.

—Kenneth MacNeill —dijo con una sonrisa—. He oído hablar mucho sobre ti —comentó lentamente, lo cual provocó una sonrisa en los labios de Mildred.

Mildred se giró de nuevo hacia su amiga.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó sujetando con fuerza su mano.

—En Escocia —contestó Nora y miró a Kenneth con una sonrisa —. Él me rescató de los normandos… —comentó de nuevo, emocionándose.

Mildred suspiró intentando mantener la compostura y sonrió a Nora.

—Verás cuando William y tu madre te vean… —sollozó.

Nora puso su espalda totalmente erguida. ¿Había escuchado bien?

—Ellos… ¿están?... —balbuceó, pero no pudo ni acabar la frase.

—William estuvo muy grave —explicó—, de hecho, cuando yo conseguí llegar al poblado pensaba que no sobreviviría —continuó—, pero lo hizo. —Tragó saliva y apretó los labios unos segundos—. Es… mi marido —confesó—, tenemos tres niños —comentó con una sonrisa tímida—. Ahora te los presentaré.

Aquello llenó de alegría a Nora. Sabía el sufrimiento que debían haber padecido, seguramente ese mismo dolor había causado su unión.

—Y… ¿mi madre?

Mildred tiró de ella para dirigirse al interior del pueblo amurallado.

—Tu madre está bien, pero… no ha vuelto a ser la misma desde que… —tragó saliva sin poder pronunciarlo—. William y yo nos hemos ocupado de que no le falte de nada.

—Gracias.

Ambas se detuvieron cuando William se cruzó en su camino. Al principio solo miró a Mildred con una sonrisa, cargaba un saco de paja a su hombro, luego miró a su lado y se quedó totalmente paralizado, como si viese una aparición.

—William —sollozó Mildred sujetando de la mano a su amiga, sin poder contener la emoción—. Es Nora… es Nora… —lloró.

Pudo ver que la respiración de William aumentaba y el saco de paja se le caía del hombro. Su reacción fue inmediata y corrió hacia

ella para fundirse en un gran abrazo. Nora se abrazó fuerte a él y cerró los ojos sin creerlo. A su mente volvió la última vez que lo vio, cuando luchaba contra los normandos intentando ponerla a salvo. Recordó cómo uno de aquellos bárbaros elevaba su espada para atravesarlo. Lloró sujeta a él, recordando todos los buenos momentos que le había hecho pasar hasta que se separó y lo miró a los ojos.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella nerviosa.

Él le sonrió sin poder controlar la emoción.

—Tuve unas buenas curanderas —reconoció—. Tu madre me cuidó durante semanas, y luego Mildred. —Nora se emocionó al escuchar aquello.

—Son sus niños —indicó Mildred emocionada.

William sonrió sorprendido cuando observó al pequeño niño y a una niña que no pasaría del año de vida sujeta por un robusto hombre.

Se acercó a él y le tendió la mano. Kenneth le sonrió.

—Creo que tengo mucho que agradecerte —dijo Kenneth.

William le sonrió más abiertamente juntando sus dos manos con las de él.

—Soy William —se presentó.

—Kenneth —respondió.

Caminaron en dirección a la vivienda. Mildred no la soltaba de la mano ni un momento, de hecho, no paraba de llorar de la emoción.

—Shana está en casa, ¿verdad? —preguntó Mildred a William.

—Sí —dijo él acompañándolos. Bajó su mirada hacia el pequeño que lo observaba sonriente—. Hola.

—Hola —dijo con una sonrisa.

—Me llamo William…

—Yo me llamo Duncan —contestó el pequeño.

William pasó una mano por su cabello, acariciándolo, y miró a Nora con una sonrisa emocionada.

—El nombre de tu padre —recordó. Nora asintió y William volvió a mirar al niño—. Llevas el nombre de tu abuelo —susurró—. Luego te presentaré a unos amiguitos para que juegues con ellos y te explicaré lo valiente que era.

Duncan dio unos saltos de alegría, feliz con aquella noticia.

Nora miraba a su alrededor. Todo seguía más o menos como entonces. Algunas casas eran nuevas, pero en esencia el poblado seguía siendo el mismo.

Se detuvo y no pudo dar un paso más cuando observó su hogar, quedándose totalmente clavada.

Mildred la miró sonriente.

—Tu madre está bien, aunque le cuesta un poco caminar —indicó—. Se rompió la pierna cuando nos… —tragó saliva y se mojó los

labios ante los nervios. No pudo acabar la frase—. Desde entonces está delicada —acabó explicando.

Nora asintió. Eso ya no tenía importancia. Su madre estaba viva, había sobrevivido a la invasión. Era lo que su corazón había anhelado escuchar durante siete largos años.

—Vamos —la animó Mildred tendiéndole la mano de nuevo.

Nora se giró hacia Kenneth sin poder contener las lágrimas de emoción. Abrazar a su madre de nuevo era lo único que la había mantenido con fuerzas aquellos últimos años hasta la llegada de sus hijos.

Caminó despacio hacia la vivienda, consciente de cada paso que daba hacia ella.

Mildred abrió la puerta y entró primera soltando la mano de Nora.

—Shana —susurró hacia ella, aunque no pudo decir nada más, pues se le quebró la voz.

Aquel comentario hizo que Shana se girase hacia ella. Permanecía sentada en una silla frente a la mesa, cosiendo un vestido pequeño que suponía que debía de ser para alguno de los hijos de William y Mildred.

Nora entró lentamente observándolo todo. Todo estaba tal y como recordaba. La cocina al final de la vivienda, la mesa en medio del salón y la cama donde había dormido junto a su madre tantas noches en un rincón.

Avanzó unos pasos para ver a su madre.

Shana se quedó totalmente estática sobre la silla, como si no comprendiese lo que ocurría. Su mirada voló hacia el rostro de su hija que permanecía en medio del salón sollozando.

El mundo se detuvo para ella en ese momento y Shana se puso en pie, incrédula.

—¿No… Nora? —sollozó sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Nora asintió sin poder decir palabra alguna en ese momento—. ¿Eres tú? —preguntó dando unos pasos lentos hacia ella, como si no comprendiese qué hacía allí, incluso con miedo a acercarse por si se trataba de un simple espejismo. Se situó ante ella con lágrimas en los ojos—. Mi niña —lloró al final abrazándose a ella, sin poder controlar ya las emociones.

—Mamá —contestó Nora abrazándose con fuerza a ella.

Siete años para recibir ese abrazo, para volver a sentir su cariño y su amor. Se sujetó con fuerza a ella sin controlar los espasmos que recorrían todo su cuerpo, sin creer que aún estuviese ahí, entre los brazos de su madre.

Su madre se separó de ella y sujetó su rostro entre sus manos, observando sus rasgos.

—¿De verdad estás aquí?

Tenía el rostro surcado por arrugas, sin duda, el tiempo y el dolor por la pérdida habían dejado huella en su persona.

—Estoy aquí, mamá —susurró ella volviendo a abrazarla.

Se mantuvieron así varios minutos hasta que Nora se soltó de ella.

—Quiero presentarte a unas personas —le comentó con felicidad y se giró hacia Kenneth que permanecía en silencio tras ella—. Él es Kenneth, mi marido… —Su madre se soltó de ella y fue hacia él, aunque para sorpresa de todos le abrazó con todas sus fuerzas. Kenneth le devolvió el abrazo con efusividad.

—Gracias —dijo Shana como si supiese o diese por hecho que él había protegido a su hija. Nada más lejos de la realidad. Su mirada voló hacia el niño de ojos azules y la preciosa niña que permanecía plácidamente dormida en el brazo de su padre—. Estos son tus nietos —sollozó Nora de nuevo—. Duncan y Aileen.

Su madre se llevó las manos a la boca sin contener la emoción que sentía y acarició la cabecita de la niña. Kenneth se la tendió de inmediato y Shana la acogió emocionada entre sus brazos. Aquel era su mayor regalo, por lo que había rezado cada día de su vida durante los últimos años.

—Es preciosa… —balbuceó.

—¡Yo también! —protestó el niño situándose a su lado.

Shana rio y miró al niño acariciando su mejilla.

—Tú también, mi tesoro —dijo abrazándolo.

Nora fue hasta el brazo de Kenneth cogiéndose a él mientras observaba a su madre abrazar a sus nietos. Aquel, sin duda, era el día más feliz de su vida. Nada era comparable a la felicidad de reunirte con aquellos que creías haber perdido. Poder besarlos y abrazarlos de nuevo, el mayor regalo que le había brindado la vida.

Kenneth pasó un brazo por el hombro de Nora, atrayéndola hacia él mientras esta apoyaba su rostro en el pecho de su marido, rompiendo a llorar, con los sentimientos a flor de piel.

Se había perdido mucho de la vida junto a su madre, había sentido su falta como un puñal que se clavaba en su corazón, le había hecho tanta falta…. pero ahora que estaban juntas jamás volverían a separarse. Jamás volvería a echarla de menos. Sabía que su madre aceptaría viajar con ellos a Escocia para vivir juntos.

Y así fue. Cinco días después todos se despedían con abrazos y con la promesa de volver a verse pronto.

Su madre no soportaba muy bien tantas horas a caballo, así que el camino de vuelta a Escocia sería más largo, pero ya nada importaba si podían estar juntas.

Desde que habían llegado al poblado, Shana no se había separado ni un segundo de sus nietos ni de su hija, poniéndose al día de todo.

Aún había mucho por explicar, pero por suerte, ahora disponían de ese tiempo.

Mientras los dos pequeños dormían plácidamente, los tres adultos observaron el amanecer mientras cabalgaban alejándose de Pons Aelius con las alforjas llenas de comida que Mildred y William les habían entregado para el largo trayecto, así como ropa y utensilios que su madre se quería llevar.

Iniciaron el camino lento, con una sonrisa en sus rostros.

Había arriesgado mucho para llegar hasta allí, pero solo así sabía hasta dónde había sido capaz de llegar. Lo que había encontrado al arriesgarlo todo y querer sobrevivir había sanado las heridas abiertas en su corazón.

Ahora, con el amanecer a sus espaldas y las personas que más amaba en su vida a su lado, se permitiría por fin ser feliz y disfrutar de la vida.

Fin

Agradecimientos

Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer a las siguientes personas:

En primer lugar, a mi pareja, Raúl, por darme todo tu apoyo, estar dispuesto a ayudarme siempre y compartir esta ilusión conmigo en todo momento.

En segundo lugar, a mis padres, ya que sin su apoyo y cariño no habría podido lograr mi sueño. Muchas gracias por cuidar tanto de Corita.

En tercer lugar, a mi familia de Granada, a todas mis tías, tíos y primos que siempre me apoyan. Aunque estemos lejos siempre os llevo conmigo.

A Nune Martínez por la preciosa portada y a Marien F. Sabariego por la preciosa maquetación y por compartir tantas conversaciones y momentos conmigo.

A mis amigas: Ana Sánchez y María Sánchez, Nerea Álvarez y Katherine Fernández, muchísimas gracias por ayudarme siempre tanto.

Y por último y no menos importante, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado siempre a escribir y confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.

De todo corazón, muchas gracias a todos por estar siempre a mi lado.

Maríah.

[1] Los hombres se agrupaban alrededor de las casas de los poderosos, convertidos en centros de recaudación de impuestos, tribunales de justicia, etc. Un señor por aldea era la proporción más extendida. Estos sistemas se conocían como manor, con explotación directa por los dueños que convivían con esclavos y libertos, y llegó a su madurez en el siglo X. No debía haber hombre libre sin señor. Forma de vasallaje.

[2] Actualmente conocido como New Castle (Castillo Nuevo). El castillo que da nombre en la actualidad a esta ciudad fue construido por los normandos en el año 1080.

[3] Vendedor ambulante de baratijas u objetos de poco valor.

[4] Tropa especial encargada de la defensa personal de los reyes escandinavos. El término procede del nórdico antiguo. Generalmente iban armados con la gran hacha danesa.

[5] Fueron conquistadores vikingos de origen escandinavo, principalmente daneses, que ocuparon el noroeste de Francia, lo que hoy se conoce como Normandía, en la segunda mitad del siglo IX.

[6] Actualmente conocida como la ciudad de Edimburgo. En el siglo V fue llamada Din Eydin durante el reino britano de Gododdin que ocupaba el nordeste de Inglaterra y sudeste de Escocia y que floreció en la Britania posromana. Posteriormente, en el siglo VII fue llamada Eiden's burgh, dado que se trataba de un pequeño fuerte que los ingleses capturaron y al que llamaron de esa forma. En el año 1018 ese fuerte pasa a ser una ciudad, aunque sigue recibiendo el mismo nombre. No es hasta el año 1125 cuando la ciudad recibe el nombre de Edimburgo, bajo el reinado del rey David I de Escocia.

[7] En el siglo X se inició el inesperado nacimiento de una nación, fruto de la cultura picta y gaélica. Anteriormente llamada Pictavia o Dalriada. Ahora solo existía el reino Alba y sus habitantes eran los scots, de ahí que esa tierra sería llamada Escocia (Scotland), la tierra de los scots, así como Inglaterra sería la tierra de los anglos.

[8] A partir del siglo X el idioma usado sería el gaélico. La lengua picta sería olvidada y, tras pocas generaciones, sobre todo a partir del siglo XI fue totalmente olvidada, siendo el único idioma del territorio el gaélico.

[9] Castle rock o lo que hoy conocemos como el Castillo de Edimburgo se alza sobre la chimenea de un volcán extinto hace unos 350.000 años. Construido en el siglo X por el rey britano Ebraucus. Durante la época de dominación romana se habla de Alauna o roca alada. Llamado en esa época el castillo de las doncellas, dado que una leyenda dice que un grupo de mujeres pictas fueron retenidas en él. A mediados del siglo XI el castillo era de madera y la residencia del rey de Escocia que reinaba en aquel momento. Según la leyenda la roca sobre la que se eleva el castillo fue la roca que usaba como altar la hechicera Morgana.

[10] Ingibiorg Finnsdóttir era hija del Jarl Finn Arnesson y de su esposa, sobrina de los reyes noruegos Olaf II y Harald Hardrade. Las fechas de la vida de Ingibiorg no se conocen con certeza. Ingibiorg se casó con Malcolm III, el rey de los escoceses, tras quedar viuda de su primer marido. Se cree que Ingibiorg murió alrededor de 1069, pues Malcolm se casó posteriormente con Margarita, hermana de Edgar Atheling, alrededor del año 1070.

[11] Apellido que posteriormente se transformó en el de Campbell. A consecuencia de un matrimonio con la heredera de la familia O' Duines, llegan a la costa oeste, instalándose en la zona de Argyll. La primera referencia escrita del apellido Campbell es en el siglo XIII.

[12] Clachan Dhu (en gaélico: el pueblo oscuro) porque se encontraba a la sombra de las colinas que lo rodeaban. Actualmente, el poblado recibe el nombre de Luss y se encuentra ubicado a orillas del lago Lomond. Las primeras piedras datan del siglo VII u VIII y en su cementerio se incluye una tumba vikinga del siglo XI.

[13] Del gaélico: mi pequeña flor.

[14] Los Bruce se formaron posteriormente como un clan procedente de Kincardine, en Escocia. En el siglo XIV se convirtió en Casa real, con dos de sus miembros como reyes de Escocia.

[15] A mediados del siglo xii, una nieta de Godred Crovan se casó con el ambicioso Somerled, un noble nórdico-gaélico de Argyll. Posteriormente, los descendientes de Somerled formaron tres familias: los herederos de Donald: los MacDonald, los Macruari y los MacDougall.

[16] Una de las propiedades atribuidas a *Hypericum perforatum* es la de acelerar la cicatrización de las heridas. Dicha planta la podemos ver crecer en un montón de lugares de Europa y a distintas altitudes. Además, también se han adaptado al clima de países como China, algunos del continente africano, Australia, etc.

[17] El primer convento cluníaco fue fundado en 1056 en Marcigny y ya luego otros conventos siguieron, incluyendo los de las Islas Británicas, concretamente en Inglaterra y Escocia.

[18] Antes de la construcción del castillo, Dunstaffnage fue la ubicación de una fortaleza Dalriada, conocida como Dun Monaidh, durante el siglo vii. John Monipennie registró en 1612 que la Piedra del Destino fue guardada aquí luego de ser traída de Irlanda y movida al palacio de Scone en el año 843. El castillo en sí mismo fue construido durante el segundo cuarto del siglo xii como hogar de Duncan MacDougall, señor de Lorn y nieto de Somerled. En la actualidad el castillo pertenece a la familia Campbell, anteriormente conocidos como O'Duines.

[19] Del gaélico: felicidades.

[20] Fue a finales del siglo XVII cuando se usó por primera vez una prenda tipo falda, mucho más cómoda, hasta derivar en el tartán que conocemos en la actualidad. El tartán hace referencia al tejido y el tartán a la prenda de ropa.

[21] Se cree que las raíces de las celebraciones de Imbolc se remontan a la antigüedad. La cámara del Montículo de los Rehenes, una antigua tumba de paso construida en Irlanda entre el 3350 a.C. y el 2800 a.C., solo se ilumina dos veces al año. Estas son las fechas de Samhain e Imbolc, correspondientes a principios de noviembre y principios de febrero respectivamente. Con base en esto, algunos investigadores argumentan que las fechas de Samhain e Imbolc son significativas desde el Neolítico. Según una historia llamada Tochmarc Emire, que se remonta al siglo X d.C. como muy tarde, Imbolc es uno de los cuatro festivales estacionales gaélicos.

[22] Del gaélico: ¿Entiendes el idioma?

[23] Del gaélico: ¡Estúpida cabra!

[24] Del gaélico escocés: lo siento.

[25] Ben Nevis es la mayor elevación del Reino Unido con 1343 metros de altitud. Se localiza en el extremo occidental de los montes Grampianos, en la región escocesa de Lochaber, cerca del pueblo costero de Fort William. Al igual que muchas otras montañas escocesas, entre la gente del lugar es conocido simplemente como The Ben.

[26] Del francés: por favor.

[27] Del francés: ayuda.

[28] Del gaélico escocés: Buenos días.

[29] Conocido actualmente como el rey Guillermo I de Normandía, Guillermo I el Conquistador y Guillermo I de Inglaterra.